



PARA RECORDAR A LUDOVICO SILVA

Beatriz Guzmán de Silva
(compiladora)

Fundación Editorial



elperroylarana

Para recordar a Ludovico Silva

Fundación Editorial



elperroy larana

Para recordar a
Ludovico Silva
Beatriz Guzmán de Silva
(compiladora)

© 2.ª Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)

© 1.ª Fundación Editorial El perro y la rana, 2014

© De la compilación: Beatriz Guzmán de Silva

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales:

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada

Adriana Astorga

Edición

Luis Lacave

Corrección

Álvaro Trujillo

Diagramación

Adriana Astorga

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2017002242

ISBN 978-980-14-3340-8

Colección trazos y testimonios

Cuando la experiencia personal es historia digna de registrar y resguardar en la memoria colectiva, el relato se funde en reportaje narrativo. La crónica, género híbrido entre la historia, el periodismo y la literatura, es lenguaje que reconstruye a partir del relato hechos, situaciones y experiencias. Hombres y mujeres protagonistas de historias a veces extra-ordinarias, raras, únicas y otras veces fundamentales, claves y urgentes se convocan a esta colección para ayudarnos a mirar y comprender las historias desde un lugar más sensible, íntimo y cercano. Estar en el lugar indicado, en el momento exacto convierte a quienes escriben ya no en simples testigos de lo acontecido. Estos y estas cronistas muestran en palabras todo cuanto vieron y sintieron transformando lo efímero o fugaz en textos inolvidables.

Serie ***Espejos***: biografías y autobiografías de personas que no dudan en volverse personajes de un relato para convertir la experiencia individual en memoria social y colectiva. Lo que le pasa a uno o una nos pasa a todos y todas.

Serie ***Oficio de vivir***: rinde homenaje al poeta Cesare Pavese y abre una ventana al lenguaje de lo íntimo. Diarios, cartas, bitácoras y memorias de viajes integran esta serie pensada en esa palabra que más allá del soporte es de puño y letra.

Serie ***Vivir para contar***: su nombre remite a Gabriel García Márquez, autor que ha logrado integrar múltiples lenguajes para narrar la realidad. Reportajes, crónicas y testimonios se ofrecen en este espacio para registro y memoria de lo sucedido, desde una mirada protagonista.

Nota editorial

La Fundación Editorial El perro y la rana sigue viendo en Ludovico Silva a uno de los grandes teóricos revolucionarios cuya lectura es fundamental para pensarnos desde nuestra realidad americana. En esta edición, preparada por Beatriz Guzmán de Silva, encontrarán los lectores la profunda influencia que dejó el poeta y filósofo sobre todos sus contemporáneos. Son artículos que no se encuentran organizados cronológicamente, sino que ofrecen un orden de lectura abierto y fresco, con un ritmo que cambia de un autor a otro: unos textos tienden a la apología, otros al ensayo; pero todos por igual —poemas, prosas y reflexiones— se dirigen a un mismo norte: la reconstrucción de la figura del gran pensador, su persona y su obra. Es un trabajo testimonial, reflexivo, catártico y estético. No redundaremos en este punto sobre su vida y obra, pues ya se encuentra más que desarrollada en todos los escritos que aquí se reúnen, en los que se aprecia la pluma de Salvador Garmendia, J. D. García Bacca, Adriano González León, entre otros, para sumar 109 artículos diferentes. Una obra extensa difícil de lograr en un solo tomo, como se ha hecho, aunque muchos coincidirán en que se queda corta ante la talla del homenajeado. Ante estas razones, estamos seguros de que estos recuerdos permitirán a cualquier persona estar en la capacidad de hacer una semblanza bastante apropiada e, incluso, tomar valiosos aportes para la investigación sobre las obras del profesor y filólogo caraqueño.

En esta edición se ha integrado el apéndice al resto de la obra por ser también escritos que contribuyen al espíritu general de esta compilación; se ha conservado en su totalidad la cantidad de trabajos de la edición anterior y los aportes posteriores a 1989. Los cambios realizados simplemente han consistido en la aplicación de estilos tipográficos que favorecen la apreciación y distinción visual propios de la colección Trazos y Testimonios, donde nuestra editorial ha incluido siempre estas obras tan necesarias que acercan al público a las figuras que han formado nuestra historia desde la pluma de los mismos protagonistas.

Prólogo

Decía Ludovico: “Si se murieran mis huesos, ponedlos a caminar”.

Algo así he pretendido con este libro, que ofrezco a quien me dedicó en vida todos sus libros, mi querido esposo y compañero Ludovico Silva.

En medio del dolor por su pérdida, ha sido un sosiego para mi espíritu afligido esta peregrinación hacia quienes fueron sus amigos, para ir rescatando poco a poco una cierta figura de esa parte de su alma que quedó dispersa entre nosotros. Artistas, alumnos, amigos entrañables, cada uno con su aporte íntimo, colaboró en esta suerte de visión espiritual de Ludovico. La unidad de este libro que acaso echará de menos el lector en el nivel cualitativo de los aportes se halla sobradamente compensada en la unidad de sentimiento que los une. Es un libro del corazón, donde de algún modo late todavía vivificante la vida del poeta que se nos fue.

No deseo cerrar estas palabras sin expresar mi agradecimiento a los amigos médicos que durante muchos años, como si fueran duendes tutelares del Zodíaco, se ocuparon con amorosa solicitud del cuidado de los órganos vitales más vulnerables de Ludovico. Son ellos los doctores Vicente Lecuna, Federico Moleiro y Alejandro G. Maldonado. Al amigo Elías Vallés, que veló porque nada le faltara en su último viaje, y a la familia López Barquín, que le proporcionó su última morada terrena.

BEATRIZ GUZMÁN DE SILVA

De reo de la carne de Eurídice a reo de la libertad

ARNALDO ACOSTA BELLO

Un incidente trivial en la vida literaria de Ludovico, explotado hasta el escarnio y el cansancio por inquisidores culturales, no fue suficiente para estigmatizarlo; menos para extirpar su fuerza creadora, cuyas raíces estaban demasiado lejos de las sobremesas en cafetines, universitarios o no.

Ludovico era un clásico. Él contribuyó notablemente a devolverle a esta palabra la connotación mil veces perdida, extraviada en infolios, desconceptualizada y pulida por lenguas pudorosamente académicas que necesitan despojar el término de sus principales contenidos (desespiritualizarlo) para ubicarlo posteriormente en esquemas, lo único que su más que pigmea pedagogía puede hacer para trasladar al pizarrón, no el vino, sino el mosto insípido de una palabra.

Clásico se puede ser siempre, no así modernista, romántico, simbolista, escuelas con días contados, fechas de nacimiento y defunción. Modas, no espíritu. Podría decirse que la esencia clásica del hombre es uno de sus perfiles, a partir del cual se le identifica, no solo literariamente, vitalmente también.

Las escuelas, cuando han dejado de serlo y reaparecen, son fantasmas. Lo clásico, aparte de ser más genético, perdura en razón de la historia social y cultural del hombre. Razones arquetípicas. Por eso en literatura encontramos reiteradamente temas de esta naturaleza, aun separados por milenios y

luciendo en cada ocasión el traje de la época. En ese sentido somos clásicos, aunque no desde una proposición literaria.

Ludovico –en última entrevista publicada en la revista *Imagen*, diciembre 1988– habla de ello, tema favorito, y lo refiere particularmente a su experiencia poética en una de las confesiones más lúcidas, apasionadas y sinceras de este creador al que tanto debemos.

Lo decía a propósito de la publicación de su *Ópera poética 1958-1982*, donde es verificable cada uno de sus asertos y donde su poesía bajo “la uña del tiempo” es el mejor ejemplo de lo dicho.

Sin que constituya un juicio, puede afirmarse que el autor se siente cómodo acompañado de sus favoritos: Homero, Virgilio, Píndaro, Heráclito, Dante, San Juan de La Cruz. Y más acá: Villon, Goethe, Hölderlin, Baudelaire, Mallarmé. Igual con Góngora o Machado. Fue fiel.

Cada vez que se sentía atraído por otras posibilidades, incluidas las del surrealismo, lo hacía a sabiendas de que tenía el cordón umbilical atado al clasicismo y que en cierta medida traicionaba el propósito.

Creo que estaba consciente de tales límites y pienso que en algunos casos hubo transgresiones que no debió permitirse. Pero él era así. Tal vez por eso su *Ópera poética* (Caracas, 1988), donde está casi toda su poesía, obliga al lector a ubicarse dentro de sus preferencias, que por lo general terminan inclinándose hacia las mismas del autor. La razón: es el Ludovico más auténtico.

No por azar el libro (sus poemas no están presentados cronológicamente) *La soledad de Orfeo*, escrito tal vez entre los dieciocho y veinte años y corregido miles de veces, cierra el conjunto.

Parte de ese proceso creador (*La soledad de Orfeo*) me es perfectamente conocido desde su génesis. Me consta el aprecio de Ludovico por este poema escrito en *terza rima*, limado con esmero, sometido a numerosos lectores. Desde el principio me pareció que en él estaba una de las mejores inversiones (también invenciones) poéticas de Ludo.

Retenía con exactitud un verso suyo: “Sediento como un pueblo de mujeres”. Al releer la forma definitiva del poema, constaté que había sido barrido por una de esas miles de correcciones. Cuando llego a ese punto, mi memoria reintegra en forma automática el verso al terceto correspondiente. No puedo evitarlo.

En su *Ópera poética*, Ludovico le concede a su *Orfeo* lugar preferencial, no solo afectivo, sino el que deriva de la conciencia poética. Él sabía, lo supo siempre, lo verificó finalmente en su corta y dolorosa vida, que esos tercetos encerraban su verdad como un diamante encierra la luz. Puro fulgor, el de la libertad expresada en dramáticos diálogos: los de Orfeo y Eurídice, los de Júpiter y Orfeo, los de Orfeo y Venus. Ni los consejos de los dioses, ni las

amenazas de las Bacantes (ebrias de primavera y dulces, pero también putas del bosque) a las que recomienda buscar a Príapo, logran apartarlo, hacerlo vivir “ausente de sus dones”. Él sabía además que “Baco era más de lo que era”, pero no cede ni a Venus ni a Júpiter su garganta, su lira, a pesar de que siente la atracción de Eurídice, a quien quisiera: “salvarte pura y sin fronteras / y mi sexo mover en tus entrañas / como se mueve un brazo en las galeras”.

Eurídice-sirena no logra convencerlo con sus cantos y sus insinuaciones: “y el que nace de vientre enamorado / a enamorado vientre es conducido”. Y el suyo estaba más que enamorado de Orfeo.

Su decisión de bajar a los infiernos expresaba “la voluntad de verte y no mirarte” y la de encarar a Plutón en versos a veces muy vallejianos, donde aquel le recuerda la tentación de Antonio y su condición más humana que divina.

Presenta a Prometeo arrebatando el fuego a los dioses para entregarlo a los hombres, sacrificio “por conquistar el alma duradera”, pero “un alma de carne y no de rezos / alma de humanidad interminable / de amor y de dolor, mordisco y besos”.

Las posiciones no antagonizan en el contexto de una sensualidad o sexualidad de boca devoradora, sino dentro de “La libertad de ser”.

Es en este terreno donde se desarrolla esta *cantata*, como él lo llamaba, o poema musical, “porque está escrito para ser cantado o recitado con acompañamiento de liras, pianos y violines” y en alguna parte, donde aparecen las bacantes, señala expresamente “chillidos electrónicos”: en otra, a Gluck.

Grandiosidad, no grandilocuencia, tiene este *Orfeo*, trabajado hasta el hueso por un orfebre como Ludovico. Justo en todo, no excede los límites que una composición de esta naturaleza debe poseer. Bien definidos los ritmos, se percibe claramente la intensidad del comienzo, la fuerza del verso, el impulso venusino y dionisiaco. Luego la cadencia central reflexiva, la abrupta e irritante aparición de las ménades y el coro final como un mar calmo.

Un halo de humanidad, un deseo de pureza, una sentencia casi: “solo el hombre destruye al hombre mismo”.

Distante, muy distante este poema de otro parecidamente famoso del mismo autor: In vino veritas, donde ya es lobo, donde una implacable autofagia lo hace devorar brazos y piernas suyas y pasarlas con “el más sagrado y fiel de los venenos”.

Ese escritor de hondezas que fue Ludovico, condensó en su *Orfeo*, como un visionario, lo que él fue y representó en el plano creador y existencial, incluyendo sus penetrantes ensayos políticos y sus escritos de crítica literaria. Una síntesis como solo un poeta es capaz de dar. Y sin embargo, tenía dudas y

una preocupación: ser amado y recordado como poeta. De reo de la carne de Eurídice a reo de la libertad.

Su Orfeo es una poema epicéntrico; a partir de ese estallido comienza la creación de su universo poético, desigual en apariencia, consecuente y coherente en sus bases estéticas. A pesar de su *tenebra*, él veía aún en la oscuridad, en la noche, la poesía.

En este país de cazadores de cabezas, la suya fue blanco de numerosas flechas. Herido muchas veces, nunca dobló las rodillas, hasta que su *Tenebra* personal, su *In vino veritas* lo envolvieron en su noche eterna.

Ludo, *in memoriam*

ALBERTO ÁÑEZ MEDINA

Hablar de Ludovico Silva es llenarse de coraje y maldecir la vida por haber callado su voz para siempre, esa voz física, llena de sabiduría y que-rencia, a través de la cual el conocimiento se convertía en un despeñadero de verdades. Una voz lúcida, concisa, sin estereotipos; una voz que emanaba ternura y te quemaba las entrañas. Pero su voz espiritual, la metafísica, la poética, fue el legado que el poeta dejó a sus amigos y a su país.

Se siente uno impotente al saber de la desaparición de un hombre tan vital, pero tan horadado por la soledad y la muerte. Quizás esto nos reconfortó el alma y nos llevó a pensar que había terminado la búsqueda esencial de un ser tan golpeado por la existencia: no era la muerte que triunfaba, era el poeta que lograba burlarse de la vida tan odiada y se entregaba a esa muerte tan buscada.

De allí que mi recuerdo emprenda un recorrido por aquellas barras citadinas donde Ludovico, maestro de maestros, se reunía con sus condiscípulos maracuchos para tratar de darle un contenido a la vida y enaltecer al hombre y a la poesía con su palabra tersa, fina y galopante por los diversos campos del saber.

Era el Maracaibo de los años setenta una ciudad que siempre llamó su atención y a la que amó y asumió a través de sus poetas maracuchistas: Hugo Figueroa, Blas Perozo, Douglas Gutiérrez y Alberto Añez. Fue un tiempo

de filosofar, de poetizar y de estremecer una razón de ser con la alquimia de la barra.

De pronto, recordamos también que hubo algo que siempre lo molestó. Fue nuestra última cita, dolorosa y tierna, dejada al azar la última vez que tratamos de exorcizar la vida, reventando una barra capitalina: el gran Ludo, el pensador, el ideólogo, el ensayista. ¿Y la poesía? Nadie quiere saber nada de ella... Y es cierto. Su poesía, aparte de ser muy poco conocida, ha sido muy mal tratada por los críticos que de ella se han ocupado.

Nos dejó varios libros de poemas: *Tenebra*, ¡*Boom!*!, *In vino veritas*, *Cadáveres de circunstancias*, *Piedras y campanas*, *Cuaderno de la noche* y *La soledad de Orfeo*. Aparentemente, su obra poética revela influencias de la escritura de la *Beat Generation* norteamericana. Su estilo, fundamentado en el habla coloquial, es lo que ha molestado a muchos de sus críticos. Sus poemas reflejan la relación vida-muerte, que se convierte en el tema obsesivo de toda su poética.

Para Ludovico la poesía era un *enjoyarse locamente a solas y en tinieblas como una puta borracha*. En realidad, lo dice en el mismo poema, la poesía le servía para disimularse, pero no lo consiguió jamás. Lo que nos queda no es su disimulo, sino su esencia, su voz y esos momentos tan caros y lejanos que compartimos en nuestra juventud.

Diciembre, 1988

Ludovico a pie

ORLANDO ARAUJO

Uno quedará como un nombre impreso sobre el lomo de un libro entre miríadas de libros en una biblioteca cualquiera, esperando que alguien pase y acepte la tímida invitación de abrirnos y escucharnos tan de cerca y lejos. Pero mientras uno vive y colea, la literatura es otra cosa; y en el corazón subdesarrollado de mi patria (¡Oh!, patria mía), las letras han sido una identificación de marginados que nos peleamos y nos amamos los unos a los pocos. Lo sé y juro que si algún hecho humano irreversible hay en mi tierra para presentarlo con orgullo a mis hijos y a otros sabios es Ludovico Silva, escritor íngrimo, en una tierra de petróleo y profesores.

Si no bastan diez libros (apenas publicados cinco de ensayos y dos de poesía), esperad, amigos míos hasta diciembre, *In vino veritas*, un denso libro de poesía profunda en cuya letra un pájaro de fuego canta.

“Ludovico a pie” fue una columna escrita por un adolescente en *Clarín*, un diario perseguido y clausurado. Siempre anduvo Ludovico a pie entre causas amadas y perdidas. Con nosotros anduvo y se restegó en *Letra Roja*, averiguando en tiempos de extra qué es lo que pasa en Venezuela. Allanamiento y hambre fueron sus mensualidades. La caña, divina salvadora, la bebíamos mientras escribíamos para que no se nos fuera la sonrisa, ¡oh!, juecesillos. ¿Queréis un dato de la experiencia y no de la percepción? Allá va: jamás vi a Ludovico al lado de un policía, sino golpeado y vejado por ellos; y

esto para mi patria y mis hijos, para mis amigos y para Blanca Nieves: cuando la bota militar con presilla de profesores alquilados allanó la Universidad (1970-71, ¿os acordáis?), Ludovico, que no era hombre de disparos, lloraba al pie de aquel árbol que entre octubre y noviembre alfombra furtivamente el oro de un idilio.

Ludovico, amigo mío, Jaime Labastida (Siglo XXI) me decía en La Habana (1975) que uno de los ensayos más originales que su editorial había lanzado era el tuyo sobre Marx. Pero aunque nadie me dijera nada, pongo sobre el fuego la autenticidad que nos enlaza, seguro de que el fuego templará el frágil acero con el cual jamás heriremos a un árbol, ni a un amigo, ni a una flor ni a un río.

Anoche hablé con Dante y me dio para ti este recado: Ludovico, *guarda e pasa*. En la editorial, sin tu permiso, me puse a hojear para mí tu mejor libro. Me encontré con esto:

*Mucho más de la vida que de la muerte somos.
Yo no amo esta materia ebria de huesos
porque esté corrompiéndose y muriendo.
Yo la amo porque vive, porque sufre y persiste.
Esta materia mía tiene fuerza de dioses,
crea palabras, ama, sopla como un armonio,
tiene ángeles, es bella, rebelde y fecundante;
y morirá tan solo si yo dejo de amarla...*

Ludovico, amigo mío, te denuncio ante el mundo por haberte copiado de Dios; y Dios te guarda.

¿Mueren los poetas?

HOMERO ARELLANO

También la humanidad terminará siendo una leyenda aunque descubra, al fin, si vivir es la vida que se vive o la vida que se muere, como preguntaba el Supremo de Roa Bastos. Para entonces, quizás, la vida pueda ofrecer un sentido a la muerte en este mundo sin sentido.

Nacimos mortales y lo aceptamos a regañadientes, no sin motivos, hasta que termina siendo la verdad definitiva. Única. Absoluta. Stalin le tenía tal horror a la muerte que no dormía casi. Obligaba a sus íntimos a que lo acompañaran todas las noches en una cena prolongada hasta los primeros síntomas del alba. Hubo de ser ese miedo a la muerte lo que explique los cuarenta millones de conciudadanos y camaradas que echó por delante. Una vez le confió a Churchill, que le comentaba y felicitaba por los éxitos militares después de la batalla de Stalingrado: “pero, al final, es la muerte la que gana”.

Podemos aceptar que mueran los mortales, pero ¿por qué ha de morir un poeta? Nos habían insistido desde la escuela que toda regla tiene una excepción. Ludovico ha debido ser esa excepción porque como escribió:

*... yo sé cómo matar a la muerte
pero ella también sabe
como matarme a mí...
... Deseo morirme pluma en mano*

*como un caballero con su espada.
El dolor de estar vivo
no se paga con muertes...
... Y no quiero morir de muerte
sino de vida pura...*

Ludovico se propuso espantar la muerte con amor a la vida. De por vida vivir, “con versos hechos pedazos”.

*No me hables de la muerte, Ludovico,
tú no quieres morir,
déjala que se muera ella sola.*

No es posible ganar porque la vida es un juego perdido. Desde el primer grito hasta el último suspiro. El uno origina al otro que lo complementa. De nada vale la protesta del poeta. En la guerra y en la paz, ella llega. Halla o no halla explosión nuclear, no falla.

¿Qué irá a ser de las palabras? ¿Cuál será la última palabra? Al principio fue la palabra, pero al final, ¿qué será?

Antes, rodeados de casualidades hemos andado transeúntes de una ciudad sola. Solitarios. Intensamente solos en los momentos decisivos. Solos hasta el olvido. A partir de allí, segundos, minutos, horas, años, siglos, milenios. Y silencio. Milenios de silencio. Un enorme silencio sobre el olvido. “Somos islas rodeadas de olvido” nos recordó el poeta antes de irse.

Ludovico en la memoria

RAFAEL ARRÁIZ LUCCA

No puedo precisar el día en que fuimos presentados, tampoco ubico con facilidad la primera imagen que tuve de él o la primera vez que conversamos. Solo tengo la certeza de haber comenzado a visitarlo en su apartamento de Santa Eduvigis cuando finalizaba la década de los años setenta. Se gestaba entonces lo que después se llamó el grupo Guaire.

Muy cerca de los veinte años profesábamos un descomunal entusiasmo por la poesía y tuvimos en Ludovico Silva a un hinchado de gran aliento. La misma calidez y naturalidad en el trato que me hace difícil reconstruir los escalones de la confianza amistosa. Ludovico siempre fue el mismo. Un tono de voz bajo que acompañaba con la expresividad de sus ojos y con unos dedos largos, abiertos y amarillos. Le gustaba recibir gente en casa y celebrar con cervezas la visita, al tiempo que invocaba la sabiduría marxista del loro que habitaba su balcón. Alguna vez hablamos de las telenovelas que veía sonreído y de sus viajes juveniles por Europa. Varias veces inquirí sobre su capacidad para escribir y siempre obtuve la misma respuesta: “Desde muy temprano hasta mitad de mañana, dos o tres horas todos los días son suficientes”.

Corría el año 1984 cuando, en uno de los primeros números de la revista *Imagen*, fue publicada una breve reseña sobre el libro *Ensayos temporales*. En esos primeros números de la revista nos propusimos no firmar las notas bibliográficas. Las especulaciones sobre los autores de las reseñas animaron

cierto misterio gracioso. Formaba parte del juego no revelar el nombre del autor. Sin embargo, algunas veces fue revelado. Fue así como una mañana atendí el teléfono y escuché la voz grave y recóndita de Ludovico comentando las líneas por mí redactadas. Aquel libro me sedujo y así lo hice saber por escrito.

Cinco años después, un domingo en la noche, recibí una llamada de Ludovico para agradecerme, sin ironía, por haber leído su *Ópera poética* y haberme animado a comentarla. Esta vez las líneas que redacté blandían algunos reparos a su poesía. En dos platos: expresé una opinión adversa, aunque matizada (imposible no hacerlo) por el respeto que siempre sentí hacia Ludovico.

Ese domingo en la noche nuestro invariable amigo me dio una gran lección. Llamó cuando el comentario fue favorable y llamó cuando, cinco años después, la nota bibliográfica esgrimía objeciones contundentes. ¿Cuántos escritores venezolanos son capaces de semejante conducta?

El filósofo de estas dos llamadas telefónicas es el que siempre recordaré. El escritor que, como en otros tiempos de caballeros, supo ser honorable. El autor que, una semana antes de morir, le expresó a un hombre mucho menor su agradecimiento por la adversidad de sus comentarios.

Abril, 1989

A partir del taqui-taqui

JOSÉ BALZA

Ludovico quiere una brevísima nota para este libro. Lo primero que debo confesar es mi sorpresa ante su aventura de narrador. Ya conozco sus libros profundos y hondamente dúctiles sobre Marx, sobre temas filosóficos; en ellos, he pensado, el método analítico y la tersura expositiva nos otorgan un mundo de reflexiones y casi de optimismo metafísico. Ya conozco, también, sus versos, en los que, al contrario, la resonancia clásica revela un terrible desconsuelo y un pesimismo descarnado.

Pero no esperaba esta “novela gótica”, este “cuaderno misterioso” o esta “novela de misterios” que ha escrito bajo el título de *El espectro*. Esta vez recibimos su prosa aguda, su estilo impecable, un despliegue de erudición visible o recóndita; y todo eso está impelido por las confesiones de alguien que es y no es Ludovico Silva.

Al parecer, el narrador, muy próximo a Ludovico (tanto que coinciden en excesivas cosas), después de un azaroso viaje a Surinam, donde practica el lenguaje del *taqui-taqui*, regresa a Caracas y se lanza en una diversidad de viajes: hacia París, Atenas, Madrid; también hacia otros escondites del tiempo: la juventud, los años de estudiante, las experiencias amorosas. Bajo la advocación de Baudelaire y de Camus, el protagonista es cómplice, pero espectral; concreto, pero siempre extranjero. Viaja por los hechos y por el lenguaje. Nos cuenta sus pasiones, sus desconfianzas. Los personajes de la vida

cotidiana –justa o injustamente tratados–; los personajes de la cultura –San Juan de la Cruz, por ejemplo– se mueven como agujas de reloj que se devolvieran, en el acontecer rutinario del narrador.

Después de este texto, todo puede esperarse en la escritura de Ludovico Silva; a pesar de su rigor, ha soltado las amarras lógicas y lingüísticas. Hay aquí “un sonámbulo que cruza de un sueño a otro sueño”, y el relato, que está concebido como una “isla de gozo y de dolor” convierte a su “móvil y huidizo” personaje en un espectro también escapado de la mente de Bretón o de Lewis Carroll.

Tras los delirios (verbales o existenciales) del protagonista, dos vínculos le impiden escapar de nuestra vida diaria: el licor (por supuesto, tratándose de Ludovico) y el humor (ajeno, desde luego, al serio ensayista). *El espectro* es un texto de rara comicidad: véase la manera como el narrador se retrata, véase su página sobre el culo, y ya estaremos en un territorio escaso dentro de la prosa venezolana: un territorio que parece pertenecer más a la pintura, exactamente a los *bricolages* de Arcimboldo. No en vano lo que dio origen al libro, una conferencia dictada en *taqui-taqui* por tierras de Surinam, es el soporte cómico que explica y satura estos ensamblajes de la memoria, de la risa, el dolor y, claro, del propio *taqui-taqui*.

Recuerdos de una fotografía

JAIME BALLESTAS (OTROVA GOMÁS)

Allí estaba aquella tarde gris, con el rostro trágico en el limitado espacio de su apartamento. Tal vez debería decir que lo encontré intolerablemente triste. Con esa tristeza serena de los filósofos, como tratando de escapar de la cárcel de su propio intelecto, o quizás luchando por olvidar el vasto mundo de conocimientos e ideologías que acumuló a lo largo de su vida y que, siendo un marxista convencido, paradójicamente se volvieron su religión.

Dos días antes lo había llamado para informarle del proyecto que tenía en mente; la idea era dejar un tríptico a la memoria de esos fantasmas invisibles que viven estampando verbos en la límpida blancura del papel. Mi conjunto mostraría la fotografía de las manos y el rostro de escritores de nuestro tiempo ensambladas a los trazos manuscritos de su pensamiento. Le dije: es un pasajero recuerdo para la historia de un país sin el menor amor por los que hicieron su pasado.

Aunque desde mucho tiempo atrás seguía sus escritos, hacía bastante que no veía a Ludovico. Apenas si tuvimos una conversación telefónica algunos años antes, en los días en que dirigió *Lamigal*, cuando me pidió unas colaboraciones para la revista. Por eso, al estar frente a él y mirar en retrospectiva los años transcurridos desde la época en que fuimos compañeros en las planas de *Clarín*, sentí ese impacto que produce en la conciencia la vorágine del tiempo desbocado. Treinta años habían transcurrido desde que juntos combatimos

con palabras la violencia de Rómulo Betancourt, y ahora estaba delante de un hombre completamente golpeado por la enfermedad. Pero a pesar de las huellas implacables del mal, detrás de su mirada aún se vislumbraba su pasta de poeta y las virtudes del ensayista y del filósofo cabal, de allí que deba confesar que a la entrada de la puerta no estaba frente a un hombre común. Fue el encuentro con una angustia, con un ser cargado de procesiones internas, de llantos silenciosos y que sin decirlo arrastraba una cruz de martirio fabricada día a día con la decepción de ver al país dirigirse irremisiblemente al inicio de su hora más nefasta. Pero esta vez no era solo la ansiedad del filósofo marxista, ahora estaba frente a las congojas de sus problemas de salud y los difíciles momentos económicos que le carcomían con más fuerza que el imperialismo que tanto combatió. Era un Ludovico desconsolado, tal vez entregado a la más despiadada de las amarguras porque había perdido la fe en sí mismo.

Durante la conversación que siguió a la entrada me ofreció una taza de café mientras él bebía un vaso de agua, en el que, sin proponérselo, su mano temblorosa hacía tintinear el hielo como si fuera un trago, el trago prohibido que los dos sin decirlo sabíamos que añoraba desesperadamente. Mientras se desarrollaba el diálogo ya mis ojos de fotógrafo empezaron a indagar en sus gestos y rincones. El gris de la tarde no daba luces de contraste, pero su depresión lo volvía el sujeto perfecto para la foto en blanco y negro, y de su piel cubierta de desencantos se desprendían todos los tonos del gris sin la necesidad de los destellos artificiales. Lo que me dolía es que hubieran pasado tantos años para el reencuentro y ya poco quedara del Ludovico cargado de entusiasmos que yo había conocido. Ahora su rostro solo mostraba cansancio y en los pómulos se veían las heridas mortales que la bebida había causado en su organismo. El día en que fui a su casa para retratarlo vi en su imagen los rasgos de un mártir y una carga de sufrimientos y desesperanzas, que para bien o para mal quedaron atrapados a través del lente de la cámara. Luego vino la búsqueda de los ángulos y de la luz, el indagar en los vericuetos del alma del soldado herido y traspasar más allá de su mirada para dejarlo inmóvil en la efímera eternidad del negativo. Después ya no lo vi más. Cuando se inauguró la exposición “Puño y letra” en la Biblioteca Nacional, él no acudió a la cita. Había recaído y nuevamente estuvo en el hospital.

Muchos meses más tarde, al regresar de un largo viaje supe de su muerte. De la definitiva, porque cuando se vendió a los fuegos turbulentos de Baco, Ludovico había entregado su vida antes de tiempo. Supe que en la cosecha del 4 de diciembre de 1988 la parca lo llamó para desintegrar definitivamente su tristeza, sus angustias de filósofo y los tormentos que siempre se anidaron

en su alma de poeta. Lamento el no haberlo despedido el día en que emprendió ese largo viaje por los siglos.

Mayo, 1989

A mi primo Ludovico

MARCELINO BARQUÍN MICHELENA

Ludovico fue el menor de mis primos hermanos. Junto con él, Héctor y José Agustín Silva Michelena, formábamos una hermandad con raíces muy profundas que convergen en un tronco común que fue nuestro abuelo Dimas Michelena, el cual, sin lugar a dudas, tuvo una marcada y decisiva influencia sobre todos nosotros. Los cuatro, al igual que nuestro predecesor, nunca fuimos conformistas ni pusilánimes ante los hechos del mundo que nos rodeaba. Cada uno a su estilo y creencias, combatíamos el facilismo y la injusticia. Queríamos acelerar los cambios que se venían produciendo, queríamos una Venezuela que estuviera auténticamente a la altura de los ideales de nuestros libertadores, pero sobre todo, queríamos un mundo mejor, más justo y más humano.

Mirando el pasado diría que esos ideales nuestros se fueron plasmando en la localidad del Chaure (Puerto La Cruz) donde transcurrieron los años de la adolescencia de mis primos y mi persona, que era asiduo visitante del hogar de ellos.

Ludovico eligió para encauzar sus ideales el camino más difícil, más puro y más angustiante, que fue el ser un verdadero intelectual en un medio totalmente materialista con muy pocas honrosas excepciones.

La válvula de escape de la clarividencia de su pensamiento fue el ser escritor a tiempo completo. Sus actuaciones como poeta, crítico literario y

ensayista matizaban su vida. Su pasión, el marxismo, lo llevó a ser una eminencia con reconocimiento internacional en este campo filosófico-económico, lector incansable, políglota, amante de la comunicación a través de la docencia y el diálogo rico en anécdotas y citas de escritores y filósofos de su preferencia. Estos son solo algunos de los hechos sobresalientes de su personalidad. Para mí Ludovico, a quien siempre tuve un gran cariño, como si fuera un hermano menor, era un remanso de tranquilidad y de pensamiento profundo. Tocaba mis más recónditas fibras y me despertaba de la anestesia en que vivimos en nuestra traumatizante sociedad, en donde los valores tienen una etiqueta de *how much*.

Me sentí profundamente orgulloso de poder contribuir con Ludovico en la elaboración y publicación de la excelente revista *Lamigal* que él dirigía. Fue para Ludovico un reto, la materialización de un profundo deseo de crear un medio de comunicación libre de toda atadura, en donde se le daba cabida a todo tipo de pensamiento humano, literario, científico, así como a las artes, que se destacaran dentro y fuera de nuestras fronteras. Fue también la revista *Lamigal*, de reconocida fama internacional, motivo de un gran golpe para Ludovico. Cuando la revista estaba en su apogeo por su calidad de contenido y formato, que tuvieron los elogios de los críticos más severos, se tuvo que suspender su publicación por los problemas que aquejaban a su patrocinador *Lamigal*, blanco de los ataques más injustos que se hayan dado en el mundo empresarial venezolano.

Mucho y casi en forma y manera inagotable se podría hablar de Ludovico. Resumir su pensamiento, su forma de ser, su forma de sentir y su humanismo nos puede hacer caer en la imprecisión y quedarnos cortos en la profundidad de su existencia.

En la contribución a las memorias que estoy escribiendo sobre mis vivencias, Ludovico en su artículo “Mi recuerdo de la revista *Lamigal*” termina diciendo: “En cada una de las actividades humanas se tiene que vivir constantemente expuesto al foco luminoso de la notoriedad, ya sea hombre o producto industrial, al que gane la supremacía, la rivalidad y la envidia estarán siempre atacándole”.

Ludovico nunca se escapó de este axioma, pero ahora que se fue, la realidad sobre tan ilustre venezolano será cada vez más resplandeciente a través del tiempo.

Mayo, 1989

Ludovico, despierta

MARÍA INMACULADA BARRIOS

Tomado de los “Cantos para que no te mueras”. Dedicados a Ludovico.

*Despierta,
que cruce el olor del naranjo
por toda la sierra,
que ya no hay tristeza
se escapó en un potro
después de la siesta.*

*Despierta,
que hay una botija
con siete monedas
que marcan los pasos de lluvia
y el duelo del viento
contra las higueras.*

*Despierta,
que hay una baranda
para tu silencio,
una orilla blanca
que deslinda sueños,*

Beatriz Guzmán de Silva **Para recordar a Ludovico Silva**

*que alumbra lo oscuro,
que cerca los miedos.*

1984

Evocación madrileña de Ludovico Silva

BALBINO BLANCO SÁNCHEZ

El año de 1956 transcurrió para nosotros en España, entre otras actividades, en un curso de Documentación Española al que asistimos en calidad de becarios, y que se realizó en la Escuela Oficial de Periodismo de Zurbano, dependiente de la Universidad de Madrid.

Como es natural, la circunstancia antes señalada nos permitió establecer contactos a todos los niveles con la vida activa de Madrid y de otros sectores españoles. Allí tuvimos como orientador principal al veterano periodista don Manuel Calvo Hernando, quien muchos años más tarde vino a Venezuela para dictar cursillos de periodismo científico que auspiciaron la Asociación Venezolana de Periodistas (AVP) y el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC).

En ese mismo año tuvimos varios encuentros con el entonces muy joven poeta venezolano Ludovico Silva Michelena, quien a la sazón realizaba estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Particularmente nos impresionó la lectura de poemas que hizo Ludovico en el Ateneo de Madrid, ante una muy nutrida y selecta concurrencia, donde predominaban, por supuesto, los poetas jóvenes españoles e hispanoamericanos.

Los poemas leídos por Ludovico en tal ocasión despertaron gran interés entre los asistentes, y ajustándose a normas tradicionales se procedió al final de la lectura a una tertulia y un coloquio sobre el carácter místico de

las creaciones de Silva Michelena. De ese memorable domingo de mayo han transcurrido treinta y nueve años, y recordamos que en el coloquio algunos de los participantes señalaron la influencia de San Juan de la Cruz, admitida por el poeta, con la añadidura de que él se sentía también inmerso en el mundo creativo americano de César Vallejo.

En otra oportunidad, acompañamos al poeta Ludovico Silva a las tertulias habituales del Ateneo, y de modo especial a una en la que participaron también el poeta Hierro y otros vates españoles que copaban la escena creativa de entonces. En dicha ocasión también estuvo el poeta nacional Ramón Sosa Montes de Oca. Ya estaba en gestación el formidable esteta que posteriormente nos dio los frutos de su formación interior en las décadas del sesenta, setenta y ochenta, y que para nuestro gusto encuentra expresión esencial en la cantata *La soledad de Orfeo*, poema que fue publicado en 1980.

En nuestra colección de discos y *cassettes* para divulgar a los poetas venezolanos e hispanoamericanos, hemos incluido gustosamente a Ludovico Silva, con una de sus canciones desgarradoras y profundas, servidas en lenguaje accesible al común de las gentes. En Ludovico no solo admiramos al poeta y al filósofo, sino también a su agudo, penetrante y objetivo sentido crítico de la poesía.

En un puño de mar resumo el mundo

JESÚS OMAR BRICEÑO

*Ludovico
Ludens Víctor
Ludo vida
y la vida que es lúdica
me la juego en un trago
y soy Ludo y soy Vida
y les dejo el recuerdo
de jugarme la vida
y llevarme de ella
tan solo la sonrisa
el amor y el juego
—Ludo—Ludens— de
haber querido ser
sin haber sido*

Mayo, 1989

Encuentro

SUSANA BRIOSO

*A mi preceptor Ludovico
con devoción y estremecimiento.*

*De pronto fuiste ese ser implacable
impúdicamente abrazado a su soledad
sordo ciego constelado en la mirada
sorpresa de ámbar rasgo de luz
secreta persistencia.*

*Y te acercaste a la sima
para apropiarte de los silencios
nacidos después de cada verso del espacio
que se abre como un dolor al final
de cada palabra.*

Febrero, 1989

Ludovico: La soledad de Orfeo

LUIS BRITTO GARCÍA

A principios de los sesenta, un reportero del diario *Clarín* tecleaba una crónica de andanzas cotidianas tituladas “Ludovico a pie”.

Contaba embriagueces, errancias, arrebatos, por la ventana misma del diario se escuchaban los tiroteos de una revolución que podía triunfar de un momento a otro. El reportero era joven, era bien parecido, era poeta. ¿Qué más podía exigir a la vida, qué más podía exigirse, cuando la euforia de un triunfo que se presentía inmediato iluminaría de una vez por todas la vida de sentido, iluminaría lo mejor y lo peor?

El torbellino convertiría a cualquiera en un Esenin o un Maiakovski, a otros los destrozaría, pero con la gloria del martirio. Todo parecía tan fácil. Aquellos a quienes los dioses aman son poetas en vísperas de revolución.

Estos dones colocaban a Ludovico al borde del riesgo más común en la literatura: el de una primera obra afortunada, que lo indujera a vivir estérilmente de un prestigio. Pero hubo la primera, la segunda y varias decenas más.

Creen los ingenuos o los perversos que la poesía es un don. Como todo otro poder creativo, es un combate en el que cada milímetro ganado cuesta exacta sangre. Ha podido entonces Ludovico con tanto derecho perderse en su batalla para sí y disfrutar de la única gloria humana: la del creador. Pero el destino de Orfeo llama siempre a la lucha con los demonios. Al compromiso.

Todas las momias del mundo han demostrado que las revoluciones son imposibles. Se siguen haciendo por una razón: la revolución es una fiesta. Es la única fiesta posible, que junta los dispersos reinos del intelecto, del sentimiento y del ser colectivo. Es a la vez música para la razón, para el corazón y para la amistad social. Se la vive como arrebatos y es una aventura. Cuando se la vive como destino es una pasión. Ludovico eligió así la disciplina del compromiso y de la militancia. Difícil opción, siempre llena de historias. Cuando un comité de burócratas de partido no puede contra la realidad, opta por cambiar la literatura de sus militantes. Ludovico sorteó estos escollos, mantuvo una consecuente militancia y un indeclinable compromiso.

Pero toda melodía es a la vez pasión y orden. Ludovico era uno de los más brillantes poetas jóvenes de Venezuela: le ha podido bastar con las seducciones del talento y del carisma. Ludovico estudió Filosofía e inició una de las obras de crítica intelectual más lúcidas dentro de la interpretación del marxismo.

Si la revolución se perdió fue porque en ella fungió de faro tanto dirigente que no era más que eco. Hubo tantos “marxistas de oído”, que nunca leyeron un libro y simplemente repitieron como cacatúas algún eslogan. Su única ideología fue la del viento que soplabá: por eso, tantos tremebundos matachines terminaron rendidos a comandos de campaña; pasados para oficinas planificadoras o haciendo carrera de la abjuración.

Quienes habían visto en la revolución socialista un destino, y no una oportunidad; un deber, y no una escalinata; permanecieron indeclinablemente fieles, y ello tuvo su costo, mientras que los tráfugas solo tuvieron un precio.

El costo de la conciencia lúcida en la Venezuela de la corrupción fue la soledad. Durante el saqueo y la desertión, Ludovico permaneció firme, enriqueciendo la comprensión de la teoría revolucionaria.

Benditas las autoridades académicas que alguna vez le concedieron tiempo para escribir; de ese tiempo no alienado hizo Ludovico una de las más sólidas obras teóricas de nuestro espacio intelectual, tan carente, por otra parte, de reflexión. Si es uno de los temas recurrentes de nuestra crítica el acusar a un libro de ser inteligente, de reflejar la cultura del autor, de ser erudito, Ludovico incurrió incesantemente en estos pecados.

Por comprometido; por asiduo creador, por indeclinable, por todo lo que ha debido cosecharle elogios, recibió Ludovico críticas, de la derecha contra la cual combatía, y de la izquierda por la cual combatía.

Ludovico, Orlando Araujo, Abreu, Valera Mora, inevitable siempre juntar estos nombres, que unieron la sensibilidad del creador y la lucidez del intérprete, la soledad de los iluminados y la solidaridad de los combatientes.

Una sociedad enceguecida creyó anularlos no oyéndolos; creyó comprar la paz no pensando. Creyó condenarlos a eterna soledad, y sin ellos, ¡qué triste se ha quedado, qué definitivamente solitaria!

Mayo, 1989

Los años se disfrazan de ángeles

MIGUEL ÁNGEL BUONAFFINA

*Los años se disfrazan de ángeles,
para irse a dormir con los sueños.
Llevo la primera señal al cementerio.
Quizás es el ruido de la muerte,
sin el color azul.*

*El hombre, cuando va hacia el abismo,
sospecha de su sombra
y jura ser bueno.*

*Pero cuando la brisa fría y melancólica
lo atropella y se lo lleva
a una vereda extraña,
su alma duerme en la existencia terrenal.*

*Entonces, vuelve sobre las tinieblas alcanzadas
y parece un niño
que da miedo verle los ojos,
cuando la nube de la noche se despide
en lúgubre silencio.*

Abril, 1989

Jurisdicción del vino

MANUEL CABALLERO

*Tan solo quiero un cubículo
una botella y una mujer
para vivir en paz con mi destino.*

Piedras y campanas

El vino es democrático, pero el talento es aristocrático. Porque el vino suelta todas las lenguas, pero solo a unas pocas las enaltece. Estamos habituados a un ataque casi rutinario contra los escritores demasiado adictos al vino: “¡Cómo se puede perder así un talento!”, y a una defensa tanto o peor que ese ataque: según ella, beber permite pensar, sentir, escribir, y si no, no.

Puede parecer disparatado, ilógico y hasta una contradicción en los términos, pero conviene trazar algunas fronteras sobre el vino. Hasta ahora, y por lo visto siempre será así, el alcohol no le ha dado talento a nadie. Y eso, en ninguno de los dos sentidos: ni por ingerirlo (poco, mediana, desbordadamente) ni por abstenerse de hacerlo de a mucho o de a poco. Es cierto que igual cosa puede decirse de cualquier experiencia vital. El talento no se compra con dinero, pero tampoco sin él; así como nadie es artista por ser rico, tampoco por andar con una mano atrás y otra adelante. Hoy se ha hecho habitual, sobre todo entre militantes políticos que, al verse encerrados y condenados por largos períodos a una inactividad forzosa, crean descubrirse talentos de escritor, o cuando menos, de pensador político. Por lo general la

intentona falla, porque lo que no bajó del cielo cuando se andaba suelto, no tiene por qué hacerlo en el encierro. La más traumática de todas las experiencias, la guerra, puede pasar incluso por encima de hombres de talento, pero que no tienen especial sensibilidad para captar la muerte y sus horrores, y regresan del frente sin una línea que lo aluda.

Igual sucede con el alcohol, pero aquí hay algo más. El talento de un creador se refleja en su obra. Y hasta ahora, con excepción de alguno que otro poeta y tal vez algún pintor, nadie trabaja de verdad en un bar. Porque, para hablar con García Márquez, allí puede venir el diez por ciento de inspiración pero no el noventa por ciento de transpiración que están en toda obra trascendente. Porque lo primero que un artista necesita para crear es la soledad, y no solo es imposible encontrarla en tales sitios, sino además que por falsa y superficial que pueda ser, la compañía alcohólica es siempre bulliciosa y lo que es peor, entrometida. Ludovico sabía de estas cosas. Por eso pedía su botella, su mujer, y un cubículo.

El alcohol tiene la particularidad de engañarnos con respecto a nuestra propia capacidad intelectual. Por razones que los médicos conocen, todos nos sentimos más inteligentes con unas copas dentro. Y eso si uno lo es, como si no. Pero como en una barra no siempre, casi nunca, se tiene la posibilidad de escoger el auditorio, todo el que apoya sus codos en el mostrador, y está pagando por hacerlo, tiene igual derecho de expresarse. Puede que lo que se expresa no valga nada, pero eso no se sabrá hasta que no se haya hecho y aún así, nunca faltará el imbécil que aplauda. Por lo general, al transformarse todo eso en una conversación abierta a la democracia del vino, sucede que quien se impone no sea el mejor cerebro, sino el mejor pulmón.

Todo eso no impide que veamos las cosas también del otro lado. Decir como arriba, que el artista se expresa en su obra, es cierto solo en parte. La tertulia es tan necesaria al desarrollo de la labor intelectual como puede serlo la lectura; y la escritura misma. Comunicarse experiencias, sensaciones, ideas, alegrías y dolores es absolutamente necesario al creador. Un escritor, un artista mudo es un contrasentido. Y la forma más inmediata de comunicarse, la más libre y no pocas veces la más fructífera es la conversación pura y simple. Y nada hay como el alcohol para ayudar a la gente, por muy parca y poco dada a hablar que pueda ser, para ayudarla a desatar su lengua.

El vino puede ser un excelente compañero. Pero se debe evitar la confusión corriente: no todos los compañeros del vino lo son. Se suele decir que no hay mayor peligro que beber a solas. Si, tal vez: beber mal acompañado.

*Ayer vi pasar un camello
borracho, con un libro y maldiciendo
frente a mi ventana.
Y me hubiese asombrado, de no ser
que después del camello pasó un hombre
feliz y almidonado, a su trabajo.*

Cuaderno de la noche.

Ludovico

RAFAEL CADENAS

A raíz del derrocamiento de la dictadura, regresa a Venezuela Ludovico Silva. Tenía veintiún años. Venía de andar por Europa donde había pasado seis, los más de ellos en España, que lo marcó hondamente, como a hijo, y a la que iba a deber, en buena parte, el señorío de su lenguaje. Conocía ya varios idiomas, a los cuales se sumaría más tarde el griego, y sabía todo lo que es preciso saber para escribir un artículo, un ensayo, un poema. Traía, asimismo, un caudal de lecturas que desbordaban lo previsible para su edad; traía ese entusiasmo que instiga a escribir, traía su vivacidad, su gracia, su generosidad.

Llega Ludovico en momentos de mucho hervor. Se iba a erigir la democracia. Venezuela sería al cabo un país, pensaban quienes no conocían lo inseguro del terreno sobre el cual se levantaría el edificio. Acechaba, no muy lejos, la corrupción, esa forma de barbarie que todo lo destruye (¿habrá algún plan que no sucumba ante semejante plaga?).

Se avecinaba la década de los sesenta, tiempo de desengaños precursores de madurez, de desarrollo interior, de apertura a nuevas posibilidades, pues es necesario desilusionarse para acceder a la realidad. En este período, que le va a servir de punto de partida para realizar su obra, Ludovico inicia su labor periodística, publica su primer libro de poesía y hace sus estudios de filosofía en la Universidad Central. Pronto surgirán sus ensayos sobre marxismo,

que habrán de aportar un frescor inusual a esa corriente y los cuales distan mucho de esos trabajos escolásticos que seguramente el mismo fundador hubiera desheredado. En Marx busca y estudia lo más humanizador, lo más duradero.

La otra faz de Ludovico, la entrañable, es la que se expresa en su poesía. En ella está presente la desgarradura, la herida inclasificable, la espina sin nombre. Lo que está más allá, o más acá, de teorías, y que puede volverse hundimiento cotidiano o camino hacia espacios interiores donde algunos seres encuentran el contrapeso liberador, ese algo que los aúna con la vida. “Consolación de las almas tensas” –como la suya– llamó Ludovico al amor. Hubiera podido decir lo mismo de la poesía, que fue para él eso, alivio de las disensiones internas entre los “dos hombres” que lo habitaban, y escribían “dos especies de poemas”, como dice en uno de sus aforismos. Pero ya fuesen poemas contruidos conforme a la métrica, ya fuesen escritos en “versos hechos pedazos”, todos son fases de una misma tormenta.

La obra de Ludovico, que a mi ver no ha sido valorada debidamente, forma parte del patrimonio literario de “esta tierra extraviada”, y espera desde hace tiempo los estudios que merece.

Ludovico hace falta. Esto lo sentimos no solo sus amigos, sino todos aquellos para quienes la cultura tiene significado.

Mayo, 1989

A Ludo sin adiós

AGUSTÍN CALZADILLA

I

*Hoy emprendiste
tu anunciado viaje
y mi tristeza se infla como un globo
que te busca
en cualquier dimensión del universo.*

*Allí estarás con Cristo, Marx y Bolívar
revolucionarios que como tú
empuñaron el verbo
para derribar imperios.*

*Tu pluma maravillosa
dibujó la pasión que sentiste
por el amor y la verdad.*

II

*Ludovico
hoy el sepulturero ríe*

*y sus carcajadas brotan
desgarradas por el dolor.*

*Hermano
el vino calma mi sed
mientras las mariposas
visten de gala
para llevarte a una galaxia de flores.*

*Abí estará tu poesía
tu mirada profunda
tu sonrisa de niño grande
y aquí estaré llorando
sin adiós Ludo
sin adiós.*

4 de diciembre de 1988

Contra toda nostalgia

JUAN CALZADILLA

*El amor puro a las palabras
no se mantiene por siempre.
Llega el momento en que
se imponen a las cosas.*

Ludovico Silva

Por una especie de previsión fatal, y tal vez de escrúpulo ante la idea de que pudiera no hacerlo otro en el futuro, Ludovico Silva compiló su producción poética entera, o casi entera (Ediciones de la Presidencia de la República, 1988), para verla él mismo publicada antes de que el destino le cerrara el paso, conduciéndolo hacia esa otra forma de destierro que es la muerte. Esa muerte que había advertido dentro de él, que lo existía, lo expatriaba y no se apartaba de su *numen*, y a la que no cesaba de cantarle, como eje de una de las principales obsesiones en que se cifraba a la vez –junto con la aceptación de ella– un ansia profunda de vida, que nutría también su contradicción esencial de hombre: “Aún amo la vida, pero debo morir”. La decisión de compilar su *Ópera poética* abriga por ahora, antes de que pueda ser abordada por la crítica, dos intenciones perfectamente claras. Por un lado, es su testamento de escritor, expresión última del deseo de ofrecerse en cuerpo entero a una posteridad concreta en la que descansa su creencia en que “algo de nosotros queda,

aunque sean unos poemas; no morimos del todo". Por otro lado, la *Ópera poética* representa, a contracorriente, su convicción de que, por encima de sus facetas de escritor múltiple, es su condición de poeta la que más penetra todos sus actos y proclama la unidad integral de su ser, para cerrar toda escapatoria al desdoblamiento. La pródiga vena poética que lo puebla, barroca o manirista como decía él, corre paralela a su vida, testimoniándola y expresándola en distintos momentos y a lo largo de instancias intelectuales o simplemente biológicas. La poesía le es necesaria; Ludovico Silva la entiende como auto-explicación, como extensión de un código visceral que nos lleva siempre a encontrar el autor inmerso en su texto, como sujeto de él. A menudo escribe en primera persona, redundando en lo autobiográfico. No obstante su temple ingenuo y espontáneo, resulta una poesía pacientemente elaborada, opuesta a todo signo de improvisación. El carácter confesional de su discurso y el convencimiento de que el verdadero ideal poético, como dijera Kierkegaard, pertenece a la realidad, es lo que hacen de Ludovico, independientemente de cualquier juicio de valor, un poeta singular en la Venezuela en que vivimos.

Fue ante todo un solitario, un marginal respecto a las tendencias que prevalecían en nuestra poesía contemporánea, frente a las cuales mantuvo, si así puede decirse, una posición renovadora. Renovadora en cuanto a integrar al sentido actual de la poesía preocupaciones de índole humanística que procedían de su condición de pensador y de su vasto conocimiento de las literaturas clásicas y moderna. Estas preocupaciones impregnan a su poesía y le comunican su originalidad.

Las poéticas que prevalecían antes y después de la aparición de Ludovico Silva en los bares de Sabana Grande se nutrían, ya lo sabemos, de influencias mayoritariamente francesas y en particular del surrealismo; son poéticas que preconizan la autonomía verbal, un culto desmedido al lenguaje metafórico y el sacrificio del sentido al esplendor de la frase.

El riesgo mayor de esta poesía ha sido una excesiva confianza en que el poder de invención del lenguaje se orienta al ámbito específico de la subjetividad, con prescindencia de lo real. La consecuencia ha sido que, consciente o inconsciente (incluso para los que lo niegan), se hayan asimilado para la construcción poética los procedimientos automáticos del surrealismo, no así necesariamente la posición ética que estaba inexplicablemente ligada a los actos surrealistas (si hacemos excepción del Techo de la Ballena, que entendió bien esta relación).

La nueva poesía admitió como propio el curso de la modernidad, de forma tal que desde Ramos Sucre (a quien se ha señalado como precursor y cuyas inclinaciones simbolistas están perfectamente arraigadas en poetas franceses de fines del S. XIX) ha predominado entre nosotros un exigente y elevado concepto de la elaboración formal, del valor exclusivo del vocablo poético, en

perjuicio del significado y de la aprehensión unívoca de lo real. Es obvio que el desprendimiento de la anécdota y de todo cuanto pudiera hacerse lógicamente explícito por sí mismo, contribuyó no solo a reforzar la tendencia de los poetas hacia el lenguaje críptico, sino también a ampliar aún más, desde su ámbito mágico o heroico, el radio de aislamiento e incomunicación de la poesía.

La obra poética de Ludovico Silva no intenta ser distinta a la que ha prevalecido; y tampoco se propuso contradecirla, ni siquiera cuando se planteó la crítica (o, mejor, la lectura) de ella. Por el contrario, sus estudios legitiman esas tendencias que él examina con atención hasta formular uno de los cuerpos críticos más lúcidos que sobre las nuevas poéticas haya dejado escritor alguno. El curso opuesto que sigue su obra —al tiempo que convalida un discurso ajeno dentro del cual no puede ni pretende inscribirse— deriva así, pues, de sus gustos y motivaciones humanísticas, que hacen de él mismo el centro de sus reflexiones, y a la vez deriva de la incapacidad que siente para neutralizar su condición de poeta confesional, de poeta existencial.

Por otra parte, salvo honrosas excepciones, la poesía nueva se ha construido como olvido de la preceptiva tradicional. La musicalidad que procede de los metros, tan cara a nuestros modernistas, se ha sustituido por el ritmo interior, por una eufonía derivada de asociar libremente las palabras consideradas como materia prima del poema.

Sin rechazar el ritmo interno cuando elige para expresarse en verso libre, Ludovico Silva adoptó las métricas tradicionales más conocidas convencido de la unidad histórica de la poesía, e hizo de esta apuesta un punto de honor en su defensa del texto. Cuando todos la condenan por anticuada, apela en buena medida a la versificación clásica. Por esto, familiarizado con las formas del pasado, diciéndose como Darío antiguo y moderno, proclama sus ascendientes dentro del orbe de las lenguas europeas, Dante y Rimbaud, Baudelaire y Machado, a quienes cita o parafrasea incesantemente. Pero sus dioses también ocupan abismos entre los cuales el equilibrio que debe guardar el adepto supone el riesgo de la caída y la elevación; él lo corre. Acepta el orden en la forma para dar rienda suelta, mediante el acatamiento de una voluntad libre y soberana, a los sentimientos de una vívida relación con nuestra época para expresar con ello un compromiso con la vida que ni la desmesura de sus intenciones universalistas ni el poder de la muerte lograron, a la vista de *Ópera poética*, silenciar.

Enero, 1989

Entre dos orillas: recordando a Ludovico Silva

JOSÉ MANUEL CASTAÑÓN

Poco antes de su muerte al finalizar 1988, las Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela dieron a la luz toda la creación lírica del filósofo-poeta o poeta-filósofo, como quiera llamársele, Ludovico Silva Michelena, bajo el título *Ópera poética (1958-1982)*. Parece como si fuera una premonición a su muerte (muerte vallejianamente de vida y no de tiempo), y quisiera la Presidencia de la República de la patria de Bolívar –y nacido en la ciudad de Caracas como Bolívar– honrar a uno de sus más valiosos hijos y que tuviera esta satisfacción, el poeta, el mismo año en que nos abandonó.

Ludovico Silva fue uno de los mejores poetas de Venezuela, un lúcido ensayista y un incomparable amigo –lo dice el gran poeta chileno Mahfud Massis por la Radio Nacional de Venezuela.

Ninguna de sus cualidades, sin embargo, impidió que amaneciera muerto el cuatro de diciembre cuando todo el mundo corría hacia las mesas electorales. Antes había dicho (recuerda Mahfud Massis): “Hay que levantarse para ir a votar”, pero nunca se levantó y se quedó dormido como se duermen algunos santos, sin dolores ni agonías, como quien da vuelta a una hoja de los muchos libros que escribió.

El gran poeta Mahfud Massis, acusador implacable del dictador de su patria, se quedó anclado en Venezuela donde ejercía el cargo de consejero cultural de la Embajada de Chile cuando el asesinato de Allende. Se lo ganó bien pronto Ludovico Silva para su efecto, como me ganó a mí desde que le conocí y a pesar de su entrega etílica tan tropical que le llevaría a la muerte, aun cuando en los últimos meses de su vida, por el amor a su esposa Beatriz, tan santa mujer a su lado, ya no probara ni una gota de alcohol. Pero ya era tarde y hemos de agradecer al destino que a pesar de ser acusado al igual que Orlando Araujo de escritor etílico, los dos han dejado una magnífica obra. El alcohol les desbarató el hígado pero no la mente y recuerdo ahora cómo, con ingenuidad de niño, Ludovico me decía una vez que nos invitó el gran amigo español Antonio Recalde y su esposa, en compañía de su Beatriz y comiendo todos menos Ludovico que bebía y bebía: “Castañón, si alguna vez escribes sobre mí tienes que decir que yo no fui esclavo del alcohol, sino que el alcohol fue esclavo mío”.

En el fondo, mi querido amigo Ludovico Silva, lanzado de la casa por la primera mujer que fue cruel con él, quería curarse por el amor a su segunda mujer (la venezolana, la que fuera verdadera esposa para él) y se curó, pero ya tarde y para morir a una edad dos años más viejo que Rubén Darío, también gran alcohólico e inmenso poeta para gloria de las dos orillas, quien regresó a su Nicaragua natal para morir a los cuarenta y nueve años de edad, después de ser un corre mundo y un gozador y sufridor de la vida como lo fue Ludovico Silva. Poco antes de su muerte en un reportaje publicado por la revista *Imagen*, fallecido ya el poeta Ludovico, este recordaba en la conversación con Esdras Parra: “Luego vino la aparición fulgurante de Rubén Darío quien, por cierto, me marcó mucho cuando lo leí por primera vez, y me sigue pareciendo el gran poeta de América, junto a Vallejo”.

Ludovico sabía oler como nadie la poesía, y así dice para la propia revista y muy bien dicho: “Guillén [Jorge Guillén nuestro gran poeta español que honró con su amistad a Ludovico Silva] nunca se salió de los moldes tradicionales. Lo cual no impide que su poesía fuese profundamente revolucionaria”.

Cuando le escriba al que fue gran amigo de Guillén, mi admirado compatriota en Los Angeles, José Rubia Barcia, admirará este juicio del venezolano, quien por demás deja ensayos magníficos sobre sus compatriotas poetas, Vicente Gerbasi, Juan Liscano y Juan Calzadilla, entre otros; porque su generosidad y su afán de creación no tuvo más límite que el de la muerte y, en verdad, que para la creación, el alcohol no pudo con él, aunque volviera polvo su organismo.

Se dice que Ludovico no fue buen catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela. No necesitaba serlo dando

lecciones filosóficas de cotorra, como tantos profesores (y sálvese quien pueda). Ludovico estaba predestinado –y con ternura lo comprendió su gran maestro el sabio Juan David García Bacca y en páginas hermosas lo reconoce el propio Ludovico– a perdurar en la letra impresa, no en la palabra al aire.

En su piso de alquiler, que ha de abandonar la mujer tan amada por el poeta, entre papagayos verdes, teníamos los españoles un consulado sin bandera, y a su lado, como un hermano de Ludovico y Beatriz, vivió el joven poeta aragonés Pepe Sellán y un tipo singular al que un día hemos de dedicarle la crónica que se merece. Es Jesús Martínez, *Jesús de Bilbao*, a quien así canta Ludovico en sus *Retratos*:

*De tu ciudad lluviosa, entre la noche
te escapaste hacia este trópico
con tu largo caminar,
tu soledad de perro ensimismado,
toda tu antigua mierda
de viejo soldado,
todo ese caminar de chivo loco
que anduvo por las estepas rusas
tirando balas a los bestias negros
de cruz gamada,
asomándote a la cama de Catalina
con sus cuatro penes gigantescos.
Oh, Jesús de Bilbao
vuelve a pelear,
resucita tu campo de batalla,
siempre tendrás en mí al amigo fiel
que te recogerá como a un soldado
cansado de luchar
contra el muro feroz de la esperanza.*

Mi gran amigo asturiano Arturo García García quiso honrar al poeta Ludovico Silva cuando yo le hablé de su cantata *La soledad de Orfeo*, poema juvenil que pasó largos años engavetado y luego de bien pulido por Ludovico Silva fue publicado por mi amigo Arturo. Jorge Guillén se lo había recomendado a una editorial española, pero los editores le cobraban muchísimo dinero para editar ese poemario que admiró el gran músico y compositor Antonio Estévez.

En el libro de Ludovico Silva, *Filosofía de la ociosidad*, publicado un año antes de su muerte por la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia,

en su colección “Estudios, monografías y ensayos”, en las páginas 57 y 58 dice de su cantata *La soledad de Orfeo*:

Le dejé dormir durante veinte años (la había escrito a los veintiuno), luego la retomé, la pulí y la publiqué. El resultado por parte de la crítica fue nulo. Ni siquiera un comentario, salvo el del músico Antonio Estévez. Y sin embargo es mi mejor poema, tal vez mi mejor obra. No tiene nada de extraño, en la historia de las artes, que la mejor obra de un artista sea la más menospreciada en su tiempo. La historia está llena de casos.

¿Diremos que por culpa del monstruo Smaug gabaldoniano presente siempre en mí? Mas no recordemos lo asqueroso del monstruo en su afán de lucro, sino en este caso la nobleza de quien lo vence por amor. Por lo que así escribe, su nobleza le obliga, nuestro cónsul afectivo Ludovico:

Fue un español, sin embargo, quien me lo editó. Su nombre: Arturo García. El mediador: mi gran amigo español el escritor José Manuel Castañón. No me costó un centavo, por la sencilla razón de que García quería *motu proprio* editar un libro mío. De modo que nació a la luz con suerte, y con suerte espero que morirá algún día, si es que este tipo de cosas pueden morir. Arturo Uslar Pietri lo vio muy bien, en la carta-prólogo que escribió para mi poema o cantata.

Jesús Martínez, Jesús de Bilbao, siente la partida del amigo que fue su hermano, como Mahfud Massis, como Pepe Sellán, como Arturo García, como yo y como tantos venezolanos y extranjeros, porque Ludovico supo ser hermano para todos.

Los *Papeles* de Ludovico Silva

MARÍA TERESA CASTILLO

Me unieron y me unen muchas cosas a Ludovico Silva. Pero las más importantes y las que recuerdo con mayor gratitud son el tiempo y la obra que él dejó en el Ateneo de Caracas.

Ludovico significa para el Ateneo uno de los momentos más brillantes de toda su actividad pública. No recuerdo exactamente cómo llegó, pero en ese momento él ya era un gran escritor, un extraordinario periodista que publicaba frecuentemente crónicas en *El Nacional*, un estudioso y un filósofo fuera de lo común. Aunque yo diría que Ludovico era, sobre todo, un gran soñador.

Tuvimos la suerte en el Ateneo de Caracas de tenerlo como nuestro secretario general por un largo período, lo que indudablemente le daba un gran prestigio a la institución. Por ese tiempo Ludovico tenía dificultades económicas y necesitaba de aquel cargo. Pero tanto él como nosotros sabíamos que no era ese un lugar hecho precisamente para una sensibilidad como la suya. Él se sentía fuera de ambiente, no estaba hecho para eso. Se sentía más a gusto en el bar de Eduardo, conversando con los intelectuales que lo frecuentaban por aquella época.

Sin embargo, eso fue una bendición para el Ateneo. Ludovico, un tanto insatisfecho de su propia gestión, decidió compensarla a través de una idea de la cual fue artífice y director durante mucho tiempo: la creación de una

revista. Pues, como él mismo decía, el Ateneo tenía de todo, teatro, actividad plástica, foros, música, pero le faltaba una publicación de altura que reuniera lo mejor de nuestros poetas, pensadores, dibujantes y dramaturgos.

Así nació *Papeles*, la revista del Ateneo de Caracas que Ludovico dirigió durante sus primeros seis números. Ludovico, con todo el apoyo y el entusiasmo de Miguel Otero Silva, dedicó toda su energía a la revista y logró un verdadero milagro. Recordemos que en aquel tiempo no había recursos como para mantener aquella publicación y a muchos, entre los que me incluyo, nos parecía un proyecto de locura. Pero allí vino lo mejor, lo maravilloso de su empeño. Ludovico, por cuenta propia, inició gestiones con la imprenta nacional y consiguió de manera gratuita no solo la impresión sino el papel de la revista. Además, comenzó a escribirle a los autores solicitando colaboraciones gratuitas y rápidamente obtenía respuestas satisfactorias. Yo digo que solo un poeta, un artista generoso como él, pudo lograr el milagro de hacer una revista de tanta calidad prácticamente sin recurso alguno.

Lo que vino después puede constatarse revisando la colección de *Papeles*. Desde el primer número, publicado en 1966, la revista fue capaz de recoger los nombres más importantes de los intelectuales y artistas venezolanos y latinoamericanos. En *Papeles* se publicaron trabajos de gente ya consagrada como Uslar Pietri, Neruda, Asturias, Onetti, o el propio Miguel Otero; de otros que recién comenzaban a destacarse, como Fuentes, Vargas Llosa, Salvador Garmendia, Adriano González, García Márquez, Cortázar; de gentes que nunca antes se habían leído ni escuchado en Venezuela, como Ernesto Cardenal, y de jóvenes que el tiempo iría convirtiendo en intelectuales y artistas destacados del país, como José Ignacio Cabrujas, Alfredo Chacón, Román Chalbaud, Rubén Monasterios, Zapata, Régulo Pérez, Alfredo Silva Estrada, Jacobo Borges, por solo mencionar los primeros que se me vienen a la memoria.

Ludovico para mí, además de lo que significa para el pensamiento y la poesía venezolana y latinoamericana, forma parte amorosa de aquel Ateneo de los años sesenta. Él era un ser diferente. Nunca, lo digo sinceramente, lo vi hablar mal de alguien, o crear una situación de discordia. Era un hombre generoso y estudioso. Yo creo que era mejor pensador que poeta, pero él prefería o quería ser antes que nada poeta. Aún recuerdo la rigurosidad con la que comenzó a dedicarse al estudio de Carlos Marx justamente cuando se despidió de la dirección de *Papeles* y del Ateneo.

La gran creación de Ludovico Silva en el Ateneo fue *Papeles* y *Papeles* —no me queda duda alguna— es una de las más grandes obras del Ateneo de Caracas.

Mayo, 1989

Un humanista integral

ALFREDO CORONIL HARTMANN

En días recientes, la viuda de mi entrañable amigo y admirado humanista Ludovico Silva solicitó mi autorización para incluir el artículo que publicara, con motivo de la muerte de Ludo, en un libro homenaje o que, si prefería, hiciera un trabajo distinto de unas tres cuartillas, abordando otros aspectos del personaje. Preferí, dada la inmensa riqueza espiritual e intelectual de Ludovico, la segunda alternativa y he pasado estos días leyendo y releando sus obras, su poesía, sus ensayos, recopilaciones de sus artículos, abundante material bibliográfico. Mi disposición al tratar de hilvanar unas líneas lo más objetivas posibles sobre una figura de tanta gravitación en el mundo cultural hispanoamericano, en la cultura de nuestro tiempo, se ha visto frustrada por la imposibilidad anímica de colocarme en la posición del frío observador o del crítico profesional, que no lo soy, para hacer una disección de su obra o emitir sesudos comentarios sobre sus alcances y sus límites.

A mi juicio, quizás en la solitaria compañía de Mariano Picón Salas y Arturo Uslar Pietri, Ludovico Silva es, con la diferencia cronológica evidente, el más completo humanista de nuestro tiempo venezolano: poeta, periodista, ensayista, crítico. La figura de Ludo nos hace pensar inevitablemente en un Antonio Machado de nuestros días —“ya conocéis mi pobre aliño indumentario”. Pero no termina allí la identidad entre el maestro de Soria y

el filósofo: hay en su obra y en su vida más que una impronta machadiana, una honda identificación espiritual con el autor de *Campos de Castilla* quien, como él, desdeñó todo lo adjetivo y estuvo “ligero de equipaje” para el momento del viaje definitivo, que a tan temprana edad emprendiera.

Sería hipócrita, y estoy seguro que resultaría poco convincente para cualquier observador agudo, que jugase a la comedia de la imparcialidad, en el caso del maestro que hoy nos ocupa. Siempre lo sentí espiritualmente muy cerca de mí y de allí quizás la identificación profunda, que sin necesidad del desgaste cotidiano nos uniera en una amistad de varias décadas. Esa identificación que llevó a Ludo, por ejemplo, a salir lanza en ristre, con sabia, irónica e indignada decisión, a responder a algún alevoso escribidorcillo, que pretendió hacer un *collage* con unas palabras que él había escrito sobre mi obra, para hacerlo aparecer condenando en lugar de acogiendo cálidamente mi trabajo poético. “Belvedere”, que así firmó por tantos años sus columnas en *El Nacional*, puso al francotirador en su puesto y defendió con pasión mi obra poética, pasión de la cual yo me hubiese sentido incapaz. Pedirme a estas alturas de mi vida que deje el corazón en un armario para inclinarme sobre la trayectoria vital y trascendencia de nuestro gran humanista sería imposible; la capacidad analítica, la formación intelectual e inclusive, la capacidad de objetividad que creo tener frente a mis propios trabajos, no sé si estarían presentes a la hora de emitir un juicio sobre un amigo del alma, para usar las palabras de nuestro amigo y maestro Miguel Hernández. Ludovico parecía una figura rezagada del Renacimiento italiano; un Pico della Mirandola, un Lorenzo de Médicis, guardaban más parecido con la universalidad de sus inquietudes y de sus aptitudes que cualquier figura de nuestro tiempo.

Por ello, en las muchas oportunidades en que hablé o escribí sobre él y sobre su obra, siempre preferí titularlo, por encima de cualquier especialidad limitante, de las muchas que abordó con brillo, con éxito, con maestría, como el humanista Ludovico Silva, un humanista integral, un hombre en quien la cultura, la poesía o la capacidad de lúcido análisis crítico fluían como el aire a los pulmones con una naturalidad casi fisiológica. Ese gigante, nuestro desgarrado y querido poeta, solo podrá ser analizado en toda la profundidad que sus condiciones exigen, pasado cierto tiempo. Fallaré a mi compromiso de hacer un trabajo menos emotivo para este libro homenaje; le pediré a Beatriz que publique simplemente los dos artículos que para él escribiera después de su irreparable pérdida, que suman más o menos tres cuartillas, tres cuartillas de admiración, de solidaridad, de dolor, de amor y de indeclinable

constancia; más adelante espero ser capaz de hacer un ensayo largo, acucioso, si fuera posible objetivo, de Luis Silva Michelena.

Mayo, 1989

Ludovico Silva en la teoría crítica

ALFREDO CHACÓN

Solo unas palabras para señalar dos de los rasgos más significativos de este libro: el vigoroso y recompensado esfuerzo de superación que consolida la trayectoria de un escritor bastante conocido entre nosotros; y el traslado al plano de la reflexión dialéctica de los problemas que subyacen, sin alcanzar respuesta suficiente, en la actuación de la vanguardia cultural venezolana.

En primer lugar, el ensayo de Silva marca el paso de un nivel en que la crítica cultural se ejerce como pura *ideología* —o sea, el manejo altamente subjetivizado de imágenes, signos y otras representaciones de la realidad y el pensamiento cuyo valor de verdad no se cuestiona, sino que se da por sentado—, al plano de la teoría crítica: es decir, de la asunción del discurso reflexivo como un ámbito peculiar del conocimiento y de la elaboración de nuevas significaciones que se proponen a la comprensión y a la vocación transformadora de los demás.

Con este paso de Ludovico Silva de la pasionalidad intelectual —que tiende a contradecirse con los móviles revolucionarios que declara— a la responsabilidad problemática de la teoría, no es solo él quien se ve concernido; es toda la izquierda cultural de Venezuela, en la medida que sus experiencias de la última década la colocan hoy en un patente estado de incertidumbre teórica. La obra que estamos comentando demuestra, por lo menos, que la

superación de esta incertidumbre no solo es una necesidad urgente, sino también una muy cierta posibilidad.

Por otra parte, está el libro mismo de Silva, la organización y la secuencia de su contenido concreto. Por esta vía no hay que ir demasiado lejos para darse cuenta de lo más importante: la original y fecunda intuición en torno a la cual se despliegan sus reflexiones sobre el tema de la ideología. Me refiero al concepto clave de *plusvalía ideológica*. Aquí no estamos ante una ocurrencia como tantas otras que, surgidas un tanto al azar del facilismo opinante, se dejan abandonadas por ahí o se sustituyen en sus mejores posibilidades por un palabrerío que no hace sino desentenderse de ellas, aunque se ponga tanto empeño en fingir lo contrario. Estamos ante un hallazgo conceptual, cuyo surgimiento en el campo de lo posible para la necesitada cultura crítica venezolana, no solamente implica una verdadera dedicación al pensamiento investigativo, sino la indudable capacidad de buscar y encontrar en sus laberintos aquello que es fundamental para el enfrentamiento de nuestra coyuntura histórica: de ir más allá de lo dicho en otros ámbitos y momentos para convertir lo virtual en acto de descubrimiento y en nuevas opciones político-culturales.

En la estructura del libro, este hallazgo se reconstruye y expone a lo largo de cuatro ensayos que culminan, concentrándose para volverse a expandir con mayor certeza, mediante ulteriores investigaciones, en el que le da nombre al volumen. A esta altura del discurso, sabemos suficientemente sobre qué bases, con qué significado y en qué sentido Ludovico Silva afirma:

Al obrero descrito por Marx en *El Capital* le era sustraída la plusvalía material ocultamente, sin que él lo percibiera; del mismo modo, al hombre medio del capitalismo le es sustraída de su psique la plusvalía ideológica, que se traduce como esclavitud inconsciente al sistema. Todas las lealtades que hacia el mercado de mercancías —y por tanto, hacia la política capitalista— logra crear la industria ideológica, son pura y llana plusvalía ideológica. Y no es consciente por doble motivo: por ser plusvalía y por ser ideológica. Se trata, en suma, de un excedente de energía mental del cual se apropia el capitalismo.

Octubre, 1970

Ludovico en mi taller

LUIS CHACÓN

Hay noticias que hielan el corazón y hasta paralizan el aliento. Entre sollozos me dijo Beatriz: “Luis, Ludo ha muerto”. La noticia me produjo un gran vacío y sin esfuerzo me acerqué a su espíritu en ese instante, a su alma inmensa, al amigo que llenó un espacio en sus amigos y en el tiempo.

Siempre estará en mí tu recuerdo de aquellas imágenes tuyas, de navegante en el espacio bañado de ese don divino que solo tiene el poeta, fuera del alcance del hombre.

Recuerdas que un día te dije: en todo mi tiempo de vida jamás vacilé en mi convicción de hacer esculturas porque comprendí que es mi destino, es mi vida, lo importante que es “el que uno no haya dudado nunca”. ¡Jamás claudicar!

Recuerdas Ludo.

... (un silencio).

Me dijiste.

Aquello que se está haciendo es para lo que uno nació

...

...

... O freunde, nicht diese

Töne-

*Sondern laßt uns angenehmere
anstimmen und freu-den-vollere!*

...

... grande Beethoven.

Sí, estoy convencido de que no habrá otro, él es único, y la coral también es una partitura única: Beethoven y el poeta nos mandan esperar la alegría porque estamos vivos.

... (*silencio*)...

—*Sí, es un mandato de dos luces.*

...

...

Trato de imaginarte y no veo sino tus pies blancos
en medio de una alta oscuridad
mirando hacia mi vida y fulgurando
con luz propia y antigua.

—*Es mi existencia, parto de mí mismo.*

Ludo, ¿de dónde sale esa admiración tuya por San Juan de la Cruz?, porque yo también soy muy amigo de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús.

—*Fue un gran segoviano.*

Luis, escucha esto:

La muerte me atraviesa parte a parte,
es la daga de oro que me hurga
buscando una respuesta.

Pero ¿cómo se puede responder a la muerte,
si uno está en ella misma, o más allá?
No me hables de la muerte, Ludovico,
tú no quieres morir,
déjala que se muera ella sola.
C'est la vie, mort de la mort!
... ya nadie lee poesía.

Y qué importa, Ludo, por nuestra parte nos acercamos al ideal cultural de los hombres y los pueblos. Yo creo que la necesidad, tu necesidad como poeta es la búsqueda de una verdad puntual. La verdad del poeta, que no reniegue de la del hombre, justamente que hable de la que une al hombre con los otros hombres, yo creo que la poesía se anticipa al tiempo y hay que vivir para hacerla. Hermano, yo no creo que el hombre está cansado de ser hombre.

... *(silencio)*...
... *Solo me queda eternidad.*
... *¡Si me quedara tiempo!*
... *Solo me queda tiempo.*
... *¡Si me quedara eternidad!*
...
...
...
... *(silencio).*

Te fuiste de mi taller con un “hasta después”, y después supe cómo madrugaste para acudir a la cita con tu eternidad.

A un viejo lobo

JUAN ALBERTO DÁVILA

Ludo, Ludovico, nuestro viejo lobo. Atormentado, roto, puro, espléndido. Sobre su corpachón, Atlas tan espinado, el globo entero como cruz. Whitman lo dijo, Beatriz: "*Camerado, this is no book / Who touches this touches a man*". Así fue. No un libro, un hombre tocas, camarada. Y en él –tu propio Walt– más encarnado, a un Baudelaire, al Rimbaud de los infiernos, cotidianas, crudas agonías nos entregaba. Él no era simples poemas. Ni feroz bofetada a la razón torcida, a la injusticia. Ni menos puño, clamor convenciendo, lapidando. A bisturí limpio, dulce y amargo, disecando. Era él, el *homo*, Prometeo sin nadie golpeando solo y a hueso de un *Thanatos*, tanta águila de nosotros, Cáucaso perverso y pervertido. No un libro: páginas sin ocaso y sin orillas en llaga viva. Pródigo saco de generoso, espiritual oro. Quien más, quien menos, de él gota, gramo, escama. Como de vetas, o campo. O una playa de amores, amigos y mil pasiones.

Cuando lo conocí, ¿sabías, Beatriz?, hube de ver un *páter*, ¡yo que hacía rato era padre! Al revés de un Darwin, yo mono, yo ascenso, desde la más alta copa de mi pobre evolución, a él bajaba de mis años a canas. Y fui brote, musgo llamado, colmándome su vidrio, bebiéndome su humareda. Germen de poesía yo, él almácigo de poetas, ahí temblé, respiraba, me di pulmones, cargué su planeta. Y embalse fui, tanto humano río a él venido hirviéndole. Cinco años pasaron y no me arrepiento. Lo sentí aquella tarde, cuando

me despedía. No estaba triste, ni desolado ni como vacío. Algo más que eso. Algo más. Quiero que lo sepas.

Tuve la suerte de pocos, frecuentar su refugio, sus criaturas con él, sus emociones, y el grande, conmovido y conmovedor imperio de sus órganos, bien de cerca por cierto, y cada latido, cada escapada hacia las sombras, de donde siempre volvía, hasta que él, ¡qué calamidad!, no pudo. Se lo llevaron así, de madrugada, dormido como niño. Esto que digo aquí, a todos parece dirigido, menos a ti. Y mi querida amiga, es verdad. Porque de pronto te veo afuera, donde está cada ojo de mujer, cada párpado de hombre, metidos por los tuyos. Que es la única forma de leer, en las pupilas del poeta de tus miradas. Que aquí, en estas líneas, tan como vivo te lo ponemos, y es cierto, lo juro, está vivo. Muy vivo.

¿Cómo olvidar entonces su pequeño rincón, que él apenas cabía, por tu cocina? ¡Era digno de verse! ¿Su radio cerca, orejándole sinfonías, su admirado Beethoven? ¿Su silla, como de plata y cuervo que ya de él, cargado de Eliots y Guillenes tan amados, no cruje más? ¿Cómo, su piel cansada que arriba, donde se mira, parecía sin ojos, porque pensaba, pensaba, la ludoviana conciencia quién sabe dónde? ¿Su pinta de Buda a barbas, de Rasputín bueno sin Anastasias! ¿Su negro, brillante batín íntimo con dragones de Lao-Tse! ¿Su medallón igual a miel trocada a hiel, como de corazón, de príncipe de un lejano oriente en sacrificio!... Por el “Bosque de San Miguel”, en un piso, un refugio donde vivió, y ronda la gracia, esplendor que un día bajó y se fue, hay un silencio. Está pidiendo que vuelva. Que se traiga su voz, su sortija, su vino. Que suba. Grite. Despeje puerta, brumas. Que en esa Acrópolis en pena de un Platón, un Aristóteles, que en esa casa de velas y plegarias, del rezo y la tristeza, hay clamor como de pechos, dolor en manto... Cada vez que te visito, tú me abres. Y como siempre, me recibes sonriendo. Y como siempre también, fumamos, me brindas una cerveza. Más tarde, llamarás. Y de platos y pan ¡cuánta alegría! Luego leíamos, arreglamos. Eran hojas, amigos a él que ya no estaba. Después me iba. Y acá en Cumbres, en mi estudio, yo a pensamientos. Y tú allá, en cuarto callado, a sándalo. ¡Y cuántos ojos cerrados, entonces, mirándolo, oyéndolo! Porque, era cierto. Así venía.

A veces, créelo, imaginaba yo más de lo debido. Me ocurría. ¿O estaba en lo cierto, mi fiebre, mi fantasía? Ustedes habían salido esa noche. Me habló de los temidos círculos de Nietzsche, del séptimo, distante y último, sin saberse de sí. Porque a pesar de su cuerpo tumbado en el sofá de tu sala, no tenía ahí su conciencia. Parecía caído o subido, muy adentro, o muy afuera. ¿El vacío, la nada absoluta? No sé qué haya sido. Pero después o antes, viéndolo despierto y muy callado, me parecía así, como de un infinito monasterio salido: monje, asceta, augur, eremita, como de constelaciones, todo eso junto.

Predicador silencioso, había que traspasar su piel, aprehenderlo muros adentro. ¿Y qué camino tomar, una vez en el hombre, sino el silencio, sus entrañas, arriba y abajo, como basílicas abiertas a los enigmas, a los infiernos y paraísos? ¿Y qué sentir en ese cuerpo, en ese centro, a la vez nave, altar, inciensos, sino murmullos, roce, una vida rogando vida, un corazón a rodillas ante la fe, entre la muerte perdido? Cuando me despertaba, no obstante, sintiéndolo frente a mí, él seguía lejos, ingrátido, mirándome como santo, como ángel. Él seguía así, en el misterio. Como yo lo soñara.

No obstante su lucha por la razón —reflexiva, alta ruma filosófica, política— mas no la más amada (quiso, se desgarró por esta: su lauro, apasionado como clavada guerra, ¿cuál otro? ¡La poesía!) para sentir de Ludovico, quien plenara de estremecidas cartas y bellos poemas tu devoción sin límites, a ella, hija de los cerebros, hay que dejarla fuera. Porque desde la barba acristada, pasando por su vasta, luminosa biografía artística, hasta finalmente su día cuatro del mes doce y como en Poe, de votaciones, por manantial de sueños había nacido, y ancho, hondo lago de sueños se murió. De ahí venía Silva, eucaristiado Luis, de estandarte materno Michelena, y por encima de todo, de *nom de guerre*, como rayo, Ludovico: penetrante, querido, inolvidable sonar de letras. Esa fecha, un domingo de todo plano como sin nada, de todo pálido como si el mismo fuego se le fundiera, hubo de emborracharse —¡excelsa, mortal embriaguez como lo quiso!— ¿de qué sino? ¡Del sueño de los sueños! Y a esa hora, un lunes, tarde agazapada por La Guairita —esperando, luego robando—, la piel de la congoja, viva o medio viva porque algo moríamos con él, se le pegó del alma. En todos, ahí sigue. Por eso cuando, sonámbulos o parados y en una copa, alguna arteria nos han cortado, muy alto, que parezca de plumas, la levantamos, “le hacemos una seña, viene, le damos un abrazo emocionado, emocionados...!”, como versó Vallejo su bien amado, y por él ¡qué más!, brindamos, brindemos. ¿Cuántos ahí, por allá, amigos, discípulos, no conocidos? No importa. Pero sí esto: de él, no solo cargamos lo que produjo. A él, bien al fondo lo llevamos, con ropa y todo. Aquí, lo admirable.

El día cuando lleguemos a este libro, Beatriz, algo más allá de la amistad saldrá ganando. ¿Qué es? ¿Cómo llamarlo? No sé. Tal vez amor. O pasión. O diamante de todos, jamás perdido. Que así sería, ese recuerdo solicitado, el verdadero. Y así también la memoria, despierto astro, siempre sencillo. Pero lleno de bulla, vientos, el cielo entero. Como un océano de amigos. La casa plena. No sé. Porque, ¿cómo se dice, o se menciona? Te imagino, y como yo piensas, y callas. Tal vez sea eso. Solo callar, solo sentir. Lo eterno. Lo inmortal.

Absalon ¡Absalon, fili mi!

KOTEPÁ DELGADO

La muerte llegó summa cum laude.

Kotepa Delgado

(Carta de un amigo para el gran poeta Ludovico Silva con motivo de su testamento poético).

Tristis est anima mea usque ad mortem!

–Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Escribir, por ejemplo: Ludovico se muere...

–¡Qué tristeza, señor!, como diría Amado Nervo.

Ludovico el Poeta, el Infilósofo Ludovico, quiere morir absorbiendo el olor de santidad en las flores del mal. Ludovico el Griego se ha condenado a la más vulgar de las cicutas:

Demasiado conciencia

para un ser tan pequeño. Yo no fui hecho para mi cabeza,
la lucidez me lleva hacia otros mundos.

Soy un extraño.

(“Pero bueno, mi amor, ¿qué es de ese trago?”).

¡Oh! ¡Qué anacronismo, querido Ludo! Querer actuar como un poeta maldito en este siglo del neutrón y de la quanta. No es ya hora de morir con el corazón cargado de ajeno en una callejuela de París. Es la hora de volver a Grecia con George Gordon y Theodorakis a entregar otra vez la vida por la libertad de Atenas. Es hora de preparar el ánimo para irse a la Luna con Cyrano de Bergerac.

Si mueres joven eras solo poeta, no eras filósofo. El mundo no ha conocido ningún filósofo que muriera joven. Dicen que a través del órgano llamado timo, la biología humana defiende a los menores de treinta años de pensar y actuar como viejos.

“Es el tonto el que muere joven y no el amado de los dioses”, dijo alguien en la Grecia antigua, disintiendo del pensamiento común. Porque en la inmortal Grecia de los dueños de esclavos, estaba permitido disentir. Basta ver cómo se burló de Sócrates (“el más bueno de los hombres”) aquel comediógrafo tan insolento como genial. “Soy amigo de Platón, dijo alguien, pero soy más amigo de la verdad”.

In vino non est veritas.

Viéndote ir a la muerte, provoca, Ludovico, arrancarse con aquel verso (proclama) de Maiakovsky:

—¡Voy a convocar de urgencia una reunión del Comité Central!!

Sí. Del Comité Central de todos los médicos de Venezuela para salvar una vida. La vida de alguien que puede llegar a darle a Marx lo que es de Marx y a Hegel lo que es de los idealistas. La vida de alguien que puede intentar decirle tú a Ramos Sucre, el más filósofo de nuestros poetas.

¿Por qué, Ludo, no te enfrentas a la vida con aquella fuerza de Ludovico el Moro o con aquella entereza de Ludovico Pío? ¿Por qué has de seguir la huella de los Silva y morir, por tus propias manos, casi a la edad del Nocturno?

“La muerte civil es horrible”, dijo Martí. Pero la que tú buscas es peor. Tú buscas la muerte marginal, la muerte marcusiana que te proporcionan los fabricantes de alcohol. (¡Unos amigos!).

Diles que esperen, Ludo. Que tú no te vas todavía. Que primero vas a hacer un viaje ideal a China para ponerte acupuntura en los doce meridianos del alma. Que después de tu actual fracaso vas a dejar de ser el Barón de Verulam para convertirte en Francis Bacon.

Que no te vas hasta no hacer méritos suficientes para que en la puerta “de las eternas esferas” te esperen Virgilio y el Dante con objeto de presentarte a

Beatriz. Y Marx y Engels allí también, para que conozcas a Jenny Westphalen de Marx.

Todo en un inmortal pasaje de la *Divina Comedia*, seleccionado y traducido por Edoardo Crema con la asesoría filosófica del maestro García Bacca.

Te aprecia de veras,

Cor magis tibi urbis pandit

ALIRIO DÍAZ

A Beatriz, con vivo afecto.

Con maneras latinas y siempre fiel al antiguo saludo clásico (“Más que sus puertas, la ciudad te abre su corazón”), y con la simbólica oferta consistente en una “nodriza vegetal”, de las más amadas en la tradición gastronómica del campesinado caroreño, una buena *tapara e’ suero*, la gente de Carora dio acogida con el corazón abierto a él, original hombre de letras, al artista del alto numen poético, y al más grande filósofo venezolano de esencialidades marxistas.

Fue la última vez que nos vimos, y en esa ocasión recibí el orgullo de presenciar el acto en que le fue concedido el premio “Cecilio Zubillaga Perera”, uno de los pocos que él recibió en su apasionante vida literaria. En esos momentos dirigíamos nuestro pensamiento al pensamiento —por cierto, muy parecido al suyo— del ilustre luchador político y social que había sido, tanto con la pluma cuanto en la acción, Cecilio Zubillaga Perera. De este invocábamos, en el centenario de su nacimiento, el contenido de sus combates políticos y de sus sueños e insomnios por una Venezuela nueva y diferente, la misma Venezuela a la que Ludovico dejó la ofrenda de profundos estudios de reconstrucción y de saneamiento renovador.

Y me pregunto, ¿nos quedó grande esta presencia intelectual materialista de Ludovico Silva? ¿Y cuál homenaje podemos tributarle a él, que fue y

seguirá siendo, quién sabe hasta cuándo, una figura señera, extemporánea, incómoda, dentro de la composición social y cultural venezolana?

Con todo, él, que vivió y se nos fue con la carga y las descargas de un pesimismo a ultranza, hallaría siquiera en los excelsos mundos de su poesía las realidades paliativas del porqué, del también, de su inevitable condición de artista y de venezolano.

A Ludovico

CECILIA DULCEY

Vida:
Hermosa mariposa vibras, vuelas
y es sinfonía de colores tu inquietud.

Vida:
Hermosa mariposa esplendorosa, mueres
y es apasionada queja tu reposo.

Mayo, 1989

Un testimonio doloroso

MARGARITA ESKENAZI

Conocí a Ludovico Silva, al igual que a otros notables hombres de letras de Venezuela, luego de la publicación de mi libro sobre la vida y el pensamiento de Arturo Uslar Pietri. Recuerdo mi primera impresión al verlo tan agobiado por su enfermedad y tan tristemente solitario.

Me emocionó su elogio a mi trabajo y perdura en mi memoria el gesto de escribirme su comentario en una servilleta, texto este que he publicado en la contraportada de la segunda edición de mi libro.

Continué visitándolo en varias oportunidades y aún tengo presente la expresión de su rostro, sus palabras de amargura y su decepción, en buena medida, con un sentimiento de abandono por parte de algunos de sus coteráneos intelectuales. Solo le reconfortaban sus libros, su música barroca y la abnegación de Beatriz, su amada esposa.

En una ocasión le pregunté:

—Ludovico, ¿por qué un hombre tan inteligente como tú se autodestruye de esa manera?

Él me mostró la contraportada de su libro *Cuaderno de la noche*, donde él había escrito:

La cultura ha llegado a producirme asco. Lo que antes fue para mí el sentido máximo de mi existencia, la puerta de oro después de la cual estaba

el cielo de los elegidos, la montaña en cuyas alturas vivían lo bello y lo bueno con gran desprecio de las nimiedades de la vida corriente, todo eso ha explotado de pronto ante mis ojos y me he quedado sin nada y ando con los pies cansados, cansados, sin suelo donde apoyarlos.

—Pero, ¿por qué rendirse?

—*Porque no tengo fuerzas para luchar y además estoy Convencido que de nada serviría hacerlo.*

Ludovico Silva murió para todos los venezolanos el 4 de diciembre de 1988, pero para él “lo de menos era morir”. Su vida intelectual estaba vacía y destrozada. Ya en 1968 escribió:

*Mi libertad es una tumba de oro, donde reposa un ángel sin cabeza.
Para qué caminar, respirar, si la vida está llena de sombras.*

He decidido
que ya no puedo más contra el demonio,
ya le pertenezco.
Ya no pienso luchar.
He vuelto a la nada de la voluntad.
Ya no soy yo.
¿O esto era yo?

Me pregunto: ¿desde cuándo fue él ignorado intelectualmente por algunos grupos literarios?... ¿Adónde nos conduce la realidad de nuestra sociedad?... Una sociedad que destruye al que tiene sensibilidad, que descalifica los valores, que se burla de las emociones, que no posee convicciones verdaderas... Que tiene como valores fundamentales el egoísmo, el materialismo, las ambiciones personales y una carencia de sentido en lo que hace. Una sociedad que ignora a los vivos y exalta a los muertos. Esta fatalidad se repitió a partir del 3 de diciembre, cuando aquellos que lo habían olvidado también comenzaron a hablar de su vida, de su obra literaria y de su rol protagónico en el mundo intelectual de Venezuela... ¡Qué intrincada es la naturaleza humana...!

Ha muerto Ludovico Silva, pero ¿quiénes viven en realidad?...

Rememoro un pensamiento de Calderón de la Barca: “Quien vive sin pensar, no puede decir que vive”... Ludovico ha vivido. Su pensamiento perdurará eternamente.

Mayo, 1989

Vicario del Ludo

MARY FERRERO

Héctor Silva Michelena llamó y nos dijo lo que estaba ocurriendo: Ludovico sufría una grave crisis hepática y los médicos no le daban sino seis meses de vida. Héctor debía partir pronto para África, donde iba a residir al menos por un año y su preocupación era por demás justificada. Nos habló de la posibilidad de que Ludo tuviera una tarea en Monte Ávila, algo que lo estimulara y no le significara un esfuerzo extraordinario.

Yo era entonces directora literaria de la editorial y Joaquín González iniciaba, con un inesperado entusiasmo nacionalista, la puesta en marcha de la colección El Dorado. Acongojados con la noticia, nos dedicamos a buscarle una ocupación a Ludo. Joaquín recordó, entonces, algo que parecía venido del cielo. Habíamos establecido con Seix-Barral la coproducción de varias obras relevantes. Y allí estaba aquel volumen de *El Estado y la anarquía*, de Bakunin, ese clásico de todos los tiempos. La traducción había sido realizada en España, y los editores solicitaban que alguien, buen conocedor, revisara las innumerables notas del autor referidas al pensamiento de Marx.

Se lo planteamos a Mariano Fernández, el gerente general. Aquel hombre generoso acogió la propuesta con calor y nobleza.

Vino Ludovico. Llegó un martes por la mañana, con su timidez socarrona. El terrible maltrato de las ropas y del rostro no ocultaba ese incendio

interior que lo diferenciaba del resto de nosotros; la gente de la editorial percibía algo insondable y se acostumbró a tratarlo con cariñosa deferencia.

Lo instalamos en un improvisado cubículo, junto a Joaquín y sus clásicos venezolanos.

Todas las mañanas llegaba puntual Ludovico, casi siempre con los rastros acusados de muchos alcoholes, a veces maltrecho de oscuros agravios, desordenada la apariencia. Nancy Santibáñez solía decir entonces, con su gracia chilena, que parecía un gato de regreso de una noche de juerga. Para nuestro asombro, su recuperación era inmediata: después del café que las secretarías solícitas le ofrecían –“traiganlo bien cargado y sin azúcar”–, el hombre del cubículo se sumergía sin descanso, con una devoción imperturbable, en su mundo de fichas y papeles.

Había atisbado más adentro, en la editorial. Sabía, sin vacilar, dónde se encontraba la más cómoda máquina de escribir, dónde el papel que se acomodaba a su requerimiento de escritor pulcro, y obtenía del administrador, un ogro gigantón y malhumorado, la venia aquiescente para utilizarlos.

Descubrió asimismo que en los bajos de la editorial había un bar, cuyo público, para nuestro desdén, lo constituían fuertotes y airados empleados de una empresa de vigilancia privada. Allí marchaba Ludovico, a las 11:30, hora en que comenzaban a servir licor.

Lo vimos muchas veces, mientras soportábamos el infame menú: un hombre callado, bebiendo cerveza mientras leía, aislado en su mundo de sueños, impasible al desorden, a la estridencia de YVKE Mundial sintonizada al mayor volumen, a las bravatas y los pleitos de los ruidosos uniformados.

Más de una vez me asomé con Joaquín, en las horas en que se escapaba a sus cervezas solapadas, al misterioso rincón de su escritorio. Ambos, y en alguna oportunidad la bulliciosa Nancy, recorriamos atónitos la variedad de fichas, escritas con su letra precisa y firme, un universo inacabable, vasto y ordenado, de minucioso trabajo, de creación multiplicada, infinita.

El Estado y la anarquía regresó a España apuntalado en esa rica variedad de textos. Tiempo después llegó una carta: ¿quién era ese intelectual venezolano, ese insospechado conocedor insigne del marxismo? Llovieron las felicitaciones, en el límite angustioso de los seis meses.

El plazo transcurrió, indiferente a nuestra ansiedad, y Ludovico dejó la editorial.

Le restaban aún muchos años de vida, de recorrer, por tortuosos caminos, esa vía de luminosidad interior, el saber, las criaturas de sus tantos libros, el viejo Marx que se apegaba a sus ideas, la clara mirada de sus ojos inquietos.

Mayo, 1989

Ludovico Silva visto por un actor

ALBERTO GALÍNDEZ

Existen tres caminos o vías que pueden conducirnos a la celebración de la memoria de Ludovico: la amistad, la filosofía y la poesía. El primero es patrimonio de quienes tuvimos el privilegio de escucharlo en sus breves sentencias elegantes, dichas en voz baja, con el tono que solo usan quienes hacen de la soledad su compañía (“Entré solo a la vida. No hay nadie cuando salgo”). Ese camino se cierra con la muerte de cada uno de nosotros. Es intransferible. No endosable. Como una piel de Neso que tuviera la bondad de no lastimarnos.

La segunda vía para la fiesta de su recuerdo es la filosofía. Este camino lo recorren, junto a los especialistas, los que se inquietan por explicarse el devenir social. Armado de riguroso método y de un empecinado afán de saber, bebió en las fuentes originales del marxismo y defendió con vehemencia los postulados de Marx frente a los intérpretes que, a su juicio, falsean o tergiversan a sabiendas o no la tesis del pensador alemán. En *Teoría marxista de la ideología*, primero de una serie de ensayos sobre el mismo tema recogidos en un volumen titulado *Teoría y práctica de la ideología* (Nuestro Tiempo, 1975), dice Ludovico:

Hagamos justicia al estilo literario de Marx: respetemos sus metáforas como metáforas. Y hagamos justicia a sus teorías científicas: no las confundamos con sus auxiliares metafóricos. Buena parte del “determinismo” y el “esquematismo” que los teóricos burgueses suelen reprochar a Marx provienen (*sic*) de esas confusiones, lamentablemente difundidas por marxistas. Son los marxistas, y no los ideólogos burgueses, quienes han convertido las metáforas en una teoría científica: todo lo que han logrado es, inversamente, transformar la teoría de Marx en una ideología.

Queda, por fin, el polisémico ámbito de la poesía, al que Ludovico hizo total entrega de su vocación. Es este el mejor punto de encuentro entre el actor y el poeta. Puesto que el actor maneja el subtexto sobre el que se apoya todo texto dramático, puede llegar al metalenguaje del texto poético. Sin hacer crítica literaria el actor descubre en el poema, verso o prosa, un tono, un matiz, una pausa que, unidos a otros componentes, forman una suerte de discurso paralelo que no niega el mensaje manifiesto, sino que lo reafirma. Es la lectura del texto, no como instrumento de goce periférico con total desplazamiento del significado en una “escritura en alta voz” (Roland Barthes: *El placer del texto*), sino *padeciéndolo* en cada vocablo, en cada sílaba, en cada pausa y revelando los significados no evidentes. Es decir, el actor *padece* el texto porque acepta de antemano su no libertad de “salirse” de él. Se compromete a serle fiel y dócil instrumento para que advengan los sentidos ocultos, las significaciones apenas insinuadas. Entonces el “padecer” se convierte en recreación que es lo que hace el *goce* del espectador o el oyente. En su poema *Empédocles* dice Ludovico:

Aprended de mí:
yo me arrojé ocultamente al volcán
y antes dije a los hombres que un dios me llevaría.
Pero el volcán echó mis sandalias con su lava,
los ciudadanos las reconocieron
y pensaron:
“Era este, en verdad, un hombre
pues se sacrificó por sus sueños”.

El actor, en su entrega fiel al texto, debe desdibujarse, o mejor, dejarse dibujar por el poema a fin de alcanzar el sentimiento vivo del poeta que es el equivalente del *personaje* en el texto dramático. Y si lee a Ludovico deberá arribar, por vía de la imaginación, al modo particular de sentir de este creador ante realidades tan rotundas como la soledad y la muerte, que en nuestro

poeta son una constante que golpea con insistencia, como una obsesión. Cuando no habla de su propia muerte, pinta la ajena. Cuando no se duele de su soledad, la celebra o simplemente la comenta o habla de *oscuridad* o de *silencio*, voces que nos conducen a la misma idea.

El poeta se piensa como “un arlequín sentado al borde del tiempo” o son sus soledades como relámpagos en la memoria que vuelan sobre el horror marino. O si no, un ojo ciclópeo le llega “como un rayo hasta mis sombras”.

Beatriz Guzmán, verdadera inspiradora de Ludovico y a quien él solía dedicar todos sus libros “en el nombre del vino y del amor”, me honró con su invitación a participar en este homenaje a su memoria. Si algún mérito tengo para tal distinción es el de una amistad continua y tranquila que nos ha unido por largo tiempo. En aras de una brevedad que deje espacio a voces más altas, apresuro el final con la última estrofa de *La pérdida del reino que estaba para mí*, poema fechado en julio de 1978:

No ha habido, ni hay, ni habrá otra muerte
más vivida que esta.
Y me recordarán por mis palabras:
supe morir de muerte verdadera.

Abril, 1989

In memoriam de Ludovico Silva Michelena

JUAN DAVID GARCÍA BACCA

Es ya común posesión cultural la distinción entre cuerpos radiactivos y cuerpos cerrados. Los primeros emiten radiaciones y corpúsculos, y, después de una “vida media”, decaen en algo así como plomo.

En el orden literario obras hay, dicho entre metafórica y realmente, radiactivas que emiten ideas, sugerencias, ilusiones, inspiraciones. Tales son las obras de Platón: *Banquete*, *Fedro*, *Fedón*, *República*... Resaltando frente a obras tan cerradas en sí mismas, tan sistemáticas que de ellas ni sale nada ni entra nada. Quien mete dentro de ellas su entendimiento, queda preso con rígidos vínculos de lógica. No sugieren, demuestran; no incitan, convencen; no inspiran, dominan. Son, en realidad, la esfera de Parménides; no bellamente circular, sino verdaderamente circular. Tal, las de Aristóteles.

Con la metáfora inicial: las obras de Platón son radiactivas, las de Aristóteles, plúmbeas. En buen sentido: el plomo es uno de los elementos químicos más ricos en contenido y estructura interior; tan perfectamente cerrado que nada emite ni nada entra. Es el modelo de “Sistema”.

Una vida que se internara, intrinsecara, en obras de Platón notaría que emite, le surgen ideas, inspiraciones, sugerencias, chispazos mentales y conceptuales, ocurrencias. Mientras que vida implicada, intrinsecada, en obras de Aristóteles notaría que está, sin duda, rica y perfectamente estructurada, las es; nada se les escapa. Se está siendo sistemática en Sistema.

Ludovico Silva, en su tipo de vida, y en sus obras, es del tipo radiactivo. Lo es; no en grado superlativo, como es claro; sino modesto, sin haberlo pretendido explícitamente, conscientemente. Con Platón estuvo tratándose delicadamente, humildemente, en sus años de trabajo en el Instituto de Filosofía, y bajo la dirección de profesores de Griego de la facultad.

No se puede impunemente estar en contacto con cuerpos radiactivos: uranio, *radium*, actinio. Se vuelve uno radiactivo. ¿Para mal? Tratarse uno con Platón trae parecida consecuencia: volverse platónico, y resultar radiactivo: emitir pensamientos, ideas, sugerencias, inspiraciones. Y dar escándalos alógicos, antiaristotélicos, antisistemáticos, antiestructuralistas. Los aristotélicos por constitución sincera; no, los por simple profesión y política no llegarán a comprender a Platón; lo cual es grave y de lamentar. Ni tampoco a Ludovico, y sus obras; lo que es no hace falta recalcarlo, inconveniente menor.

El gran aristotélico ostenta estructura interna, riquísima; mas su estructura literaria es *plúmbea*; y los secuaces o imitadores están en peligro de resultar pesados, largos, plúmbeos.

Es cuestión de preferencias vitales, de decisiones internas, ser platónico mental, sentimental, literariamente. Serse radiactivamente. O serse aristotélico. *Plúmbeo* intelectualmente; y *plúmbeo* literalmente.

Como platónico *après la lettre*, modesto, percibí a Ludovico. Y tal vez he tenido, no diré culpa, pero sí responsabilidad en haberle proporcionado ocasión propicia de que su mentalidad y estilo filosófico y literario se contagiaran, por radiactividad, de Platón.

Los aristotélicos, de segunda o tercera mano, harían bien en dejarse contagiar de la radiactividad mental, sentimental, literaria y filosófica de Platón, y, guardando las debidas distancias, de la radiactividad mental, sentimental, filosófica y literaria de Ludovico.

Platón en el diálogo *República* (363 d) recuerda una sentencia de los Poetas, algún tanto desconcertante y escandalosa: “El máximo premio de la *virtud* es una eterna borrachera”. Por ‘virtud’ (*areté*) no entendía Platón la virtud moral, sino la excelencia, pericia, distinción, gallardía en empresas guerreras, políticas, teatrales.

Para Ludovico, ido ya de este mundo –tan falto de *areté*: de excelencia, distinción, gallardía–, ¿no le desearíamos, los aún vivientes en él, que Ludovico haya recibido como premio de su *areté* una borrachera eterna?

Quede lo anterior dicho en memoria de quien fue discípulo, colega, amigo y lector suyo.

Mayo, 1989

La soledad de Orfeo

GONZALO GARCÍA BUSTILLOS

Varios amigos de Ludovico nos acercamos el día de su cumpleaños (que fue el último) con un “algo” en la mano para homenajear al poeta.

A eso de la una de la tarde me presenté en compañía de Denzil y Maritza Romero. Me acuerdo que allí se encontraban al lado de su esposa Beatriz, Guillermo Morón, Rubén Monasterios, Gabriel Jiménez Emán, Manuel Caballero, Alfredo Silva Estrada, Juan Dávila. En compañía de cualquier viejo Parra o airado caballito comentamos los aconteceres y desaconteceres junto al poeta, el gran Ludo de contagiosa lucidez siempre rodeado de su cultura admirable y rarísimo talento.

Ese día, martes 16 de febrero de 1988, me regaló la edición del ochenta de un poema de juventud: *La soledad de Orfeo*. Al dedicármelo escribió en griego la frase de Platón: “El amor es amor a la belleza”. La cantata es realmente hermosa. Trabajada con la perfección de un ebanista de la lengua, musical; el mismo Ludovico decía que se contentaba con que uno o dos espíritus afinados pudieran gratificarse.

Sin enumerarme como tal, me atrevo a referirme a ella. En tercetos dantescos el poeta emprende la aventura del mito y penetra en la oscuridad que se desvela. Todo un rumor milenario avanza por el subsuelo del poema y nos comunica lo que importa de la conciencia humana. Poeta de excepción, cargado con su mundo de filosofía y temblor (¿no es lo mismo, acaso?), Ludovico deslumbra y estremece.

El poeta ve dimensiones extrañas al común y a través de un lenguaje envidiable nos proyecta las sombras y descubre el tiempo.

...

y en lo más alto del amor aún danza
sobre la mar, en una tumba de oro,
la luz dorada que en mi noche avanza.

.....

Desde mi densa soledad te veo
perseguido por ménades furiosas
que odian tu nombre y tu belleza, Orfeo.

Son las furias de siempre escandalosas
amenazando al hombre cuando canta
y hace danzar el orden de las cosas.

Glorifica la exacta dimensión del vino:

Campos de mi ebriedad, negros terrenos
donde muere la muerte y nace el vino,
el más sagrado y fiel de los venenos.

De los dones del sol el más divino
que al imbécil sin luz hunde y separa
de aquel a quien le da fuerza y destino.

Recoge el desencanto del hombre y su asqueadura:

Solo el hombre destruye al hombre mismo;
vosotros, que aún amáis, mirad que ahora
puede venir, total, el cataclismo.

Siempre estará mi ser viendo lejanos
ciervos del río que la mar devora;
y en la noche fluvial de los humanos

una terrible y milagrosa Aurora.

La soledad de Orfeo (llega a las escalas de un árbol muerto entre los árboles en espera de su florecimiento.

El sacrificio órfico, tocado de poder mágico en su lira de nueve cuerdas, trae alivio a tu muerte, Ludovico, porque tú lo ejerciste en la tierra para llegar con el viento de Tracia al país de los bienaventurados).

Una cotorrita en el Ebro

SALVADOR GARMENDIA

—Ludo, ¿qué tal?

—¡Vade retro!

—Soy yo, Salvador. Estoy vivo; pero no te asustes, ¿puedes oírme?

—Te oigo perfectamente, sí, pero no puedo verte.

—Lo siento.

—Sin embargo, debes estar muy cerca: siento frío.

—Bueno. No soy más que uno de tus viejos fantasmas queridos. Pensé que aquí seríamos inofensivos.

—Sí, sí... perdóname. Ahora comienzo a verte. Claro; no como lo imaginas, seguramente. En realidad “aquello”, el tiempo, esa manía feroz, parece que se está formando nuevamente aquí, delante. Es como una célula que se expande y se reproduce rápidamente y va formando una materia resistente; allí estás comenzando a modelarte. Ya casi estás.

—Lo adivino, pero ¿cómo me ves, exactamente?

—Como antes, chico, y, por cierto, a muy poca distancia: solo una pequeña mesa nos separa. También va apareciendo el lugar donde estamos; un lugar bastante conocido. Te lo pintaré de cierta manera para ver si consigues dar con él: era una casa sin amo, ya que solamente tenía dueño, y era este un gran molusco; un “dios Neptuno”, dijo una vez Andrés Mariño en uno de sus cuentos; pero este, que ahora veo detrás del mostrador, sin duda es un enorme y paciente molusco velludo.

—¿Cómo no voy a acordarme de él, si le tenía miedo?

—Ese local era una caja estrecha donde apenas si cabíamos todos, y por supuesto llena de ruido. A cierta hora, las clavijas que debían mantenerla unida al suelo se soltaban, y ella podía flotar y trasladarse, dando bandazos en medio de la noche. Por fin se detenía en cualquier parte y nos lanzaba por allí, para que cada cual tomara por su lado; porque ya habíamos “tomado” bastante en compañía; y allí vamos tú y yo, intentando descubrir, al tacto, dónde estaban los puntos cardinales. El nombre de ese establecimiento estaba puesto afuera...

—El Ebro.

—Efectivamente. Ya comienzo a sentir el olor de las quisquillas.

—Pues sigamos aquí, ya que estamos. Es un buen lugar para una cotorrita.

—¡Viejo Salva, caray! Dime cómo pudiste llegar hasta aquí; cómo lo lograste. ¡Cuéntame!

—La verdad, es que vengo practicando desde que era un muchacho. Un muchacho chiquito, como decíamos antes. Resulta que mi casa era muy grande, una casa de pueblo; y había tantas paredes que con ellas se hubieran podido cercar años enteros. Yo iba dando vueltas y vueltas por entre esas paredes, y, en algún momento, intentaba traspasar alguna de ellas e ir al otro lado. En mi inocencia, y precisamente a causa de ella, estaba convencido de que ese paso, de lograrlo, era definitivo. Cualquier cosa que pudiera haber al otro lado no tenía vuelta atrás. Llegué a pegarme tanto a esas paredes, cerrando los ojos y apretándome a ellas fuertemente, que todavía conservo algo del sabor de la cal en la memoria. Te digo que, a fuerza de insistir en esa práctica, llegué a obtener algunos éxitos... pero, sin duda, nada como esto.

—Yo también pretendí algo parecido; pero mi pared era el conocimiento. Bueno, ¿y cómo va esa vida?

—Ahí.

—Ya lo sé: la vida estuvo casi siempre *ahí*.

—Hay que ver cómo hemos reído juntos, carajo. Algo así no puede desaparecer tan fácilmente. Estoy convencido de que la risa, y no el sueño, que es una comedia, es lo más sobrenatural que poseemos.

—Baudelaire sabía algo de eso. Mira, sea como sea, tienes que darte prisa. Estás empezando a perder color y a desgastarte por los lados. Ustedes no soportan nada perdurable.

—¿Y no te compadeces de nosotros por eso?

—¿De quiénes?

—De todos, pues. De este enorme montón que quedamos.

—No, no. Ya no hay compasión, Salvador. La memoria es una gota de nada en el vacío. Por eso, no puedo ocuparme de ustedes; aunque los quise demasiado, ingratos. Los quise desesperadamente hasta la muerte. Solo ella ha podido consolarme.

—¿No es eso egoísmo?

—Acaso lo sea para ustedes. Ahora sé que el Otro es una sombra. Donatien de Sade llegó a adivinarlo. Era un niño.

—¿Qué dijo ese loco?

—Solo yo existo.

—Bueno; me parece que tendré que retirarme, Ludo.

—Fue estupendo que me *salieras*, Salvador. Yo no lo había esperado.

—Una última cosa para los amigos: ¿qué tal te sientes aquí?

—Verás: no me fue difícil acostumbrarme, porque aquí se habla latín.

—¿En el cielo o en el infierno?

—No existe el cielo ni existe el infierno. El latín, sí.

Tiempo

VICENTE GERBASI

A la memoria de Ludovico Silva.

El tiempo pasado
fueron hojas
que caen en la luz.
La mirada lejana
en un paisaje de Abraham.
Yo vi el león de los abismos.
Por la noche me hundí
en la ansiedad
de los astros.

Abril, 1989

Ludovico muerto de vida pura

ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN

Muy pocos le han ganado la partida a la muerte como se la ganó Ludovico Silva. Muchos aprendieron a burlarse de ella, como los antiguos poetas del Nilo, como Teognis de Megara, quien habló de que solo seríamos un poco de *limo negro*, como el cantor náhuatl que decía: *solo vinimos a la tierra a soñar*, como Shakespeare que la sustituyó por las palabras, como Rilke que la designó su amante. Y en un viejo film de Bergman, un caballero acepta el sello terrible, pero consigna su protesta.

Ludovico, como los viejos alquimistas, sometió su cuerpo y su espíritu a un proceso de transmutación, realizó canjes, procesó destilaciones. Muerte y vida, en su *atanor*, resultaron para él, lo mismo. En el tiempo en que nos conocimos, yo lo sentía atestado de literatura, provisto de algunos resabios clásicos, pensador en varios idiomas y constructor de una poesía, impecable en su factura, pero contradictoria con su empedernida bohemia, su hambre y su soledad. Por ello me fue difícil aceptarlo al principio. Poco a poco los días y las noches, nuestros abandonos por Sabana Grande, en el callejón famoso de las tascas o la antigua calle Acueducto, las escrituras que realizamos juntos en las barras o en la redacción del periódico *Clarín* me acercaron a su verdad. Ludovico aceptaba a plenitud su contradicción: escribía versos que él llamó *clasicistas*, por sus regustos formales, y poemas que él llamó *existenciales* porque partían de su ejercicio vital. En los primeros decía la verdad de su cultura. En los segundos

ponía el corazón en la palma de la mano, o de los bares, o de los cielos que aún no se habían cansado de la noche. Le dio por beber y hablar de la muerte. Con los dos actos, faenas o trasiegos, le dio por vivir o morir todos los días. Se puso molesto. Hablaba lleno de tortuosidades, pero todos sabíamos que lo asistía una conciencia alerta. Ludovico, como los arcángeles, subía de pronto de los infiernos a los cielos. Se sabía el camino. Y nunca le dio juego a nadie, ni a mí, que me pretendía, al menos en vanguardia, más culto que él. Dejaba pasar las cosas o las ideas (¿no son lo mismo, Ludovico?), por encima de los gritos de mesoneros y profesores. Por eso, ebrio de pasión y de sabiduría, fue *summa cum laude* en el arte de tragarse la *Crítica de la razón pura* y *El Capital*, y levantar, o dejar caer, mejor, los vasos de mal vidrio y mal cartón, en los cuales celebrábamos el saber de Heráclito y Safo, de Mallarmé y Vallejo. Así anduvo, buscando la revelación y la incandescencia. Terrible en libros y en conocimientos, como los frailes medioevales. Terrible en su ojo puro, secreto, para adivinar la abnegación de una compañera... Por ello le dedicó a Beatriz todos sus libros, “en el nombre del vino y del amor”.

La inclinación vinícola (entendiendo por vino toda bebida que los hombres han inventado, desde el *soma* de los orientales, pasando por los fermentos resinosos de los griegos, al paso con las destilaciones escocesas o la chicha de los maquiritares) no le resultó obstáculo para mantener su enorme tensión intelectual y precipitarse, con elegancia suma, en los más variados engarces del lenguaje. Tenía una capacidad de trabajo que ha dejado espantados a los que, sin beberse siquiera un jugo de frutas enlatado, jamás pudieron escribir una sola línea con la sapiencia estructural o el estruendo emotivo que practicó Ludovico. En nuestro país –creo que en casi todos los países– cuando alguien tiene un talento irreprochable, cuando es incorruptible en la letra o la idea, se le coloca la etiqueta de borracho. Y pienso que en todos los lugares del mundo –desde la antigüedad babilónica, a juzgar por el Código de Hamurabi– hubo y hay borrachos. Sobre todo en nuestro suelo, a juzgar por las estadísticas. Lo que ocurre es que son en verdad borrachos anónimos, porque jamás han escrito como Omar Khayyam, quien supo que tenía *la eternidad para dormir*, ni como François Villon que hizo el elogio de su ahorcamiento, ni como Poe que veía lunas y pájaros en las calles de Baltimore, ni como Baudelaire que descubrió los secretos enlaces de las cosas, ni como Verlaine lleno de ajeno para unas fiestas galantes, ni como Darío que se volvió una piedra dura, ni como... Bueno... tantos sobre los cuales se ha dicho que hubieran podido dar más. ¡Coño! ¿No están satisfechos? ¿Qué más desean, honorables catedráticos, respetables padres de familia, burócratas, asaltantes del poder, empleadillos serviles, amas de casa, señores grises a los que tanto odiaron Lawrence y Miller?

Ludovico se propuso dar todo el perfil de su vivencia y escribió *In vino veritas*, uno de los textos más conmovedores de la poesía castellana. No porque su dependencia ética produjera lamentos, sino porque los lamentos provocaron la dependencia ética. Y el valor del poema, aparte de su implacable estructura y el clamor de frases obsesivas para producir el ritmo, reside en ese pavoroso reclamo contra la aridez del mundo, expandido en la cabalgadura de las palabras.

Es preciso
que me traigas un trago, simplemente.
Lo demás es muerte.
Cuidado, además, que me voy, o se va!
No sé dónde lo tengo escondido,
pero sé que en alguna parte está muriendo.
Eso, eso. Ya sabes qué. No me preguntes.
Y ahora, adiós, me voy al mar.

Entre muerte y vino, a Ludovico también le dio por examinar a Marx y la revolución. Fue exhaustivo, lúcido, metódico. Yo nunca entendí por qué alguien como él, tan inclinado a una fiera individualidad, se metiera en un examen con lupa del asunto social. Pienso que eran regustos del espíritu. Ludovico era más bizantino que de nuestro tiempo. Sus numerosos textos sobre la ideología fluían con el mismo entusiasmo que los excesos poéticos. Tenía ganas de discurrir, imponer silogismos, meterle el freno a sus delirios. En ello gastó un tiempo largo, nada desechable, pero en el cual no se conoció a sí mismo. Ludovico ya tenía en sus adentros un peculiar sentido de la *revolución* y así nos lo hace saber en un pequeño texto con ese título:

Por un error de mis rodillas
me incliné no hace mucho al pie de un hombre.

Sucedíome frente a un espejo.

Adivinar recuerdos,
¡qué peligro infinito!

Descubrir de repente que hemos vivido
y hallarse en un pasado que ha pasado.

Morir de puro ser.

Dije al comienzo que Ludovico le ganó la partida a la muerte. Y se la ganó de una manera peculiar. Integrándola a la vida, eliminando todo límite, franqueando las fronteras, sin muro, sin alcabalas, por los caminos verdes, por el juego de la imaginación y el talento, por haberse sumergido hasta el tope en esa aventura que consiste en vivir como a uno le da su real gana, o morir de puro ser, y después, tenderse, más allá de las *tenebras*, en el fulgor de las estrellas, donde hoy, sus amigos, lo celebramos con amor.

Cuaderno de la noche

DOUGLAS GUTIÉRREZ

A mediados del año 1975, bajo el seudónimo F. N., Ludovico Silva publicó una nota sobre mi primer poemario titulado: *El jol de la fama o el orgullo de la familia*, libro que llegó a sus manos por intermedio de mi querido amigo y poeta, el doctor Blas Perozo Naveda.

Esta es la única razón que me ha impulsado a devolver el favor recibido, y porque tengo la ligera impresión de que —desde el punto de vista literario— uno encuentra más valores en los libros de los amigos que en los otros.

Pero vamos al grano: la muerte constituye el tema obsesivo, fundamental, inevitable, del poemario. Diría que es un motivo ineludible; es la muerte quien avala la existencia de estos poemas, y su tratamiento es incisivo, circulatorio, maldito, sin anestesia.

Existen sutiles diferencias entre la primera parte del libro: Cuaderno de la noche, y la segunda: Ante Mortem. De todos modos, esta última es un *desideratum* de la primera; aquí se llega a una actitud resignada ante un destino final e irreversible.

En la primera parte, se capta ese malestar que genera el pensamiento sobre la muerte, produciendo cierta incomodidad o rechazo contra ella:

No amarte, muerte.
No amarte, amante mía

y sin embargo tenerte siempre en mí
sintiendo tu caricia indecible.

En las primeras de cambio, encontramos una poesía derrotada por los avatares de la vida; estamos frente a la inutilidad de la poesía, una inutilidad dramática que bordea la desgracia:

He terminado siendo el elegido de una fuerza oscura
que no eres tú, poesía.
Un vendaval de odio solitario
una ponzoña hecha de mí mismo
que se hunde en mi pasado
y descuartiza y envenena mis seres.

Pero, ¡ajo!, poesía y poeta se han alcahueteado, han vivido un falso idilio, de ese morbosos contubernio, la realidad ha salido escamoteada, los verdaderos sentidos de la creación poética quedaron bloqueados. ¡Oh, vil traición!, la poesía perversa se ha burlado del escritor (“con tu savia fatal me empozoñas-te, y como no me quieres me voy a morir” –dice la canción).

Frente a esta situación, el escritor se encuentra conteste y confeso:

Supe lo que ella (la poesía) es en todo su veneno su hipócrita
manera de decir bien lo que está mal.

Sus costumbres nefastas de hablar con elegancia cuando
se tienen los huesos del corazón podridos y
temblando.

Ludovico se aproxima a la teoría literaria: la lucidez está en el escritor, lo que se ve no necesita anteojos, las palabras tienen un valor relativo frente a las cosas.

No te embriagues para conocer la realidad ella
está embriagada. Te toca a ti ser lúcido.

El amor puro a las palabras no se mantiene por siempre;
llega un momento en que se imponen las cosas.

El pulpo de la realidad mueve sus tentáculos pesadamente, toda ella va derramándose, sorpresivamente, como un diluvio, el lenguaje no puede contenerla, se escapa.

Ella (la realidad) es abierta y densa
como una buena puta. Ella es clara y divina
como la Virgen María. Ella es solemne
como Cristo, cuando azotaba comerciantes
Ella es así, parecida al Che asesinado
con los ojos abiertos e infinitos.

En la segunda parte, se aprecia cómo poeta y poesía han llegado a un arreglo. Se han puesto a salvo —temporalmente— después de diez años de horrores, de guerra sin cuartel. En los términos del acuerdo se otorga el poeta un pequeño espacio (atención, Meneses), “un pequeño rincón donde respirar”. La credibilidad regresa de nuevo a la poesía, aunque ella venga cargada de fatalidad:

tal vez sea la muerte, lo mejor que tiene la vida.

Así es de sencillo el problema, viejo el asunto este de la muerte o el vivir la muerte. Dejemos para las clases de Literatura la lista infinita de poetas que han trajinado el tema. Ludovico Silva ha decidido anotarse —a última hora— para participar en el séptimo juego, el que decidirá la serie final.

Recuerdo

IDA GRAMCKO

Recuerdo a Ludovico Silva en su permanente sobresalto ante la poesía y la filosofía. Y también sus palabras: “Es un aviso muy claro para los que piensan que pueden acabar con el capitalismo con solo destruir la ideología capitalista”. Seguramente esos párrafos estaban encaminados a una crítica del surrealismo. Pues los surrealistas pensaban que, sin el apoyo inmediato de una multitud organizada, se podía cambiar el mundo.

Estemos de acuerdo o no con las proposiciones que hacían pensar a Ludovico Silva, agreguemos este otro fragmento de su libro *Marx y la alienación*: “No crean que puedan eliminar mediante el pensamiento puro a sus amos industriales”, refiriéndose a obreros que afrontaron el problema.

Sincero en sus planteamientos y consigo mismo, Ludovico Silva admiró hasta el fondo la poesía y expresa en *Dos poetas contrapuestos de la generación del 58: Juan Calzadilla y Alfredo Silva Estrada*, que “la obra de Alfredo Silva Estrada es una incesante meditación sobre la palabra poética y sus posibilidades”. Y penetrando en los poemas añade: “Límite que guarece en lo escueto el enigma”. Para el escritor y poeta recientemente separado del todo de nosotros, “no hay mejor definición para un verso de Silva Estrada” y se trata de un verso de este último, efectivamente. Luego leemos: “La afirmación de la existencia del mundo no es para este poeta un hecho estático”, y refiriéndose a Juan Calzadilla expone que “Calzadilla prefiere colocarse al lado de los que

pelean más que del lado de los que escriben”. Y lo dice poniendo como ejemplo estos versos: “... mostrándome como soy en el instante y no en la palabra, en la explosión y no en la calma, excluido por la razón que da el uso de la razón”.

Quisiera tener a mi alcance el poema que Ludovico Silva le dedicó a Elizabeth Schön, gran amiga suya. Pero no sucede así y solo añadiría sobre este ser humano tan generoso y cálido que partió, lo que dijo de él, recientemente, una alumna mía: “Ludovico Silva tenía los ojos de cristal”.

Cristal claro, limpio, el autor que nos dejó para siempre deja en nuestra memoria, no solo el recuerdo de su humanidad tan humana, sino también de su constante inquietud por todo aquello que fuera filosófico, pensativo, sensitivo y lírico.

Los poetas, por una parte, escriben; y, por la otra, el mundo sigue andando.

ENRIQUE HERNÁNDEZ D'JESÚS

¿Cuál era la soledad de Ludovico? ¿Se contemplaba y nos contemplaba en *El ángel devorador*? La vocación de la existencia y de la muerte lo aferró en el orden del ser creador y fundador de la palabra. Y sin trabas, y por las mismas razones de la poesía, del poeta, del ser poeta. En todo momento su mirada estaba en el asombro, en el análisis, en lo fascinante y en los horrores del mundo. Le daba la vuelta a la hoja del árbol, al sentido de la realidad. La conexión con el espacio y el tiempo. La conexión con la verdadera embriaguez: su embriaguez por la música clásica, su amor por la ópera, por las cantatas, por el sonido poético. En la dedicatoria que me hizo en *La soledad de Orfeo*, escribió:

Yo tengo un dios antiguo en toda mesa
donde el vino, terrestre y masculino
sube como un recuerdo a la cabeza.

Dura tabla pagana en donde el vino
basta para inventar una criatura
con un papel, un lápiz y un destino

Él era, *In vino veritas*, el riesgo, la confesión, la actitud del poeta en el “hacer nacer”. Por eso cuando le pregunté sobre la poesía para el libro de “La draga y el dragón”, esta fue su escritura:

Hay una teoría poética, la más íntima y perfecta, que es la que cada poeta lleva consigo; es una teoría siempre existencial y de carácter órfico. Es la teoría que nos obliga a preferir el infierno. Orfeo nunca cantó en los cielos, sino en las profundidades de Plutón y de Eurídice. Del infierno venimos y hacia el infierno vamos.

Recordemos de Mallarmé “las subdivisiones prismáticas de la Idea”. Cada uno de mis versos quiere ser un prisma, a fin de que cada lector, desde su punto de mira, vea una irradiación siempre distinta. Un poema nunca es igual a sí mismo. Tiene el carácter divino de la ubicuidad y la pluralidad de significaciones. Ni siquiera el poeta es igual a sí mismo pues sobrenada en la corriente de un río que tampoco es nunca el mismo y es conducido hacia la muerte, que tiene mil caras y es por eso nuestro más perfecto poema.

El 29 de diciembre de 1981 le pregunté sobre la infancia: los juegos más importantes, las anécdotas que significaban un cambio, una ruptura, la intimidad de la familia, los dulces, las travesuras; en fin, el ser humano en sus primeros años, con su cuerpo, con su pensamiento y formas de vida. Ludovico me respondió, hablándome de la adolescencia, del fetichismo, del consumismo, de la plusvalía, de su relación más cercana con la obra de Carlos Marx. El tema de la infancia quedó a un lado, y el poeta dijo:

Cuando yo tenía 18 años vivía en un cuarto chiquito, vivía en Madrid, en una pensión. Pagaba en ese entonces, yo pagaba una tontería que eran 1.400 pesetas por dormir, comer y el lavado de ropa. Una cosa increíble hoy. Ahí vivía yo solo. De vez en cuando traía amigos, poetas españoles, poetas españoles de los cuales a algunos les he perdido la pista, y de otros sé más o menos lo que están haciendo. Había uno espléndido que se llama Claudio Rodríguez, sigue siendo un gran poeta. Estaba Carlos Sahagún, quien se ganó un premio hace poco. Y Javier Muglisa, quien era un poeta extraordinario, pero después lo he visto nada más como traductor del inglés. Me encontré una obra de Bertrand Russell traducida por él. Muchos de ellos, como todos eran comunistas, se tuvieron que ir de España, y se iban a universidades inglesas, alemanas o italianas.

Para mí la soledad era un gran gozo, era un gozo verdaderamente. Cuando estaba en mi habitación solo, gozaba leyendo, tenía mi biblioteca. Un solo cuarto pero tenía mi biblioteca. Por cierto, hacía exposiciones, yo me

compraba esos cuadernos que hablan de Van Gogh, de Velázquez, de todos ellos, cuadernos que venían con las páginas sueltas. Entonces yo pegaba y llenaba de Van Gogh el cuarto, y a los amigos míos de la pensión les daba una conferencia sobre Van Gogh, y después lo llenaba de Velázquez, y así daba una conferencia sobre Velázquez. Una vez llené de Van Gogh, no solo todo mi cuarto, sino toda la pensión. Claro que es una especie de fetichismo.

Ahora yo estoy escribiendo sobre el fetichismo. Estoy escribiendo la parte del libro mío sobre la alienación. Ahora estoy hablando del fetichismo de las mercancías, de Marx, lo que él expone en *El Capital*. En el desarrollo que estoy haciendo hablo del fetichismo de diversas maneras, y digo que hay un fetichismo positivo y un fetichismo negativo. El fetichismo positivo es, por ejemplo, el del artista, incluso el del artista más primitivo que uno pueda imaginarse, que tiene sus fetiches con plumas, y los adora. Esto es algo que no es negativo. Es una relación con el objeto, al cual él (el artista) le pone el alma, y el objeto le devuelve un alma. El artista de hoy, ya sea poeta, ya sea escultor, ya sea músico, ya sea lo que sea, pone en el objeto una cantidad determinada de algo. Entonces ese objeto está fetichizado. Un libro, un buen libro es una cosa que está fetichizada.

El libro mismo es un fetiche. Lo que decía Marx del fetichismo negativo era sobre los fetiches que son enemigos nuestros. Las mercancías, ese innumerable montón de mercancías con que nosotros nos encontramos en esta sociedad, sobre todo en los días de consumo por las Navidades.

Toda esta mercancía, por el mecanismo normal de la mercancía, se vuelve contra el productor de la mercancía porque le trae plusvalía, y se vuelve contra el consumidor también, porque el consumidor se vuelve un extraño y se convierte en esclavo de las cosas. Entonces quiere decir que ya no se trata de relaciones personales de la gente entre la gente a través de objetos. No, sino como dice Marx, se trata de relaciones que tienen los objetos mismos, relaciones sociales que tienen los objetos. El objeto tal tiene una relación social entre fulano de tal y fulano de cual. Es un puente, en los famosos regalos de Navidad, o yo te regalo un carro, o fulano de tal que le regala un carro a su hija. A través de ese objeto, que es el carro, se establece una relación de compra y venta. Las relaciones sociales no se establecen realmente entre persona y persona, sino entre cosa y cosa. Eso es lo que llamaba Marx “la cosificación”. Él lo llamaba personificación de la cosa y cosificación de las personas.

El artista se salva, y eso lo decía el propio Marx, se salva pero a contrapelo de la sociedad. Hay un libro de Marx, el tomo IV de *El Capital* que se llama “Las teorías de la plusvalía”, donde él dice una frase que es la siguiente: “El capitalismo es esencialmente hostil a todo arte”. Porque ocurre eso. En las sociedades capitalistas se hace arte, más que arte se hace contraarte. Hay

un economista africano senegalés quien dio una definición de la cultura, que a mí me parece la mejor definición de cultura que se ha dado. Él dice: “Cultura es el modo de organización y de utilización de los valores de uso”, si cultura es eso, como vivimos en una sociedad basada en los valores de cambio, entonces supuestamente el capitalismo no tendría cultura, porque el capitalismo está basado en los valores de cambio; sin embargo, sí tiene cultura. ¿Cómo se llama esa cultura? Se llama contracultura. Yo tengo un libro publicado, que se llama así, *Contracultura*. Uno se pone a observar a los grandes creadores de la literatura occidental, del capitalismo, y son todos contraculturales, todos van contra la sociedad burguesa, todos van contra los valores establecidos, todos van contra el dinero, todos van contra todos esos valores. Y eso es desde Edgar Allan Poe, Baudelaire, Balzac, lo que uno quiera, hasta Eliot en “*La tierra baldía*”. Pound es cultura, pero es una contracultura. Así Baudelaire es un gran solitario.

Yo vi “*La vida de Cervantes*”, él estaba en una barbería y en frente de él estaba Lope de Vega, también cortándose el pelo. La conversación y los dardos que se tiran son estupendos. Lo que quiero decir es que este tipo de conversación entre escritores, que pueden no ser necesariamente solidarios, sino que pueden ser de puntillas y cosas fuertes, o informativas o de conocimiento, eso no se estila entre nosotros, eso se estila en España. Yo me acuerdo que eso existía en mis tiempos cuando vivía en España. Nos íbamos a la peña tal, ahí se hablaba, se comentaba el último libro, se comentaba la última lectura. Me acuerdo de una lectura de poemas que di yo en el Ateneo de Madrid, entonces de ahí nos fuimos a un café que quedaba en el Paseo de La Castellana, no recuerdo el nombre, pero un café donde se suelen reunir los poetas, los escritores. El café Gijón. Ahí nos reunimos y todos me dieron su opinión sobre mis poemas, una opinión muy tranquila, muy mesurada, y eso y lo otro, y después se pasó a otra cosa, pero le daban a uno una opinión.

Hay dos cosas que son para nosotros muy extrañas, primero el recital al cual vaya gente. Imagina que se vaya a dar un recital aquí, y que vas al Ateneo de Caracas, y das un recital en el Ateneo de Caracas, entonces ahí irán tu prima hermana, tu abuela y los amigos más íntimos. Pero la gente no va, porque no están acostumbrados, y mucho menos te van a dar unas observaciones literarias sobre eso. En cambio en Madrid, yo siendo un carajito que tenía 18 años, me acuerdo de que di varios recitales, e iba bastante gente. Yo recité en la Casa de la Tertulia Hispanoamericana, en la calle de El Marqués del Riscal. Fue bastante gente. Por cierto ese recital fue grabado. Yo no sabía que lo estaban grabando. Una señora venezolana lo grabó, y después lo hizo poner en disco, y me lo regaló, y los discos los tengo todavía. De manera que se puede oír la voz mía cuando yo tenía 18 años.

La plusvalía, en realidad yo la empecé a escribir hace diez años, pero lo que pasa es que en esa época yo escribí los primeros cuatro capítulos, y entonces ahí los dejé, y me dediqué a otras vainas. Lo publiqué como *Marx y la alienación* en Monte Ávila. Ahora lo que viene es el resto de los capítulos que le quedaban, que completan el libro, es decir, completan toda la obra de Marx. En este libro llegué hasta la juventud de Marx, y en parte nada más. Pero tengo otros seis capítulos.

El Marx humano era un tipo fogoso, era un hombre de pelo negro, moreno de piel. Buenmozo, muy enamorado, muy romántico, estaba completamente influido por la poesía romántica. Y era sobre todo un poco extravagante, porque a él lo había mandado su padre a estudiar leyes, para que se convirtiera en un abogado. Marx cuando llegó a la Universidad de Colonia se inscribió en dos cursos de Derecho y tres de Literatura: Literatura griega, alemana. A él le interesaba la literatura, porque él se creía poeta. Y era poeta. Un ser destinado a la literatura. Lo que pasa después es que en la propia universidad le cayeron los textos de Hegel en la mano, y entonces empezó a pensar, y empezó a ver Economía política. Y se fue transformando progresivamente en un filósofo y en un economista. Como filósofo ya lo era, porque su tesis doctoral era filosófica, era sobre Demócrito y Epicuro, sobre el concepto de naturaleza. Después de 1844 todo lo demás fueron estudios sobre Economía. Claro, él contaba con un buen bagaje clásico. Yo he examinado su poesía, y sus poemas no son muy buenos. Claro que él se habría dado cuenta tarde o temprano de su limitación. Y eso se lo dijo incluso su padre, se lo dijo: “Yo no quisiera verte convertido en un poeta menor”.

La poesía la escribió inspirado por el amor de Jenny Westphalen. Él le escribió poemas de amor, y después le escribió cartas de amor.

Marx ha significado mucho para mí. La obra misma de Marx como escritor. Yo admiro las cosas como escritor, porque lo que yo soy es un escritor. Un escritor y un poeta, yo admiro las cosas así. Y por eso escribí un libro sobre *El estilo literario de Marx*.

Vivimos muy incomunicados. Los poetas aquí no se comunican. Se comunican en los bares, y se comunican en las reuniones sociales. Pero nunca se le ocurre a uno ir a la casa del otro. En los bares uno no se comunica, se ve. No es una comunicación, es una expresión de visión de café, de sala. Un miedo a su propio mundo. El mundo lo tienen metido en sus cuatro paredes. De ahí lo publican en un libro, pero tienen miedo de mostrar ese mundo. Hay un divorcio de la realidad. El poeta se supone que habla para la realidad. Hay un divorcio efectivamente. Hay un divorcio entre una cosa y otra. Los poetas, por una parte, escriben; y, por la otra, el mundo sigue andando.

Ludovico El Moro

MARÍA ANGÉLICA HERNÁNDEZ M.

Eres idéntico a ti mismo
rasgado en las palabras
que tiemblan en tus manos.
Perseguidor preciso de los confines femeninos
que te alientan a fijar el tiempo
en cada letra.
Trovador de seducciones,
no te detuvo el prohibido talar
de la hembra pudorosa
que solo te brindó vino
para dar de beber al sediento.
Pero tu sed
es la sed del alma penitente,
la del sabio que, de tanto saber,
ya no es sabio
sino niño.
Eres idéntico
cuando pareces disculparte

ante el mundo
por tu generosa inteligencia,
cuando regresa tu mirada
de algún cuásar ocioso
que se instaló en tu tristeza.

Abril, 1988

Ludovico Silva

EARLE HERRERA

A Beatriz.

Hasta este sol de hoy –o de esta luna, si la noche sorprende mi escritura– no he podido comprender por qué Ludovico Silva escogió un 4 de diciembre, día de elecciones, para marcharse de todo esto. En una Caracas que de ninguna manera era París, pero sí una fiesta, se fue, como diría Machado, ligero de equipaje. No dio tiempo a una llamada, a un insulto amistoso, a un reclamo, para que depusiera su actitud. Cuando la ciudad estalló en cohetes y en los lugares comunes de un “mañana mejor”, que este febrero de 1989 hizo peor, ya Ludovico iba lejos, con un poco de ángel y demonio, como decir, de hombre y de poeta.

Recordé que cuando Orlando Araujo casi escribía su testamento poético, *Crónicas de caña y muerte*, hacía más de una década, Ludovico Silva le llamó la atención y le exigió que no muriera. Entonces le escribió:

Si no sales de tu enfermedad con mayores empujes creadores, tus amigos tendremos que insultarte, tendremos que practicar la insidiosa *hybris* de la antigüedad griega. No te estoy dando consejos: te estoy reclamando mis derechos como lector tuyo. Como creador, estás obligado hacia mí, porque yo hablo por boca de tu público.

Y Orlando, pues, le hizo caso al amigo y por más de diez años defraudó a la muerte. Sin embargo, Ludovico no dio tiempo a la reacción de los amigos y todo reclamo se nos ahogó muy adentro. No nos quedó más que buscar su voz en los libros y tratar de asirlo por la manga de algún poema, de algún ensayo, de algún pensamiento. Es cierto que los poetas cuidan más el aire vital de los amigos que el suyo propio, y es Ludovico quien ahora nos pide que sigamos.

Con la muerte de Ludo el mundo de las ideas se ha vuelto más soporífero y el aburrimiento ha adquirido dimensión de peste. Todos parecemos estar de acuerdo en todo y el debate intelectual, ideológico y político se resuelve por la vía de la concertación. De vez en cuando alguien lanza una propuesta o una opinión sobre la cultura, la educación o la religión, y nadie le responde. Los insultadores de oficio solo vociferan y las páginas donde antes se concentró la discusión parecen un largo soliloquio. Para que la dictadura del bostezo no sea total, apenas un diputado polemiza con Guillermo Dávila por la letra incolora, inodora e insípida de una canción.

Venezuela vive una de sus horas más graves, y hombres lúcidos en la interpretación de la sociedad, como Ludovico Silva y Orlando Araujo, están haciendo mucha falta. Como ha quedado demostrado, la situación es demasiado compleja para dejársela a los tecnócratas y a los economistas “puros” de tasas, rentas y parámetros. El mejor homenaje, entonces, a estos amigos, es tomar el relevo de su verbo.

Es tiempo, como dijo Martí, de pedir peso a la prosa, y condición al verso. Y si algo podemos admirar en Ludovico Silva es que hoy sus libros son norte y camino. Luego, nuestro amigo vive como poeta y como filósofo. Y esa presencia viva nos hace perdonarle, aunque no de muy buena gana, su inconsulta ausencia.

Marzo, 1989

En la última ronda de la damajuana

RODOLFO IZAGUIRRE

¡Duele hablar sobre los amigos cuando ya no están! Hay mucha alma de ellos rodando todavía por allí; presencias que se hacen cada vez más cercanas en la medida en que también vamos avanzando hacia donde ellos se encuentran, como si se tratara de un raro juego de cómplices. Entre Ludovico Silva y yo siempre hubo un bello juego que llamábamos *La ronda de la damajuana*. Un juego que comenzó desde el mostrador de un bar. Consistía en el cruce ocasional de papelitos con algún verso que Ludovico sabía manejar con densa ironía y humor, y que yo trataba de completar con otro, seguramente torpe y cojo. Pero eran ramalazos de ingenio, pequeñas anotaciones de encanto y, sobre todo, eran una enorme capacidad de amor. No existen esos papeles, servilletas de bares, instantes divertidos, secretas burlas y conspiraciones amables. *La ronda de la damajuana* no exigía tampoco ninguna lealtad hacia el documento que se guarda para transformarse luego en testimonios de historia.

Pero recuerdo vivamente la maestría suelta, musical, desenfadada, espontánea y, al mismo tiempo, agónica y reflexiva que Ludovico puso en su juego. Después advertí que el espíritu de la damajuana iba a establecerse en su vida.

Era un tiempo, comienzos de los sesenta, que nos hizo vivir bajo el asedio de la intolerancia y la dureza ideológica; la insurgencia armada y el

clima de personales turbulencias. Con la damajuana tratábamos de ajustar nuestra propia visión del mundo, el esfuerzo por insertar, en el abierto espacio de la sensibilidad y de la imaginación, los ámbitos cotidianos de un país que circunscribíamos a Sabana Grande y al aturdimiento.

“Ludovico a pie” se llamaban entonces unas magníficas crónicas que mi amigo escribía con prosa elegante y gustosa, antes de convertirse en *summa cum laude*, conocedor del pensamiento marxista y gran dispensador de conocimientos, un *je sème à tous les vents*... Fueron momentos gloriosos para *La ronda de la damajuana* a pesar del extravío o pérdida que Ludovico sufrió, en los años de nuestro encuentro, del original de un largo, severo y espléndido poema que hablaba de Orfeo... A pesar del terror profético y apocalíptico, desmoronador y definitivo que tuvo su poesía entonces, asentada en ¡*Boom!*!, como si en efecto la bomba atómica fuese a caernos encima mañana mismo. *La ronda de la damajuana* permitió al menos, entre el poeta y yo, detener no solo la hecatombe, sino oponer a la sectaria práctica ideológica de la izquierda venezolana de los sesenta, una vasta zona de afecto y de interrogantes que nos ayudó a vivir. La ronda hizo posible una amistad que todavía hoy continúa más allá de la muerte. Y yo ahora, amigo, desciendo.

En el “*Desfavorable encantamiento del regreso*” que Rosamel del Valle expresó en *Adiós enigma tornasol*, desciendo a lo largo de tu sombra con el sonoro anticipo de las lluvias que me esperan.

Tú, lejos de tu origen, de tu vida y de tu muerte;
Yo, cerca de mi origen, de mi vida y de mi muerte:
prisioneros en el canto del viento degollado y majestuoso...

Encuentro eleusino con Ludovico Silva

ENNIO JIMÉNEZ EMÁN

Apenas un mes antes de su muerte, Ludovico le pidió insistentemente a Gabriel que le prologara el último libro de su producción poética que ya casi iba a la imprenta: *La crucifixión del vino*. Él me sugirió que le acompañara a su apartamento de Sebucán, al tiempo que así aprovechaba para llevarle mi libro recientemente publicado: *Notas apocalípticas*, que estaba muy interesado en que él leyera. Llegamos, y Ludovico nos recibió con sendas cervezas, propicias para la ocasión. Muy delicado de salud, no tomaba licor, sino limón con papelón cuidadosamente preparado por Beatriz. Sin embargo, se podía percibir gran energía y vitalidad en su mayestática figura y en su fluido y lujoso discurso intelectual. Mientras Gabriel escribía el prólogo en la cocina, me quedé solo conversando con Ludovico en la sala abarrotada de cuadros y libros. De fondo sonaba, sugerente, la música religiosa de Bach. Su verbo era a la vez claro, profundo, brillante, salpicado de continuas referencias a la cultura clásica grecolatina –y citas en sus idiomas originales–, a la poesía europea antigua y moderna, y a la hispanoamericana y venezolana, adornado con innumerables anécdotas de escritores, pintores, músicos, o simplemente amigos suyos. Pero todo este discurso no era abrumador, sino, por el contrario, ameno y refrescante, dadas sus virtudes pedagógicas y la agradable inflexión de su habla. Mientras hilaba sus palabras y yo hacía

alguna observación ligera, caímos en el tema de los misterios eleusinos, al que le había dedicado un ensayo en el libro mío antes citado: *Robert Graves en el camino a Eleusis*, comentario sobre el uso de alucinógenos en Micenas y Eleusis, tal como lo expuso el poeta inglés. En el tema eleusino ya Ludovico se había internado con una penetrante erudición filosófica, según se puede observar en su obra *Los astros esperan*. En media hora de conversación, y con Ludovico oficiando como Hierofante, me inicié en un viaje —una *myesis*—, por Eleusis, donde desfilaron Deméter, la gnosis órfica, el culto dionisiaco, la etnomicología, la alquimia, la filosofía presocrática y el helenismo moderno. Platón y Nietzsche. Mientras hablaba y gesticulaba con parsimonia, pude sentir hablar a un poeta religioso, y percibir en él, en su majestuosa y a la vez agobiada figura, una suerte de impetuosa tensión entre esas dos fuerzas que siempre lo habitaron: lo apolíneo y lo dionisiaco, en un Ludovico ya definitivamente alejado de los efluvios del alcohol, y luchando por sobreponerse a los duros avatares de la existencia. Gabriel terminó el prólogo y se lo mostró. Él le hizo algunos ajustes y manifestó haberle gustado mucho. Conversamos otro rato y nos fuimos. A los pocos días murió. Y yo rememoré ese momento como algo muy especial por el hecho de haberle llevado mi libro y de él querer conversar conmigo sobre los misterios eleusinos.

Poeta, filósofo, humanista, helenista, filólogo, teórico social, implacable crítico ideológico, Ludovico Silva permanecerá como una de las figuras de mayor talla moral e intelectual y de vuelo poético que haya producido Venezuela en mucho tiempo, como “uno de esos hombres que buscan una dirección y un sentido en medio de la dispersión”, y en nuestra memoria personal quedará como el generoso amigo despojado de imposturas, el poeta cálido que siempre supo abrirnos una puerta propicia para la celebración y otra para el conocimiento dentro del brumoso panorama de nuestros días.

Mayo, 1989

Memoria de Ludovico

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

En la Navidad de 1986 me presenté en casa de Ludovico Silva con la intención de pasar allí la noche; me instalé sin más ni más a conversar con Ludovico y su familia: Beatriz, Thaís, Ykay y varios amigos de la familia. Oímos música, compartimos panes, hallacas, sorbos de vino y nos sumergimos en la conversación; la noche había conquistado su espacio y nos invitaba a tenerla. Ya en la madrugada la gente se fue quedando dormida y Ludovico y yo permanecemos campantes, hablando y bebiendo. El amanecer nos sorprendió doblemente: no estábamos ebrios y lucíamos como lechugas frescas, pese a haber estado toda la noche empinando el codo. No sentíamos ni siquiera cansancio. El Niño Jesús trajo regalos y a los adultos nos dibujó un signo de extraña felicidad en la cara, nos trajo salud y sonrisas fragantes a toda prueba, a cuyo calor nos despedimos. Un año después, en diciembre de 1987, comentaba con Ludovico esta pequeña hazaña de la pascua pasada. A finales de 1988 ya Ludovico había comenzado a irse; yo estaba lejos de Caracas, abriendo frutas aromadas en los patios yaracuyanos, y no me dio tiempo de venir a verlo antes de emprender su último viaje, en los primeros días de diciembre. No llegó a ver los resultados de los comicios, la mala suerte del país, el caos económico, el 27 de febrero y los últimos escándalos de corrupción. Mejor así, se hubiera marchado más triste.

Nos conocimos bajo un signo especial y asombrado. Yo estaba acodado a la barra del Vecchio Mulino en Sabana Grande y de repente siento a mi lado una presencia, volteo y esta me dice: “¡Tú eres Jiménez Emán!”. Y yo: “¡Y tú eres Ludovico!”. Nunca nos habíamos visto antes, por lo menos él a mí no; yo a él sí, en fotos. Él había comentado *Los dientes de Raquel*, mi primer libro, en 1973. Yo le admiraba desde mi adolescencia por la sensibilidad, inteligencia y belleza de sus escritos, por la valentía y honestidad con que defendía sus ideas y la firmeza con que abogaba siempre por un mundo mejor.

Desde aquel día en Sabana Grande comenzó nuestra amistad. Empecé a frecuentarlo con el poeta y médico Juan Ramón Pino en su casa de La California, y luego en su apartamento del Bosque San Miguel. Y de pronto me veo sentado a un extremo de la mesa de la cocina de ese apartamento, que está llena de vasos, ceniceros, *cassettes*, libros, y a Ludovico sintonizando melodías clásicas en una radio portátil, fumando y tomando una “cervecita fría”, mientras hacía uno de sus lúcidos comentarios; yo me volvía todo oídos, en tanto aprovechaba la buena mano de Beatriz para la cocina, sirviéndonos pasapalos y picando de cuanta exquisitez hubiera por ahí para aderezar el trago de cerveza. Fluía la música, se oían las lenguaradas del loro Lorenzo, los chistes y humoradas de Beatriz y Thaís, los acordes de guitarra eléctrica de Ykay, los comentarios oportunos de José Sellán o del señor Martínez y las travesuras del nieto Rainier. En fin, todo ese acorde que fue y sigue siendo esa casa donde las puertas se abren y le dicen a uno buenas tardes poeta. Ahí me sigo viendo yo, en medio de un recuerdo que pasa de doloroso a edificante por lo que tiene de revelación humana y de torrente vivencial siempre renovado.

Si la inteligencia –por momentos monstruosa– de Ludovico sirvió para dejarnos la más sólida interpretación marxista de nuestra sociedad moderna, su sensibilidad se abocó por intermedio de la revelación poética a profundizar en la naturaleza de la orfandad humana: revisó los intersticios de la congoja y los meandros del sufrimiento hasta los mismos límites del agobio. Así, su poesía está teñida por un elemento de pasión pagana al modo dionisiaco, con el de un vía crucis crístico. Digo *crístico* y no cristiano porque la identificación de Ludovico era más con la figura que con la doctrina espiritual de Jesús. Traté de exponer este asunto en el breve prólogo que Ludovico quiso que redactara en su propia casa para su libro póstumo de poemas *Crucifixión del vino*.

Ludovico era melómano en extremo. Cuando no estaba leyendo o escribiendo, oía música sin descanso. Se decía “músico frustrado” y tomaba de vez en cuando el plectro para tañer algunas cuerdas del bandolín o sacaba alguna melodía a su viejo acordeón. Toda su poesía se halla impregnada de cadencias musicales: *La soledad de Orfeo* tiene estructura de cantata y hasta el conjunto de su obra lleva título musical: *Ópera poética*. Ahí se percibe una “meditación

cantada” y los textos sobre músicos contenidos en el aparte *Pararrayos celestes*. Le gustaba que yo me acompañara con la guitarra alguna canción, para alegrar de cuando en cuando el espíritu. También recordaba frecuentemente sus andanzas por los bajos fondos en las calles de toda Europa, reía benignamente de sus tortuosos amores juveniles y exponía anécdotas picantes con especial fruición. Aparecía entonces en él esa sonrisa de niño tremendo, de sabio perfectamente dulce y lúcido, una combinación de cerebro y corazón ajustado al diapasón de un cuerpo castigado por los arrebatos del vino, pero también por la conciencia de ser hombre y de acercarse a Dios cada vez más. Esa fue su entrega, su mejor apuesta. Nosotros debemos respetarla y sentirnos orgullosos de haber tenido la certeza de compartirla.

Mayo, 1989

Filosofía y poesía en Ludovico Silva

ALEJANDRO LASSER

Ludovico Silva se ha bifurcado entre la filosofía y la poesía, pero él vive más como poeta que como filósofo. La vida de los poetas y artistas, dominada por la imaginación y por el gozo de las palabras, de los colores, de las formas y de los ritmos, es sensual, desordenada, en tanto que la del filósofo, que trabaja con conceptos e ideas, es más metódica. El artista se despilfarra viviendo mientras que el filósofo, guiado por la razón, se ahorra. Aunque vive como poeta, aunque honra el vino –*In vino veritas*–, Ludovico piensa como filósofo. Yo diría que la filosofía, que ama a Ludovico, quisiera que fuera austero como ella, como lo fue otro hijo suyo, y de los mayores, a quien Ludovico venera: Marx. Porque a esto precisamente íbamos. Ludovico es un filósofo marxista, pero no un poeta marxista. Su poesía, muy personal, al menos la que conozco, se halla distante del tema social marxista, y se emparenta íntimamente con la de Baudelaire, con la del *dandy* y pequeñoburgués Baudelaire, su otro ídolo. Voy más allá. En esa poesía no es difícil escuchar los ecos de Santa Teresa y de San Juan de La Cruz y lo que es insólito en un marxista: los de Nietzsche, a quien también admira como lo admiro yo. Pero al Nietzsche poeta, al profeta de la reivindicación y de la justificación de los instintos. Esta amplitud, esta libertad de espíritu, hoy rara, hay que saludarla. Porque libertad es también romper los hierros de los dogmas y saber elevarse sobre las contradicciones.

Su universalidad se la debe Ludovico —conoce el griego, el alemán, el francés— a su dilatada cultura, a su humanismo. Él trata de diferenciarse del marxista dogmático que ve el mundo solamente a través de su credo y para el cual es falso todo lo que no sea interpretado a través de ese credo. Y aquí me voy a permitir una pequeña digresión acerca de las relaciones entre ideología y cultura individual. A mayor cultura filosófica, mayor tolerancia ideológica. La capacidad de tolerancia de un marxista francés o alemán es mayor que la de un marxista de un país nuevo, no porque la mentalidad de este sea inferior a la de los primeros, sino porque su desarrollo cultural no es el mismo. El alemán y el francés aceptan a Marx después de confrontarlo con Hegel o Descartes y de esta confrontación nace un producto diferente, nace una transacción, una actitud más abierta hacia lo distinto que la del marxista de un país nuevo, el cual por hallarse inmerso en un vacío filosófico que Marx y solo Marx ha llenado, se muestra más dogmático. Un marxista alemán o francés ve en Marx a un filósofo, un albano lo convierte en profeta y un indio del Amazonas en mago. Por esto mismo un cristiano griego del siglo II d.C., heredero del pensamiento de Pitágoras, Parménides, Sócrates y Platón, sería más transigente y sabio que un cristiano germano o galo de la misma época. Para Ludovico, si lo interpreto correctamente, el marxismo, más que una cosmovisión, que un sistema, es un método dialéctico de interpretación de la realidad social, el más valioso a juicio suyo, pero que no invalida, en definitiva, la eficacia de otros métodos.

Como poeta, Ludovico Silva ha sido bastante sagaz para no caer en la trampa de la poesía política. Esto no significa, por otra parte, que no haya alguna excelente. Su último libro, *Piedras y campanas*, se alimenta de un desgarrado subjetivismo, y sitúa a su autor, por su desesperada belleza, entre los más grandes de su generación.

El poeta, caído entre las piedras, ha perdido toda esperanza de redimirse. La piedra es un anuncio del desierto, de la muerte. Esta nota desolada es corregida, sin embargo, por la presencia de las campanas.

La campana es la contradicción de la piedra. Suspendida en lo alto, ella vibra y se echa a volar. A la campana la asociamos con la alegría y la esperanza. Fausto, desesperado, dice: “El grave sonido de las campanas me llenaba de dulces presentimientos”. Esta contradicción entre la piedra y la campana es también la del poeta, la de todos los hombres, aunque en algunos sea más intensa que en otros.

¡Hasta siempre, profesor!

WILLY LAURENAT

A Beatriz Guzmán.

*Yo no he muerto, yo vivo
—y esa es mi diferencia—
de estructura y verdades,
y nunca de apariencias.*

Ludovico Silva

Los poetas alteran el orden natural de las cosas; hacen milagros. Por ellos, la bóveda celestial no es azul sino roja, el mar cabe en un fino vaso de cristal y las corrientes de los ríos son miles de diamantes repartidos de orilla a orilla. Ludovico Silva en cierta oportunidad dijo:

Yo no quiero que me den un mundo hecho;
yo necesito hacer el mundo.

Y en verdad construyó un hermoso mundo que habitaba imaginariamente. Era un mundo sin muros, resplandeciente, donde en cada esquina se brindaba

en una iridiscente copa por la felicidad de todos sus moradores. Hace pocos días, el poeta y filósofo Ludovico Silva se marchó para el otro lado y la sensibilidad sufrió una baja; la ausencia se plantó cerca del Ávila, donde él vivía. Se fue en puntillas, silenciosamente, sin hacer ruido, entre tanta bulla. Sabíamos de lo endeble de su salud. Sus amigos hacían votos para que su paso fuese más largo. Pero todo fue inexorable. Un hombre vestido de gris tocó su puerta. Llegó a destiempo y la mano de Ludovico Silva, que aún podía darle un apretón a la vida, quedó inamovible. El poeta ha muerto, mas no está olvidado. Cuando tenía veinte años llegó a decir:

Yo quiero vivir eternamente.

Así fue. No podía ser de otra manera. Sigue viviendo entre las manos de las gentes, en los pasillos, en las calles, en el verbo eterno. Murió para vivir, para quedarse convertido en palabra, en escritura. Ludovico Silva vivió para trascender. Este noble poeta fue solidario con la vida, siempre anheló la felicidad de todos, esa felicidad que se lleva por dentro, esa felicidad que se le mete a uno por los poros, y que hace que los huesos se tornen en sonoros instrumentos musicales, porque si toda persona, según las sagradas escrituras, es una iglesia, cada uno de nosotros puede ser también, si lo desea, una caja de resonancia musical.

La música es algo que ocurre en nuestro interior.

decía Ludovico Silva. Su vida fue una partitura ejecutada por él mismo. En su último artículo "*Hasta luego*", publicado en *El Nacional* (coleccionados religiosamente por mi mujer), Ludovico Silva señalaba:

Ahora estoy por emprender un viaje imaginario y por eso les envío estas líneas a mis escasos lectores, para decirles "hasta luego" (no digo "adiós" por aquello de que nadie puede decir "de esta agua no beberé"). Digamos que me retiro temporalmente; y que ello implicará provisoriamente el abandono de mis actividades literarias normales. Tal vez será un tiempo largo, pues debo, por una parte, acostumbrarme a un nuevo y difícil modo de existencia, y por la otra, intentar superar una desagradable sensación que ahora me invade, y que podríamos llamar desencanto, o acaso mejor, desengaño...

¡Hasta siempre, profesor!

Me lo imagino, viendo hacia el cielo, oteando algún amplio camino, para iniciar ese viaje entre nubes y estrellas. De Ludovico Silva guardo un buen recuerdo; el mejor. En los últimos tiempos gocé de su presencia, de su melomanía, de su palabra, de sus conocimientos, lástima su brevedad. No consigo para estrechar la mano del poeta en señal de despedida sino una expresión que indica un eterno volver, un encontrarse siempre, un retorno. ¡Hasta siempre, profesor!

Enero, 1989

Un recuerdo médico de Ludovico

VICENTE LECUNA TORRES

Es difícil escribir acerca de una persona con quien sostuve una relación de tipo médico-paciente y una amistad. Estas dos relaciones tienen naturaleza y propósitos diferentes. Quiero referirme a la primera porque probablemente es la que puede resultar de mayor interés para el lector. Los principios de la ética biomédica señalan la conveniencia de mantener el secreto médico después de la muerte del enfermo. Así que la información y la privacidad de la relación médico-paciente se deben mantener después de que fallece el paciente. Ahora bien, razones de interés público o el interpretar la voluntad del enfermo permiten una ruptura parcial de algunos aspectos del secreto médico cuando el paciente ha fallecido.

Con esta necesaria advertencia, voy a señalar ciertos aspectos de la vida de Luis José Silva Michelena, Ludovico Silva.

Lo que más llamaba la atención era su inteligencia y capacidad de trabajo a pesar de la enfermedad. Antes de conocerlo como paciente, había escuchado comentarios muy positivos acerca de su persona por alguien que no era muy dado a elogiar marxistas, el profesor Ángel Rosenblat, quien sostenía se trataba de una persona de gran calidad humana y gran inteligencia. Era el único marxista con quien podía establecer nexos de respeto y amistad.

Ludovico padecía una profunda depresión existencial que lo inducía al alcohol. Había conversado con la mayoría de los buenos psiquiatras del país y

el resultado no había sido satisfactorio. Cuando comencé a tratarlo no se me ocurrió hablarle acerca del efecto nocivo del alcohol, porque él lo conocía muy bien. Acerca de su depresión tampoco hablábamos porque no soy psiquiatra. Estos hechos permitieron establecer una relación prolongada, basada en la confianza y la amistad.

Varias veces intentó dejar el alcohol y escribió bellas despedidas, pero invariablemente retornaba. Asociaba el tipo de bebida con la inspiración literaria. Cuando tomaba cerveza escribía poesía, cuando tomaba *whisky* escribía ensayos y cuando tomaba ron escribía acerca de filosofía.

A pesar de la depresión, Ludovico era un enamorado de la vida. Esto se manifestó en especial en su último período, cuando había dejado la bebida y se había concentrado en mejorar su salud. Lamentablemente el daño hepático había sido demasiado grande y su esfuerzo final, quizás el mayor y más verdadero, no contó con la respuesta orgánica de su cuerpo.

Los últimos meses de la vida se dedicó a estudiar todo lo relacionado con la vida biológica; se aprendió los valores de todos los parámetros sanguíneos y me llamaba frecuentemente para confirmar y precisar informaciones que leía en revistas y libros de naturaleza diversa. Detalles de aspectos dietéticos, valor de los minerales, sentido de los gases en la sangre eran el objeto de su estudio. Y era porque Ludovico quería vivir.

Había aspectos de su personalidad muy marcados y en general poco conocidos. Era tolerante pero no complaciente. Era revolucionario pero en algunas cosas muy conservador. Estimaba en gran valor su familia vecina y lejana. Había sido (y es) el objeto de una mitología entre jóvenes y, en cierta forma, la disfrutaba si bien no la alimentaba o se vanagloriaba de ella. Era sensible al halago y a la crítica. En más de una oportunidad se enfrentó a acusaciones que lo afectaron.

Trató de enfrentar la crisis económica de varias maneras, llegando a dar clases particulares a varios de sus aventajados alumnos. En los últimos meses lo angustiaba la situación de la vivienda.

Es imposible escribir acerca de Ludovico sin escribir acerca de Beatriz. Le habíamos diagnosticado a Ludovico cirrosis hepática avanzada hacía unos diez años en el Hospital Universitario de Caracas mediante biopsia. Sobrevivió al promedio de vida de los cirróticos gracias a Beatriz. Resulta difícil describir con palabras la dedicación de Beatriz a Ludovico. Era su vida y razón de ser; pocas veces se encuentra una relación tan fuerte que todavía existe con la misma intensidad. Beatriz estaba pendiente de todo; hasta el menor detalle de Ludovico, y él sentía hacia ella el mismo amor. Gracias a su diligencia Ludovico sobrevivió mucho más del promedio de vida que le asignaban las probabilidades de la estadística para esa enfermedad avanzada.

A su alrededor Thaís, Pepe y el señor Martínez formaban una especie de muro de afecto y protección que también contribuyó a mantener un clima adecuado para poder pensar y escribir. Ludovico escribía todos los días algo. En una oportunidad dijo que ese era un consejo que había recibido de García Bacca, quien a su vez lo había recibido de un monje.

Ludovico tuvo muchos amigos y personas que estaban pendientes de él. Numerosísimos escritores y artistas mantenían una relación de amistad y admiración sincera.

Hay un rasgo que está por encima de su inteligencia o capacidad. Ludovico era un hombre de excelentes cualidades humanas. Tenía las inquietudes cotidianas del hombre de estos tiempos, desde las económicas, pasando por las religiosas, hasta las de su apariencia externa. Nunca escuché de su boca reproches, mezquindades o críticas malsanas.

Lo que perdura en mi memoria es Ludovico, el hombre bueno, enamorado de la vida y luchando contra la enfermedad.

Ludovico Silva: *De lo uno a lo otro*

ELEAZAR LEÓN

Ludovico Silva nos ha ido acostumbrando, año a año, libro a libro, a una prosa estricta, inquisitiva, y a la vez sinuosa, vehemente (su poesía, que es en él oficio de solicitudes secretas, nutre minuciosa, fluyendo –como si brotara un río desde sus manos– todo cuanto escribe).

Prosa de instigación, como quería Unamuno, las palabras de Ludovico Silva son una especie de piedra verbal, de pulido guijarro que cae a un pozo y provoca en el lector una sucesión de ondas reflexivas, asociaciones últimas, sorpresas claras. Esta circunstancia, de regocijo para quienes desean participar cada vez de una reveladora “fiesta intelectual”, se trueca en desazón para quienes prefieren imperturbable el reposo mental, la siesta de las ideas, la calma adormilada del pensamiento.

Pocas veces, por otra parte, tenemos oportunidad de frecuentar a escritores-estímulo, a libros-manantial, a páginas donde lo dicho se convierte en el ademán que abre el recinto de meditación, intuición, imaginación, aherrojado casi siempre por el mecanismo de lo cotidiano. Es el caso, por ejemplo, de uno de los libros que Ludovico nos ha ofrecido recientemente. Colección de escritos de varios momentos, *De lo uno a lo otro*, publicado por las Ediciones de la Biblioteca de la UCV, reúne sobre todo ensayos en torno a temas filosófico-literarios, como lo hace constar el subtítulo. Pero esta indicación, si bien exacta en su orientación general, no agota en modo alguno

el registro de asuntos, interrogantes, temas, que abarca el libro. “Cuestiones acerca de cómo el hombre podía mirarle de una vez por todas los ojos a su esfinge histórica y encarar para siempre su destino” podría ser su título, a despecho del exceso verbal. Pero no estamos buscándole un nuevo nombre al libro, que ya lo tiene y muy justo y sugerente en su sobriedad: *De lo uno a lo otro*, que es como decir, y como lo quieren los versos de Machado: “Busca a tu complementario / que marcha siempre contigo / y suele ser tu contrario”; o, tal vez: “El ojo que ves no es / ojo porque tú lo veas / es ojo porque te ve”, interpretación que hacemos siguiendo la recomendación del propio Ludovico en el prólogo: reconocer la estirpe machadiana del título. Otra interpretación nos llevaría a una fuente distinta: Blake, quien escribió en los proverbios del *Matrimonio del cielo y el infierno*: “El acto más sublime consiste en colocar a otro delante de ti”.

Y no otra cosa hace Ludovico a lo largo de estas páginas: indaga, por una parte, y siguiendo el hilo del pensamiento de Marx, Lukács, Heidegger, entre otros, la situación del hombre en nuestro tiempo; y, por otra, señala al hombre tiranizado por la historia más cercana y lo asocia íntimamente a la obra de poetas y escritores que prolongaron, y prolongan, lo momentáneo como figura de lo intemporal, la sociedad como roedora presencia, la existencia como incendio inevitable: Cervantes, Dickens, Rimbaud, Rilke, entre muchos. Que convivan en un solo volumen indagaciones aparentemente opuestas, es más que la evidencia de un libro heterogéneo, la evidencia de alguien que se vive heterogéneamente, vale decir, que se reconoce en la diversidad del universo, la naturaleza, la historia, la crítica social, el arte, la filosofía, y que vive todas estas cosas como manifestaciones de una preocupación única: la condición humana en todo lo que tiene de compleja, múltiple, contingente. Asumir tal actitud, vivirse como piedra de escándalo, confluencia de la variada marea contemporánea, no es poca cosa en un mundo que se propone, en un orden socioeconómico que se propone, deliberada, malignamente, escindirnos en partes pálidas, cobardes, por fatalidad de la división del trabajo. A este tema, la alienación, dedica Ludovico no pocas consideraciones, y hasta es posible que a la luz de esta preocupación central podamos leer como un texto único la aparente diversidad del libro. Las páginas dedicadas a la comprensión poética resultan iluminadoras. Una, acerca del Ángel del Rilke, aclara el adjetivo que el poeta checo de lengua alemana adjudicó a su símbolo de lo desconocido: el ángel mediador entre la vida y la muerte, mensajero de los dos imperios, “... lo espantable, lo monstruoso, a veces lo nauseabundo...” como escribe Ludovico, distinguiendo el matiz griego del vocablo en su uso cristiano.

“Sobre poesía y razón” tiene por nombre otra página donde considera esos momentos de la poesía que sobrepasan la limitación racional:

... rarísimos momentos en que los poetas, y, por tanto, los hombres, logran de pronto quemarse el rostro con el aire candente que procede de un mundo cuya lógica no es la del cerebro, sino de la sensibilidad pura, la lógica de los nervios y los músculos del cuerpo humano, alertas y vibrantes frente al colorido aterrador de la naturaleza...

Después, en “Arthur Rimbaud, el futuro vigor”. Ludovico imagina un interrogatorio imposible que un tribunal atómico de Cabo Kennedy le hiciera a Rimbaud, ese adolescente que le diera un tirón de orejas al mundo, según la expresión de Henry Miller:

Esas cosas que yo dejé escritas antes de irme a traficar oro y esclavos al África tienen dos dimensiones: una, que mira hacia el pasado, y otra, hacia el futuro. Mira hacia el pasado, por ejemplo, mi rabioso cristianismo: mira hacia el futuro la indecible tristeza de no poder ya creer en Dios. Miran hacia el pasado todas esas formas poéticas que yo recogí de la literatura neolatina y que vi genialmente encapsuladas en los versos de Baudelaire, “*ce roi des poètes*”; mira hacia el futuro el terrible despedazamiento que realicé yo de esas formas poéticas, cuando me empecé en dinamitar a Racine y en establecer la subversión. Ahora bien, para finalizar esta tarea tuve que emprender un esfuerzo de visión tan tremendo que me agotó en poco tiempo: miré el futuro con una intensidad que aún hoy me espanta...

Páginas para recorrer las paradójicas, oscuras, humilladas galerías del espíritu son las de este libro de Ludovico Silva. En la naturaleza, en el orden mineral, existen cristales que, puestos contra la luz, ofrecen verídicas, inusitadas visiones de esplendor. *De lo uno a lo otro* ejerce una mirada sobre las cosas del hombre, del mundo, si bien no son precisamente visiones de esplendor las que ofrece. Aquí y allá surgen, como convocadas por un demiurgo, figuras rápidas, brillantes, de la plena y, por tanto, aún futura realización humana. Hay en este libro una lúcida melancolía del presente que añora la felicidad del porvenir. Pero esta felicidad no la vive Ludovico como plazo infinitamente pospuesto, o paraíso al que habría que retornar. Contrariamente, este libro apuntala el futuro como dimensión en acto, efectuándose desde ahora por voluntad de su análisis, su crítica, su imaginación, su sueño. De no ser así, también para nosotros sería lamentable, por lo que de porvenir tiene nuestro presente.

Por último, algunas palabras del propio Ludovico Silva hablan mejor de este libro, de su sentido, su sangre, su gravitación.

Si se pensara por un momento en Venezuela, no tanto en la grosera opresión externa de determinado régimen político, sino más bien en un proceso que tiene lugar dentro de nosotros mismos, muchas cosas se aclararían. No es necesario ir a la cárcel para estar preso. Por eso toda tarea futura tiene un común denominador: el humanismo; esto es, el emplazamiento de un campo de batalla dentro de nosotros mismos para combatir desde allí la represión. Sin ese campo interior de batalla las balas de nada sirven.

In vino veritas

JUAN LISCANO

La creación intelectual de Ludovico Silva, cuyo primer aniversario de muerte se cumplió recientemente, abarca los campos de la poesía, la crítica literaria, el ensayo cultural y el teórico de reinterpretación del marxismo. Se adentró en el estudio del concepto de alienación y de ideología en forma polémica, desvirtuando la praxis política comunista represiva y alienante.

Libros como *Teoría y práctica de la ideología* (1971) y *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos* (1975) despertaron vivo interés entre la inteligencia de izquierda, pues implicaban un regreso al pensamiento del propio Marx, el cual había deformado la praxis de poder. A esas dos obras habría que añadir *La plusvalía ideológica* (1970), con la que abrió los fuegos de la revisión, *Marx y la alienación* (1974), *El estilo literario de Marx* (1972) y el exhaustivo estudio *La alienación como sistema* (1983), obra que analiza la teoría de la alienación en toda la obra de Carlos Marx.

Ludovico Silva pudo jactarse de haber logrado una formación universitaria excepcional en nuestro país. Estudió en universidades de Europa Filosofía y Letras, Filología Románica, Griego Antiguo, Alemán. Se graduó en Venezuela *summa cum laude*. Muchas de sus obras teóricas han sido traducidas a otros idiomas. Semejante *curriculum* parecía destinarlo a una carrera docente pacífica y erudita, en el recogimiento de su escritorio, de las bibliotecas y aulas, pero no fue así porque desde muy joven se apoderó de él el espíritu

de la embriaguez, hasta identificar ese estado tóxico con su propia constitución y formación intelectual y existencial. No se trataba de la bohemia bulliciosa y vulgar de los botiquines y bares, sino de una suerte de vigilia que el alcohol mantenía a costa, evidentemente, de su salud. Muchas veces tuvo que hospitalizarse pero superadas las crisis, a veces casi milagrosamente, recuperaba su entera lucidez. Así pudo añadir a su obra de teórico marxista trabajos literarios diversos, desde su poesía hasta valiosos ensayos de apreciación personal sobre poetas venezolanos. Dirigió revistas y les imprimió su sello creativo, siendo su mejor realización, en este aspecto, *Lamigal*. En su alcoholismo había mucho más que simple adicción. Era una perspectiva para ver la vida y entender el absurdo del mundo. Tomaba sacramentalmente y uno de sus libros de poesía se titula: *In vino veritas* (1977). Significativamente pone un epígrafe: “Porque el hombre que está en la tiniebla no podía convenientemente ser alumbrado sino por otra tiniebla”. Su borrachera se identificaba con la de una civilización compartida entre el narcisismo y Tánatos. La embriaguez solitaria, no social, y la conciencia de la muerte constituían una sola meta en su aventura vital de tumbos y ráfagas luminosas.

Su poesía no responde a modas ni a capillas. Más que la forma le importaba el concepto, el contenido, la carga de cultura. Su introversión no ahogaba o refrenaba la clásica concepción poética del canto y del discurso. *Meditación cantada* tituló uno de sus poemas de 1958. Los grandes fantasmas míticos o reales de nuestra cultura eran sus habituales comensales, los músicos, los filósofos, los héroes de la tragedia, los poetas. Se puso bajo la protección de Orfeo, de los dioses del Olimpo. Uslar Pietri, en una carta prólogo llena de comprensión, apuntó con agudeza: “Me da la impresión de que su mensaje no se dirige a esta transitoria modernidad, sino al hombre profundo y a su angustia insalvable en un horizonte sin término de horas...”. Uslar caló en la psiquis de Silva: era un alma antigua que se asomaba a la modernidad terrible de la fisión nuclear (*¡Boom!*, 1965) y de la fatalidad.

Gran solitario como Ramos Sucre, le animaba la idea de un origen filosófico mítico que él cantó. También su aporte marxista fue regresar al origen, a los textos de Marx. Entendió que la muerte le da a la vida una categoría de destino. El suyo era ser eso que fue, esa gran vacilación entre el Hades y Orfeo. Beatriz Guzmán, su compañera, intuyó esa lucha ontológica y escribió leyendo *In vino veritas* algo muy simple y auténtico, por eso bello: “Yo vibro / porque quiero vivir, / tu mueres / porque quieres morir / la muerte nos separa / y sin embargo / estoy cerca de ti / como la muerte / cada día me acerco a ti / no sé si soy yo o es la muerte”.

Fotografías

TEÓDULO LÓPEZ MELÉNDEZ

Sabía que en cualquier momento se iba a morir, pero cuando muerto lo vi, un estremecimiento, un desasosiego, un desgarramiento, me recorrieron como si una varilla de metal se insertara en mi cuerpo. Pensé en bromear con él, en decirle cuán bello estaba, en discutir con mi amigo sobre una muchacha alemana a la vera de una carretera o sobre el original que me había mostrado días antes. Recordé a Paramaribo y quise preguntarle si era hombre o mujer la figura entre los árboles. Así sucedió: estábamos ambos sentados, tomándonos un trago en el hotel, cuando una figura nos confundió; Ludo decidió solucionar el asunto y acercándose preguntó a la sombra, en perfecto alemán, si era hombre o mujer. Era hombre.

Aquella semana que pasamos en Paramaribo fue trágica. Aprendí a convivir con su sombra, curé sus heridas, llamé desesperadamente a Caracas buscando un avión que lo trasladara, consulté con un médico, le dimos unas pastillas, oímos de su boca la locura de este niño grande. En Maiquetía nos acercamos a la barra y una cucaracha inició lo que sería un viaje inolvidable. “No la mates –dijo– que puede ser Kafka”. La cucaracha tomó con nosotros el avión. Yo hice el viaje por su insistencia, porque se empeñó ante el Ministerio de Relaciones Exteriores en que fuera yo a exponer lo relativo a la crítica. Me convertí en un personaje; no recuerdo cómo me puso. La holandesa llevaba un bikini rojo y la vimos pasar. El chofer que nos pusieron, Ely,

Eduardo, Leonardo. Todos somos, aunque no sé si inventó algo, como si necesidad hubiese. Unas páginas me leyó un día, Beatriz impaciente, imposible saber si el incidente a las puertas del casino está, Bosque San Miguel debajo de los árboles (el retrato debe estar en alguna parte, él y yo con unos gorritos carnavaleros en el cumpleaños del nieto), Douglas Bravo hablando de marxismo. Me resulta imposible recordar todas las ocasiones en que hablamos. En alguna gaveta tendré las fotos de Paramaribo, él y yo en la ventana de aquel hotel. Es un filósofo, un pensador, un poeta, un ensayista de vuelo que se pierde, dijimos por los pasillos, en los corredores, en la cocina. Con Beatriz estamos el día del bautizo de mi poemario. En alguna fiesta de *El Nacional*. Chocolates compramos en Curazao.

Estoy escribiendo en la máquina de Ludo. Beatriz me ha llamado y casualmente vengo de Carora. Allí fue a buscar un premio. Se fumó un cigarrillo en la iglesia de San Juan, en un botiquín tocó la Novena, a los poetas recitó de memoria. Cosas del destino. Aquí estoy, en su máquina, frente a la ventana que contempló su incansable producir. Me provoca acariciarle la barba y aceptarle la cerveza que me ofrece. En la mesa del comedor está Beatriz corrigiendo las pruebas del último libro entregado a la imprenta y Ludo lo pide para firmármelo. “Ganaste el Conac de narrativa”, le digo. Nos sentamos a jugar cartas. “Esta es la de la vida”, le digo. No la quiere. Beatriz es el zumo que circula. Suicida mío, querido Ludo, deberemos ocuparnos ahora de tu presencia, ya no beberemos cerveza, pero ambos sabemos que lo que escribiste en esta máquina que hoy yo mancillo no tiene tiempo, cómo lamento no haberte encontrado el poeta latino que me pediste te trajera de Roma, cómo que no me leas tus ensayos sobre los músicos.

Niño grande de piernas que ya no te sostenían, ¿qué ha sido esto?, ¿qué tráfico tan cruel este de la vida! Dentro de un siglo alguien verá tu foto en alguno de tus libros y no sé qué pensará, tu cara es nuestra, las páginas forman parte de la cultura del hombre, eso tú lo sabes, lo sabrán también los hombres, cuando el tiempo pase y te llamen clásico, cuando esta tu máquina esté en un museo, cuando yo también esté muerto y tal vez alguien publique una foto nuestra. A ambos nos gustaría aquella en que tenemos unos gorritos de carnaval y serpentinas por el cuello. Beatriz me llama para leerme un párrafo.

El recuerdo de Ludovico Silva

R. J. LOVERA DE-SOLA

Se cumplen hoy, 11 de mayo de 1989, día en el cual nos sentamos a redactar este testimonio sobre la persona y la obra de Ludovico Silva, ciento cincuenta y ocho días de su deceso, acaecido en Caracas durante el amanecer del 4 de diciembre de 1988. Cuando dejó de existir el querido compañero, no pudimos estar presentes, porque dos días antes de su deceso habíamos tenido un accidente. Nos habíamos caído de una escalera, al tratar de poner nuevos estantes en nuestra biblioteca. Nos habíamos fracturado el brazo derecho. Por ello no pudimos acompañar sus restos a la hora en que estos fueron sembrados en la tierra madre. Tampoco pudimos escribir lo que sentimos, en aquella hora aciaga para la cultura venezolana, por estar nuestro brazo derecho atenazado dentro de un yeso. Por ello solo pudimos comunicarnos, pasadas las exequias, con la casa. Quisimos hablar con Beatriz Guzmán, su cariñosa compañera, junto a la cual realizó lo más decisivo de su obra intelectual. Nos atendió aquella noche su hija Thaís. Nos faltaron palabras para decir lo que sentíamos. Desde nuestra casa lo recordamos la noche de aquel 5 de diciembre, poniendo sus libros sobre nuestra mesa de trabajo y volviéndolos a hojear, deteniéndonos muchas veces en las bellas dedicatorias que él escribió en ellos de su puño y letra.

Fue larga nuestra relación humana e intelectual. Esta comenzó como se inician siempre las relaciones entre gente de letras, leyéndolo. Eran nuestros

días de estudiantes de educación media. Ludovico entonces escribía su columna “Belvedere” en *El Nacional* e insertaba en el Papel Literario del mismo periódico sus comentarios sus opiniones. A poco se encontró entre los compañeros de estudio de mi hermana Irma Isabel. Más tarde lo conocí. Tenemos un vivo recuerdo de aquella tarde. Fue en 1970, en los pasillos de la Facultad de Humanidades de la Central, conmovida en aquellos días por el proceso de Renovación. Nos habíamos encontrado para recibir un ejemplar de su libro, apenas salido de imprenta, el cual fue su primer libro en prosa publicado, *Sobre el socialismo y los intelectuales* (Caracas: Ed. Bárbara, 1970), con destino a la redacción de la revista *Letras Nuevas* en la cual nosotros laborábamos. Allí se prendió ese contacto humano que a lo largo de 19 años siempre nos unió. Fueron muchas las horas que me dediqué a seguir lo que a partir de 1970 fue haciendo Ludovico con la pluma. A ello hay que añadir que tras la lectura de cada uno de sus libros nos encontramos una y otra vez, bajo la dulce mirada de Beatriz, para hablar, o discutir, o discrepar, de las afirmaciones que él había consignado en cada obra o para escuchar la lectura de algún poema. Todo esto hizo que Ludovico nos llamara un día “mi más generoso lector”, en la dedicatoria de uno de sus volúmenes. Nos unieron razones amistosas siempre. Y también nos hermanó el dolor, pues durante años ambos sabíamos que teníamos vástagos que no conocíamos, él un hijo y yo una hija.

Alguna vez, cuando nos tocó redactar el texto de la contratapa de su libro *Ensayos sobre Vicente Gerbasi* (Caracas: Fundarte, 1985), definimos su hacer creador señalando que este se había expresado en varios renglones: su labor creadora en el campo de la poesía, su hondo pensamiento crítico-literario, su profunda relectura del marxismo o el modo como ejercitó sus condiciones de pensador al dilucidar algunos hechos contemporáneos.

En el campo del pensamiento filosófico dejó profunda huella con su perspicaz revisión y relectura de Marx. Estos escritos lo convirtieron en el filósofo venezolano más leído, cuyos libros fueron conocidos por mucha gente. Tal fue el acontecer que solo uno de ellos, *Teoría y práctica de la ideología* (México: Nuestro Tiempo, 1971), alcanzó catorce ediciones. Todo este aspecto de su labor fue hecho dominado por la idea de ofrecer a quienes lo consultaran un “ejercicio de heterodoxia”, en un tiempo tan aplastado por los “dogmas, ideologías y demás endriagos”, como escribió en la dedicatoria que puso en el ejemplar de su *Antimanual* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1976) que nos obsequió. Pilares esenciales en estos estudios fueron el esclarecimiento de todo el desarrollo de la evolución del concepto de la alienación en la obra de Marx y el examen del significado del concepto de ideología. Lo primero lo desarrolló en su *Marx y la alienación* (Caracas: Monte Ávila, Editores, 1974), *La alienación en el joven Marx* (México: Nuestro Tiempo, 1979)

y *La alienación como sistema* (Barcelona: Alfadil, 1983). Lo relativo a la ideología lo consignó en *La plusvalía ideológica* (Caracas: UCV, 1970), *Teoría y práctica de la ideología* y su selección de textos marxianos *Teoría de la ideología* (Caracas: Ed. Ateneo de Caracas, 1980). Corolarios de este modo heterogéneo de ver el marxismo y sus encarnaciones contemporáneas lo constituyeron sus lúcidas y certeras exploraciones *Sobre el socialismo...*, en el cual se refirió a todo lo que plantea al socialismo real la invasión a Checoeslovaquia en 1968; en su aguda *Teoría del socialismo* (Caracas: Ed. Ateneo de Caracas, 1980) en la cual precisó qué y cómo era en su esencia el socialismo, demostrando por qué no podían ser denominadas socialistas las naciones que así se llamaban. Igual penetración en algunos de los retos presentes se encuentran en su *Contracultura* (Valencia: Vadell, 1980). Otros tópicos relacionados con el asunto de tan vasta investigación los consignó en *El estilo literario de Marx* (México: Siglo XXI, 1971), que fue uno de los libros suyos que este cronista siempre prefirió por encima de otros. Forma parte de este edificio su *Humanismo clásico y humanismo marxista* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1982).

Extensas fueron sus preocupaciones crítico-literarias. Estas quedaron reunidas en sus libros *Vicente Gerbasi y la modernidad poética* (Valencia: Universidad de Carabobo, 1974), estudio más tarde ampliado en sus *Ensayos sobre Vicente Gerbasi. De lo uno a lo otro* (Caracas: UCV, 1975), *Belleza y revolución* (Valencia: Vadell, 1979), *Ensayos temporales* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1983), *Los astros esperan* (Caracas: Alfadil, 1985), *La interpretación femenina de la historia y otros ensayos* (Caracas: Ed. Centauro, 1987), *Filosofía de la ociosidad* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1987) y *Dos poetas contrapuestos de la generación del 58* (Maracay: Industria Gráfica Integral, 1988). Al leer todos estos libros en los cuales se encuentran las más densas páginas analíticas que sobre la literatura logró concebir Silva, podemos observar al menos dos cualidades: la primera es la abundancia de estudios dedicados al fenómeno poético y a su práctica a través de la creación de algunos creadores. La segunda es que no se cerró dentro de los límites de lo nacional y nos ofreció numerosas páginas glosando las obras de aedas de otros lugares y literaturas.

El último libro que Silva publicó en vida fue la recopilación de su hacer poético. Se trata de su *Ópera poética* (Caracas: Ed. de la Presidencia de la República, 1988). Reunió allí sus libros *Tenebra* (México: El Corno Emplumado, 1964), *¡Boom!* (Caracas: Policron, 1966), *In vino veritas* (Caracas: Contexto, 1977), *Piedras y campanas* (Caracas: Pluma, 1979), *Cuaderno de la noche* (Caracas: Inversiones Barquín Michelena, 1979) y *La soledad de Orfeo* (Caracas: Gráfica Montoya, 1980). Solo excluyó sus *Cadáveres de circunstancias* (Caracas: Fundarte, 1979). *La crucifixión del vino* quedó inédito. En

todos estos textos está lo esencial del legado creador de este hombre, quien nació en Caracas el 16 de febrero de 1937, cuya *ars poética*, como él mismo lo indicó, se basaba en la consideración de que “Poesía es combinación musical de símbolos” (*Ópera...* p. 9). De sus muchos poemas la crítica ha elegido como los que mejor dan cuenta de aquello que él quiso decir los titulados: “Vino antiguo”, “El suicida y la libertad” y “Mi manicomio”, de *Tenebra*; “Te veo en la oscuridad” y “Restos del porvenir”, de su *Cuaderno...* y “Orfeo y voz de Eurídice”, de *La soledad...* textos todos en los cuales ofrece esa “visión diónisiaca y agónica como pocas se han recreado en el país (donde se dibuja) un arte poético de lo terrible” como escribió Gabriel Jiménez Emán (“Ludovico Silva: la palabra de oro”, en *Ultimas Noticias*, Suplemento Cultural, Caracas: noviembre 30, 1980). O como dijo el crítico Julio E. Miranda: “La noche, el amor, la embriaguez, la locura y sobre todo la muerte son los temas de esta obra fundamentalmente romántica”.

Mayo, 1989

El sueño insomne de Ludovico Silva¹

HÉCTOR MALAVÉ MATA

No es fácil hablar de los hombres que toman la escritura por vocación y oficio verdaderos. No es fácil hablar de los creadores que tienen una visión inusual de la vida y la muerte. Menos todavía si quien lo intenta, como en nuestro caso, es persona poco docta en la crítica que se construye sobre la reveladora potestad de la palabra. Nada puedo decir de Ludovico que aquí no se conozca. Pero esta noche estamos aquí, en esta casa amiga, no para discernir los atributos de un poeta ampliamente conocido entre nosotros por su obra pulcra y multiforme, sino para decir las cosas más sencillas sobre la bella poesía de un amigo que, además de poeta es filósofo, ensayista, marxólogo y crítico de la cultura. Todos sabemos que ahora se trata de Ludovico Silva. O mejor dicho: de su libro *Cuaderno de la noche*, cuidadosamente editado en compendio de 55 poemas, casi todos de extensión corta pero de profunda intensidad, escritos con transparencia y sencillez, con exacta medida del lenguaje, para transportar en la palabra toda la tristeza y la esperanza que coexisten en el hombre cuando solo tiene que tocar las sombras de la vida y la muerte, cuando tiene que salir de las tinieblas del sueño para encontrar tinieblas en pleno día, cuando no puede soportar más la vida por “saberla un fardo oscuro y sin sentido”. El poeta, por el miedo a su ser, quiere volver a la noche de las noches llevando en su propia frente el signo del martirio. Eso es lo que

1 Palabras de Héctor Malavé Mata en el bautizo del libro *Cuaderno de la noche*.

hace el poeta, cercado por la vida, con el sueño flotando en el insomnio, con la vigilia al fondo del precipicio de los sueños. El sueño insomne. Allí donde habita el poeta arrinconado entre un sillón donde murió su padre, después que el padre hubo aprendido la manera de morir solo, como soñando que se sueña, que es una manera de morir mil veces sin creer que se muere bajo la propia muerte.

El tema de la muerte –virtual o expresamente– está siempre presente en la poesía de Ludovico. Pero Ludovico, que prefiere correr día a día con el tiempo, confiesa no amar a la muerte, ni divinizarla por apropiación mágica o mítica, aunque observa tenerla diariamente detrás de sí como un sabueso. Acaso como *El tigre de Tracy* en William Saroyan. El poeta, que es capaz de oír la crepitación de los remordimientos, siente el mal, siente la dulzura del mal, la calma del abismo, la “impureza más pura”, pero advierte a la muerte que no vive ya en sus manos. Y a la muerte, con cierta solemnidad, la convierte en interlocutora de su sueño insomne.

Muerte, ya no te amo, aunque me amas
ahora más que nunca, déjame en paz,
ya no te sirvo ni para escribir
ni para hacer canciones delicadas
ni versos enjoyados, ni siquiera
versos mortuorios, elegantes, finos versos,
estrofas como putas bajo la luna.

Unas pocas palabras todavía. La edición del libro *Cuaderno de la noche*, de Ludovico Silva, ha sido financiada por la empresa Inversiones Barquín Michelena. La industria y la cultura combinadas así en magnífico empeño. En el nombre del vino y del amor, Ludovico dedica su libro a Beatriz “madre de los poetas”, madre sacerdotal, más adorable todavía porque va con el infierno del poeta a sus espaldas.

Septiembre, 1978

Ludovico

ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ

La muerte de Ludovico Silva, tanto tiempo esperada, fue, no obstante, sorpresiva. Su salud deteriorada hacía temer desde mucho antes su partida irrevocable, como ocurrió también con la de Orlando Araujo y la de José Vicente Abreu. Mas como, pese a lo inexorable de la muerte, no nos resignamos a aceptarla cuando se trata de gente a quien uno ama, siempre nos agarra de sorpresa —o al menos así se siente, quizás porque la sorpresa nos sirve para disfrazar la indignación— cuando se trata de esos amigos que palpitan tan cerca de nuestro afecto. Sobre todo cuando, como en el caso de Ludovico o José Vicente, uno sabe que ellos no querían morir. No tanto en el de Orlando, porque este parecía ya desprendido de la vida, entregado, convencido como estaba de que la muerte lo rondaba, y de que ya era inútil todo cuanto se hiciese por detenerla, aparte de que la trágica enfermedad ya había hecho su tarea disolvente.

Ludovico, en cambio, no quería morir. Lo notábamos aun quienes, queriéndolo entrañablemente, manteníamos con él un contacto frecuente solo a través de sus escritos o del teléfono, puesto que eran esporádicos los encuentros directos. Su literatura, sus crónicas y artículos periodísticos, sus libros mostraban esa vitalidad y ese entusiasmo de los que aman la vida, y por ello mismo no quieren morir. En tales casos la muerte es doblemente dolorosa, porque se sabe que ella, si estuvieron conscientes al momento de recibirla,

tuvo que causarles un hondo sufrimiento. Lo cual no significa que para él la muerte fuese una extraña, ni que le motivase el rechazo. Filósofo al fin, Ludovico solía tratarla con familiaridad y confianza. Lo mismo como poeta, que después de todo poetas y filósofos se dan la mano en eso de relacionarse desenfadadamente con la muerte. Pero, en todo caso, Ludovico era de los que prefieren la vida a la muerte, de los que se familiarizan con ella, e incluso la miran con curiosidad y hasta con devoción, pero no la desean.

Admiramos mucho, y siempre, a Ludovico. Lo leíamos con gran interés y con placer, y aun con fruición. Nos parecían insólitas su capacidad y su disciplina de trabajo, puesto que su enfermedad –no olvidemos que él mismo estaba consciente de que lo suyo era eso, una enfermedad– era de las que aniquilan el tiempo del paciente, haciendo de su vida un derroche inútil. Sin embargo, con él no pudo ser así. Y lo que uno no se cansa de preguntarse es cómo era posible, de dónde sacaba tiempo para leer y escribir tanto. ¿En qué momentos lo hacía, en qué circunstancias trabajaba? Pero el resultado era irrefutable, estaba ahí, en sus frecuentes colaboraciones periodísticas y en los libros que publicaba cada cierto tiempo, bien pensados y bien escritos. Porque si algo es indudable es que sus libros, aunque en determinados puntos para algunos pudiesen estar equivocados, nadie podría calificarlos de malos ni de mediocres. Lo mismo sus crónicas sobre libros, sobre autores, sobre sucesos políticos o de cualquiera otros órdenes, que sus poesías o sus ensayos de diversa índole.

Sus escritos eran, además, la mejor expresión de su alma. En ellos estuvo siempre reflejado su rostro afectivo e intelectual. Y fueron el mejor trasunto de su talento y de su pensamiento. Lo mismo cuando se elevaban a lo más profundo de las meditaciones –no en balde era filósofo–, que cuando descendía a la ingenuidad de ciertas apreciaciones, en las que el juicio o la opinión se veían claramente interferidos por la bondad, por la generosidad de su alma de inmaculada sencillez. Esto era sobre todo notorio cuando expresaba ciertas adhesiones políticas o universitarias, pongamos por caso, o su parecer acerca de algunas obras o algunos autores, que a veces no merecían sus encomios.

Entre los libros de Ludovico que más nos gustan está uno de los últimos que publicó, *Filosofía de la ociosidad*, editado en 1987 por la Academia Nacional de la Historia en su colección Estudios, Monografías y Ensayos. Quizás nos gusta tanto porque posiblemente es el libro suyo que más se parece a él. Y seguramente es así, porque es un libro entre la autobiografía, el diario y el libro de memorias. Él lo subtítulo –una manera de definirlo, o de describirlo– *Aforismos, sentencias, petits essais*. Pero lo que es, de verdad, es un auténtico *libro de vida*. Lo de auténtico es intencional, y no simple muletilla, que también las hay en la escritura, y no solo en la hablatura. Si algo caracteriza a

este libro es su autenticidad. Y eso que –o tal vez por ello mismo– no fue un libro que Ludovico se hubiese sentado a escribir. Sino que fue saliendo, fluido y multiforme, nutriéndose de su propia vida, de sus andanzas –que fueron muchas–, de sus recuerdos, de sus ansias, de sus temores, de sus esperanzas...

Leyendo las apostillas de este libro, uno comprende muchas cosas. Aparte de la sabiduría que destilan, con esa maravillosa naturalidad con que Ludovico se acercaba a cualquier tema, en esas páginas están las claves para entender al propio Ludovico. Por ahí –ya lo dijimos– desfilan sus ansias, sus frustraciones, sus aventuras, su vida, en fin... Los recuerdos de su infancia y su adolescencia; la exultante evocación de sus familiares más próximos y mayores que él, y de los lugares donde vivió con ellos, o cerca de ellos; la nostálgica rememoración de sus viajes, de sus lecturas, de sus amigos, de sus empresas –que fueron siempre empresas del corazón o del intelecto, jamás del dinero–, de sus estudios, de sus labores –la escritura, la docencia–, todo ello se abigarra allí, en esas páginas escritas con la sencilla fluidez que conduce imperturbablemente a la elegancia de las formas, a la limpidez del estilo...

Leyendo este hermoso libro experimenta uno la tentación de no sentir, de no lamentar la muerte de Ludovico, quizás una manera de resignarse, sin resignarse, a ella. Más aún, de atribuirle la inmortalidad. Porque en esas páginas, definitivamente, se quedó para siempre entre nosotros. Y seguirá estando en la tierra después de nosotros, por los siglos de los siglos...

Mayo, 1989

Dos poemas a Ludovico

MARISOL MARRERO

Cuéntame de ti
de ese oleaje fuerte
de la resaca de vino
del papagayo
que trazaste en el Ávila
desde tu balcón
anda
dime de tu copa
en esta hora
de las ideas apocalípticas
de tu lugar ante la mesa
y de ese maullido
quejumbroso
que se escapa
cuando dejas tu huella
en los corales
de ese mar amarillo y espumoso.

En la ventana
se detuvo el Ávila

para entregarte la cascada
Dar al poeta
licor eterno
Verdores
enmohecidos por la historia
donde Acarantair
escondió sus embrujos
para que los encuentres
¿Hacia dónde van
las aguas
que penetran
los ojos que adivinan?

1986

Ludovivo

JESÚS MARTÍNEZ DE ELORZA

Poeta interminable,
amigo de estrellas
y espacios abiertos.
Subiste varias veces
las viejas y desgastadas escaleras
del “Castillo”.

Ludovico,
barrio desnudo
vestido de pobreza,
bajada de la que no se puede escapar.
Era tu forma de ser.
Te preocupabas por los “barmen y taxistas”,
peleando contra imposibles
sin tener tú tampoco
tu “techo”,
pensando siempre
en el prójimo
sin acordarte de ti mismo.

Nada importa,
solamente lo que nos dejaste,
hermano Ludo.
He conocido muchos poetas,
pero ¡qué difícil encontrar uno parecido a ti!

Ludo,
no se puede cambiar
vida por muerte.
Disculpa,
si fuese posible
hubiera dado
mi vida por la tuya.
Al final, Ludo,
nada importa,
solo nuestro principio.

Tienes que regresar
para tomarnos unas copas
y olvidarnos
de tanta tristeza,
para después
subir
a cielos,
más altos.

Mayo, 1989

Se marchó Ludovico

MAHFUD MASSÍS

Fue uno de los mejores poetas de Venezuela, un lúcido ensayista y un incomparable amigo. Ninguna de sus cualidades, sin embargo, impidió que amaneciera muerto el 4 de diciembre cuando todo el mundo corría hacia las mesas electorales. Antes habría dicho: “Hay que levantarse temprano para ir a votar”. Pero nunca se levantó y se quedó dormido como se duermen algunos santos, sin dolores ni agonías, como quien da vuelta a una hoja de los muchos libros que escribió. Fue un sobredotado y pudo ser lo que hubiese querido ser, músico inclusive. A veces, con regocijada concentración, ejecutó, solo para saciar nuestra curiosidad, alguna pieza del repertorio clásico en su acordeón, con los ojos casi cerrados. Fue uno de los pocos seres a quienes he amado y admirado de verdad y uno de los rarísimos que jamás abusó de su sapiencia. Erudito y modesto, sin aristas que hirieran la amistad, imponía la nobleza de sus pensamientos sin contrapuntos rencorosos, como un fluido natural de su personalidad que solo estaba comprometida con la justicia y la belleza.

Sobre nuestra amistad, nunca una sombra. Me prologó libros y escribió sobre mi obra notas que provenían del vaso transparente de su generosidad. Cierta vez, en raptó simple de afecto, me obsequió los manuscritos de *La soledad de Orfeo*, un libro amado por él.

Los estudiosos, ahora que no ocupa ningún espacio físico, seguramente se adentrarán en su obra de pensador, sin visos polémicos, con menos

prejuicios para extraer sus perlas. Como pocos, dejó sembrada la inquietud entre sus contemporáneos, sin ese lenguaje críptico de los pedantes: más bien con la sabia sencillez de los poetas, que es lo que fue en su más alta instancia.

Tenía mucho que dar aún, porque la creatividad era parte de su propia sustancia, su aire y vocación, su rito de la vida. Por ello quizá, aunque no frecuentó los antros literarios, proyectó una inmensa luz desde su soledad silenciosa pero angustiada. Una mujer, Beatriz, le acompañó irrenunciablemente en su destino cerrado, en sus largas horas consigo mismo, mientras horadaba su alma en busca de la última verdad, que quizá haya encontrado. Nuestra verdad, por ahora, solo se identifica con la ausencia de uno de los mejores representantes de la inteligencia de este país. ¡Cuánto dolor por tu ausencia, Ludovico, amigo mío!

Transita por la senda de la muerte hacia la eternidad de la palabra

MILAGROS MATA GIL

I. En el texto “Noche ática”, del poemario *Cuaderno de la noche*, se lee:

Tal vez sea la muerte lo mejor que tiene la vida. Vamos hacia el final silente de la noche, o morir, que es lo que vale, lo que deslumbra como piedra enterrada al fondo del hombre. ¡Oh, Muerte, aparejémonos! Lancémonos al aire iluminado de la noche, cuando Dios pierde poder entre las altas tinieblas y moriremos solos, desde adentro.

II. Hace unos días (no demasiados), Ludovico Silva escribió en *El Nacional* un extenso artículo donde se despedía para hacer un largo viaje. Un largo viaje –aclaraba– en el que no iba a gastar dólares, ni se iba a trasladar más allá del reino de la imaginación, del límite de su espacio cotidiano, pero que, paradójicamente, abarcaría territorios desconocidos y maravillosos.

Era un artículo patético que abría una vez más la cortina que nos intenta ocultar la decadencia (Josu *dixit*), escrito por un hombre extremadamente inteligente. Teórico de Marx y del marxismo, ensayista literario y filosófico, poeta, crítico de arte, periodista, columnista, investigador: toda esa gigantesca labor creativa la realizaba imbuido en unas fragilidades tan profundamente humanas que muchas veces parecían a punto de destruirlo.

Su revista *Lamigal*, naufragada por acosos financieros y políticos, fue una de las más bellas empresas artísticas iniciadas en el país. Por encima de todos los desastres, supo mantenerse como un hábil observador de la época que le tocó vivir, rescatando el marxismo de los santuarios intocables, de las palabras comunes (que ya no comunican), de las tesis ortodoxas, y lo usó para enfrascarse en un proceso epistemológico que a la vez le servía para el exorcismo de fantasmas universales y particulares.

Recientemente, la Presidencia de la República publicó su *Ópera poética*, que abarca su creación en ese lenguaje entre 1958 y 1982. Son 418 páginas de poesía que recogen obras como *Tenebra*, *In vino veritas*, *La soledad de Orfeo*, *¡Boom!*

El mismo expresa, en el exordio, que su *ars poética* consiste en “poesía que combina música y símbolos”. Más allá de eso: Ludovico, hombre a la manera renacentista, provisto de una inmensa carga de sensibilidad y conocimientos, medida de todas las cosas, combina en su poesía todos esos elementos y, desde el centro de un escenario, bajo un potente reflector, va develando en diversos registros, tesituras, tonos de voz, el acontecer, la esencia de la historia despojada de lo efímero. Ludovico es un *modernista* por su modernidad. Al igual que Darío, declama: es absolutamente *dramático*, en el más puro sentido griego, pero concentrado en el deslumbramiento de las edades.

El *drama*, sin embargo, lleva implícita la noción del regreso. El drama es periplo: origen, desarrollo y desenlace: se parte de un punto, se aleja del hogar, se viaja a través de una *terra ignota* llena de peligros y se regresa al hogar (aquí evocamos a Manrique: es conveniente).

Juan Liscano, en reciente nota aparecida en *Lectores*, dice que la respuesta que da Ludovico a todas las preguntas se resume en la palabra *muerte*. Freud dijo alguna vez que esa era la meta de toda vida. Por supuesto, no era original.

Pero en Ludovico existía la conciencia permanente de que la muerte era el hogar: el centro, el punto de partida, el sitio de regreso, y tal vez la conciencia de ese necesario retorno lo impulsó a escribir aquel artículo de desmesurada despedida.

III. A los 51 años, Ludovico Silva dejó de existir la madrugada del domingo, a causa de un infarto. El corazón le estalló en pedazos: fragmentos luminosos, y se inició así el otro viaje: el que atraviesa el desierto constelado, el que conduce a otras, distintas, riberas. De él podía decirse, como de Harry Haller:

Transita por la senda de la muerte hacia la eternidad de la palabra

Desde sus ventanas oye vivir al mundo y a los hombres y se sabe excluido, pero no se mata, pues un resto de fe le dice que tiene que apurar hasta el fin dentro de su corazón este sufrimiento, este tremendo sufrimiento, que es de lo que, a la postre, habrá de morir...

Diciembre, 1988

Aquella dedicatoria

HÉCTOR MAYERSTON

(Cuando el precio era bajo).

Un día, una tarde, en el Gato Pescador, escribí en una servilleta o tal vez en la contraportada de un libro del camarada Sartre ¿*La canción de la libertad*? una dedicatoria a mi amigo Ludovico Silva. El precio de la media jarra 1,50. El precio de la cuba libre 2,50 y el precio del *whisky* 7,00.

El precio era bajo. Pero Ludovico, ¡arriba!, nosotros ¡arriba!, hacíamos una bohemia inolvidable.

Memoria de Ludovico Silva

JOSÉ RAMÓN MEDINA

Esta memoria de Ludovico que hoy escribo tiene el sentido y el propósito de una evocación y de un homenaje debido al compañero de letras desaparecido hace poco tiempo de entre nosotros. Sobre todo porque su obra —en prosa y en verso— adquiere, en la virtualidad de la perspectiva que le confiere la ausencia física de su autor, una vigencia plena para el ahora y para el mañana y la relevancia de un trabajo digno y trascendente de un intelectual venezolano de nuestro tiempo. Lo que él pudo hacer, lo hizo a conciencia de las limitaciones que la realidad impuso a su destino de escritor. Y, sin embargo, un repaso riguroso de esa obra nos convence de la validez de su pensamiento y de su creación literaria, porque los libros que escribió, de tal manera aparecen inscritos en la mejor tradición contemporánea de las letras nacionales y responden —a lo largo de un amplio discurso sobre las ideas y la poesía— a un sentido imperativo de la contemporaneidad.

En la década del sesenta la violencia azotaba al país, teniendo como telón de fondo la actividad de las guerrillas rurales y urbanas. Horas confusas aquellas, y más que confusas, peligrosas. Un tabloide denominado *Clarín*, de breve pero dinámica y polémica existencia, conducido por José Vicente Rangel, se convertiría en el centro informativo opositor de mayor relieve por entonces. En ese diario comenzó a aparecer una columna dedicada a variados temas, desde los apasionados avatares políticos hasta los no menos

apasionados signos de la cultura nacional e internacional. Se intitulaba “Ludovico a pie” y su autor era un poeta veinteañero llamado Ludovico Silva.

Había nacido en Caracas, en 1937. Después de estudiar primaria y secundaria en planteles religiosos del país, se fue a Europa en 1954. Allí se dedicó a las investigaciones literarias, especialmente de la literatura francesa y española, y al estudio de la Filología Románica en Friburgo de Brisgovia. Andariego, con su mundo de ficciones auestas, recorrió diversos países del viejo continente. Luego lo encontramos en los caminos latinoamericanos, con particular empeño en los de Argentina. Ese era, en efecto, el “Ludovico a pie” del diario *Clarín*.

Aunque signado por una vida bohemia, enamorado del buen vino al rescoldo de la barra intelectual de ocasión, Ludovico Silva iba labrándose una seria y disciplinada madurez intelectual con base en sus inagotables lecturas y a sus talentosas como sorprendentes reflexiones que, a la larga, llevaron al poeta hacia la meditación filosófica. Por ello, estudia Filosofía y obtiene el *summa cum laude* al graduarse en la Universidad Central de Venezuela. Se inicia así, al unísono de su producción poética, una abundante indagación filosófica que hallará difusión en numerosas obras, como *La plusvalía ideológica* (1970), *Sobre el socialismo y los intelectuales* (1970), *Teoría y práctica de la ideología* (1971), *El estilo literario de Marx* (1971), *De lo uno a lo otro* (1974), *Marx y la alienación* (1974), *Antimanual* (1975), *Belleza y revolución* (1979), *Contracultura* (1979), *Teoría del socialismo* (1980), *Teoría de la ideología* (1980), *Humanismo clásico y humanismo marxista* (1982).

Junto a este quehacer conceptual, enmarcado en el devenir contemporáneo de la filosofía, Ludovico Silva iba, también, tejiendo su legado poético, que se inicia en 1964 con la publicación en México de *Tenebra*. Seguirán *¡Boom!* (1965), *In vino veritas* (1977), *Cuaderno de la noche* (1979), *Piedras y campanas* (1979), *La soledad de Orfeo* (1980). No falta el ensayo: *Vicente Gerbasi y la modernidad poética* (1974), *Ensayos temporales* (1983) y *La torre de los ángeles* (ensayos literarios).

Fructífera y excepcionalmente aguda y talentosa esa labor creadora de Ludovico Silva. Y si se observa con mirada investigativa su proceso real en el campo de las letras podemos ver una como euritmia del decir poético con la manifestación filosófica, todo ello entronizado en la propia vivencia compartida con sus contemporáneos y el tiempo que le tocó existir. Porque en Ludovico Silva, poesía y filosofía evocan, de inmediato, aquel antiguo concepto griego de la creación intelectual, cuando el reflexionar constituía una actividad poética ante el siempre ineludible misterio de la vida y de la empresa humana.

Es así, pues, como, instalado en una posición crítica bien definida, concibió y desarrolló un amplio esquema de investigación y de interpretación conceptual del marxismo, que constituye un aporte de gran relieve en el cuadro universal de esa ideología, hecha por un venezolano de nuestros días.

Y en cuanto a su poesía debe decirse que ella constituye, igualmente, un aporte sustantivo y singular en el cuadro mayor de la lírica venezolana de este tiempo. Lo mismo habría que decir de sus ensayos críticos, vinculados estrechamente a su quehacer poético, pero con la amplitud del intérprete que no se niega a la consideración de aquellas formas de expresión distintas a la suya.

Cada uno es dueño de sus acciones y responsable de sus consecuencias. Y Ludovico Silva, hay que decirlo, asumió plenamente el destino de la bohemia que, sin embargo, no perturbó ni quebrantó en esencia la línea decisiva ni el fervor permanente que mantenía en él viva –aunque agitada por broncos vientos interiores– la llama pura de la poesía, que desbordó su escritura con un acento fidedigno y vigorosamente humano.

Junio, 1989

Ludovico, la contradicción a cuestas

ARGELIA MELET

Conocí a Ludovico en uno de sus breves –e infructuosos– períodos en los que se esforzaba por no beber: cara de niño bueno, sonrosado y de pocas palabras. Muy metido en su papel de hombre que renuncia al placer del alcohol, me sentí un tanto acusada por la frase que me lanzó en ese momento:

“Yo me volví alcohólico de tanto andar en los cocteles de la gente de izquierda”. En verdad, era la primera “fiesta” que el PRV hacía, pero detrás de aquella sentencia, que Ludovico tal vez expresó sin segundas intenciones, se abrigaba la amargura de quien veía desarrollarse ante sí un inexorable proceso de banalización y frivolidad –“adecentamiento”– que ha venido envolviendo a la abrumadora mayoría del espectro (¿fantasma?) de la izquierda venezolana. A partir de allí, comenzamos a frecuentarnos. No sé por qué, durante esos ocho años de conversaciones, muchas veces generosamente acogidas por el arte culinario de Beatriz, siempre me parecía percibir en Ludo un matiz indefinible de ingenuidad, de actitud un tanto infantil, que no lograba disipar su charla de filósofo. Parecía, muchas veces, algo así como un niño desvalido, alguien a quien era necesario proteger o guiar y muchas veces regañar. Yo sentía dos personajes que aparentemente no coincidían: el Ludovico filósofo, que atravesaba frases en griego, francés o alemán en sus escritos, y aquel ser candoroso que le expresaba rendidamente a Beatriz su amor, hablaba de Lorenzo (el loro familiar) y aguantaba con humor estoico los reclamos por su

afición a la bebida. Definitivamente, muchas veces no sabía con cuál quedarme, pese a que uno tiene que confesar que tal vez lo prefería en su dimensión cotidiana. Y es tal vez lo mismo que ahora siento, el enredo en que lo pone a una la situación de hablar de una persona querida, admirada por su capacidad intelectual, y la cercanía del tormento personal de una persona atrapada por una debilidad que lo mató. No soy de quienes creen en los panegíricos *post-mortem*. Uno acepta al amigo tal cual es, sabiendo cómo es. El dolor por la muerte no borra las vivencias dolorosas, los esfuerzos inútiles, la sensación de impotencia, la certeza de la imposibilidad de desterrar ese hábito implacable, que muchas veces me llevó a la convicción de que en Ludovico convivían la atracción irresistible por el aniquilamiento junto a un temor profundo, visceral, por la muerte. Una vez se lo pregunté, cruda y quizás irrespetuosamente; y muchas veces volví a repetirle la pregunta, cada vez más incisiva y a la búsqueda de respuestas que tal vez implicaban mi propia ansiedad ante el hecho de la muerte.

Esfuerzo bastante inútil porque el filósofo, el utópico, el marxista implacablemente ácido, el intérprete creador y agudo, no tenía respuestas para sus propios temores. Así que no fue extraño que el proceso de charlas, discusiones, chistes y canciones llevara al descubrimiento del cristiano que cargaba al cuello una cruz, a la constatación de que Ludo era –como yo lo vi– alguien que veía la trascendencia a través de la fe en ese impalpable más allá, esa mezcla rara, pero bastante usual en nuestras culturas, entre lo racional y lo mágico. ¿Sería tal vez esa la razón de que coexistieran el ser aparentemente desvalido, inerme, necesitado de regaños, junto con el filósofo, el poeta, el creador? ¿Hasta dónde el andar en la maraña de la razón, la lógica, lo cierto y explicable lo llevó al extremo opuesto de la sin razón, lo incierto, lo temido e inexplicable? ¿Hasta dónde la necesidad de sentirse inmerso en el anonadamiento del ser, en un no-ser deliberadamente escogido parecido a la muerte, para resurgir de vez en cuando el aliento de la cordura, como si fuese una experiencia de vida-muerte, con la que se puede jugar al propio arbitrio? Sé que a través de las preguntas impertinentes, los reclamos, las posturas idiotas que una asume para “redimir” a otra persona, percibí que las cosas no eran tan fáciles para Ludovico. Tampoco lo eran para quienes lo rodeaban, Beatriz en particular, quienes veían que lentamente se consolidaba la negación de su propio yo. No es nada fácil el sentirse arrastrado por fuerzas superiores, incontrolables, que empujan –a conciencia de que es así– al aniquilamiento. Y la parte irracional, ancestralmente enraizada en el ser humano, llevó a Ludo a “ver”, en su delirio, a esa mujer vestida de blanco que lo llamaba. Fue un año antes de morir, y se aterrorizó. El humano candoroso, incapaz de mentir, expectante de perdones y quizás convencido de que la confesión de la culpa

expiaba sus errores, fue según creo el que lo llevó a decirlo públicamente. Si algo es verdad es que Ludo nunca tuvo miedo de expresar abiertamente su debilidad. ¿Estaría de esa manera conjurando al fantasma de la muerte? ¿O expresaba esa terrible ambivalencia entre la atracción por ella y el horror de sentirla? Es probable que nunca se lo dijera a nadie, ni siquiera a él mismo. Pero recuerdo que, en las últimas conversaciones, mucho antes de que sucediera la tragedia que seguramente vivió, de presenciarse ante el fin, Ludovico tenía la convicción de que podía seguir apostando por su vida, de mantenerse como equilibrista en esa impredecible cuerda floja.

Nada de raro tendría que pensara que, a fuerza de hacerle morisquetas a la muerte, esta hubiera terminado por no hacerle caso, y que el juego podría prolongarse por muchos años. O de que hubiese admitido que ya estaba vencido, y aceptaba su suerte. Creo que nadie lo sabe. Es fácil hablar de lo exterior, de la economía, del marxismo, de la situación del país y el mundo. Lo difícil es enfrentar aquello que uno no sabe cómo responder, porque atañe a su propio ser, a su manera de verse, a la confrontación de la propia debilidad. ¿Llegó a hacerlo Ludovico? Los humanos somos absurdos. La cercanía del desenlace es lo que tal vez pone en acción aquello que hemos ignorado durante decenios. No se trata de juzgar; lo que es verdaderamente complicado es comprender, convertirse en el otro para tratar de asimilar cuál pudo haber sido el proceso interior que vivió.

Para mí, la incógnita seguirá existiendo, y ante ella, no me queda otro remedio que afirmar que, como todos nosotros, Ludovico vivió y murió con la contradicción auestas. Solo deseo que la haya resuelto a la medida de lo que él pensaba que valía la pena.

Mayo, 1989

Alrededor de tus *Piedras y campanas*

ROSA MELO

*Quién sabe dónde estás
allá en tu sueño.*

Cómo no fui más hacia ti, y absorbí un poco más de esa luz, de esa mirada triste y potencial, de esa tu eterna “soledad con máscara de todos” ... al recordarte allá, con tu Beatriz en contorno, diciendo de tu haber, tal y cual libro estoy haciendo, así, con esa pausa del bohemio, como soltando las palabras muy a cabalidad, muy dueño del despacioso tiempo desprendido, así te recuerdo, aunque ya eras parte de mi haber en la memoria, el eterno Ludovico que cantaba: “Tengo en mi horizonte una mercancía de oro”, pero como si no tenías derecho a derrocharla, de irnos entregando tu ausencia vaso a vaso. Tu carne se hizo tiempo como dices en un poema, es uno de los versos más hermosos a la perennidad, así de sencillo como de tremenda era tu voluntad de entrega.

...
*quién era cuando era
el ser que soy estando en lo que he sido*

Y volverás a ser Ludovico, ese que fuiste en tal vez, un ser que ya es y dobla tu existencia, la voz no se detiene, cada huella de verso se repite en una hora dada, cada fragmento iniciador de sueño adquiere su vida propia y así

inextinguiblemente se reparte la voz y en ella la perennidad se expande y fertiliza y “queda en la memoria como un plano / sonando hasta la muerte”, hasta la muerte de cada quien, con inicio de otra vida sensible que aprehende los sonidos y van de sensibilidad en sensibilidad eternizándose, ese es el poema y ese es el don de dar, de la hechura que se deja en el hábito de ser en la palabra.

Hay caminos que hacen puentes luminosos, pródigos de magia, tu presencia respondió exactamente a lo que la imaginación había hecho con tu nombre Ludovico, y,

el rocío baña mi rostro
de un llanto innumerable.

Mayo, 1989

Siempre Ludovico, a veces Lúdico

RUBÉN MONASTERIOS

Adoptó un nombre de pluma que, pese a sus aires visigóticos, sugiere la noción de juego; ese espíritu se deja sentir más nítidamente en la forma económica como lo llamábamos sus allegados: “Ludo”. A veces le iba bien ese nombre, en cuanto Luis José Silva Michelena gustaba de abordar juguetonamente aspectos de la realidad apreciados por la generalidad de las personas como asuntos muy graves; por ejemplo, la propia existencia, vivida por él sin el debido respeto a la salud individual recomendado por los galenos. La parte medular de su creación como ensayista, sus indagaciones en el marxismo, también es en esencia el resultado de un brillante juego intelectual; porque se atrevió a jugar donde otros deambulan en marchas ritualísticas, adentrándose en el campo sin ceñirse al mapa formal dado por severos exégetas, pudo descubrir originalidades inéditas en la formidable construcción ideológica del marxismo; y gracias a su manera personal de reflexionar, como jugando, logró acuñar una nueva manera contemporánea y fresca de filosofar que captó el interés de millares de lectores en todo el mundo. Con Ludovico el *mester* filosófico dejó de ser solemne y agobiante, y las más densas ideas vinieron a ser expuestas con una didáctica de la espontaneidad y mediante un lenguaje casi coloquial que las hacía fáciles de comprender, sin que lo primero significara la más mínima concesión al esquematismo, ni lo segundo a la vulgaridad. El lenguaje de Ludo siempre fue fluido y bello; la suya es una de las grandes

prosas ensayísticas del castellano moderno; no menos emocionante se exhibe su lenguaje en el verso, especialmente cuando se ajustó a fórmulas clásicas de hacerlo, imponiéndose los rigores de la métrica y de la rima. Ludovico podía darse esos lujos de jugar al clasicismo, porque si alguno entre los hombres de mi generación tuvo una sólida formación humanística, fue él. El espíritu de Ludovico plasma del todo el ideal de una educación humanística resumido en la frase: “Nada de lo humano me es ajeno”; en mi amigo, una sensibilidad natural multifacética favorablemente predispuesta a las pulsiones de la poesía, de la música, de la reflexión científico-filosófica y de las artes plásticas se refinó hasta extremos sutiles como efecto de una educación diversificada y profunda en ciertas áreas de la experiencia acumulada por la humanidad. Fue él, animado por el fuego fáustico, por el anhelo de sabiduría, un ser emotivo-intelectual ajeno a la tendencia central de nuestros días, cuando preferimos crear expertos supraespecializados en serie, en vez de sabios. En nuestros años mozos solíamos tendernos trampas intelectuales para someter a prueba los conocimientos humanísticos que preciábamos poseer; cierta vez compuse un poema a la manera de Virgilio, pero en tono humorístico un tanto grotesco, con lo que supuse haber logrado una mistificación capaz de confundir a cualquier latinólogo; ¡a Ludovico le fue suficiente una sola lectura para reconocer al modelo!

En esas cosas resultaba hartito difícil engañarlo, no así en otras, porque Ludo era un alma buena; lo recuerdo como uno de esos seres humanos desprovistos de los recursos necesarios para la supervivencia en una sociedad cuya evolución en su estado actual ha venido a confirmar la hipótesis de Hobbes; no tuvo él la malicia imprescindible para reconocer intenciones aviesas en los otros; ni ponzoña para defenderse del agresor, ni mucho menos las pezuñas apropiadas para trepar la pirámide social. Correspondió Ludovico a esa categoría del espíritu oportunamente reivindicada por Uslar: a la de los pendejos; fue un Gran Pendejo; por eso murió limpio, en una inopia plena de dignidad y de poesía.

Ludovico y yo nos conocimos estando ambos un poco por encima de los veinte años. Cómo ocurrió ese acontecimiento feliz en mi vida es cosa que no recuerdo; mi memoria de él se remonta a los tempranos años sesenta; teníamos entonces grandes encuentros alcohólico-literarios en el minúsculo apartamento que Lithya, mi mujer, y yo, ocupábamos en un edificio sito en la esquina caraqueña de El Cuño, al lado de la sede del periódico *Clarín*, vocero de la izquierda de esa época dura. Desde mi ventana alguna vez vimos, rechinando de ira impotente, a las bandas paramilitares del gobierno destrozar las oficinas y talleres de ese diario; pero con más frecuencia la velada discurría apaciblemente, bajo la benevolente protección de Lithya, que muy de vez

en cuando se ponía rigurosa a causa de nuestros excesos báquicos; porque mientras hablábamos de lo humano y lo divino y leíamos nuestras cosas, tragábamos cualquier brebaje disponible. En una ocasión, agotados otros alcoholes, la emprendimos con una cándida botella de Ponche Crema olvidada por ahí, experiencia con la que ambos aprendimos que esa bebida de la tradición vernácula venezolana solo es cándida en apariencia. Ludovico fue el primer lector de mi *ópera prima*, todavía en borrador, *Sobre mis piernas*. Yo, de entre sus muchos poemas, recuerdo, en especial, uno que me llenó de asombro en cuanto transgredía mis ideas de entonces respecto al “cómo debe ser” un poema de amor; con regocijado desparpajo cantaba en uno de sus versos: *¡Tu trasero, tu magnífico trasero!*

A mí no se me había ocurrido que el culo de una mujer es tan digno de ser exaltado como sus “labios de rubí”. Tampoco me había pasado por la mente la idea de ser humorista; escribía rigurosamente en serio reportajes como periodista *freelance* en diferentes publicaciones de Caracas y mis primeras críticas de teatro en el Papel Literario de *El Nacional*; pero Ludovico descubrió una vena humorística en mis textos y me indujo a escribir una columna de tal naturaleza para las páginas de *Clarín*. Gracias a su impulso nació mi primera columna periodística estable en un diario de Caracas: “*Filosofía para vagabundos*”, que en esas páginas compartió espacio con la suya, “Ludovico a pie”: desaprensivas narraciones de sus aventuras por los botiquines de la ciudad, matizadas por disquisiciones ontológicas y sociológicas derivadas de esas experiencias. Veintipico de años después yo rescataría esa columna para las páginas de la revista *Elite*, invitando a Ludo a que hiciera lo mismo con la suya. “No es mucho lo que pagan —comentó—, pero al menos servirá para comprar unas cervezas o unas botellas de ron”. Esto fue después de la publicación de aquel sonado artículo suyo donde dijo haber recibido la visita de una dama llena de luz y juró abandonar para siempre la bebida. En efecto, durante algún tiempo se mantuvo abstemio, pero volvió a ello; no obstante en el *revival* de “Ludovico a pie”, mi amigo descartó el tono juguetón, así como toda alusión al alcohol, la primera época, en cuanto estaba empeñado en modificar su imagen pública de poeta bohemio que se la pasaba en los botiquines; entonces ya no los frecuentaba —no podía hacerlo: estaba demasiado maltratado—, pero igual seguía bebiendo en su casa, pese a los esfuerzos de la dulce Beatriz. A quienes lo conocíamos en la intimidad nos resultaba difícil explicarnos cómo bebiendo de esa forma desaforada podía Ludovico escribir tanto y con tan espléndida lucidez.

Ese beber hasta el desfallecimiento fue un constante dejarse llevar hacia la muerte; los juegos de Ludovico, y su vida toda, al fin y al cabo, siempre lucieron ensombrecidos por un rictus trágico; en la dinámica de su existir

Beatriz Guzmán de Silva **Para recordar a Ludovico Silva**

una obsesión tanática competía con el anhelo fáustico; en ese aspecto fuimos idénticos, con la única diferencia de que él resultó más vulnerable.

Mayo, 1989

Los sonámbulos

FEDERICO MOLEIRO CAMERO

A Ludovico Silva, en lírica memoria.

Al otro lado
se murmuran historias
y canciones.

Despojados de sus números
los sonámbulos se despiden
y marchan hacia su propia ausencia.

En una incolora geografía
duerme su muerte de ídolo
el buey grande
confidente de algún dios antiguo.

1989

Los libros de Ludovico Silva

GUILLERMO MORÓN

–1–

Si usted mira, ordenadamente, el ritmo de los años en el rincón de las contraportadas (la palabra colofón es reciente en castellano, pero muy antigua en griego), descubrirá fácilmente cómo la poesía fue primero y cómo la poesía fue el último extremo. Está *Tenebra* (México: El Corno Emplumado, 1964), cuando el poeta busca ya la muerte, y solo tiene veintisiete años de vida. Está *Cuaderno de la noche* (Caracas, 1979), cuando el poeta se ha bebido la muerte y apenas lleva cuarenta y dos años de vida.

–2–

Cuando el escritor se enfrenta a su destino por segunda opción, de la mano de Thomas Merton (“Es interesante y aceptable ser corrompido en Babilonia, donde la muerte es un triunfo”), desata la raspadura de la muerte en un solo poema con 230 versos, o líneas de escritura, donde hay 27 balas, un refugio atómico, la caída de Dios y una gran pesadumbre por todo el cuerpo y por toda el alma. El poema no se llama, suena en lengua de bárbaros ¡*Boom!* (Caracas 1965).

Si usted está informado acerca de la historia impura de los jonios, donde la lengua madre resistió el oleaje de los persas y de otros nortños más duros, podrá comprender el aire de ese otro libro de amor por la vida y por la muerte

(equilibrio de toda existencia) que es *In vino veritas* (Caracas, 1977). “Mi estirpe es la de los lobos”, sonido de la estepa. “Con rostro de oro y manos de diamante viene a mí una aurora desconocida”, voz de Ilión para sobrevivir, mestizaje dialéctico. “Si de repente el vino, como liturgia mía”, soterrado fragmento, recuerdo inopinado, hendiya de la claridad. Porque aquí no se desea mencionar *Cadáveres de circunstancias* (Caracas, 1979) a la espera, como debe estar usted, de *La soledad de Orfeo* que busca ahora colofón.

–3–

Y en el entretanto que el poeta arriesga su palabra, mientras deja transitar la muerte por sus abrevaderos cotidianos, el escritor asume la lucidez en cinco libros principales: *La plusvalía ideológica* (Caracas: UCV, 1970, tres ediciones); *El estilo literario de Marx* (México: Siglo XXI, Editores, 1971, tres ediciones); *Teoría y práctica de la ideología* (México: 1971, seis ediciones); *Marx y la alienación* (Caracas: Monte Ávila, 1974) y *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos* (Caracas: Monte Ávila, 1975, tres ediciones). Pero el ensayista, estilo de filosofía, pensamiento crítico, escritura de escritor, está aún en la inagotable tarea.

–4–

Ya usted sabe, porque es un buen lector, que ese poeta y ese humanista se llama Ludovico Silva, desolado, desvelado, desojado y deshojado escritor de nuestra vigilia venezolana. Hace ya muchos años encontró el oscuro escritor una afinidad con el claro poeta Ludovico Silva. Está escrito en la página 85 de *Los borradores* (1958): “Solo el hombre está capacitado para morirse solitario, consigo mismo, sin nadie más. A esto denomino la soledad como cualidad”.

1984.

A Ludovico Silva

DYANA NAVAS

Franquear tu estatua ahora
insujetable hebra de luz a los espacios,
asistir al pulso secreto de tu tránsito.
Tiempo silencioso, detenido, exacto, en paz de tu relámpago.
Más allá del reverso
farola los deshojes de tu paso.
Laúd la mano, reciente allí,
balada profunda a la copa vuelve.
Cruzada al amor, al vino, a la vida,
a su rostro absoluto arrodilla el llanto.
Beatriz,
corporeidad del sueño,
cifra bella a la alegría abre
sin azúcar tierno, sonrisa,
la dura entrega de los días subrayan.
La sed sin tregua azota. Agolpada enuncia: VINO,
“liturgia mía, vaso, si rompieras de pronto en infinito,
en ese instante atroz, maravilloso,
mi cosmos arterial entregaría
su brazo, su hueso columnario,

y mi rostro, feliz de su amargura,
con qué candor estallaría en ángel”.

Sí,

tu andadura trasciende,
transfúndese abra insomne.

Noción de vid tu resplandor
sumas de infinitud deshoja.

La muerte,

humosa mantis entregada
en hartura de vidas revoca piras.

No roza tu aire.

Marea mutante,

ritornelo en ave,

el corno resonante de tu sílaba
a retomar la red de vida invoca.

Mayo, 1989

Al margen de la granja

ANÍBAL NAZOA

Una vez más se ha cumplido el colorido rito de la democracia. Con exacta regularidad se abrió, aún sin caer la noche del domingo electoral, la talanquera de la granja para dar paso al tropel de adulantes. La jaladera abyecta una vez más casi baboseó el rostro del elegido. Ya estamos celebrando la octavita y todavía los jaladores se empujan, se patean, se apretujan buscando su pedacito de pantalla para dejar constancia de que ellos estaban ahí “desde el principito”, arrastrándose entre el polvo y los escupitajos del suelo, hipando súplicas porque no los olviden a la hora del reparto de los mendruguitos untados de cambur podrido. Los locutores, todavía roncoss de chillar en la embajada alabanzas a Bush y a Reagan, recuperan la voz para cantar mañanitas mocosas al nuevo dueño del coroto. Cataratas de lugares comunes, maremotos de cursilerías, diluvios de palabrerío idiota ahogan al televidente, impidiéndole salir a sumarse en vivo y directo al aquelarre de la adulación. Vencedores y vencidos compiten en los juegos florales de la ramplonería y el disparate, unos para agradecerle al “bravo pueblo” su fidelidad y otros para rogarle que la próxima vez no sea tan maluco. Las Fuerzas Armadas tienen que agarrarse muy duro para no ser derribadas por las riadas de jalamecates deseosos de testimoniarles su agradecimiento por haber respetado magnánimamente el dictamen de las urnas, etcétera, etcétera. La fiesta es completa.

Hasta en El Amparo resuenan los cohetes del triunfo y todos muy contentos porque están seguros de que esta vez sí son solo cohetes.

Mientras la embriaguez del triunfo se apodera de Venezuela, en una funeraria de Caracas yace el cuerpo casi solitario de Ludovico Silva. Sus amigos iríamos a acompañarlo al día siguiente, porque el domingo la gritería no permitió que se oyera la noticia de su muerte. Al día siguiente, eso sí, Ludovico pudo disfrutar de la compañía que él se merecía, la de la inteligencia venezolana, y darse el lujo de obligar a la gente a dejar por un rato de hablar de porcentajes y cocientes para referirse a cosas de la cultura, que es la principal doliente de este cuerpo. Así tenía que ser, porque al fin y al cabo un nuevo presidente lo tenemos (salvo golpe o movida similar) cada cinco años, mientras que un poeta puede desaparecer en cualquier momento, aunque lo que se dice morir, no muere nunca.

La ausencia de Ludovico es una pérdida muy grave para la cultura nacional y latinoamericana. Fue uno de los pocos venezolanos a quienes se puede llamar filósofo con toda propiedad, el único que se ocupó con todo rigor de estudiar la obra de Carlos Marx y sobre el tema dejó obra envidiable. Lo más asombroso en él, para apuntalar sus labores de poeta y ensayista, hubo de vérselas con cosas tan serias como el latín, el griego y el alemán, sin servirse jamás de sus conocimientos de lingüística para otra cosa que no fuera pulir hasta la perfección su lenguaje y estilo, en obsequio de sus afortunados lectores, y haciendo gala de un sentido del humor bien alejado de la tiesura y la pedantería.

Ya habrá tiempo para hablar de Ludovico cuanto se debe y como se debe. Esperemos para hacerlo hasta que baje la marea quinquenal de la adulación y la camburería. Y nada de responsos: un brindis por los nuevos éxitos que cosechará donde quiera que esté este gran intelectual. Como diría su amigo —nuestro amigo— Orlando Araujo: ¡Va por Ludovico!

Diciembre, 1988

Elegía

CECILIA ORTIZ

A Ludovico Silva.

Vivía muerto
en su celda libre

Miró al mundo
desde sus lágrimas de profeta

Tuvo una pasión desordenada
se destruyó en el ideal imposible

Poeta
sin pronunciar la verdad
Todos te quisimos alguna vez

Hoy hay fiesta de codicia y poder
No celebran el vino
de tu gloria

Tal vez en el futuro
la concedan los dioses o la poesía
los hombres lo decidirán

7 de marzo de 1989

Por nuestro primer encuentro

ANÍBAL ORTIZPOZO

Estabas de pie sobre el planeta,
desnudo y a merced del vino,
y de los vientos opuestos a tu derrotero;
vientos que desencadenaste
al romper, curioso, el odre
que Eolo regalara a Ulises.

Hijo de la aurora, Euro te atrapó
bajo su espeso manto
portador de huesos roídos,
obras de arte saqueadas,
cementerio de dioses y diosas,
colección de ojos de mármol y
penes mutilados.

Así estabas esa mañana:
con los ojos torcidos,
abrazado al libro mayor de la utopía,
mecido por la tempestad que provocaste,
encandilado por el relámpago que encendió

el arcabuz del invasor,
sonreído y con prestado rostro
de indio herido de muerte.

Autografiaste un libro tuyo dedicándolo
“Para Aníbal, quien como yo, pasó
el Rubicón de Marx... Salve”

Ludovico,
responderte ese saludo,
responderme...
significa caminar arrastrando
el peso de la razón que no libera.

Nuestros gritos se pierden en el vacío
mientras el mundo crece
automática y tecnoaceleradamente,
tragando hombres cesantes
de las manos y la mente.
Arrastrada al otro Rubicón,
el de la masificación petrificada de la vida,
al borde de la muerte,
la libertad creadora habitará hombres nuevos
atrincherados en su imaginación.

La búsqueda del socialismo perdido
no será más la del estúpido pájaro azul,
porque el arte no es un lujo,
sino una necesidad del hombre común,
como todos nosotros.

Mayo, 1989

Ludovico

ANTONIO PASQUALI

Después de Federico Riu, el otro con nombre y alma de príncipe que nos dejó fue Ludovico. Federico prefirió hacerlo con la rapidez de sus arrebatos. Ludovico se tomó veinte años para perfeccionar su propio epitafio, que consignaba en poemas impregnados de rabia por amor a la vida, de melancolía con perfil griego. Ya en 1978 hablaba de “diez años de muerte continua y dorada”, y aseguraba que “escribir antes de la muerte es lo único que verdaderamente puede hacer un poeta. Por eso las palabras de un poema han de ser todas fatales” (no sé si Mahler era de sus favoritos, que decía que escribir música era hablar con Dios).

Llegó a consustanciarse tanto con sus declaraciones poéticas:

¡Vivir! Qué cosa extraña.

Nunca he vivido

no he hecho más que morir todas las vidas

que en el entierro de José Agustín se me quejó de que su Pálida Amante se hubiera equivocado de hermano. Venía de publicar en el Papel Literario (del 11 de febrero de 1987) su tal vez último epitafio: *In Articulo Mortis* (horrores de mi muerte) que creo que hasta a Beatriz se le escapó. Me había

propuesto escribirle una carta, seguramente estúpida y pomposamente terapéutica, para ridiculizarle su macabro narcisismo, pero afortunadamente no la llegué ni a comenzar. En ese poema figura, quizás por última vez, su perenne desdoblamiento Ludovico/Luis y allí están Gerbasi, su madre, Homero, Heráclito, Eliot, Rubén Darío, Ovidio, Dante, Rimbaud, Baudelaire (dos veces) Machado y las mujeres.

Algún Alceo, o Mimnermo, o alguna Sibila le dictó un último lapidario epitafio:

Mi testamento dice:
tú vivirás eternamente.
Pero antes, debes morir.

Tengo mi propia verdad sobre la muerte de Ludovico, y es que murió de filosofía, de mirar en exceso hacia adentro como el búho de Minerva, que sus ojos evocaban. Había desaprendido las virtudes de la alienación, y se excedía en lo que algunos llaman la comunicación intrapersonal. Quien introdujera en una computadora la gran mole de sus escritos hallaría sin duda que la mayor frecuencia corresponde al pronombre “yo”. Lo que su “Luis” creaba, el “Ludovico” lo sopesaba inmediatamente, incluso en términos de reconocimiento público que los mezquinos le regateaban y que él pensaba merecer. Por algo será que la última palabra de su tal vez último poema es “destierro”.

Su apego a Marx, pero también a Platón, Baudelaire o Monteverdi, obedecían a su inmovible decisión de contar con dioses de la razón y de la belleza que le permitieran mantener el norte en un mundo de porquerías desechables. Si este bendito país llega a rescatarse, habrá que releer sus obras filosóficas, sus poemas, sus artículos y sus diarios, pues Ludovico sí acertó al pensar que se había forjado su espacio de inmortalidad.

Quienes hemos enseñado durante largos años, recibimos palmaditas en el hombro con el recordatorio “Usted fue profesor mío”. De Ludovico nunca recibí palmaditas, tal vez porque éramos cómplices en la inocente exquisitez de citar en griego y en latín para lectores y oyentes que se mofaban un poco de nosotros. Confieso que me sentía bien en mi piel cuando a él, o a Guillent Pérez y dos o tres más, les había gustado particularmente una clase.

Olvidaba su amor por la música, de la que hablaba poco y escribía mucho. Leamos en ese *mínima moralía* de Ludovico que es su *Filosofía de la ociosidad*:

En nuestro maldito siglo XX la melodía, que era un suspiro de los dioses, ha desaparecido y ni siquiera hay el consuelo de la armonía, porque todo lo que era grande y perfecto ha sido sepultado por sintetizadores y

aparatos electrónicos. Aunque se siga usando, un violín es una cosa pasada de moda. Ocurre lo mismo con los libros. A mí el señor McLuhan me parece un pobre diablo con cierto ingenio, pero dijo algo verdadero: una cultura se está acabando, y es la del libro. Yo no quiero estar vivo para ese momento. Dejadme con mi Cremonesi y mi Monteverdi y mi Chopin. Seré un reaccionario. Pero no olvidéis esto: todas las cosas tienden, según la física, a volver al lugar donde estaban.

Que desde el polvoriento Hades los Ludovico, los Federico, los Orlando y tantos otros nos socorran en esta lucha cada día más dura contra los mercaderes del templo.

Ludovico otra vez a pie

GUSTAVO PEREIRA

Ludovico fue para mí un compañero y un hermano en la poesía, la máxima ebriedad. Desde los años sesenta data nuestra amistad ultramarina (por lejana) y profunda. A él debo solidarias palabras y afectos literarios y mil pruebas de una conducta de poeta que nunca declinó y por la que sus amigos nos congratulamos y nos celebramos.

Porque él fue ante todo poeta, un poeta que en nuestro país tuvo el raro privilegio y el coraje de pensar, de darse en ideas, de combatir por ideales y morir, a su modo, por ellos.

La obra de Ludovico es la de un agónico de la pasión. De la pasión creadora y militante, de la ardiente razón. Un ser excepcional y transparente, amurallado de silencios y soliloquios pero definitivamente entregado a su oficio de contribuir a hacer del nuestro un mundo menos amargo y distante.

No hay mensaje más digno de su memoria que esta flor roja de la poesía, cuya tierra seguiremos abonando con huesos de llamaradas para que de ellos salga música digna de sus fuegos y sus desasosiegos. No hay mejor forma de recordarlo que a partir de todo cuanto dio, de todo cuanto hizo por nuestra cultura —es decir, por todos nosotros—, sin reclamar más que un sitio en la dignidad de la pobreza y en el descalzo barro del vivir, en donde sus amigos deseamos estar también.

Mayo, 1989

Ludovico supo morir de muerte verdadera

BLAS PEROZO NAVEDA

El rollo que no cesa.

A mi amigo Ludovico, *Ludo*, Luis Silva Michelena, se le ocurrió –como un Maiakovski cualquiera– morirse el día de las elecciones. Vainas de Ludo. Era uno de mis poetas preferidos. Era el más importante de mis críticos preferidos. *Le plus* grande. Nadie se atrevió jamás a criticar ninguno de sus libros. Con propiedad, nadie. Y es que ¿quién se atreve a criticar el libro más sangrante, del más lúcido de los Ludos? Solamente Artaud.

Como nadie se atrevió a juzgar algún libro de Ludo, su poesía quedó estampada en lo profundo del alma de quienes lo quisimos y respetamos. La *Tenebra* luminosa de su alma anda todavía como un ¡*Boom!* que parte en dos mitades el siglo XX. Lo pensado y lo dicho y cantado y escrito por Ludo, y lo otro, lo anterior a él.

A mi desvencijado amigo, el doctor Luis José Silva Michelena, se le ocurrió morirse el día de las votaciones. Hay demasiado *maremagnum*, demasiado tigre enrollado, demasiado reaccionario encasillao y con casquillo todavía. Y no puedo levantar la cortina, pensar en el recibo del teléfono y de la maldita Enliven, y olvidarme así como así de la muerte –¡*merde!*– del tenebroso, del claridoso. Ludo anda por el aire. Celebro.

Si yo levanto mi copa, mi jarra, mi poema y mi tristeza es por Ludo. Brindo. ¿Qué hará ahora la literatura venezolana, la poesía, *la pensée* sin Ludo? No tendrán más remedio que leer sus libros. Miserables. Ya no podré llamar una vez al año al 02-2841814 y decirle a Beatriz *jaguaryú* poneme con Ludo y te presento a mi novia.

Ludo ha muerto.

Ahora tendrán que leer uno a uno los versos de *Cuaderno de la noche*.

Y Ludo jamás estará muerto.

Hace tiempo unos *marxianos* recomendaron sus libros como textos en las universidades. Creyeron hacer una gracia. Y la hicieron en efecto. Porque para el poeta –como dijo Briceño Guerrero– la experiencia vivida en la palabra le pareció más real que el contacto directo con las cosas.

Diciembre, 1988

A orillas del Arno

JUAN PINO

Conocí a Ludovico en la Radio Nacional: llevaba sandalias de cuero espeso –como griegas– y sus pasos eran suyos.

Era la década del sesenta, desde allí los primeros días; después llegaron las interminables conversaciones y tantas cosas.

La lluvia, los atardeceres en la orilla de la enfermedad y la muerte.

En las tardes, llegamos a conocer la sangre del Campari. En Florencia, comprendí el Río de las Esmeraldas (así llamabas a las corrientes del Arno); él se llevó, con su catarro de fuego, las obras de arte restauradas luego por el amor.

Compré para ti una escultura del Dante Alighieri, la colocaste al lado de una fotografía, donde eras perfectamente Edgar Allan Poe.

Ludovico, el dolor de tu *In vino veritas* me lo confesaste, y tantas camisas te robé que tuvimos la necesidad de retratarnos.

Mi Volkswagen era tu amarillo de Van Gogh.

El hospital no capté, el holocausto del capitalismo tú sí.

La niña vegetal nos recogía todos los años en las fiestas de *El Nacional*; allí el hielo de los tiempos no se derretía en los tragos que tomábamos.

Ludovico, ¡cuántas veces te pedí la suerte y los números!

Beatriz Guzmán de Silva **Para recordar a Ludovico Silva**

Beatriz sonreía como Santa Rita de los Milagros, y mi corazón se apagaba en tanta música de Vivaldi.

¡Ludovico, no te olvido!

Mayo, 1989

Yo no conocí, ni vi, a Ludovico Silva

LUIS A. PIÑER

Querido José Manuel Castañón:

Yo no conocí, ni vi, a Ludovico Silva mientras estuvo en la tierra; pero me apetece escribir comenzando como lo hacía Fray Luis de León ante la *Vida de Santa Teresa*, porque, como él, veo una imagen viva del autor en la obra que nos dejó de sí.

Es por ti por quien ha llegado a mis manos algo de su labor y llega ahora esta amplia *Ópera lírica* que te agradezco y que me atrevería a resumir diciendo, a pesar de que solamente veinticuatro años se extiende en el tiempo: este libro es todo un hombre. Alguien que, para quedar bien delimitado y concreto, incluye a sus amigos del espíritu, como él hace en ese magnífico friso de *Pararrayos celestes*. Claro que ya el autor se cuidó de decirnos un día: “Buscadme en un solo verso y acaso no me encontraréis. Buscadme en todos y allí estaré”.

Él no da a la poesía, como labor propia, una labor final en sí. Es un hombre de pensamiento que toma un atajo por ella. Por eso en un mismo trabajo pasa del verso a la prosa, cambiando de camino para plantear propuestas a otro frente de responsabilidad del lector y no a una sola sensibilidad; y deja asomar problemas radicales como piedras de río dentro del fluir lírico de arranque.

A veces, rabiosamente, elude toda posibilidad de sublimación apretándose a lo inmediato concreto, de modo aparentemente fortuito, en una especie de confesión discontinua y no formulada. Y también, a veces, logra momentos clave de pura exaltación lírica en direcciones tan distantes como la resonancia de la gloriosa tradición hispanoamericana o el tan amado, y dominado, registro clásico helénico, con reiteración enamorada, sellando siempre el resultado con lo intransferible del *numen* del poeta que lo es, incluso cuando quiere exigirle a la poesía cosas que ella no le puede resolver. Ya sabemos por la frase goethiana que “se puede gozar de las rosas, pero hay que morder las manzanas”.

En el orden de preferencias que Pedro Salinas señala para los valores de la poesía, era el primero la sinceridad. Si lo que Ludovico en su fondo más íntimo pretendía era inquietarnos, ponernos con él en pie, sus versos lo han logrado por su sinceridad radical, que impide a veces el engaño de esa “tarabilla de molino” que como Santa Teresa (y terminamos con su nombre como empezamos) llamaba a la imaginación.

Esta carta para ti, agradeciéndote una vez más el obsequio de *Ópera lírica*, puedes pasársela al noble amigo gijonés Arturo García, rogándole que no tome a mal la negativa de homenaje a mis versos por tu conducto; pero agradécele mi entusiasmo por lo que está haciendo en recuerdo del gran poeta venezolano Ludovico Silva.

Un abrazo.

Ludovico y Orwell

SALVADOR PRASEL

Conocí a Ludovico, recién llegado del exterior, cuando en compañía del pintor Alberto Brandt se dedicaba al ocio creador en El Encuentro, un sitio de grata recordación en Sabana Grande, al que concurrían los inconformes de los años sesenta; se pasaba horas poniendo nombres a los cuadros de Alberto. Se trataba de obras informalistas donde solo la imaginación desbordante de los dos amigos bohemios era capaz de inventar títulos como: *Lucha implacable entre los pueblos de Borneo y Chile*. De paso, Ludovico escribía versos en las servilletas, y estoy seguro de que un día de estos aparecerá una de ellas en alguna de mis carpetas traspapeladas.

De las reliquias que me quedan tengo varios libros del poeta-filósofo con dedicatorias de su autor. Todas con un toque personal, recordando algo que teníamos en común: colaboraciones en revistas, publicaciones en la misma editorial, reminiscencias de ciertas lecturas compartidas.

Una de sus obras, *Ensayos temporales*, editada por la Academia Nacional de la Historia, en su colección El Libro Menor, entra en la categoría de mis textos predilectos. Aparecida en 1983, trae unas reflexiones sobre el pensamiento de George Orwell, autor de la famosa novela, llevada también al cine: *1984*. Este profeta de la actualidad, como lo llama Ludovico, vislumbra el Estado totalitario, personificado en el Gran Ojo o la Telepantalla, “que vigila a cada hombre en cualquier parte que se encuentre y detecta al instante

cualquier *desviación subversiva* del más recóndito individuo”. Una realidad de nuestros tiempos descrita casi literalmente por el novelista. Una caricatura de la sociedad, tan alejada de un socialismo auténtico, no totalitario, basado en la libertad del individuo e inspirado en el proyecto original de Carlos Marx, hoy tildado de heterodoxo y enfrentado a “la Policía del Pensamiento”.

En ninguna otra parte he leído algo tan diáfano acerca de Orwell. He aquí la conclusión de Ludovico, útil para los que no conocen a fondo al desaparecido escritor y pensador político, nacido en la India, de origen escocés y vinculado al mundo de habla hispana por su participación en la Guerra Civil española:

En definitiva, George Orwell, sin ser propiamente un gran escritor, tiene el inmenso mérito de haber sido uno de los más lúcidos profetas de nuestro tiempo. Sus ensayos críticos superan largamente sus obras de ficción, las cuales, como ya hemos insinuado, son a su manera también ensayos críticos. Orwell supo ver con toda claridad el peligro que se avecinaba sobre la humanidad más allá de la hecatombe, que parecía definitiva, de la Segunda Guerra Mundial. Supo desentrañar con videncia de poeta el elemento irracional y mágico que se escondía dentro de la creciente racionalidad científica que ostentaban y ostentan las sociedades avanzadas. Supo describir, con terrorífica precisión, los efectos del totalitarismo sobre el individuo humano. Expresó la esperanza, que todavía no ha muerto, de un retorno a la concepción humanística, no solo en el viejo sentido de la totalización del saber, sino en el sentido de la liberación y desalienación universal de todos los hombres y países oprimidos por la voracidad imperialista. En fin, denunció con palabras fuertes el nacimiento de una sociedad que constituye un escándalo histórico (p. 54).

En este pasaje, más allá de la reseña de Orwell, se encuentra buena parte del pensamiento de Ludovico. Filósofo social sin ataduras, escéptico en la acepción original de la palabra. “Recuerde el lector”, dice Ludovico en el mismo libro refiriéndose al proceso revolucionario nicaragüense, “que la palabra escepticismo significa en griego *mirar con cautela en torno a sí*. Seamos escépticos, pero eso sí, no perdamos el entusiasmo, palabra griega que significa *estar por dentro lleno de dioses*”.

En la contraportada del libro, el editor interpreta que estos ensayos sirven como preparación para la discusión en nuestro país, a raíz de los difíciles tiempos que se avecinan y que exigen la formación de un hombre venezolano cualitativamente nuevo. Es conveniente reiterarlo porque Ludovico servirá en el futuro para señalar el camino de renovación en nuestro país.

Mayo, 1989

El camino

LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA

A Ludovico Silva.

El camino no es más corto
porque tú corras en él.
Caminar tiene su ciencia,
caminar tiene su magia:
un paso detrás de un paso,
uno más y otro paso.
Caminando va el camino,
pero no pasa, pasamos:
paso a paso, paso a paso
sobre él pasan los pasos.
Cuando se acaba el camino
se termina el caminar.

1977

Beatriz, tráeme un *whisky*

MANUEL QUINTANA CASTILLO

Es de imaginar que los amigos de Ludovico le pusieron ese nombre, evocando la figura del príncipe Ludovico el Moro, o mejor todavía, del gran poeta renacentista Ludovico Ariosto, quien escribiera la épica de *Orlando furioso*. Pero Ludovico, no el moro sino el nuestro, poseía la conjunción de ambos: un gran señor y un gran poeta. ¡Ah!, la historia, siempre atando misteriosos cabos: Ludovico y Orlando allá en el Renacimiento. Ludovico y Orlando, hoy acá entre nosotros. Ludovico, un poeta; Orlando, un personaje casi mitológico. Orlando, también el nuestro, un corazón lleno de furioso amor por todas las cosas, todas las cosas capaces de iluminar su incesante pasión. Y así también iluminado andaba Ludovico cuando escribía *Cuaderno de la noche*, *La soledad de Orfeo*, *Piedras y campanas*, *In vino veritas...*

Después de tantas vueltas sobre un diamante loco

Le dice a Beatriz en *Piedras y campanas*:

...

estoy otra vez en mi certidumbre
de animal condenado.

Beatriz, pásame el whisky,
tráeme la ginebra pura,

mátame de una vez
con mi propia daga,
anda, chica,
vamos a escribir otra vez
In vino veritas

Siempre entendí a Ludovico como un poeta, sin dejar de percibir las otras cosas que lo acompañaban: su pasión por la sabiduría, su vehemencia en búsqueda de la justicia, su afiliación incondicional al arte, la afirmación de su humanismo, que sería más espiritual que político e ideológico. Todas esas cosas que para él fueron fiebre y frenesí, ímpetu y delirio, incendio y arrebató, éxtasis y tormento, llegaron a un destino único en la forma poética. Porque la poesía para Ludovico era un estado de gracia y una forma inevitable de vivir, no en el lado opuesto de las metáforas, sino a partir de ellas, y así entonces cuando Orfeo (*La soledad de Orfeo*) puede ver “una horrible espina entre la rosa y un rencor maternal de bestia herida”, Júpiter, el Dios, conjuga al responderle una interrogación y un enigma:

¿No ves, Orfeo, que su sangre abraza
tus plantas y tus piernas, encendida?

Y surge así en el poema de Ludovico la dimensión del destino prometeico:

Ese ligero azul caballo alado
y esa ternura cíclica y monstruosa
quieren volverme a ver despedazado.

Ludovico, este gran poeta nuestro, Orfeo-Prometeo, era a su vez un humano dios clásico que ardía en su destino de transmitir el resplandor imponderable. Presente en una dimensión sagrada de las cosas, creía, o quería igualmente este poeta integral, encontrar formas singulares de aproximación a la realidad, a la realidad de acá. De allí su dedicación a la praxis de la filosofía y los sistemas ideológicos. Pero en Ludovico la filosofía distaba mucho de ser un ejercicio profesional y erudito. Para él la filosofía no era solo eso, sino, por encima de todo, la objetivación de una esencia definitiva y definitoria; amor a la sabiduría, amor a la verdad. Veo en este sentido a Ludovico como una fuerza orientada en figura o forma paralela: por una parte, el sentimiento íntimo, íngrido, de lo sagrado, lo absoluto, y por la otra, la voluntad de asumir determinaciones ideológico-políticas de signo dialéctico, material,

histórico (el marxismo). Pero Ludovico quería trasladar su necesidad de trascendencia, su necesidad de absoluto a la lucha revolucionaria. Tanto en su pensamiento como en su acción creo ver, no tanto una vocación política, sino una condición de naturaleza religiosa. Y una vez llegados a este punto no podemos evitar una interrogación irreverente: ¿era Ludovico de verdad un marxista, o descubría un rostro desconocido de esa ciencia que, más que ciencia, vendría a ser una fe, o un destino? Nada –decía Dostoievsky– es más fantástico (imaginario-misterioso-quimérico) que la realidad. Y en esa poética de la realidad vive el sentimiento místico y sagrado del mundo y de uno mismo, aun asumiendo la soledad y la introspección:

Hay que cantar al hondo de uno mismo

Dice Ludovico en *Piedras y campanas*:

La vida está ya cansada
de que yo la exista

Fuera de mí no existiría como lo es en mí.

tengo Cristos que cantan en mis huesos,
canciones de alta mar,
dolores, ay, dolores de ultratumba

Y la presencia de la soledad se percibe nítida y terrible en su canto:

Extraño a los demás ciudadanos,
incluidos los poetas
que me son cada día más extraños

Y después, una confesión desesperada a Beatriz Guzmán:

Aunque solo sea como símbolo
tráeme un *whisky*,
yo ya no quiero el vino de la verdad
sino el *whisky* de la mentira,
porque la poesía es una verdad
disfrazada de mentira,
porque la poesía es el dolor
disfrazado de amor,

la soledad con máscara de todos.

...

Trae ese trago final, esa materia
líquida y sangrante,
trae la soledad en vasos rotos,
antes que las semanas y los meses
me devoren lo poco que me queda.

Y llegan así, con el presentimiento o la certeza del fin, las presencias sobrecogedoras del tiempo y de la muerte. Tal vez Ludovico hubiera querido sustraerse al tiempo, como pretendiera René Char: “Yo me sustraje de él en mi estallido y mi terror, entre las ruinas donde araña todavía mi obsesión”.

Pero es inevitable dejar de fluir como los ríos al mar, y al final solo quedarían la locura y la memoria, nunca la esperanza. En *Piedras y campanas* dice Ludovico:

Por la existencia se pasea el loco
como por un brillante cementerio,
por el túnel final de la existencia
camina como un muerto,
pensando que los otros
son el infierno
y que no queda nada para el hombre
que vive como un piano en el recuerdo.

Tuve la fortuna y el honor de compartir la amistad de Ludovico. Lo conocí a principios de los años sesenta. Creo que entonces estaba regresando de Europa. Compartimos noches y madrugadas en El Viñedo, en La Masía, El Gato Pescador y tantos cafés de Sabana Grande. Lo encontré como poeta y no sé si para entonces (al llegar) ya era filósofo y marxista. Me inclino a creer que en un principio lo fue para compartir la fe de sus amigos. Después lo asumió (el marxismo) como una pasión personal, casi como un objeto de creación. Pero insisto en creer que el marxismo de Ludovico tenía más raíces existenciales que ideológicas. Por eso en él siempre pude percibir con más intensidad al poeta que al filósofo, o al político. Fue a principio de los años sesenta, y entonces allí, igual que antes en Sardio, el gran animador intelectual era Adriano González León. También brillaban Edmundo Aray (el benjamín de Sardio), Francisco Pérez Perdomo, Contramaestre, García Morales, Hugo Baptista, Perán Erminy, Salvador Garmendia. Flotaba en el ambiente un sentimiento iconoclasta e irreverente y se percibía una necesidad

de mandar todo al diablo, incluso a la cultura. Se hicieron experiencias estético-paranoicas llevadas al extremo límite, como la necrofilia de Contra-maestre, los poemas objeto, el arte de desechos, la magnificación de la basura como materia prima de la creatividad, la música inaudible, las rifas de objetos inútiles, las prácticas de mendicidad bancaria, las lecciones de economía marginal, la contrapintura, la escultura inmaterial, las nociones elementales de cocina caníbal, las manipulaciones inorgánicas, el cultivo de hongos termonucleares tipo bonsai, el estudio de la hidroponía patafísica y muchas otras cosas, que si bien nunca llegaron a hacerse, al menos fueron formuladas en las copiosas reuniones vespertinas y nocturnas. A medida que el grupo se animaba, llegaban nuevos amigos: Manuel Matute, el siquiatra (quien anunciaba la tesis de la “conciencia inactiva”, a semejanza de Carl Gustav Jung en su estudio sobre James Joyce: *¿Quién es el Ulises?*). Podíamos ver a Rafael Brunicardi, Miyó Vestriini, Alberto Brandt, Efraín Hurtado, Mary Ferrero, Gonzalo Castellanos, Marcos Miliani, David Alizo, el reverendo Médici, Américo Rivero Unda.

De esas impredecibles reuniones surgió la Pandilla Lautreamont (Cau-policán Ovalles, Mario Abreu, el chino Valera Mora) y también el Techo de la Ballena (Contra-maestre, Adriano, Daniel González, Edmundo Aray). Después llegaría el grande e inolvidable Baica Dávalos, con su sabiduría, su cultura, su prestancia y su infinita capacidad de amar a la gente. En ese ambiente conocí yo a Ludovico, y por allí debe andar él otra vez. Debe andar Ludovico otra vez por El Viñado, por El Gato Pescador, por La Masía, por la Universidad, por *El Nacional*, el Ateneo o la cervecería Lara. Por allí debe andar otra vez en compañía de Alberto Brandt, de Baica, de Gonzalo Castellanos, del chino Valera Mora, de Efraín Hurtado. Por allí andarán ellos en ese espacio imaginario, pero real, que la eternidad le concede a los poetas. Ludovico anda por allí, y en la barra de la cervecería Lara, a la hora de pagar la cuenta para irse a descansar, o soñar, sin tener ya nunca más la angustia de morir, sentirá sobre su hombro una mano amiga, la mano de Dios, y también la voz de Orlando que le dirá sonriente: ¡amigo mío!

Mayo, 1989

Palabras para agradecer a Ludovico

LUIS FELIPE RAMÓN Y RIVERA

Siento un temblor temeroso (¿o será reverencia?) para escribir sobre Ludovico Silva. Guardaba él frente a mis palabras una actitud que me parecía de reserva, pero que era en realidad como una función valorativa, porque me escuchaba atentamente (entre uno que otro sorbo de cerveza) para asentir o agregar algo como comentario a mi discurso.

Mi admiración por su obra y su personalidad hacía que acudiera algunas veces a buscarle para llevarle libros y para traer los que él me regalaba. Conocí pues, un Ludovico externo, aquel que musitaba apenas unas pocas palabras, actitud que me turbaba y que yo intentaba conciliar con la mía, explícita, indagativa, para saber lo que pensaba en aquel momento, en aquel preciso momento en que nos encontrábamos. Y era eso en su casa, en el breve corredor cercado de libros y abierto por un marco verde de matas y flores hacia el patio de luz matinal.

Yo no pude conocer bien a Ludovico. Es imposible conocer redondamente a un hombre solo por medio de unas conversaciones informales. Pero es banal, y así lo consideré siempre mientras tuve aquellos esporádicos contactos con él, era banal o innecesario que yo quisiera conocerlo en sus más rotundos rasgos humanos; de modo que hube de quedarme solo con el conocimiento del filósofo y del poeta, conocer mío, sentir mío por el calor de sus libros, por el fuego de su poesía y la luz de su pensamiento filosófico.

Ludovico me indujo al conocimiento de Marx con su *Antimanual* y con varios más de sus libros batalladores que –tengo que confesar *honestamente*– no he leído porque basta a mi débil bagaje de pensador solitario y pesimista lo que hube de aquel *Antimanual*.

Por el contrario, su mundo, su sentir poético es para mí lo más cercano e imprescindible. Su verdad en el vino y en el amor juegan en mi alma con una calidez musical que se me adentra llena de colores cambiantes, como de un caleidoscopio. Rojos y azules –vino, amor–, que estallan y se multiplican; versos-universos creados por la luz de una palabra de poesía y todo ello, en su obra poética, dulcificando el amargor de su boca de trasnocho y nubes de alcohol, melificando el dolor de esa herida que afloraba de su pecho encendido de pureza y agobiado a la vez de tristeza... La tristeza del poeta ante la pequeñez y pesadumbre de este mundo roído de miserias... Dos veces, en dos dedicatorias para mí (¡para mí!), Ludovico me tendió esa alfombra de tristeza para que yo la avistara. Me dijo:

Para Luis Felipe Ramón y Rivera estos poemas amargos, con el abrazo de Ludovico.

(*In vino veritas*); y

Para Luis Felipe Ramón Rivera este libro amargo pero lleno de esperanzas. ¡Salud!

(*Cuaderno de la noche*).

Busco fechas... ¡No importa!, ¿qué importan las fechas si están los libros bullentes de palabras y sentido? Ludovico dijo, dijo y marchó. No quiso decir más. ¿Para qué? Con una sola, rotunda y valerosa frase dijo lo que quería y debía decir: “Yo no quiero que me den un mundo hecho; yo necesito hacer el mundo”.

Mayo, 1989

Ludovico Silva o el arte de pensar

JOSÉ VICENTE RANGEL

Ludovico Silva fue de esos hombres que ameritan un doble conocimiento. No basta con conocerlos personalmente, en su vida diaria, o en su trabajo intelectual.

Se impone, con ellos, una relación simultánea. Para poder entenderlos. Para apreciar su valor real.

A mí me pasó algo curioso durante los primeros contactos que tuve con Ludovico Silva. Ocurrieron en las oficinas de *Clarín*, un diario de combate de la década del sesenta, donde se realizaba una intensa actividad intelectual. El diario dio cabida a las tendencias más críticas del pensamiento venezolano, sin exclusiones ni limitaciones de ningún género.

A esas oficinas arribó un día Ludovico, envuelto en la bohemia y en la magia de la palabra. Empezó a colaborar con la publicación a través de una columna que se hizo rápidamente célebre: “Ludovico a pie”. Una columna memoriosa, con olor a bares, pero al mismo tiempo escrita con gran pureza idiomática, gracia, y un sentido de la oportunidad de los temas que llamaba la atención.

Ese Ludovico del periodismo, redactor a tiempo completo, corrector de estilo, conversador infatigable, hombre capaz de sacrificar horas y horas en el diálogo aparentemente intrascendente con cualquier persona, era alguien

que no se podía desvincular del otro Ludovico: el profesor universitario, el escritor, el ensayista, el poeta, el marxista erudito.

Ambos se daban la mano y marchaban juntos, pisando suavemente, con el júbilo de la inteligencia creadora a flor de piel.

Ese Ludovico bohemio y al mismo tiempo riguroso escritor, anticonvencional, destructor de manuales, profundo en sus reflexiones filosóficas, siempre estuvo en permanente combate consigo mismo.

Concilió el tormento de reaccionar contra la mediocridad y el facilismo, en un país como el nuestro, con la humildad de quien aprecia el valor de las cosas más simples de la vida. Pero internamente, clavado en un costado, arrastraba el viejo dolor de quien se siente desdeñado en una sociedad que solo valora la riqueza material y desprecia la labor intelectual. En el fondo sufrió mucho al país. Porque su nivel de conocimiento y su formación lo aproximaban a una dimensión que otros no captaban.

Su obra, en las condiciones físicas en que trabajó, es una de las más sólidas: ensayista, docente, traductor, poeta, periodista. Su pensamiento, ordenado pacientemente, expuesto con rigurosidad, reclama ya de estudios serios, dado que constituye un legado de invalorable significación, y una manera de aproximación a lo que ha sido Venezuela en los últimos veinte años.

MAYO, 1989

Cuando los labios y la piel recuerdan

LIDIA REBRIJ

*... cuando los labios y la piel recuerdan,
y se sienten las manos
como si tocaran de nuevo...*

C. P. CAVAFIS

La impresión que producen las cosas en el alma, gracias a los sentidos, es lo que definimos como sensación. Y es precisamente una sensación lo que guardo como recuerdo de Ludovico Silva, una sensación difusa, leve pero insistente que estuvo en mí desde el primer encuentro, ocurrido hace ya varios años, en la casa que ocupaban Ludovico y Beatriz.

Esa tarde, sentada en el gran sillón que presidía la sala, tuve la intuición de que mi presencia remontaba al poeta muy lejos, allá en los años de su juventud, a ese lugar secreto donde solo reina la memoria. Solo así pude explicarme que sus manos tan blancas y lánguidas acariciaran mi cabello, la mirada perdida en algún recuerdo, rozando quién sabe qué evocación...

Ese pequeño acto amoroso fue la base de sustentación de mi cercanía a Ludovico, y el corazón me susurra que se hizo extensiva a la generosidad de Beatriz.

Ese fue el primer hilo del cañamazo afectivo, donde labrando y tejiendo en divertidas conversaciones telefónicas y en uno que otro encuentro casual, configuramos los términos de una relación signada por un recuerdo del cual él nunca me habló, pero que daba por sentado que yo imaginaba.

Compartíamos algunos de los libros de siempre, y una educación jesuita de la que a veces renegábamos y que otras nos enorgullecía. Pero en el fondo, allá en lo hondo, en lo oscuro, como un latido, siempre supe que mi presencia lo retrotraía a un territorio misterioso, lejano y tal vez melancólico, de donde a veces surge un poema.

Y de pronto hoy, cuando Beatriz me dijo con su voz ronca que la vida de él se le había escapado de las manos sin poder detenerla, tuve la sensación vertiginosa no solo de lo que ella había perdido, sino de lo que todos nosotros dejamos de tener con su muerte.

Siempre

VIRGILIO REYES

*Beatriz
Ludovico
pasajeros del alma
el alba
el alba
muchas madrugadas juntos
así los espero
sueños transitorios
siempre
amor eterno*

Diciembre, 1980

De Ludovico Silva a Miguel Hernández

JOSÉ ANTONIO RIAL

Ludovico Silva fue marxista y poeta. Una buena y extraña combinación casi imposible –recordemos a Maiakovsky y a Sergio Esenin–, tan peligrosa como, por ejemplo, la mezcla de ajeno y *whisky*, pues de mis años mozos y de los de cárcel guardo memoria de los marxistas jóvenes de aquellos tiempos, gente adusta, con más de familiares de la Inquisición que de versificadores.

Describí algunos en *La prisión de Fyffès*, tipos dignos de análisis psicológico, pues siendo, en general, pobres o de carreras modestas, maestros de escuela, enfermeros, mancebos de botica, etc., tenían para con nosotros, los izquierdistas sin militancia definida, una altiva postura de señores o de sacerdotes de un culto hermético, inasequible para la plebe, que imponía distancia.

Por entonces, sin saber lo que significaba la “alienación marxista”, los consideré como poseídos por un soberbio demonio, y dado que mi carácter era seco e introvertido no tuve con estos hechizados, ni en la librería donde comenzaron mis contactos con los textos y la gente de izquierda, ni en la prisión, mayor trato.

No sospeché entonces que entre aquellos adustos personajes hubiera alguno que derrochase su importante tiempo de catalibros –siempre los estaban ojeando con disgustos, como en un espulgue de Santo Oficio– en componer sonetos u odas.

Y aunque más tarde conocí a otros marxistas y algunos muy pacientes y dedicados en la captación de prosélitos, aquella primera impresión de que poesía y marxismo eran inconciliables todavía me previene.

Sin embargo, antes de conocer a Ludovico Silva leí textos suyos de divulgación marxista, como disfruté sus versos y en unos y otros escritos percibí el mismo afán generoso de acercarse al lector (luego supe que Ludovico era profesor de la Escuela de Filosofía, además de marxista, y pude comprobar que, pese a toda esta carga, conservaba fresco y transparente el verso y que tenía amigos, de donde deduje que si no era un heterodoxo estaba en camino de la herejía).

El afán de Ludovico era hacer entender el marxismo, ponerlo al alcance de los que no lo descifran, lo que me pareció una forma muy pedagógica de humanizarlo, con lo cual se le hurtaba el sentido, digamos religioso, de dogma oscuro, que le prestaba, a aquellos catecúmenos que conocí, en la librería y en la cárcel, su severa condición de devotos de un credo del que nada comprendían.

Ser marxista y alegre, ser marxista y extrovertido, era una revelación, como ser una Santa Teresa de una doctrina de por sí revesada, y haberla penetrado y hasta extraído el fondo de los misterios de la Santísima Trinidad o de la Inmaculada Concepción.

No pasemos por alto que Teresa de Cepeda y Ahumada reformaba conventos en años posteriores pero próximos a la reactivación de la Inquisición por Isabel la Católica y a las quemas de judíos de Torquemada, a finales del siglo XV, y que ella misma fue sospechosa de herejía e investigada por los hombres de la cruz verde.

Quiero decir que la alegría, la poesía y la indagación en los textos sagrados o el colaborar a explicitarlos son atrevimientos de gente excepcional, que si alcanza santidad en su culto es a cuenta de múltiples riesgos.

Admiré siempre en Ludovico este afán de hacer comprender al Maestro Marx, su devoción de exégeta de los textos del pensador y que en vez de renegar de la doctrina, entrañable para él, porque, en la práctica, la Revolución rusa o la china no se hubiesen ajustado a la letra, buscarse, empeñado, con fervor de estudioso, las razones de por qué teoría y praxis divergen, en vez de aproximarse al profetizado y deseable humanismo universal.

Repasando, ahora, un libro, entre otros, de Ludovico Silva, *Marx y la alienación* (Monte Ávila Editores, 207 pp., octubre de 1981), donde el autor plantea preguntas tan interesantes como si la alienación es término científico o ideológico, o si la alienación sobrevivirá al capitalismo, me tienta la audaz réplica, a hombre que tanto y tan acuciosamente trabajó el tema, de que alienados somos y seguiremos siendo todos, los unos por un sistema opresor y

por tanto injusto (¿y cuándo no serán injustos los sistemas?), los otros por nuestra propia cuenta.

Quevedo decía: “Todos somos locos de los demás”. Y Séneca: “No hay gran ingenio sin tacha de locura”.

En el *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*, de A. Lalande (Buenos Aires, Argentina: El Ateneo, 1953), dice: “Etimológicamente, la palabra no implica más que una definición metafísica y verbal: *Alienatus: el que no se pertenece*, y añade que alienado no es de la lengua médica ni de la científica, sino ¡del lenguaje de la policía!!!

Concluyo: Ludovico Silva, más que alienado fue poseído por un demonio culto, alemán, como corresponde a tal Fausto. Un Mefistófeles marxista del que quiso, a cuenta del alma, un máximo de verdad (en este mundo de relatividades y apariencias engañosas), y fue también sujeto de otro Lucifer de menos luz, contra el que luchó, con el apoyo heroico de su Beatriz, empeñada en arrancarlo de tal infierno.

No creo en casi nada y esta es mi actual alienación, mas espero volver a verte, pues aquí te admiré y quise mucho, aunque dialogamos poco, Ludovico.

Y aún tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero, que dijera Miguel Hernández.

Poesía y muerte de Ludovico

CÉSAR DAVID RINCÓN

Ludovico Silva, filósofo y ante todo poeta, entendía el equilibrio esencial entre el estilo y la vida; muere al amanecer del 4 de diciembre pasado, a la misma hora en que oficialmente los venezolanos comenzábamos a votar. Extraña coincidencia, pues él representa para nuestra generación un caso único de conciencia viva, consecuente consigo misma, a través de los avatares de la historia contemporánea, en todos los órdenes, desde el político hasta el poético. Llegó a hablar del poema y de las palabras en calidad de símbolos, signos enigmáticos cuyo significado trascendente se encuentra dentro de su textura material, sonora y plástica. El significante asume la magia abierta de una casi infinita pluralidad de significados, de acuerdo con su calidad intrínseca u hondura de espíritu del lector. Su *Ars Poética*: “Poesía es combinación musical de símbolos”. Repetía en *Confesiones (Ópera poética, p. 49)* la frase de Octavio Paz: “El significado del poema no está en lo que quiso decir el poeta, sino en lo que dice el lector por medio del poeta”. Conoció el profundo tejido melódico de la prosodia. Se nutrió de la cultura clásica griega para iniciarse en los arduos caminos de la filosofía, estudió en su especificidad el pensamiento de Carlos Marx, valoró en detalle su escritura –de allí su libro: *El estilo literario de Marx*–. Porque tenía un punto de vista particular en este aspecto; decía que todo gran pensador debe ser un buen escritor, porque indudablemente el fundamento de las ideas del hombre es la palabra, y el buen uso de la palabra entraña un estilo

y el estilo es el trasunto del pensamiento y de la complejidad cultural del ser, tanto individual como colectivo, en sus relaciones con las cosas, el mundo y la naturaleza. Lo que Heráclito llamaba “el devenir”, pero que para Ludovico era simplemente la poesía. Y aunque parezca paradójico mantuvo en momentos de intensidad una íntima relación con Dios.

He sido una especie de cantor de la muerte, guiado por un instinto o una necesidad interna no propiamente literaria, sino existencial. Es un tema que incluiría en una suerte de pareja dialéctica junto con el vino, puesto que la complementación entre ambos se origina también en mis raíces arcaicas de tipo religioso.

La formación religiosa de su niñez lo marcó para siempre, pero también fue el centro de sus contradicciones:

la luz nace solo de la sombra, la armonía es un claroscuro,
pero el azar ayuda al destino.

En 1986 publicó Hernández D' Jesús en su curiosa editorial La Daga y el Dragón, un poema de Ludovico: “El ángel devorado”, donde expresa:

Tan solo a mí me duele el ataúd
en que habrán de llevarme junto al ángel.

...

Así habré de quedar: como un buen muerto
entre las piernas candorosas
de la diosa de la memoria.

Después dice:

En otros tiempos los poetas
estaban acordes con su ciudad.
La cantaban, la amaban.
Ya no es así. La ciudad es un ángel
carnívoro, enemigo
de tus piedras negras y mis piedras blancas.
El poeta es un piano desdentado
que ríe entre la noche.
Queda tan solo Dionysos
husmeando por las calles
en busca de un poeta con alegría.

Poeta existencial y órfico, con arcaísmos renovados en el alma, que viene desde las profundidades de Plutón y de Eurídice:

Ni siquiera el poeta es igual a sí mismo pues sobrenada en la corriente de un río que tampoco es nunca el mismo y es conducido hacia la muerte, que tiene mil caras y es por eso nuestro más perfecto poema.

Ludovico siempre vivió en el umbral de la muerte, pensando que la muerte era la parte más hermosa de la vida, la reconciliación con el tiempo y con la identidad del ser. Esa especie de estar enamorado de la muerte, y de pedirle a la muerte misma la plenitud de lo que la vida nos niega es hacer de la muerte una hermana de la vida.

Enero, 1989

Mi amigo Ludovico

BÉLGICA RODRÍGUEZ

Una mañana cualquiera de 1965 estaba sentada en mi escritorio en la vieja casa del Ateneo de Caracas y vi entrar a un hombre alto y guapo, era Ludovico Silva. Había sido contratado para ser el nuevo Secretario General del Ateneo. Tenía todavía el aire de su vida en Europa. Venía fresco y era poeta. Poeta embriagado por la vida y por el alcohol. Tenía también un “Belvedere”, la columna que escribía para el diario *El Nacional* todas las semanas. El “Belvedere” lo cargaba siempre en la cabeza, lo escribía de un solo tirón en la mañana y salía con él debajo del brazo para llevarlo al periódico. Esto se repetía. Ludovico tomaba un carrito por puesto y con una cerveza encima salía disparado a hablar de poesía con Miguel Otero Silva, el otro poeta amado. La lucidez de Ludovico lo fascinaba. Miguel siempre me preguntaba si Ludo escribía su “Belvedere” en la oficina. Los escribía allí, sí. Y era increíble verlo sentarse ante la máquina envuelto todavía en los vapores del alcohol y, como un poseso, escribir de un solo tirón. Como en un acto *mediumnístico*, como si alguien le dictara, le salían las ideas de la cabeza y él tecleaba enloquecido a fin de hacer visible la energía literaria creadora que le brotaba por todos los poros.

Ludovico en el Ateneo fue un hombre alegre, querido; los otros poetas que siempre andaban por allí se le acercaban a conversar sobre el universo maravilloso que tenía, sobre sus correrías por el mundo, por la poesía y por la vida. Ya había vivido más de lo que podía suponerse. Era brillante y

le gustaban los tragos. Vivíamos compenetrados con el trabajo de animadores culturales como se nos definiría hoy. Al mismo tiempo, yo estudiaba en la Escuela de Letras, él escribía y bebía. El Ateneo de Caracas era el único centro cultural de Caracas. Dentro y alrededor de él gravitaba el mundo del teatro, de la literatura, de la música, de la plástica. Pasaban muchas cosas. Buena parte de la programación salía de la oficina donde Ludo y yo pasábamos unas cuantas horas al día. Muchas son las anécdotas para contar. Recuerdo que ya se le peleaba a Ludo el asunto de la bebedera. Un día apareció un viejito que pertenecía a alcoholicos anónimos. Comenzó a perseguirlo. Se le aparecía en todas partes. El viejito se sentaba en la oficina y con muy malas tácticas trataba de convencerlo para que dejara de tomar. A veces no lo dejaba trabajar, y a casi todo el que entraba le informaba la misión que tenía. La paciencia de Ludo llegó un día a su fin, le armó un alboroto y el viejito salió disparado al jardín perseguido por un Ludo enfurecido que para calmar los nervios se fue a tomar una cervecita al bar frente al Ateneo. Una de las anécdotas más divertida fue precisamente en relación a ese bar llamado Nueva York. Un día teníamos un trabajo urgente. Llego al Ateneo y me encuentro que Ludo todavía no estaba, como lo había prometido. Los muchachos pintores de la Escuela de Artes Plásticas “Cristóbal Rojas” que estaban en la oficina leyendo el periódico, me informaron que Ludovico se había ido para Nueva York. Me desconcerté al mismo tiempo que me ponía furiosa porque no me había dicho nada y sentía aquello como un verdadero embarque. Al rato les pregunté cómo sabían ellos eso y muertos de la risa me dijeron que él estaba enfrente en el bar Nueva York.

Ludovico trabajó mucho en el Ateneo. Pero habían muchos *cocktails* y fiestas, cosa que le gustaba bastante. Lo maravilloso era que su poesía no sufría. A su lado supe de poetas lejanos y misteriosos, de viejas bibliotecas repletas de libros, de paisajes fantásticos y de sueños posibles. La vida diaria del Ateneo era rica y maravillosa. Por aquella hermosa casa pasaban buenos amigos que nos dejaban parte de sí en sus conversaciones. Ludo adoraba la conversación sobre literatura. Lo envolvía como gasas de trajes encantados. Leía en todo momento que podía hacerlo. ¿Una página? ¿Dos? Me las comentaba, y seguía trabajando y preparándolo todo, especialmente para la revista *Papeles*, uno de sus proyectos amados.

Ludo era dulce, amable. Tenía siempre la palabra alentadora y reconfortante. Dispuesto a colaborar con todo, se llevó muchos chascos. Asumía muchas cosas dentro de su trabajo, sobre todo porque el ser Secretario General del Ateneo no era fácil, en aquellos tiempos.

Mi amistad con Ludo nació de la camaradería y de la complicidad. Aquel muchacho grande y buenote tenía la barriga siempre llena de cerveza.

Su buen humor lo perdió en contadas ocasiones.

Sabía muchas cosas. Era agradable conversar con él, siempre tenía respuestas certeras y sustanciosas. Ludo cuando llegó al Ateneo había recorrido profundamente la historia de la literatura universal. Había pasado parte de su vida en bibliotecas y sobre todo en la de la casa de Santiago Magariños en Madrid, quien le tenía mucho aprecio y lo defendía de las críticas.

De mi amigo Ludo, podría estar contando durante horas anécdotas de aquellos años que pasamos juntos en el Ateneo. Momentos imborrables que fueron conformando poco a poco nuestra historia personal.

Mayo, 1989

En memoria

RENATO RODRÍGUEZ

Ludovico, independientemente de la calidad, mucha, poca o ninguna, que la posteridad asigne a su obra, fue poeta en el sentido en que definía la poesía aquel otro poeta al afirmar: *Poetry is a way of living*. Vivió “en poeta”, y yo, quizás más que nadie, tuve la suerte de convivir con él una época breve y hermosa, asesinada por quienes adoptaron como lema la conocida afirmación de Carlos Fuentes: “El soborno es más eficaz que la represión”.

Si bien, más tarde, algunos se enriquecieron, éramos bastante pobres; un “bonche” por entonces consistía en una olla de *spaghetti* y unas botellas de ron. Yo vivía en el sobradillo de la Librería Ulises, cuyo dueño, Félix Alvarado, me lo permitía sin exigir nada a cambio; lo único que por él hacía era cuidar el negocio cuando debía salir, y cada vez que ganaba a los terminales me daba cinco bolívares. Un mesonero gallego, Cándido Cordero, de la calle Acueducto, hoy Pascual Navarro, nos daba a Ludovico y a mí sendos platos de *spaghetti* con salsa de carne o de tomate y queso parmesano, cuando el dueño no estaba, por solo tres bolívares. Esa era, aparte de leer, comentar lo leído, escribir y conversar, nuestra única preocupación. A ratos Ludovico asía la mandolina y cantaba y tocaba viejas canciones.

Hoy no hay tiempo para esas cosas, estamos muy ocupados y no es posible apostar el alma a cosa alguna. La obra no aparece; salvo excepciones el poeta o el narrador carecen de tiempo para ser. Pareciera que, parafraseando

a Wilde, la mitad del tiempo se fuera en bregar prebendas y la otra mitad en bregar para conservarlas.

La bebida la ganábamos con el sudor de nuestras frentes gracias a San Millán, un español de Victoria, dueño de El Botxo, barcito en el pasaje Asunción cercano a la Casanova. Allí, Ludovico y yo, componíamos “poemas” al alimón, un verso él y el otro yo, y si eran de su agrado el dueño del bar nos daba cerveza a cambio. A menudo se producían diálogos como este:

–Oye, San Millán –decía Ludovico,– a ver qué te parece este poema.

–Hombre, Ludovico –decía San Millán tras leer–, esto no vale más de tres cervezas pero, puesto que soy generoso y vosotros sois dos, os daré cuatro.

A veces nos daba tres a cada uno. Y recuerdo una vez en que nuestra inspiración se desbordó y así la generosidad de San Millán. Dejamos El Botxo “alumbrados” tal como el farolero sacromontino de la canción y dimos la cómica ante nuestras amigas las hetairas de la Casanova cuando Ludovico entró a una joyería y pidió sendas cervezas.

“Hetairas y poetas –escribió Manuel Machado–, somos hermanos”.

Un licenciado licenciado

VIOLETA ROFFÉ

Recordamos con pequeña nota, y saludamos en el recuerdo, una vieja excelente columna de un licenciado columnista de este mismo periódico, ahora, licenciado y brillante licenciado. Se trata de Ludovico Silva, quien entre licencias y licenciaturas –*summa cum laude*–, 19.7 promedio en los cuatro años de Filosofía y cuatro libros publicados en el entretanto, se graduó estos mismos días de licenciado en Filosofía, en la Escuela de Filosofía de la fragmentada, dispersa y maltrecha Universidad Central de Venezuela.

Y recordarlo en sus licenciadas excelencias, es recordar las excelencias, esta vez no licenciadas sino particularmente austeras y magistrales de sus profesores, entre ellos Juan David García Bacca, pionero y fundador de los estudios de filosofía en nuestro país –sin pasar a tocar siquiera su obra como filósofo, para nosotros simplemente inaccesible– y de Juan A. Nuño, quienes desde el Instituto de Filosofía propiciaron el diario trabajo, durante años, del licenciado licenciado personaje que hoy nos ocupa, y dentro de ese trabajo sus tres libros más recientes: *La plusvalía ideológica*, ediciones de la Universidad Central de Venezuela; *Teoría y práctica de la ideología*, editorial Nuestro Tiempo, México; y, particularmente, por lo particularmente atractivo, *El estilo literario de Marx*, Editorial Siglo XXI, también México.

Y decimos personaje, porque por sobre sus cualidades intelectuales y creadoras, las de orden humano lo son aún mayores y las más valiosas para

nosotros, en el poeta andariego y transhumante de *Boom*, en el diarista inédito de insólitos peregrinajes como “la ruta de Don Quijote”, por la España andariega y quijotesca de Azorín, o por las nocturnales funambulescas calles nocturnas caraqueñas, y en el intelectual comprometido de *Sobre el socialismo y los intelectuales* de sus más políticas comprometidas páginas.

Y ahora, como el espacio es poco y mucho lo que quisiéramos decir en función del amigo, del hombre, del silencioso y tenaz luchador en todos los órdenes de la vida que es Ludovico Silva, pasamos a destacar brevemente una condición no por menos conocida menos deslumbrante, que es su condición de estilista y su increíble sabiduría estilística, esa misma que en una excepcional lección de estilo nos resumiera una noche de alegre licenciosa lección, en dos consejos inolvidables. Uno: no poner puntos suspensivos de más, para no forzar de más la sagrada atención del lector; la otra, ante nuestra angustiosa preocupación con las comas que siempre se nos vienen de más, algo aún más categórico: “dejárselas al linotipista”... Sabiduría que palpamos aun más precisamente y luminosamente en otras fluidas, sugestivas y ricas palabras suyas, no por técnicas y profundas menos conmovidas y conmovedoras, cuando afirma en la pequeña, aludida y magistral obra sobre Marx, “cómo el sistema expresivo de este incluye, o es, un estilo –literario–, un genio expresivo, peculiar, intransferible, con sus módulos verbales característicos, sus constantes analógicas y metafóricas, su vocabulario, su economía y su danza prosódica...”.

Constantes economías, danzas prosódicas que el propio estilo de Ludovico condensa, encontramos de natural y magistral manera.

Contigo, amigo

Recordábamos entonces, Ludovico querido, cuando tu “Belvedere”, cuando tu licenciatura brillante, una anunciada, risueña, pequeña venganza que un día tomaría ante lo de licencioso y nocturno, escribiendo sobre “Violeta la caminadora”. Un día que no llegó. Que no nos encontró, como tantas veces, sentados en un bar pequeño de Sabana Grande frente a nuestra querida Cruz del Sur, y Norte. Porque también al Norte brilla si sabemos buscarla bien entre las constelaciones o se convierte en Norte cuando sabemos bien tomarnos de la mano. Como tú y yo, Ludovico, como tú y tantos seres amigos que compartimos bien tu vida, acompañándote y acompañándonos de esa nocturnidad amorosa y luminosa que nos deparaba tu presencia, y ayer, hoy, mañana y siempre a la vera silenciosa del camino. Contigo, amigo.

In vino veritas

ARMANDO ROJAS GUARDIA

El mejor homenaje que puedo rendirle a la memoria de Ludo es reproducir esta página crítica sobre su libro *In vino veritas*, publicada en la revista *Sic* inmediatamente después de la aparición de esa obra. Una vez tuve el privilegio de escucharle afirmar que mi artículo había sido lo mejor publicado en el país sobre aquel poemario. Lo transcribo con la satisfacción serena de quien, en un momento dentro del cual la poesía de Ludovico no era suficientemente valorada y estimada, alcanzó la perspicacia de percibir en ella cualidades imperecederas. Alguna vez, en el ensayo que desde hace mucho tiempo le debo a su obra literaria, cumpliré con la simultánea obligación de decir que Ludovico Silva fue uno de los principales maestros de mi espíritu. Desde la pubertad me acostumbré a consultar sus libros y sus columnas de la prensa como a un oráculo que discernía la verdadera dirección a seguir, en lo histórico y en lo estético.

Mi gratitud es tan grande como la deuda intelectual que me une para siempre a su memoria, una de las más entrañables para el venezolano de mi generación.

Este es el tercer libro de poemas de Ludovico Silva. Así como resulta casi ocioso alabar al ensayista brillante, por todos conocido –y a quien muchos debemos más de un hallazgo iluminador, sobre todo en el campo de los estudios marxistas–, acaso sea menos obvio referirse al poeta, cuya voz guardaba

silencio público desde 1965 (salvadas algunas intervenciones muy ocasionales en las páginas literarias). Pienso señaladamente en muchos jóvenes, muy probablemente lectores de *Teoría y práctica de la ideología* y del *Antimanual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, pero quizá no familiarizados con los versos de *Tenebra* (1964) y de *¡Boom!* (1965).

Y no deja de ser necesario, frente a estos que tal vez solo conocen una de las facetas de este escritor singular, completar la totalidad de su imagen. Y completarla, precisamente, con la del literato “químicamente puro”, con la del poeta. No solamente porque nadie es menos unidimensional, dentro de su propia obra intelectual, que este crítico incisivo de la fragmentariedad ocasionada en el orgánico conocimiento humano por una desnaturalizadora, atomizadora división del trabajo; sino, sobre todo, porque hay algo así como un borbotón poético surgiendo en muchísimas páginas, aparentemente solo científicas, de Ludovico Silva.

Este pálpito poético se manifiesta en una visible –está ahí, en las palabras– sensibilidad ante el tratamiento en sí del lenguaje. La prosa de Ludovico, aun la más alejada de los temas literarios, es un subyugante cuerpo verbal.

Quiero decir, entonces, que toda la obra de este escritor revela una voluntad de lenguaje, una voluntad de estilo; que sus textos muestran que el autor se ha colocado ante ellos, no como un mero transcriptor de conceptos, sino también, y de manera fundamental, como un arquitecto de la palabra escrita –cargada de significado, sí, pero en virtud de su majestad signifiante– y que todo ello habla ya de la poiesis, del acto creador, de un parto de formas. No es una casualidad que Ludovico Silva escribiera un libro –estupendo, para más señas– sobre el estilo literario de Marx. Como no es extraño que allá, en la introducción de su *Antimanual*, hablara de la importancia, precisamente, de las maneras, de los modos, de los estilos; una vez más: de las formas. De la forma.

Trece años hacía, pues, que no teníamos ante los ojos un poemario nuevo de Silva. Recuerdo la impresión que me causó *Boom!!!* en 1966. No fue buena, por cierto; y corroboro ahora, releendo ese texto –incluido como última parte de *In vino veritas*–, la justeza, según creo, de aquella desagradable impresión. Lo que me causaba, y me causa, un inequívoco malestar, en ese largo poema, es cierto efectismo verbal, cierta “pose” de la expresión, como si el poeta no encontrara verdaderas imágenes manantes y tuviera que recurrir a otras de estridencia falsa (por fácil): esas “ollas atarantadas” cayendo “contra el piso de la humanidad”, aquel “Mar Muerto loco”, etcétera (hay, realmente, dónde escoger). Por otra parte, lo que siempre me desagradó fue observar el hecho de que el diseño global y el entramado metafórico de ese texto recordara, demasiado continuamente, a otros poetas; por ejemplo, citando a los más

evidentes, al Ernesto Cardenal de *Apocalipsis* (para el diseño) y al Lorca de *Poeta en Nueva York* (para las imágenes: “no es más que un ojo colgado de un cable”).

En definitiva, me parece que a lo largo del poema ronda un espectro que, por desgracia, aparece también, algunas veces, en ciertos momentos de la obra de Ludovico (pienso en su labor de articulista de prensa); me refiero al espectro de la facilidad, del facilismo. Sin hacerme ni siquiera un eco lejano de la solemne imbecilidad que está detrás de aquella acusación de plagio que le fue lanzada, en dos ocasiones, durante el año pasado, ¿cómo negar la evidencia de esa extraña cercanía que cierto Ludovico Silva tiene, en contadas pero significativas ocasiones, con la insustancialidad, con —sí— la trivialidad? Cercanía tanto más inexcusable cuanto la capacidad del pensador y escritor es manifiesta, inmediatamente demostrable. Pues bien, en ¡*Boom!* este —cuando quiere— verdadero señor del estilo, avienta, a mi juicio, una hojarasca verbal. Artificiosa. Y por eso mismo, prescindible.

Pero aquí está afortunadamente el resto —la mayor parte— de *In vino veritas*. No bastaría más para mostrar la calidad poética de los textos de Ludovico Silva. Vamos a comentar un poco algunos aspectos de esa calidad, dejando otros, aunque sean importantes, para otra oportunidad. Como todo buen libro de poesía *In vino veritas* tiene algo de la inagotabilidad del espectáculo del mar. Los poemas de esa obra, de los que se desprende un olor a noche primordial (quizá la “otra tiniebla” de San Juan de la Cruz, con cuya mención empieza el libro) fosforecen, sin embargo, hasta iluminarnos dentro: “Piensa si esta tiniebla no es más que una luz muda” (p. 117).

Esta tensión bipolar entre la luz y la tiniebla corresponde, junto con otras tensiones similares (muerte-vida, tiempo-eternidad, olvido-recuerdo, ebriedad-lucidez, etc) a la dialéctica central que genera esta poesía. El mismo autor advierte que, originalmente, “todo es dúo”, y que aun la idea del hombre es una “contradicción en movimiento” (p. 11). No se trata de la enunciación de una mera lucha entre opuestos, sino más bien de la comprobación existencial, verificada vitalmente, de que lo real vive en la interpenetración mutuamente fecundante de los contrarios. Interpenetración que apunta hacia un *plus ultra* globalizador, hacia la formación del único gran todo concreto, existente. Podemos encontrar en el libro muchos versos que corporizan esa percepción de tal cadena de eléctricas tensiones, verdaderamente reales —y hasta sus últimas consecuencias— para el poeta: desde el canto a “esa luz / que arde maravillosa en la tiniebla” (p. 30), pasando por los espejos donde el poeta dice que mira “los cuerpos de su alma” (p. 35), y por el “cielo material” que el hombre, anclado en el fondo de su humanidad, vislumbra al adivinar “las fuentes de la vida” en la misma muerte (p. 30), hasta la exaltación del carácter temporal

de la eternidad (lo contrario es también exactamente cierto): “lo eterno es tiempo” (p. 109), “eternidad cambiante” (p. 11). Los ejemplos podrían multiplicarse. Basta ahora decir que no es fortuito el hecho de que el autor dedique íntegramente un poema a Empédocles, es decir, al filósofo-poeta de la “sabia mezcla” cósmica, de la danza y el coito de todos los elementos. Y agreguemos brevemente, de paso, que ese juego de y con los contrarios, hecho ya expreso signo verbal en el poema, insufla a muchos versos de *In vino veritas* un aire a veces conceptista, que los emparenta con los del xvii español (e incluso inglés), con el Quevedo del “fuego helado”, de la “muerte que llamamos vida” del “es cansado”.

Y es que la tensión modular se expresa formalmente. El poeta advierte, en ese pórtico que representan las *Confesiones* (p. 9), que en este libro se encontrarán “dos especies de poemas”, por una parte, las que muestran versos “hechos pedazos” (“carnicería verbal”), y, por otra, los “ejemplarmente métricos y sonoros”. No era necesario que Ludovico Silva nos advirtiera en el umbral del libro la unidad que, sin embargo, conforman esos dos tipos de poemas. Al terminar de leer el libro uno sabe, porque toda la textura verbal de la obra lo proclama, que esas vertientes formales no son sino los dos signos estéticos de un mismo organismo viviente. De un lado, el jadeo. De otro, la armonía.

El jadeo. Es decir, la respiración de *ese lobo* (p. 15, 21) que aúlla en su estepa solitaria: “Qué sombrío silencio sin dioses, qué silencio/ qué gravedad sin árboles silbantes/ qué soledad sin brisas en esta hora del mundo” (p. 87). La soledad de “estar solos con las cosas” (p. 87), mientras se las ve regresar “llenas de luto”, mientras se las ve *sufrir* (83), y morir —y aquí silba el viento nerudiano, negro, de *Residencia en la tierra*— “por dentro de ellas mismas, / naufragando cada una en su tiempo, / muriéndose / como si desde dentro de ellas mismas / las llamaran / con gritos roncós...”. ¿Hay mayor soledad que la de ver morir?

Y sin embargo, entretejido con este jadeo, alimentado por la carnicería verbal del lobo humano, está el formalizador movimiento hacia la armonía, que recoge tanta disonancia y la transforma en himno: “de esa increíble fealdad está hecha toda nuestra belleza: / del caos está hecha nuestra forma gloriosa” (p. 46). Con restos, a menudo con despojos, la vida —sí, ella, al cabo— ensambla la consistente, perdurable anatomía de un cuerpo constantemente resurrecto: “Mucho más de la vida que de la muerte somos! / Yo no amo esta materia ebria de huesos / porque esté corrompiéndose y muriendo. / Yo la amo porque vive, porque sufre y persiste. / Esta materia mía tiene fuerza de dioses / crea palabras, ama, sopla como un armonio, / tiene ángeles, es bella, rebelde y fecundante” (p. 29).

El jadeo se hace himno. La respiración del lobo aullante, caliente en el verso hecho pedazos, entra en el endecasílabo, en el alejandrino, en el cuarteto, en la rima asonante y consonante. No hay ruptura: es la misma materia “ebria de huesos” redimiéndose a sí misma en estructura; en orden, por lo tanto, es decir, en lenguaje y en palabra.

En el tratamiento poético de esa necesidad (deseo y fruición) de la armonía, el pariente de Ludovico es Valéry. Sería interesante, pero excede los propósitos de este comentario, perseguir en estos poemas todas las resonancias que en ellos pone a vibrar una de sus palabras-tema: *diamante*. Solo quisiera anotar ahora lo evidente que se me hace la verdad de que esa palabra, en el nivel metafórico del libro, se conecta orgánicamente con la imagen de la luz y de la lucidez: “Mi cabeza no busca sino joyas mentales” (p. 83). Y es aquí donde nos aguarda el espíritu inmóvil, pura estalactita helada –y por eso quemante– de Paul Valéry: la matemática de las formas encarnada en el preciso cristal del poema. Ya Empédocles decía, en línea pitagórica, que era la proporción lo que regía la mezcla universal, lo que la hacía, efectivamente, “sabia”. Ello constituye el Orden. Y ese *ver* de Ludovico (“Mi cabeza no sabe sino ver...” p. 83), trae mucho del sabor de aquella frase-esplendor del autor de *Charmes* y *Cementerio marino*: “Me había convertido en una mirada”. Es claro: la idea, el *eidós* –lo visto– transparenta la perennidad de la forma.

El poeta puede decir, por eso: “La armonía / es el único dios que permanece mientras mi ser va siendo y deshaciéndose” (p. 84).

Como se ve, este escritor marxista, es, en su poesía como en su ciencia, radicalmente antidogmático.

Para recordar a Ludovico

DENZIL ROMERO

Releemos la *Filosofía de la ociosidad*. Por cierto, dedicado a *Beatrice, para siempre*. Aforismos, sentencias, *petits essais*, fragmentos, diarios perdidos, oraciones, poemas, jaculatorias, rendición de cuentas. Sobre todo una íntima, confesional, extrema-ungida rendición de cuentas. Y aquel epígrafe del viejo Machado (Antonio, no Gustavo; aunque también hubiese podido ser suyo): “Bebo, porque el alcohol forma parte de mi leyenda, y sin leyenda no se pasa a la historia. Bebo, porque nada añade a la virtud la carencia de vicios”. Fue la penúltima vez que lo vi con vida, en su casa, celebrábamos su 50° cumpleaños. Estaba rodeado de amigos: Guillermo Morón, que habíale llevado el libro recién salido de las prensas en edición de la Academia Nacional de la Historia, en su serie “Estudios, Monografías y Ensayos” (Caracas, 1987); Stefanía Mosca, Rubén Monasterios, Gonzalo García Bustillos, el poeta Juan Dávila, y Beatrice. La última, fue en mi casa: celebrando mi medio siglo, el 24 de julio del 88. Entonces, Ludo bailó, cantó, se retrató en grupo, disertó sobre filosofía y poesía, la canción de otoño en primavera. Marx, Chesterton, Einstein, Aristóteles, Mallarmé, Matusalén. Y, por supuesto, también bebió.

Esa era su mejor manera de ser poeta: vagar en una ocupación y procurar placer a alguien, aborrecer la falta de placer y el deseo de ocuparse de nada...

Ahora, para recordarlo, vuelvo a leer su *Filosofía de la ociosidad*. “El arte es ocio, y lo demás, negocio”. Así sintetizó él, con un verso, toda la tradición moderna y antigua del ocio. Le gustaba recordar que entre los griegos, el ocio, *scholé*, se oponía al negocio, *ascholía*, *otium* y *negotium* entre los latinos. *Laetitia* y *accidia*, en la Edad Media y el Petrarca. *Deus nobis haec otia fecit*, “Un dios hizo estos ocios para nosotros” en el verso primero de las *Bucólicas* de Virgilio. *Taedium vitae* y *bourgeoisie*, en Baudelaire, *kunst* y *veränderung* o *revolution* contra la *bürgerliche gesellschaft* en Marx.

Para él, simplemente, la contradicción se reducía: el arte es ocio, y lo demás negocio. La Poesía contra la Muerte, la Paz contra la Guerra, el Amor contra el Odio, la Locura contra la Sensatez, Dios contra el Diablo. Y una Mujer. Por siempre una mujer, ¿Beatriz? Beatrice, para siempre: Beatrice.

Y para seguir recordando a Ludovico, uno avanza en el ocio de la lectura. Se adentra en el Primer movimiento de esa sola-grande-cuasi infinita sinfonía que es el libro:

Marx comienza a convertirse en otro que no es Marx y que lo supera hasta transfigurarse en el mundo futuro: el mundo comienza a transfigurarse en un gigantesco infierno donde todas las cosas explotan y se transustancian en poesía lúcida y alciónica que llega hasta el centro mismo de Dios, donde habitan la guerra y la paz como en el seno de una maravillosa melódica y absoluta mujer que es del otro mudo y está hecha de blancas curvas, labios rojos y huesos dorados como filamentos o cuerdas tensas de violín.

Y, ya engarzado uno dentro del recuerdo, salta al Segundo movimiento:

Aparece Ludovico o Luis y deja de ser marxista para transformarse en Marx y por lo tanto deja de ser Marx para transfigurarse en poeta que es lo que fue Marx hace más de cien años y lo que dejará de ser cuando Ludovico y no Luis se convierta en un Dios que es Marx y que no es Marx sino una maravillosa hembra de muslos infinitos como la noche.

Y, no pudiendo uno devolverse por aquello de que el que se devuelve se esnucan, pasamos al Tercer movimiento:

La hembra celestial se convierte en una mujer corriente a la que no le interesa la poesía ni el espíritu y que por tanto es tan humana e imperfecta que se convierte en diosa inhumana y perfecta, mientras Ludovico se deshace en Luis y se reintegra a la eternidad que es horrenda e inalcanzable.

A estas alturas del recuerdo, todo es un despelote. Solo el ocio impera. No sabemos si Ludovico o Luis está vivo y nosotros, los otros, estamos muertos. Solo sabemos que todos somos uno y que juntos cantamos el coro del Cuarto movimiento:

Freude Schöner Götterfunken
Tochter aus Elysium
Wir betreten feuertrunken
Himmlische dein Heiligtum

En la divina chispa de los dioses
por el Eliseo cantan mis hermanas
y se me transfiguran en humanas
mujeres que me cantan con sus voces
esa maravillosa melodía
que suena en los abismos más lejanos
y cuya delicada lejanía
convierte a los humanos en hermanos
hasta que la hermandad de los terrenos
transforma a los que son muchos en menos
y de la gran profundidad ausente
cae sobre mis ojos el presente
y la sangre del hombre y sus venenos
se convierten en vino rojo y puro
donde se esconde el último futuro.
Et in pudibus Venerem vult!

Todos, todos, todos, estamos en el empíreo. Beatrice nos conduce. O no, mejor, estamos en casa. Celebramos mi 50º cumpleaños. Unas semanas antes habíamos celebrado el de Ludovico. Bailamos, cantamos, bebemos. Disertamos sobre filosofía y poesía. Marx, Mallarmé, Aristóteles. Ludovico va al baño, resbala, cae, y se rompe la nariz. Beatrice baila una guaracha. ¿O es, acaso, un rock and roll? Solo sabemos que baila, que baila, que baila hasta el cansancio. Entre paso y paso, a la media vuelta, creo que se come una hallaca. Ya para irse, a media lengua, Ludovico me dijo: “¿Qué buenos cincuenta años! ¿Cuándo los volvemos a celebrar?”

Todos, todos, todos, estamos vivos. Ludovico nos sigue conduciendo. El ocio, no el negocio, nos salva.

El cumpleaños de Ludovico

JESÚS ROSAS MARCANO (CIRIO)

Hace un mes apenas
cerró Ludovico
su inmenso abanico
de luchas terrenas.

Espigado y fuerte
se fue abriendo el día
con su poesía
y su amada muerte.

Pues la muerte, clueca
de él, le hacía señales
hasta en los cristales
de una copa seca.

Cumplió su deseo...
Cuando lo enterraban
dos sombras volaban:
Baudelaire y Orfeo.

Yo quiero creer,
Ludo, sin excesos,
que todos tus huesos
van a florecer.

Enero, 1989

Resplandor antiguo

SILENE SANABRIA

Arrastras polvo del Olimpo,
hazañas, magias y presagios
has bebido en mitos del licor.
Tú, Dionisos, despiertas del letargo
en que vive tu copa.
A tu lado Beatriz
liba de la vendimia
bajo el silencio de resplandor antiguo,
oyendo a lo lejos
murmullos de trompetas
odas celestiales, sumergido
en mares encantatorios
de vetusta hermosura,
fuego inacabable, lustre
y textura de acero
que se prende a tus sienes.
Aguardas en tu pecho
esta pradera mía,
atmósfera de quejumbre
y desierto lago interior

que sorbió en tu fuente
la lírica visión,
estancia de dioses y navíos
guiados por la misma ventura
en el vaivén del vino
y el amor.

Diciembre, 1982

Ludovico sin canciones

JESÚS SANOJA HERNÁNDEZ

El Ávila ilumina límites más allá de la tenebra,
y tú acumulas orquídeas a orillas del latín.

Suenas en los bajos fondos del espíritu, luces
el golpe y el temblor, fantástico toro de Marx.

Y cada animal se te acerca, te huele y te penetra,
saliendo ebrio de tus vinos y canciones, sueltos,

con orejas abiertas al mundo, brillantes en la noche,
y con oscuras preguntas en la mañana de torturas.

Te calma la muerte que se acerca, te cerca el alma
de la muerte, y los licores tejen la red y te amarran,

Ludovico de la mandolina y los cristales, Garcilaso
con Apollinaire al costado, ególatra anaranjado,

crítico de tu corazón y sus dulzuras, espanto
de las palabras que consumen lo último del fuego.

Todavía eras Dios cuando agonizabas, y eras nada,
parpadeante la estrella al borde de la cama.

Aún había jardines en la complicada esperanza,
olores densos, espera antes de aquel derrumbe.

Ludovico, borracho rey de oros, salud imperfecta
situada en la vuelta del tiempo, sepulcro volador.

Ludovico que miras hacia atrás y el polvo te envuelve
y libros y cuadernos te señalan, sostienen, alzan

y a mordiscos sacan milagros de tu amor, Ludovico
rescatado, párpado loco del suicidio, voz de cielo.

Una mañana, Ludovico

CÉSAR SEGNI NI

Como a menudo sucede, uno no puede recordar con exactitud cuándo conoció a alguien con quien más tarde sostendría una amistad. Sé que la comunicación con Ludovico Silva se estableció a comienzos de la década de los 70, en uno o varios encuentros fortuitos de escritores y artistas, tales como presentaciones de libros o inauguraciones de pintura. Es posible que haya sido en el Ateneo de Caracas, donde él había dirigido la hermosa y densa revista *Papeles*. Lo cierto es que por esos tiempos yo estaba en esa difícil etapa que significa abrir y darle continuidad a un nuevo espacio cultural en Venezuela capaz no solo de difundir las artes y las letras, sino de convertirse en un foro de opinión; es decir, donde entre exposiciones y ediciones de libros, se diera el encuentro personal, libre y amistoso de quienes teníamos el acontecer cultural del país como foco central de ocupación y preocupación. Eso era en sus comienzos la Galería Durbán, donde más de una vez concurrió Ludovico a mirar obras de arte, conversar sobre sus proyectos y escuchar los de otros intelectuales; o bien para pasar un rato con anécdotas y comentarios.

Y fue en la Galería Durbán donde lo vi por última vez en vida, un domingo de octubre del pasado año, cuando inauguraba una muestra de pintura Luisa Richter, decidida admiradora de su obra y su persona. De buen humor y de un blancor exagerado, casi transparente, Ludovico alternaba con los amigos y firmaba sus libros que estaban a la venta en un escritorio del

local. Así lo había comenzado a hacer pocos meses antes, a raíz de la prolongada huelga universitaria y la temporal carencia de recursos económicos que para él significaba. En realidad nada le era extraño, estaba como en su casa, pues no solo conocía a la gran mayoría de los artistas que trabajaban con la galería, sino que algunos de ellos, como Marco Miliani, Colette Delozanne, Luis Domínguez Salazar y Oswaldo Vigas habían colaborado con una revista de amplios contenidos que el propio Ludovico había dirigido algún tiempo atrás. No hablamos mucho aquella última mañana: había mucho público, yo estaba en mis cosas y él quizá estaba ya dejando las suyas, apartándose lentamente de ese mundo del espíritu del cual fue uno de sus protagonistas más profundos y consecuentes.

Junio, 1989

Ludovico en el Country Club

JOSÉ SELLÁN DE HUESCA

Conocí a Ludovico allá por el año 1977 en lo que yo llamo mi época dorada, cuando vivía con mi amigo el escultor Santiago Pallini en un ranchito nada menos que del Country Club. Gracias a las artes diabólicas de una pintoresca señora, con una habilidad asombrosa para convertir en rancho todo lo que cayera entre sus manos, compartía con mi amigo una pequeña porción de una hermosa casa colonial. A la entrada, sobre el dintel de una gran puerta de madera, tenía grabado en piedra el año de su nacimiento: 1781. Era La Casona, donde se filmó, minutos antes de que la destruyera el salvajismo imperante, la celebrada película venezolana *Ifigenia*. Allí vivíamos, en un gran terreno lindante con los campos de golf, con nuestro bondadoso perro filósofo que llamábamos Lumpen, una hermosa vecina farmacéuta, Inés, que practicaba el Tai-Chi-Chuan y el tiro al arco entre nuestras siembras de auyamas y ocumos, y un señor uruguayo, la viva estampa de Don Quijote, con su mate y Biblia bajo el brazo a modo de rodela y alabarda. También compartía nuestra marginalidad exquisita una simpática y talentosa pianista y compositora húngara que más adelante realizaría la composición musical para orquesta y coros de la cantata de Ludovico *La soledad de Orfeo*, todavía “inaudita” a la espera de un director y una orquesta que quieran encarnar esa hermosa conjunción de música y poesía que el mismo Ludovico no alcanzó a ver realizada.

Si me extendí un tanto sobre esa casa, digna en sí de una buena novela por los insólitos mundos que albergaba, fue porque Ludovico nos visitaba siempre que podía, acompañado de su encantadora y definitiva mujer: Beatriz, y lo que él llamaba sus nepentes, es decir: una botella de ginebra Tanqueray y sus sueños de poeta y filósofo enamorado de la vida y de la muerte. Buena parte de su obra posterior a *In vino veritas* tiene que ver con esa casa, que él llamaba cariñosamente la casa de Pepe y Santiago. Fue aquella, una época entrañable y creativa para todos nosotros. Hilos invisibles entretejían nuestros destinos con la fatalidad propia de las cosas del espíritu. Allí, entre asados, vinos, ginebras, poemas y largas disertaciones, pasaban las horas para mí doradas de aquel tiempo. Lo recuerdo en un traspies nocturno, caído entre las matas, junto a una poceta que teníamos sembrada de flores, arrojándonos como transportado a los jardines crepusculares de Afrodita, a que lo dejáramos morir devorado por las flores. Pero de nada le valieron sus arengas. Lo levantamos de su lecho-tumba de flores y bajo la mirada atenta de la luna, que él siempre imaginó como un gran queso manchego levitando en medio de la noche, lo encomendamos horizontalmente a las fuerzas restauradoras del universo. Creo recordar que aquella noche, Ludovico soñó con caballos verdes y grandes movimientos marinos.

Un mal día nos desalojaron de aquella casa que nadie más habitaría. Yo me fui a vivir a casa de Ludovico, integrándome como uno más en su generosa familia. Allí habría de conocer más a fondo el mundo del poeta, un mundo atormentado y feliz, radiante y tenebroso, que me envolvió durante once largos años.

Bondad y claridad fueron para mí las características esenciales de Ludovico. El poema de Rubén a la muerte de A. Machado pareciera haber sido hecho a su medida. En desgarrador contraste con su inmensa generosidad, una invencible vocación estética hacia lo oscuro y los males que oculta la tiniebla. Su nobleza quiso para sí todos estos males que habrían de socavar sus entrañas, inmolándose, guiado quizás por la imaginación cristiana tan profunda en él, para purgar de alguna manera su alma, de los horrores de esta civilización podrida e hipócrita. Su genio supo hacer de esta feroz tensión entre la luz y la tiniebla, una obra llena de belleza. Yo, con mi carácter un tanto rudo de aragonés y dolido de su dolor, siempre traté de hacerle ver, con cierta dureza crítica, su naturaleza esencialmente solar, y consideré su lado oscuro y doloroso como un artificio estético de su personalidad literaria. Siempre pensé que su fondo esencial, se correspondía más con San Juan de la Cruz que con Baudelaire. Cualquiera que haya mirado alguna vez a los ojos de Ludovico, habrá podido ver la cristalina fuente de San Juan. Ahora, cumplida su residencia en esta tierra, pienso que él necesitó y supo como Hermes

reconciliar las dos serpientes en una visión única y totalizadora, a la manera de los grandes místicos. Quien lo haya visto en uno de sus numerosos viajes a los infiernos, habrá sentido también en torno suyo, aquella “tenebrosa y profunda unidad” de la que hablaba Baudelaire. La luz y la tiniebla, la vida y la muerte, la unidad esencial que se intuye o se recuerda oscuramente... Vienen a mi memoria unos versos donde Ludovico entra sin titubeos en el círculo de fuego de la experiencia mística. Decía Ludovico:

*¡Tanto amar a la tiniebla para saber que el mundo
es al fondo del caos, un resplandor profundo
y que todas las formas son luz...!*

En esa luz espiritual, término de sus viajes terrenos, encontró finalmente su centro Ludovico. Una de las experiencias, quizás la más importante de la vida, es morir en plena conquista de la paz interior, y esa fue su victoria final frente al monstruo que nos acompaña en el duro laberinto del vivir. Él tuvo la suerte, o mejor dicho el destino, de tener a Beatriz como compañera en sus peligrosos viajes. Sin su ayuda, hubiera sucumbido a su mitad tenebrosa, a la desolación que lo acechaba sin tregua en el fondo de cada botella. Me consta que en sus últimos días, Ludovico venció a su mejor enemigo: el alcohol. Murió en paz, con unas ganas enormes de vivir, como debe morir un santo. A sus amigos, no solo nos deja hartos de consuelo su memoria, sino que decimos como don Antonio: Ludovico, conmigo vas, mi corazón te lleva.

Presentación de *Piedras y campanas*, de Ludovico Silva

ALFREDO SILVA ESTRADA

Por muy felices conjunciones planetarias, fatalmente, Ludovico Silva tenía que ser poeta. Nació Ludovico el 16 de febrero de 1937, cuando el reloj más vetusto y más exacto de la calle Argentina de un barrio caraqueño llamado Catia sonaba las cinco campanadas del alba. En ese mismo instante, Venus y Saturno copulaban desde lejos en mitad de la luz y de la sombra — polvareda de cosmos que engendra el ascendiente de este poeta a quien las rigurosas disciplinas filosóficas, lejos de disecarlo o de codificarlo, lo han confirmado en su fresca convicción de que

*Gris es la teoría,
verde el árbol dorado de la vida.*

Ludovico Silva, hacedor de regalos temporales, imprescindibles e imprecaderos, filósofo soñador, disidente en permanente reflexión, combativo, revolucionario y revisionista por vocación y antidogmático por temperamento, generoso y atentísimo lector estudioso de sus amigos poetas, aunque, en extraño momento —por esas extrañezas del estar que padecemos los poetas— haya podido afirmar, con gracioso cinismo, sentirse

extraño a los demás ciudadanos

*incluidos los poetas
que me son cada día más extraños*

Algunos estamos aquí presentes para reiterarle a Ludovico nuestra admiración y nuestro cariño, y ya estamos de acuerdo en subrayar siempre con una carcajada esos tres versitos que acabo de citar y que yo, en mi calidad de padrino de su nuevo libro, tengo sobrado derecho a criticar...

No es el extraño Ludo, es el militante de la Gran Subversiva, la que constituye hoy, más que nunca, la Gran Necesidad, ese quehacer, aparentemente inocente, que nos justifica.

Creo que estos otros versos, también de *Piedras y campanas*, definen mucho mejor a Ludovico porque, en ellos, sus compañeros nos sentimos también mucho mejor definidos:

*Aunque el mundo es de los poderosos
el mundo es mío,
yo lo recorro con mis palabras,
canto en la soledad de cada hombre
y vivo en medio de su alma
como un demonio del mediodía.*

Ludo contradictorio, eternamente niño y por eso a menudo con poses de grave madurez –y a veces con esas pequeñas concesiones a la crítica mundana que, lejos de vulnerarlo, lo humanizan aún más y lo acercan y le acercan el pan cotidiano... Difícilmente, pero con mucha gallardía, ganada por él entre los regateos del costo del papel y hasta las soterradas y sinuosas censuras...

Pero, comenzamos hablando de felices conjunciones planetarias. Averiguamos acuciosamente la hora y fecha del nacimiento de Ludo, porque columbrábamos que, según profecías que no viene al caso revelar ahora, esa hora y esa fecha: 16 de febrero de 1937, cinco de la mañana, era aniversario preciso de la concepción del amor en la mitología griega y en la estética platónica.

Nos refiere Sócrates, en *El banquete* de Platón, las palabras de Diótima la profetisa. En razón de su origen, Amor tiene una naturaleza intermedia: Amor está situado entre lo bello y lo feo, entre lo bueno y lo malo, entre los mortales y los dioses. Por eso es demoníaco, y por eso le corresponde desempeñar un difícil papel de movimiento dialéctico y ascesis depuradora hacia lo Bello Absoluto.

¿No es acaso, en el fondo, el mismo movimiento tenso de la poesía de que nos habla el poema *Jorge de Puertonuevo*?

*Un poco más de ron, Jorge de Puertonuevo
con barcas en tus lagos,
con un dolor a cuestras
la poesía, Jorge, que pesa
como una piedra sobre la nuca,
el condenado del Dante
subiendo del Infierno hacia los Cielos,
con estas alas que yo te doy
y tú tenías desde que naciste,
la poesía, Jorge, la poesía que pesa
y nos levanta sobre el mundo
como un gran pájaro de alas doradas.*

Al Amor en la estética platónica, también le pesa ese difícil ascenso a lo Bello Absoluto. Esa aspiración que más que aspiración es terrible jadeo porque, en el plano material, está destinada a hallarse en una constante frustración.

Cuenta Diótima que Amor es hijo de Poros (lo exuberante, lo abundante, lo efusivo) y de Penía (la pobreza, la carencia). Penía quería concebir un hijo de Poros y aprovechó una noche de embriaguez divina para realizar sus deseos. Al final de un gran festín que celebraban los dioses nada menos que por el nacimiento de Afrodita, el exuberante Poros se quedó dormido, completamente ebrio de néctar, en los jardines de Zeus. La pícara y escuálida Penía no tuvo entonces el menor problema para saciar los apetitos que venían aguijoneándola desde hacía mucho tiempo. Fue así como se acoplaron la pobreza y la abundancia y concibieron a Amor. Amor es engendrado, pues, el día en que los dioses celebraban el nacimiento de Afrodita. Es por esto que Amor, naturalmente, ama y persigue la Belleza. Y por ser hijo del exuberante Poros y de la pobre Penía, Amor es una naturaleza contradictoria y siempre desgarrada entre planos opuestos.

Por eso Ludo, que vino al mundo en fecha aniversario de tanto linaje mitológico, tiene que ser, aunque se resista, como él mismo lo dice: *un condenado a la belleza*. En su ascendiente se entremezclan muy altos y complejos orígenes, bajo rocíos siderales y néctares propiciadores que no podrían confundirse jamás con pócimas...

Un condenado a la belleza, como torturadamente él se lo declara a su bella Beatriz de Mondoñedo:

Sueñas al fondo de mis piedras

*como una milenaria locura,
casi como un recuerdo
o como un caracol ensimismado.
Beatriz, tráeme un pan
untado con memoria.
Beatriz, tráeme algo
que sirva para este dibujo
donde tu faz aparezca nocturna
y yo me deslice en silencio
como un condenado a la belleza.*

Ya no puede sorprender a nadie, después de tantas revelaciones zodiacales y mitológicas, que Ludo, español o portugués de sólida formación alemana y latina, y, por lo tanto, de inequívoco linaje griego, exija para su infatigable e infatigante oficio creador su buena dosis de embriaguez. Es su manera de engendrar y su oficio de ser. Pero, sin caer en esquemas nietzscheanos que no tendrían cabida en la balanza heterodoxa de Ludovico Silva, cuando constatamos (no hace falta abrir los hígados de ninguna ave para esta simple constatación) la dosis de embriaguez que hila, urde y equilibra toda su obra, nos topamos con ese drama que, sin duda, secretamente lo atormenta. No me refiero al drama existencial que es el drama de todos, sino al drama de la expresión, de la escritura. No se trata de un banal predominio de Apolo sobre Dionisos en la poesía de Ludo. Se trata del freno que su lucidez implacable y despiadada pone a menudo a la dialéctica, contradictoria y gozosa sed de expansión que también lo acompaña. Estoy hablando de la excesiva lucidez-cilicio de Ludovico Silva. Y acaso celebrándolo.

A fin de cuentas, todo poeta –aún el más retraído, el más silencioso, el más lacónico– es, en el fondo, un descomunal excesivo. ¿Qué sería de la poesía sin los excesos, sin esos excesos que bien pueden confundirse con las ascesis y que pueden culminar igualmente en versículos o en epigramas? Solo que el Dionisos de Ludovico –su Dionisos casero y callejero, su Dionisos de bolsillo que lo obliga a estar cotidianamente con la mirada en alto y desorbitada– parece no embriagarlo hasta el extremo que su naturaleza excesiva ambiciona.

Y es este, tal vez, el drama más profundo del poeta que se siente más cerca de Mallarmé, de Valéry, de Jorge Guillén, de los clásicos españoles, que de toda corriente contemporánea y que no puede, por obediencia a su propio temperamento, deponer su amor a la estructura en favor de un equívoco desenfreno.

No creo que Ludo pueda negar jamás la parte de sombra, de drama, de angustia que es medular en su poesía. Pero –a pesar de mis consideraciones

acerca de su Dionisos para uso privado— me alegra encontrar que en este nuevo poemario suyo, su lucidez aguda y lacerante ha dejado mayor espacio a los relámpagos de goce que en una remotísima noche de embriaguez helénica engendraron al hijo de la exuberancia y la carencia: el eterno sediento y hambriento, el gran insatisfecho, el gran contradictorio que contigo podría afirmar, Ludovico: Un dragón no es un dragón hasta que al poeta no le dé la gana amorosa de que lo sea.

*Un dragón no es un dragón
hasta que un poeta no lo decide.
Yo decido que aquí hay un dragón
que no vomita fuego, sino piedras
y que mira a un rostro de mujer
extrañamente, como si quisiera
cantar con ella el coro de la luna.
Sus escamas de piedra
pesan sobre el mundo.
¡Oh Dragón Unicornio
de mis alucinaciones nocturnas!*

A partir de estas *Piedras y campanas*, Ludovico estará para siempre acompañado por ese incitador caballo de su infancia que nos promete, desde ahora, los más briosos y sorprendentes galopes de su poesía futura:

*Caballo
de ojo profundo
quieto como una estatua
junto a mi infancia
caballo y niño
femenino niño
ebrio
de soledad.
Solo el caballo
te acompaña
en ese silencio de cuarzo
donde*

*me miras
asombrado
como
un dios
en el exilio.*

Alemania en Ludovico

CARLOS SILVA

Corría el repentino y muy ventoso otoño de 1958 en Friburgo de Brisgovia, al suroeste de Alemania. Una noche, hastiado del uso continuo de lenguas extranjeras, yo merodeaba por los alrededores de la estación de trenes y tomé la inopinada decisión de ir a ver a Ludovico. De una vez subí al próximo expreso para París y a la mañana siguiente estaba en el suburbio Bourg La Reine, tocando la puerta del pequeño cuarto donde vivía Ludovico, con quien no me había encontrado después de nuestras andanzas en Madrid. Como tuve la ocurrencia de anunciarme como “Raskólnikov”, el tema dominante de los próximos dos días fue la literatura rusa, discusión interminable que amortiguábamos con otra más agradable: la comparación entre la belleza de las muchachas francesas y las alemanas. Yo, que era ferviente partidario de estas últimas, convencí a Ludovico, por esa y otras razones menos frívolas (compartir nuevamente vida y recursos, aprender de esa Germania inmortal que él no conocía y, en síntesis, emprender una conjunta aventura espiritual), de acompañarme en mi regreso a Alemania. Por cierto que nunca entenderé cómo fue que ambos cruzamos sin la menor traba las fronteras sin habérse nos ocurrido tener visas. De ello nos dimos cuenta un mes más tarde, cuando ya habitábamos en un delgadísimo edificio de dos pisos-cuartos unidos por una muy peligrosa escalera de caracol, situado en la Turmstrasse, cerca de la soberbia catedral de Friburgo.

Un año estuvimos en esa milagrosa y pequeña ciudad; luego, yo partí buscando el sol del Adriático, y Ludovico permaneció varios meses más. Ninguna otra cultura, salvo la hispánica, influyó tanto como la alemana en el saber y decir de Ludovico. Fuese en prolongadas sesiones de lectura comentada en las casi irreales márgenes del río Dreisam –cuando el tiempo era amable o casi–, en la universidad, o en nuestros cuartos, o en los cafetines y cervecerías de concurrencia estudiantil u obrera, la nobleza del espíritu alemán se posesionó para siempre del *ánima* de Ludovico. Porque no solo era leer y discutir las obras de Spengler, Nietzsche, Goethe, Von Kleist, Heidegger, Curtius y las de novelistas y poetas de recientes generaciones, ni tampoco el ir descubriendo en nuestros peregrinajes alemanes, suizos y alsacianos, el poderoso, profundo y atormentado mundo de las artes plásticas germanas, sino que todo, absolutamente todo cuanto percibía, lo interiorizaba, dejándolo signado hasta su muerte. Tan valioso fue para su formación el respeto alucinado con que los alemanes pronunciaban la palabra *arbeit*, como las parábolas circulares de Zartrusta, o los amoríos con las doradas jóvenes del Rin, o la formidable estructura pedagógica de la universidad –en cursos libres–, o las jarras que rompimos en una descomunal pelea colectiva en una *Gasthaus* demasiado turística para nuestro gusto y para esa búsqueda incesante de lo auténtico que nos mantenía en un estado de perpetuo asombro. Años después, Ludovico haría resurgir en su palabra ese insondable fundamento alemán que perseguíamos, bien en sus estudios sobre Marx, bien en la crítica literaria, bien en la poesía:

Vasos rotos, recuerdos.

Espectros de Friburgo de Brisgovia,
gran catedral del ser, blanca avenida,
sol roto. Dios, espejos, lunas negras
que se pasean por la Turmstrasse.

O en otros poemas, como en el titulado *Himno a la Catedral de Friburgo de Brisgovia*, del cual escojo la última estrofa:

Yo he visto un dulce río, Dreisam noble y pequeño
que cerca de tus muros circula, como un sueño.
Miro allí mi reflejo sobre el agua corriente
donde sus huellas dejan los vientos de occidente.
Muros enamorados, mirad allí, mirad
cómo, a pesar del tiempo, las piedras son verdad
y cómo permanecen en su ser, silenciosas,
mientras pasan los sueños humanos de las cosas.

En la misma época y a miles de kilómetros de Ludovico, yo escribía unos versos que cito solo porque lo deleitaban especialmente, y tarde o temprano, me los recitaba en nuestros encuentros; sin duda eran para él la voz de evocación de aquel nuevo *ordo spiritualis* que se adueñó de su ser, cuando entre bromas e insistencias me lo llevé a convivir en Alemania:

Volveré a las auras paralelas
que estallan en ventalle
en el templo, al pie de las ojivas.
Volveré a las nubladas márgenes del Dreisam
donde el místico rumor de alta montaña
nos deja su silencio
y pasan sobre leños
los cansados demonios de la guerra.

Y sin duda volveremos, Ludovico, a Friburgo, Buenos Aires, Madrid, Segovia, Toulouse, Baden-Baden, París, porque ellas ya no son simples ciudades para nosotros sino espacios de alma compartida.

Mayo, 1989

Escuché tu canto, hermano

HÉCTOR SILVA MICHELENA

*Tan semejantes somos, hermanos, que la vida
con distintos puñales nos dio la misma herida.*

Ludovico Silva, 1962

Escuché tu canto, hermano,
y queda en mi pulso
una larga ráfaga de cielo
mordida por las ratas del Apocalipsis.
Ya no tienes que decirme
la soledad del dolor con que nacimos,
arteria por donde corre la muerte
del cráneo siempre vivo.

Ya no podemos dormir
sin que la abeja de oro
oiga crecer el ojo de sus sueños.

Solo con una lágrima,
puedo medir la altura de tu vida.
En una gota de vino

puede aletear el universo,
y la sangre
golpear entre los ojos
con la mirada
del dedo que escribiendo pasa.

Aquí, hermano,
hay una iglesia
cuyo campanario
ha hecho nido en mi memoria.
Sus campanas
no cesan de aturdir el viento
y de orientar al pájaro que pasa.

La cruz que la corona
seca su llanto siempre en una nube;
y sus ventanas
solo abiertas a la noche
fijamente observan ese punto,
donde tu mano
es una pluma.

A las 12:30 de este día gris
cae la lluvia
sin llegar a tierra
absorbida totalmente
por esas vértebras tuyas,
soportes de una eternidad
donde el Bien y el Mal
acarician una esfera idéntica.

Callemos un instante,
Ludovico,
para impedir que muera
la semilla frágil de tus ojos,
el alhelí que bebe de tu bilis,
el reloj desesperado
que te cierra.

Yo sé que estamos
muriendo de iluminaciones,
que caminamos hacia el tímpano de fuego
con la minuciosa lentitud
de un enfriamiento de volcanes.
Fue la atroz decisión
de conocer perfectamente el laberinto
y perdernos en el dédalo del vino.

Ratas, elefantes, fieras primigenias
no tendrán reposo en nuestra sangre;
no le daremos tregua al llanto
cuando el rayo cese
y se pierda gota a gota,
este licor verdoso del Eleusis.

Jamás seremos como la multitud
de un solo hombre,
como la igualdad que aniquila
todo ser humano,
como la lombriz
incapaz de medir la longitud de su cuerpo.

Jamás seremos como un muro
liso y absoluto,
como el suelo a las seis de la mañana
escuchando el paso
del alacrán pesado
que alarga nuestras venas
y posa sus anillos
cansado de arrastrar su costra.

Y siempre seremos
la bala
que va directa
al vidrio del desierto
hombre de la calle.

Es difícil vivir, querido hermano,
querido siempre de difícil vida,

por siempre hermano de la misma herida
del único puñal de nuestra mano.

Abre tu soledad dolido hermano,
puñal difícil de tu propia vida
mínima luz al borde de la herida
difícil de cerrar como la mano.

¿Habrá que darle alguna tregua al rayo,
tendrá el licor que abandonar el tallo
donde cuelgan las nubes de tu Esfera?

Ludovico, callemos un instante,
y oigamos el reloj del habitante
difícil de cerrar bajo la Tierra.

París, agosto, 1982

Ludovico

IRMA SILVA

Comienzo esta carta con tus propios versos...

*No te vayas hermano
dame un regalo que me sirva para vivir
abre tus ojos
y mírame hasta el fondo
penetra en este mundo mío
feroz, simple y sencillo
como un rojo violento
sobre un tierno amarillo*

Qué difícil es, hermano, cuando tú te vayas, cuando ya te has ido, qué difícil es, hermano, sin un grito que retumbe en mis oídos... en silencio, demasiado silencio para un poeta cantor del vino y del amor.

In vino veritas hasta tu muerte y más allá de ella, tú, lobo de estirpe, te veo renaciendo más lobo que antes, mascando, escarbando, gruñendo, queriendo hacer el mundo.

Respondo tus versos, te veo flotando con tus huesos entre nubes, con una sonrisa generosa. Oh Luis, mi simple Luis, que sí eres de oro, librando

batallas hasta el infinito con tu amada muerte, ella a fin de cuentas, siempre fue tu amiga.

Puedes descansar tranquilo, hiciste tu mundo. Cuando tú moriste un amigo cantó tu canción, y sí hubo un sepulturero que supo sonreír y estaba ebrio cantando cuando lanzó tu cuerpo entero a los diamantes del mar.

Quiero rescatarte, se me antoja rescatarte, hermano, de ese vuelo a las profundidades remotas, para que no sientas la inmensa soledad que nos da el vino y para ese regreso abrirte los caminos...

tu hermana
Irma

Mayo, 1989

Presencia

GRACIELA TORRES

Tu palabra cerca la mirada, los ojos,
el adiós y aun la algarabía.
Fantasmas, rumores y asombros llaman.
Tu ausencia decide ser la muerte.
Los dioses anuncian que no estás
pero aun y todavía nos habitas.

El ocio, el rumor y la palabra
caminan hacia el gesto de tus tardes.

Ocupas los rincones más hondos.
No estás y sin embargo: ¿cómo explicar
tu ausencia?
Habitante de la luz
del hoy
del sonido
del espacio
si tú mismo recorres estas rutas,
tú mismo anuncias tu llegada.

Si cada nota, ritmo o palabras
invade las estancias,
se sienta a construir los altos de la tarde.
¿Cómo decir no a tu presencia
en este mundo nuestro?
¿Cómo explicar tu ausencia
si amaneces en la hora triunfal de las mañanas
con tus gestos palabras y poemas?

Todo canto anuncia que estás
y estás cerca.
Allí donde cada hora tuya inicia
los azules,
surge entonces tu palabra solar
los buenos días
¡Salud poeta!
y el hasta luego.

Tu gris azul brazo de mar
de río
de ráfaga
de brisa
señalan tu llegada.
Estás,
vences las ausencias,
miras hondo en nosotros
y hacia adentro
y así sencillamente
abrazas el recuerdo de nuestra propia
soledad herida.
Llegas
construyes
entretejes canciones
rimas
retazos de azul
ternuras y
espumas.

Llegas hasta esta plaza noche
donde hemos sembrado la tristeza.

Con paso de poeta
con la claridad de tu mirada
y tus ojos de preguntas
te acercas como siempre
y cantas.

Tu palabra solar extiende
sus amplios litorales
y con esa llama de sol que te acompaña
enciendes los crepúsculos,
elevas el inmenso color de las auroras
y estás.

Estás en la palabra
en los gestos
en los pasos
en las risas.
Invades el espacio de la tarde.
Tu presencia luz
decreta el sol
la alegría
el júbilo.

Despertamos de esa oscura noche
y es tu canto
la siempre presencia de los días

Febrero, 1989

Hago el intento

ILDEMARO TORRES

No es fácil hablar de un gran poeta, y menos fácil lo es –parece mentira– cuando le ha permitido a uno sumarle a la condición de lector la muy honrosa de amigo; hay el temor íntimo, de que lo dicho en ejercicio de objetividad, pueda entenderse como una simple expresión –por lo demás, justificada y válida– de afecto.

Quise y admiré, admiro y quiero, mucho y entrañablemente, a Ludovico Silva. Pensé y dije una vez, repito hoy, que para mí él es un poeta excepcional en esta y otras lenguas, en este y otros siglos, en este y otros mundos.

El credo en que apoyaba su poesía y sus ensayos, sus reflexiones y sus proposiciones, podría ser resumido en esta afirmación suya:

*Yo no quiero que me den un mundo hecho;
yo necesito hacer el mundo.*

Y como filósofo, la validez de sus planteamientos descansa en esta, su convicción:

*Ir a la nada, es algo.
Venir del fondo del ser, es más aún.*

Ludovico tenía una clara ubicación política en la vida, como se infiere de las palabras introductorias de su libro *Teoría del socialismo*, dedicado a sus compañeros revolucionarios que luchan “por el logro de una sociedad socialista en el continente americano”. Son apreciables las evidencias de su apego a la precisión conceptual y del rigor de sus formulaciones; y a manera de ejemplo perfectamente ilustrativo de lo dicho por Mario Benedetti acerca del papel de los creadores en los procesos que sacuden a nuestros pueblos. Ludovico definía como su “posición y vocación de escuálido intelectual”, la de contribuir a dilucidar los problemas del comunismo y el socialismo, como términos que a su juicio requerían de un análisis que los hiciera lo más unívocos posible, y que los rescatara de su reiterada vaguedad.

Siento que le debo mucho a este personaje, al que vi como a un monstruo sagrado y desde lejos durante más tiempo del que tal vez debía permitirme, en esa mi calidad de tímido distante. Sería larga la enumeración comentada de los regalos, muy especiales, que de él recibí, y que no se redujeron al envío deferente de cada uno de sus libros, cálidamente dedicados; mencionaré apenas dos, que considero fundamentales por haberme ayudado a elaborar mis propias definiciones. Después de unos cuantos años en los que —por mis lecturas juveniles de textos elementales y de hojas copiadas a máquina que algunas tardes discutíamos en nuestra célula universitaria del partido— llegué a creer que era y hasta decía ser un *marxista*, apareció en mi escenario Ludovico, y a través de su obra comprendí cuánta ignorancia, cuántas limitaciones y cuántas equivocaciones hacían exagerada y hasta impúdica mi afirmación.

Pero también —y este es el otro regalo suyo o mi otra deuda— al cabo de años de autopercibirme como un lamentable y culposo revisionista con veleidades artísticas, a quien le resultaba forzada la aceptación del llamado “realismo socialista”, tuve la emoción de ver a Ludovico Silva enarbolar un día la belleza como concepto revolucionario y escribir un libro al que le dio por título *Belleza y revolución*. Allí el admirado poeta plantea abiertamente, que “el desarrollo de la sensibilidad es indispensable para la formación de una conciencia revolucionaria”, y ya más lejos al afirmar que el contacto directo y prolongado con las formas artísticas, conlleva una expansión de la capacidad sensitiva y, como consecuencia, del entendimiento en general.

En la lucha por la calificación creciente de nuestras universidades, en la defensa obstinada de nuestra lengua, en la salida al paso a los intentos de mistificación de nuestro patrimonio cultural, en la insistencia en propiciar un afinamiento del gusto y de los patrones de apreciación estética de nuestra comunidad universitaria, era una necesidad sentida la presencia de esa voz que nos condujera a la comprensión última de que la sordidez, la fealdad y la miseria, son temas para la denuncia, pero no la opción como forma o como

fórmula, para la creación misma. También dijo Ludovico, que “el verdadero arte consiste siempre en la creación de formas nuevas que amplían el horizonte psicológico y cultural de los hombres y los pueblos”; emparentándose dignamente, con la lucidez de su pensamiento, a José Martí, el revolucionario de refinado espíritu que en una oportunidad confesó su deseo de ver siempre junto a sí “color, brillantez, gracia, elegancia”, y quien además de decir que un objeto bello le era balsámico, defendía la belleza como un derecho.

Difícil dar con un poeta de tanta densidad como este, que afirmaba saber con cuánta crueldad se instala el tiempo en el corazón de las cosas, que se hacía con frecuencia esta pregunta: ¿Habrás alguna vez sentido el tiempo como lo siento yo? y que completaba así la confesión de sus dudas:

*—y entonces ya no sé qué es lo que vivo:
si corro con el tiempo hacia el futuro
o si estoy resbalando día a día
hacia la prehistoria, junto a todos.*

Se corría la voz entre los amigos, “Ludovico está mal”, y todos sabíamos que algo le estaba sucediendo a su salud, que no a su obra: porque ni en las peores circunstancias dejó de escribir, eternizando en nosotros el asombro ante su inagotable capacidad creativa.

Ludovico se permitió sorprendernos un domingo de diciembre, y en el adiós sus amigos tuvimos la impresión de que había alcanzado a conquistar la paz necesaria para su reposo, y la certeza de que se la llevaba consigo; al menos eso era lo que parecía decirnos la placidez magnífica de su rostro, imagen perdurable que acompaña la memoria de:

*un poeta que alumbra una morada
donde brillan callados los recuerdos*

Mayo, 1989

Retama al Angelus

TEÓFILO TORTOLERO

Estos patios clavados en pátina
ya no me dicen nada
solo están la osamenta y el viento
y el aborto azul de sábanas y cristos.

No entiendo tanta carne repartida en madera
en cementerios huecos de estar carcomidos de maraña
de arañas temblorosas donde yace la paz durmiendo.

Apenas despierto y mis ojos recuerdan pirañas
ávidas lentejuelas de la sangre.

Aguas terribles apresaron mis ojos
al primer vagido que parió mi enferma.

Otro perfume vendrá a rescatarme
pero como la retama en sus quebrajas

donde bajan las cabras a triscar en deshielo
un ángel sonreirá por mi costado.
Un puñado de ángeles.

1980

Viaje al final de la noche

IVÁN URBINA ORTIZ

Tu rostro exhibía la placidez de las cerezas en el campo dorado del mediodía francés. Allí con tu pelo negro como el azabache, dentro de la caja fuerte de cedro estaba tu cuerpo estrujado por la angustia y la sed. Bajo la cánicula, sin embargo, dialogabas con nosotros, sonriente, con tus grandes ojos cercanos y distantes a la vez. Hablábamos de las copas alzadas en la casa de Miyó, de las urgencias semanales de la revista *Al Margen*, de los desvelos de la esquina de Caja de Agua, donde un grupo de rebeldes nos empeñábamos en la forja del semanario *Qué* del diario *La Extra*.

Abandonamos por un momento la casa de las Vallés y nos fuimos alegres, por todo el medio de la calle hasta el Vecchio y recuerdo que con tu jerarquía de *habitué* pediste al barman una ginebra con naranja, mientras yo, más tradicional, le rendía culto al *Old Parr*.

Allí me hiciste una confesión de amigo de toda la vida: “Cuida, por favor, que mis libros sobre Marx no sean incinerados por los profanos”. Alguien, en tono pesado, le había dicho que escribía sobre el estilo literario del viejo Carlos sin hablar alemán. Qué mezquinos somos todos, Ludovico. Tú que te partiste la madre por la plusvalía, que te la jugaste limpio, tú que estuviste

Beatriz Guzmán de Silva **Para recordar a Ludovico Silva**

con Teodoro hasta el final. Regresaste triste a Los Jabillos. Yo me quedé con el llanto bajo el sol de diciembre.

Diciembre, 1988

En la ciudadela del juego

ALEJO URDANETA

Está sentado al lado de Baudelaire, de todos los poetas, y escucha en el severo piano un *intermezzo* de Brahms. “Tiemblan los muertos, canta un carbón en la memoria de alabastro” cuando Ludovico, en su silencio sonoro, construye con el telar de la ausencia un nuevo poema. Revisa en la memoria los versos de su amado poeta:

*Mais, les vrais voyageurs sont ceux-là qui partent
pour partir; coeurs légers, semblables aux ballons
De leur fatalité jamais ils ne s'écartent,
et sans savoir pourquoi disent toujours: Allons!*

Siempre Baudelaire le habla de su propia vida, es el reflejo que a cada paso le devuelve su propio paso, sereno, corto, para que el viaje sea largo. Ludovico tiene su laberinto adonde no llegan ruidos que rompan el hechizo del ambiente hecho a su gusto, la pequeña sala tiene las sorpresas que solo el minotauro conoce: misantropía amorosa, locura de elevación, cualidades que esconde celoso del mundo de la calle. Y tiene, como Dante, como todo poeta, su Beatriz, que es motivo del sueño creador, porque no se elige la inspiración cuando se pulsa el arco de la poesía, cuando cae de repente el acto de la creación auténtica. No existe poesía sin Beatriz.

Los viejos puentes de los paisajes de Ludovico están en torno a la mesa donde nos sentamos en silencio mientras escuchamos en el viejo aparato de radio aquella música que siempre nos ha acercado. A veces me ha dicho: “Demasiadas palabras”, porque piensa que el arte es más mutismo que viento, que los libros deben guardar más silencios; y entonces pasan horas ininterrumpidas de esperar la llegada de algún visitante que nunca llega, porque no es necesario. Me recuerda, y lo saca de un texto manoseado de mil lecturas, que también lo dijo Huxley: “Después del silencio, lo que acerca más a la expresión de lo inexpresable es la música. El silencio forma parte de toda buena música”. El loro que acompaña este ambiente calla también cuando Ludovico se levanta y va hacia la máquina de escribir y ensaya para mañana un nuevo acorde en esta hora del último sol; y luego de haber agotado todas las palabras en el mayor recogimiento, siento que en algún lugar del laberinto el minotau-ro tiene un poema.

El primer movimiento del día lo anuncian los pájaros que visitan el balcón de Ludovico. Se ha levantado temprano, como siempre, y se ha puesto a escribir algo que todavía no define pero que en pocos minutos tomará forma. ¿Qué dirá Ludovico en esta nueva hazaña de la poesía o del pensamiento que él llama discursivo? Sabe que todo lo esencial, todo lo que encierra el misterio del espíritu, tan solo puede sentirse, nunca trasladarse a formas palpables. El enigma, aquello que se deja entrever pero que esconde la finalidad de la intención, es la poesía que surge sin trabas del delirio de Ludovico. El enigma es el mismo poeta, el zurcidor de cantos, como decía Bello, que presta sus oídos para captar el flujo de la naturaleza y desempolva el dédalo del espíritu para que otros puedan verse en la obra inconclusa, siempre iniciada. Y entonces Ludovico ve “almenas que silban en la niebla, oscuridad llena de piedras”, y nos pueblan las imágenes que él mismo no puede explicar.

Es primero hombre, luego filósofo, pero antes que esto es poeta. Piensa que todo filósofo es poeta y que el pensamiento que edifica una teoría lleva dentro una latencia inexplicable que se confunde con la magia; pero el filósofo constriñe esas latencias que le enseña el universo y pretende darles lógica.

Ludovico tiene la suerte de abrazar las dos orillas del río humano, y es erudito y tiene *sagesse*, apoyados ambos en una fina sensibilidad. En la sabiduría radica su forma de desprenderse de todo aquello que no sea esencial a su propósito vital, que él ha buscado comprender en otras vidas para hallar la suya propia: Baudelaire, San Juan de la Cruz, Beethoven, Machado, Poe... La noche mística y la noche ebria, la alegría de Schiller y el ritmo de todas las pasiones. También la erudición y la memoria lo ayudan en su afán expresivo. No sé cuándo hará un poema o cuándo desarrollará la parsimonia de la especulación racional. Siempre está pensando y sintiendo sus pensamientos,

y siempre el loro callará para que se escuche hacia el mundo la palabra de Ludovico, y para que desde el balcón se ilumine en plena madrugada la pulsión de su delirio.

En el silencio de esta noche escucho de nuevo el fulgor de los ojos cerrados de Ludovico. Tiene tanta memoria en forma de recuerdos que parece haber vivido miles de años. “El recuerdo es el gran olvidado”, pero es el arcón más sagrado de una vida, y en Ludovico los recuerdos están hechos de caminos, landas de Europa, odres de vino campesino, de una aventura en La Sorbona o en un café al lado de un pianista piadoso. Sus amigos acudimos a brindar con él el encuentro con alegrías aplazadas, suscitaciones de magia.

Y todo lo ha dicho sin hablar, mientras el severo piano concluye el *intermezzo*.

Abril, 1989

A Ludovico Silva

ARTURO USLAR PIETRI

Mucho aprecio la confianza que usted me hace al enviarme su poema *La soledad de Orfeo*. No soy yo quien se atreva a añadir, explicar o valorar su obra de poeta. Allí están sus versos para afirmar su validez y su permanencia.

Ha acometido usted una empresa considerable y particularmente difícil y lo ha hecho escogiendo la vía más riesgosa y exigente. Ha ido a buscar un gran mito del mundo antiguo, que como casi todos ellos está lleno de significaciones inagotables. Orfeo, el poeta sobrehumano, el milagroso, el mágico, que personificaba todo el poder de la palabra y de la música, que está atado al amor y a la debilidad humanos, y que, en busca de la resurrección, se atreve a descender a los infiernos. No hay, seguramente, mejor símbolo del poeta y su trágico destino que el del tracio fabuloso. Su aventura es inagotable como es inagotable el poder de creación por las palabras. Su diálogo continuo es con los dioses que es la confrontación continua de la libertad con el destino.

Va usted en busca de Orfeo para cargarlo de todas las angustias del hombre de hoy. En lo que él dice a Júpiter, a Venus y a Eurídice, resuenan Freud, Marx y hasta Heidegger. Su larga convivencia con la filosofía se trasluce en los versos.

No solo se lanza usted a revivir un mito antiguo sino que lo hace en un poema extenso, inusitado para el gusto de nuestro tiempo y en rígida métrica dantesca. El martilleo del endecasílabo y de la *terza* rima lo acechan con

su mecánico ritmo y con el recuerdo persistente del viajero florentino, pero usted logra evadirse y cobrar libertad de expresión por sobre la cárcel del rudo ritmo repentino.

Es tal vez un deseo profundo de autodisciplina el que lo ha llevado a esa difícil prueba. La voluntad de medirse a la mayor dificultad y de renunciar a las facilidades y libertad del verso blanco. No es extraña esa prueba en un escritor que nunca se ha esquivado a las dificultades. Basta contemplar el conjunto de su varia y rica obra para percatarse de su tenaz propósito de penetrar en lo oscuro y de no eludir las cuestiones fundamentales.

No abandona su ejercicio persistente de pensador de la actualidad cuando toma con tino el instrumento de la poesía. Ya los antiguos sabían que era una manera particularmente eficaz de pensar y hallar.

El que realiza en su poema es aquel viaje a lo oscuro y desconocido que desde siempre ha tentado al hombre de cultura. Tal vez por eso mismo se ha acogido a la herencia del Dante como a un talismán: *“Tu duca, tu maestro e tu signore”*. No con la ordenada arquitectura de la visión medieval sino dentro del caótico fermento de nuestro tiempo, su poema es el valiente testimonio de su viaje, que es el irreplicable viaje que todo hombre de pensamiento y de palabra tiene que realizar hasta el fondo de su ser y de su condición. En los diálogos asoma esa transparencia tan significativa. “Euridice: Y como un dios resistente al olvido. Orfeo: Y como un hombre lucho con la muerte”. Para desembocar en el gran enigma fundamental de la libertad y la necesidad, de la aventura y el destino. “Y soy tan libre, amor, como un camino”. Los caminos seguros de la vieja escolástica, o las veredas forestales que no llevan a ninguna parte, de Heidegger.

Viniendo de tan lejos me da la impresión que su mensaje no se dirige a esta transitoria modernidad sino al hombre profundo y a su angustia insalvable en un horizonte sin término de horas, en busca de esa “terrible y milagrosa aurora” que acaso nunca alcanzaremos pero a la que nunca podremos renunciar tampoco.

Siga usted su valeroso viaje, Ludovico, en el que lo acompañan los votos sinceros de su amigo.

Junio, 1980

La obra poética de Ludovico Silva

ELENA VERA

Ludovico Silva fue un escritor solitario, no solo en su travesía como ser humano, sino también en su obra. Siendo muy joven se marchó a Europa donde vivió durante varios años y este hecho marcó su vida y su obra.

Ensayista de reconocidos méritos, crítico de la literatura, poeta y prolífico articulista, comenzó a publicar en 1950 en periódicos y revistas del país. Por su edad (nació en Caracas en 1937) y la fecha de publicación de sus primeros libros, se le ubica en la llamada “generación del 58”.

Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid y Filología Románica en la de Friburgo (Alemania). En 1972 obtuvo la licenciatura en Filosofía en la Universidad Central de Venezuela con mención *summa cum laude*. Su formación en lenguas clásicas y en filosofía le permitieron el manejo de códigos estéticos muy particulares que lo convirtieron en un poeta “diferente” dentro del panorama de la poesía de los sesenta.

Su primer libro de poesía *Tenebra* (1964) fue editado en México, en la editorial de la famosa revista *El Corno Emplumado*. Un año después, en 1965, publica *¡Boom!*, libro que fue diagramado bellamente por Mercedes Pardo y que refleja ciertas influencias de la *Beat generation* norteamericana. Ludovico fue amigo del poeta Thomas Merton, quien escribió el prólogo de este segundo libro. *¡Boom!* está estructurado en un solo y largo poema de carácter

admonitorio sobre los males de nuestro tiempo, el estilo insistía en el habla coloquial, hecho que desagradó a la crítica especializada.

En 1977 publica el que ha sido considerado su mejor libro de poesía, *In vino veritas*, donde el poeta canta a la vida y a la muerte. De este libro es el poema *Vino*, hermoso texto que representa bien el estilo de su poesía:

*Si de repente el vino, como liturgia mía
se convirtiese en dios universal,
en dios único, suma de los hombres.
Si el vino, ¡ay! se rompiera de pronto en lo infinito
como un puño de vidrio.*

*Si como cuerno de oro penetrase
en la virginidad de las tinieblas
y en toro, en espolón, en religiones
desgarrase los vientres conocidos.*

*¡Ah!, en ese instante atroz, maravilloso,
mi cosmos arterial entregaría
su secreto, su hueso columnario,
y mi rostro, feliz de su amargura,
¡con qué candor estallaría en ángeles!*

En 1979 dio a conocer tres nuevos libros de poesía: *Cadáveres de circunstancias*, conformado por textos propios y por 23 “cadáveres exquisitos”, escritos a dos y tres manos con otros poetas, *Piedras y campanas*, libro donde se complace en la reiteración del tema de la muerte, que en él era un motivo obsesivo, y *Cuaderno de la noche*, el cual recoge poemas escritos entre 1968 y 1978. Es un libro desesperanzado sobre la vida y también es un canto agónico contra la muerte. En él define la que sería su “estética” de los últimos años:

... tal vez sean pedazos de mí mismo estos poemas que escribo en este cuaderno de miserias. Digo “poemas” por seguir una costumbre antigua; pero en realidad de verdad las cosas que aquí escribo nada tienen que ver con la literatura, ni pretenden belleza alguna, ni juegos de palabras, ni nada. Son tan solo mis miserias; unas veces, hondas y graves miserias de hombre hundido en el invento cristiano por excelencia: la Nada; y otras, la mayoría de las veces, anotaciones desesperadas hechas por un corcho que flota en la vida irracional, sin entender nada.

En 1980 da a conocer el libro titulado *La soledad de Orfeo*, obra que había escrito en 1961, pero que guardó celosamente hasta que consideró que estaba lista. En 1988 lo sorprendió la muerte, la misma que Ludovico se afanaba en encontrar o en espantar. Toda su obra poética se debate entre estas dos actitudes; pero antes tuvo la alegría de ver publicada la suma de su obra que él tituló *Ópera poética* acertadamente. Desarraigado y solitario, así escribió su obra, lejos de cofradías y de grupos, solitario y lúcido.

Al pie de la letra

MIYÓ VESTRINI

Las ediciones de la Presidencia de la República ponen en circulación pocos libros y no han definido hasta ahora una línea editorial coherente. Pero a veces aciertan, y publican obras que tienen especial valor antológico. Tal es el caso de *Ópera poética*, volumen que recoge por primera vez toda la poesía de Ludovico Silva, desde 1958 hasta 1982. Más conocido y elogiado por su obra ensayística y en particular, por sus trabajos sobre marxismo, Ludovico Silva es sin embargo un excelente poeta. De allí la importancia de este libro que permite al lector una valoración global de su labor poética a lo largo de casi quince años.

Como siempre, la propia justificación del autor es lúcida e irónica. Ludovico Silva no se toma muy en serio a sí mismo, cuando de teoría poética se trata. En primer lugar, nos recuerda que un libro de poesía no necesita de ninguna explicación o justificación teóricas por parte del poeta, lo cual es absolutamente cierto.

Prefiere distinguir simplemente dos vertientes en su poesía: poemas clasicistas, por su forma exterior, pero no por su contenido, y los existenciales porque parten de su existencia y de su vida personal, aunque de ninguna manera tienen que ver con la filosofía existencialista.

“Mi *ars poética*”, señala Ludovico Silva, “se resume en una frase: ‘poesía es combinación musical de símbolos’”. Según el autor, “clásicos” y “manieristas”

es una distinción que no implica ningún juicio de valor. Difieren, explica, en que los clásicos buscan el equilibrio forma-contenido y los manieristas hacen más énfasis en el aspecto formal. Derrumbando mitos, añade: “Sófocles no es mejor que Mallarmé y Antonio Machado es tan gran poeta como Federico García Lorca, clásicos y manieristas, respectivamente”.

El libro reúne textos determinantes para percibir en toda su plenitud la poesía de Ludovico Silva. Unos bastante divulgados, como *Tenebra*, 1964; *In vino veritas*, 1977; *Boom*, 1965 y *Cuaderno de la noche*, 1968 y 1978. Inéditos son los poemas titulados *Pararrayos celestes* y muy singular, la cantata *La soledad de Orfeo*, publicada en 1980 con una carta-prólogo de Arturo Usler Pietri.

Pero lo que más impresiona de esta antología es la continua perfección de la escritura. Los poemas, unos tras otros, están trabajados con precisión y amor de orfebre. Retumban con armónica musicalidad, esa misma que tanto obsesiona al poeta. Ni siquiera el furor destemplado, o el desasosiego de estar muerto o a punto de morir, logran fracturar las palabras. Palabras estas de Ludovico Silva ensambladas con un esplendor que solo una angustia constante —recordemos a Poe y a Baudelaire— puede provocar. Conciencia y dolorosa locura, mística plegaria y vehemencia carnal, los extremos se tocan en los cielos y en los infiernos del poeta.

Ludovico Silva ostenta —sin ostentación, valga la paradoja— lo que muy pocos poetas en nuestro país. Un sólido, tenaz y terco aprendizaje de la literatura. Una pausada y lenta asimilación de años de lectura, percibida, asimilada y descartada luego, para dar paso a un poeta “desmadejado, peludo y loco”, totalmente libre, y a la vez, totalmente sereno y lúcido. Difícil peripecia esta, de mantener la escritura en perfecto equilibrio sobre la barra de un trapecista, mientras ruge la tormenta, día y noche.

Es el poeta que se mira a sí mismo, sin contemplaciones, como en estos versos titulados *L.S.*:

*Una bestia esperanzada canta a las estrellas.
Voy por la noche, tosiendo, saludándome en los muros,
petrificado, en fin, hasta el ladrillo,
común como las cosas de este mundo.*

O el poeta del suicidio y la libertad:

*Después de la destrucción universal; después de la explosión
después de cumplida la profecía
cuando repose en silencio el mundo*

*y exista solo un hombre perdido en las tinieblas
los suicidas renacerán.*

*Podrán logaritmos violentos
decir que en una cueva atómica puede salvarse un hombre;
pero ese hombre morirá más
porque en los refugios de guerra
no habrá mayor soledad que la de un hombre
sabiendo de la muerte de todos los hombres.*

In vino veritas data de 1973 y suplanta en cierta forma la conciencia de catástrofes exteriores y de frías galaxias, por la conciencia de una violenta crepitación interior. A mi juicio, *In vino veritas* es un poema que nunca fue valorado en todo su esplendor. Críticos y lectores prefirieron ver una simple confesión de amor hacia la embriaguez alcohólica, donde en realidad había una monumental estructura de música e imágenes.

Recordemos un fragmento de este poema:

*Solo los muertos vienen,
todos nosotros vamos
y entonces tú, mi amor, vienes y vas,
te alargas por la casa como un fantasma,
gritas y no se te oye,
o te oye alguien dentro de mí, con mis oídos,
pero no con mis ojos.
Estoy ciego.
Y callado.
Háblame tú o pon la radio,
ponte tú, y sírve me un trago, no muy liviano,
que dé duro, que atragante,
que me asesine,
pues, amor, ¿lo sabías?
todo asesinato es en defensa propia.
De modo que no te asustes,
solo estoy defendiéndome
de un pueblo de águilas que se levanta en mí
diariamente, cada vez que voy a la vida,
y me conduce hacia la muerte,
¡pero sírve me ese trago, chica!
Una botella no es más que una botella;*

*pero de ella no se puede decir
que al fondo es otra cosa;
al fondo de ella, está ella misma, es perfecta.
Y hay que tener cuello de araña
para llegar al fondo.
¡Para llegar al fondo de uno mismo!...*

Quizá sea cierto lo que escribe el poeta:

*...Yo no fui hecho para mi cabeza,
la lucidez me lleva hacia otros mundos.
Soy un extraño.*

Leyendo en conjunto su obra poética es posible sentirlo lejano, ausente hasta de su propio, intolerable sufrimiento. 1979 es un año muy importante en su poesía. La mayoría de los poemas escritos en esa época, reflejan el fulgurante, definitivo y amargo encuentro con la muerte. El poeta siente entonces, una gran sombra sobre el mundo y tiene “un corazón de cuarzo que palpita en la noche” con “estructura de ángel congelado”. En *Testamento para una muerte*, constata resignado, su paso por la vida:

*El dolor de estar vivo
no se paga con muertes,
la soledad de ser uno y constante
no se paga con la vida.*

*No hay modo de vivir. El tiempo viene
como un alud fantástico,
los meses se me vienen encima
como un galope loco,
las semanas me crecen en los ojos
como flores extrañas.*

*Sea cual fuere mi destino, yo vivo
y no quiero morir de muerte
sino de vida pura.
Yo canto en mi destierro,
como un dios olvidado en el desierto.*

Pero esta aparente familiaridad con la muerte, bien podría ser, en el fondo, una conjura. Ludovico Silva la nombra y la estruja, para descubrir al final, que del morir se hace la vida. Por ello invoca en un poema a Garcilaso de la Vega:

*...El dolor de vivir, ser fuerte
y amar la dulce y triste vida,
te poseyó en todos tus versos,
esa corriente cristalina
de palabras enamoradas,
encantamientos con que ritmo
tu endecasílabo sonoro,
la verdad tuya, pura e ínglima.*

Cuando Ludovico Silva emerge por breves momentos de su propia muerte, temida y ansiada, tiene una mirada cándida y fresca para observar el mundo que le rodea. El mar le asombra y le llama; la ciudad y sus automóviles le divierten; ve pasar un camello: confiesa amar a Beethoven; sueña con un golpe en la cabeza dado por un buen amigo.

La lectura de su antología nos envuelve ciertamente en un mundo poético tan complejo y movedido, que corresponde a los críticos y filósofos analizarlo. Como lectora, hubiera preferido una ordenación cronológica de estos poemas. Pienso que la escritura tiene un curso temporal que lleva la misma dirección del autor. Y en el caso preciso de Ludovico Silva, creo que el tiempo de su vida, tiene un *crescendo* que corresponde a la música de su poesía. De allí que resultaría más armonioso leerla, semana tras semana, mes tras mes, año tras año.

Y bien amigos, poco les pude decir y transmitir acerca de esta *Ópera poética* de Ludovico Silva. Pero les invito a un encuentro con su poesía. Un encuentro que por otra parte, el poeta necesita más que nunca. Tantas voces interiores, tanta pugna solitaria, tanto dolor y tanta pena, requieren ahora de otras voces para que él las escuche y acalle un instante la feroz lucha de dioses y demonios.

Me gustaría si fuera posible, llevarlo con Beatriz, frente a la catedral de Friburgo de Brisgovia y escucharlo decir, con las propias palabras de su poema:

*¡Tanto amar la tiniebla para saber que el mundo
es, al fondo del caos, un resplandor profundo
y que todas las formas son luz! Forma es la vida,*

Beatriz Guzmán de Silva **Para recordar a Ludovico Silva**

*forma y luz de la muerte, cuanto fue más vivida.
El tiempo es luz del hombre...*

¡Ojalá lo sea para Ludovico Silva!

Conversación con un “santo hereje”

RAFAEL ÁNGEL VILLANUEVA DÍAZ

Esta tarde se duerme primaveral, y de nuevo un azulejo revolotea cerca del balcón haciendo piruetas en el follaje que se apoya en la ventana de hierro al paso de los céfiros. Cómo imaginar, mientras dialogo con el Sr. Martínez, que este sofá ha alargado su vacío en tu ausencia, que en la mesa de trabajo reposa silente tu máquina de escribir, mientras presiento que tus manos vuelan firmes sobre el teclado infinito porque la musa no espera otro instante, y tu genio ha encontrado cómo enhebrar sus caprichos hábilmente.

En mi memoria repican los primeros encuentros en La California Norte, cuando por sugerencia de Lupita Guzmán, esposa de mi hermano Toño, acudí un día sábado para conocerles, a ti y a tu bien amada Beatriz. Thaís, adolescente, interpretaba en una danza alguna sinfonía de Beethoven o el adagio de Albinoni, Ykay, niño todavía, disfrutaba a plenitud de su edad en un ambiente donde abundaba la música, la poesía, la alegría, el arte total.

El primer libro que me obsequiaste fue el *Antimanual para marxistas, marxólogos y marxianos*, donde asumiste una posición abiertamente crítica frente al estudio y la exposición del marxismo, cosa que no gustó mucho sobre todo a esa clase de políticos y de intelectuales que se dicen “académicos”, tan solo porque pasean su indignancia creativa por las universidades.

Con el entusiasmo de tus producciones nos compenetramos de manera casi indispensable, y ya no pude separar de mi mundo personal e intelectual

la referencia de tu amistad sincera. Yo también penetré como tú en esa caverna epistémica de la Filosofía, tratando de interpretar las sombras que se reflejan en su fondo; tú antes que yo te libraste de tus cadenas, y has viajado hacia la luz que es la Verdad y la Belleza de la vida.

De ti, espontáneo maestro, me queda el trazo de tu estilo agudo y profundo, y la inevitable armonía de tu canto poético ensalzando las bondades del vino y del amor, en cuya convergencia encuentro a Beatriz, tu valiente compañera. Si alguna incertidumbre me acosó, y cuya respuesta encontré en tu obra *Filosofía de la ociosidad*, fue cómo resolviste la aparente contradicción entre tu expresión como estudioso de Marx y tu esencia espiritual.

Yo sé que tuviste Fe y que se tambaleaba porque perdías la confianza en ti mismo, como bien lo dijiste, pero el *Ángel* te rescató. También la Esperanza pasó por esta prueba, y así escribiste: Si hay un Dios omnipotente, y si yo le importo algo a ese Dios, él me salvará.

Y en cuanto a la Caridad, esa que le dejaste a Rimbaud, la practicaste vitalmente con todos los que se acercaron a ti.

¡Ludo! Por fin venciste a ese *Dragón* con el que disfrutabas luchando cotidianamente; yo fui testigo de tu victoria. Ahora te has hecho ritual en un altar cuyo orfebre eres tú mismo, acompañado de todos los genios musicales, transmutado en poeta para la eternidad, tal y como era tu deseo.

Mayo, 1989

Carta a Beatriz Silva

OSCAR SAMBRANO URDANETA

No sé qué decirte, querida Beatriz, ante la ausencia de Ludovico, así, desnudo de apellido, como si a uno le bastara ese nombre musical que él adoptó para sustentar la levedad del Silva.

Ni siquiera sé, amiga mía, por dónde comenzar. Aunque pensándolo bien, lo primero son aquellos ojos suyos como de niño en asombro, con los que siempre me dio la impresión de mirar no se sabe exactamente hacia dónde, hacia qué, hacia quién, con ese deslumbramiento de poeta que encuentra todo nuevo cada día —porque ni siquiera el sol es el mismo y nadie se baña dos veces en el mismo amor. Me llega nítida en esta hora la imagen de aquella pupila solar enamorada de la vida, reflexiva y profunda, que muchas veces me dio la impresión de estar acostumbrada a escudriñar el presente desde el futuro.

Ahora viene a mí el asombro de su riqueza interior, adquirida noche a noche, día a día, vino a vino, mientras se burlaba de una muerte fiel y enamorada y sentíase echado por una vida que, según dijo, estaba ya cansada de que la existiera. Puedo verlo semejante a una llama que tiembla en la intemperie golpeada por el viento, en riesgo constante de extinguirse, pero tenaz en su porfía de no apagarse y de agotar hasta lo último sus aceites vitales. Por eso su existencia fue un milagro. ¡Cuántas cosas supo en pocos años! ¡Cuántos libros profundos escribió en tan breve tiempo! ¡Cuántos poemas llenos de

ángeles y demonios hermosos entregó a sus lectores! ¡Cuántas lenguas muertas y vivas cupieron en su cerebro privilegiado!

Fue un espíritu polémico como corresponde a todo el que tiene bien puestos sus principios y no teme defenderlos ni en el silencio de la conciencia ni en el bullicio de la plaza pública. Gallardo, buen jinete sobre el lomo de sus convicciones, se le vio muchas veces esgrimiendo en duelo de ideas su palabra sabia y tesonera.

Esta es, querida Beatriz, parte de la herencia que Ludovico te legó como digna recompensa de quien estuvo y se mantuvo a su lado en la plural función de esposa y compañera, de madre y amiga, de hermana y enfermera, y qué sabe uno de cuántas cosas bellas más con las que ungiste a tu elegido, y con que lo sigues exornando al consagrarte a reunir estas voces amigas, para que Ludovico no esté solo cuando se vea reflejado en el gran espejo de la posteridad.

Yo te acompaño, Beatriz, con estas palabrichas que son el equivalente de aquellas flores de camino con las que el poeta se presentó ante una tumba sagrada.

Para muchos navegantes, querida amiga, el sepulcro no es puerto de llegada sino de partida. Estoy seguro de que Ludovico es uno de esos navegantes. Y me contenta profundamente el decírtelo con el fervor de siempre.

Mayo, 1989

La soledad de Ludovico

VÍCTOR JULIO CARREÑO

Ludovico Silva, más leído como filósofo y crítico que como poeta, escribió una poesía al margen de la escrita en su tiempo y en su país. No lo hizo por capricho, por afán de originalidad, no reaccionó contra la poesía por anacrónica, clásica, prosódica. ¿Escondía algo de vanidad esta afirmación? ¿Eran las categorías lo único que inquietaba e importaba a Ludovico? El problema es menos simple de lo que parece, Ludovico insistía, recordando a Curtius, en que el clasicismo es una categoría estética, no histórica, el clasicismo es, por tanto, ajeno a todo anacronismo. Pero si es así, no nos dice nada (aún) el que su poesía sea clásica. La poesía de Ludovico está firme y conscientemente arraigada a una tradición poética (a una historia) cuya consideración es necesaria para comprenderla. Según Octavio Paz, “la poesía moderna puede verse como la historia de las relaciones contradictorias, hechas de fascinación y repulsión entre las lenguas románicas y las germánicas, entre la tradición central del clasicismo grecolatino y la tradición de lo particular y lo bizarro representada por el romanticismo”. Según este panorama, la poesía de Ludovico constituye, dentro de la modernidad, una vuelta a nuestra tradición central, digamos para abreviar, la tradición latina. La poesía de la tradición latina se funda o gira en torno al canto; es también una poesía de la claridad, busca lo delimitado, lo formal, lo que no quiere decir que sea racional, carente de misterio: canto, claridad, forma. La poesía de la tradición moderna apela a

lo indecible, más que al canto quiere acercarse al silencio; es una poesía de la oscuridad, de lo no delimitado, lo carente de forma: silencio, oscuridad, vaguedad. Se trata de dos tradiciones distintas, aunque complementarias, y que a veces hasta se confunden. No es ni mejor ni peor la una respecto de la otra, pero siendo distintas exigen criterios y sensibilidades distintos. Parece una obviedad y, sin embargo, la crítica moderna ha hecho la mayoría de las veces un juicio parcial y negativo de la tradición latina. Menciono todo esto ya que en la poesía de Ludovico nos encontraremos muy a menudo con la poesía española, y España fue un caso extraño en la modernidad, pues nunca quiso renunciar del todo a su tradición latina, como sucedió en la poesía francesa y, en parte, en la hispanoamericana.

La obra poética de Ludovico² fue publicada en 1988 un poco antes de morir. Dentro de esa obra, *La soledad de Orfeo* es el poema central, el principio y el fin de su poesía. Lo consideraba su mejor poema, “uno de los más grandes sueños de mi vida”. Es un poema cantata en *terza rima* escrito en 1961 y publicado, después de varias correcciones, en 1980. Está precedido por una brillante carta-prólogo de Uslar Pietri. Uslar trata de ahondar en el sustrato filosófico del poema: “Va usted en busca de Orfeo para cargarlo de todas las angustias del hombre de hoy. En lo que él dice a Júpiter, a Venus y a Eurídice, resuenan Freud, Marx y hasta Heidegger”. A primera vista, podríamos decir que se trata de un poema humanista (palabra muy importante en el Ludovico ensayista), de hecho extrae de la cultura muchos motivos. Pero afirmar esto sería inexacto. Ludovico no se propuso en su poema enseñar sino comunicarnos la experiencia de su estada en España y en Europa (1954-1961) a través de mitos de la cultura griega y de circunstancias de la cultura occidental cristiana, como él mismo nos dice. Se trata, antes que todo, de un sentimiento (“el sentimiento de la antigua cultura”) que es también una música, una atmósfera de símbolos e intuiciones. Quizá el riesgo más grande de Ludovico, aparte de las inmensas dificultades de la *terza rima*, ha sido poetizar una herencia que nos toca más allá de todo academicismo. Pero no olvidemos que para Ludovico poesía es combinación musical de símbolos.

La fatalidad de Orfeo

Para Ludovico, “el arte es lo fatal, azares los vocablos”. La poesía es un destino, es la constatación de algo remoto y determinante sobre nosotros que al descubrirlo el lenguaje convierte en azar, en un hallazgo que conmueve nuestro ser. Esta conmoción marca el comienzo de *La soledad de Orfeo*.

Catástrofes de piedras, albas de hielo,

²₃₂₀ Ludovico Silva, *Ópera poética*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1988.

*yacimientos de muerte y esperanza
como espumas se elevan a tu cielo.*

Estas “catástrofes de piedras, albas de hielo” provienen de vidas anteriores y enterradas que, fatalmente, rompen el hielo del pasado y afloran a la superficie del tiempo. Al igual que en el poema *Nada, nada que hacer*, se trata de “vidas remotas, seres que regresan,/ catástrofes que vuelven, piedras viejas/ que vienen caminando a nuestra casa”. Estos seres nos llenan de esperanzas: “Me pasan por el cielo cosas muertas,/ otras vidas./ Yo sé que nada muere”, dice en el mismo poema. Lo que muere descansa en el tiempo, su recuerdo va sedimentándose y adquiere una dimensión eterna. Pero si las arenas del tiempo las miramos desde el mar de la eternidad, se dispersan, se vuelven nada. Para Orfeo, Venus y el mar son una misma cosa, pero cuando recuerda el nacimiento de Venus esa eternidad se divide. Venus, el amor, no es el mar, está en el mar:

*Toda mi eternidad se iba en fragmentos
cuando el Mediterráneo azul cantaba
la música de un cuerpo hecha a momentos.
Hondo placer empieza y hondo acaba
entre ser y no ser la diosa que era
y la mujer que simplemente estaba.*

El camino de Orfeo oscila entre el placer y el dolor por la imposibilidad de aprehender al ser:

*Donde canta la luz, sueña la bruma;
queda un humo del ser de lo que estaba
y lo presente y real se nos esfuma.*

La soledad de Orfeo quizá no sea tanto una soledad religiosa o amorosa como una soledad en el tiempo.

Orfeo, mundo y lenguaje

En *La soledad de Orfeo* hay resonancias de Garcilaso, San Juan de la Cruz, Darío y otros poetas. Pero por su anhelo, su lucha por la perfección formal, la nitidez de su imagen, la armonía y esplendor de su mundo, este poema a quien más le debe es a Góngora, de quien Ludovico conserva rasgos estilísticos. Mostraré solo dos endecasílabos de transparente influencia gongorina:

“Transfórmate mi dios, si quieres vida”; “Más me valiera estar cumplido y muerto”. Endecasílabos que son un eco de éstos de Góngora: “amantes no toquéis si queréis vida”; “Más le valiera errar en la montaña”. En Góngora la trabajada escultura del paisaje y del lenguaje no buscan tanto asombrar como deslumbrar, transmitir una luz intensa, cegadora, que evoque una Edad de Oro. En Góngora este anhelo de perfección congela el objeto (el mundo) en una extrema nitidez que excluye o anula al sujeto. El paisaje y el lenguaje en Ludovico son también escultóricos y buscan ese deslumbramiento evocador de una edad áurea, aunque Ludovico no se sirve de procedimientos tan caros a Góngora como el cultismo, la hipérbole, las metáforas complicadas, etc. Góngora quiere congelar un monumento contra la contingencia y corrupción del mundo y convierte todo, hasta lo monstruoso, lo corrompido, en metal precioso, si bien su desengaño le recuerda que todo después se convertirá “en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada”. Acercándose a Góngora pero llegando a conclusiones diferentes, en Ludovico el mundo y, además, la historia, aparecen congelados. Sin embargo, para él son “los pasos de la nada”, la acción corruptora del tiempo, lo que congela naturaleza e historia, las convierte en “rama congelada”, en un terreno desierto, estéril. Ludovico actúa en dirección inversa a Góngora ya que su poesía busca mostrar la fluidez latente, secreta, en el hielo del mundo. Pero la búsqueda de Orfeo también tiene contradicciones insolubles:

*¿Quién es más bella: Eurídice de nieve
o Venus, delirante ojo asombrado
secretamente azul, como la nieve?*

Eurídice, el ser amado, muere, y es como si no muriese, el recuerdo congela y embellece su imagen. En cambio, Venus, el amor, cambia y renace al tiempo con un secreto esplendor. Orfeo no puede vivir sin el recuerdo del amor, pero este no le basta:

*Ese vientre armonioso a cuyos sonos
baila todo el Infierno, no me basta
para vivir ausente de mis dones.*

Entonces, ¿a quién escoger? ¿A Eurídice o a Venus? Es la pregunta que le hace Júpiter a Orfeo al principio del poema: “¿A qué Eurídice irás, recto y sagrado? ¿A Eurídice, imagen congelada, o a Venus, agua vital?” ¿Pero quién es madre de quién? ¿La mujer de la diosa o la diosa de la mujer? Verdad es que ambas son recíprocas. También son recíprocas la Europa pasada y la Europa

futura que Ludovico menciona en una nota final y que Venus y Eurídice representan alternativamente. Una y otra Europa no deben escindirse sino dar la vuelta y estrecharse las manos. No sé si esto explique el que la palabra revolución nunca aparezca en el poema y, por el contrario, aparezcan “virgen rebelión”, “revuelta metálica y sonora”. Signifiquen o no la misma cosa es algo que el lector deberá juzgar por sí mismo.

Siendo Orfeo un ser recíproco, creador y creatura de sus dioses, de sus imágenes, es necesario para él renovar el diálogo con ellos, un diálogo interminable, inaplazable, una comunión entre el hombre y sus dioses:

*Ven a beber, mi dios, en este vino
de la desgracia humana, y de la gracia
de transitar los dos igual camino.*

Cada diálogo es una transformación, un impregnarse el uno del otro, como ese tránsito entre la noche y el día, momento crítico al que Orfeo siempre está expuesto de la aurora. Al final del poema vuelven las imágenes de los muertos, de esas “vidas remotas” que vienen a desembocar en el mar mientras, al fondo, “una terrible y milagrosa aurora”, los ilumina e ilumina también a Orfeo.

Ludovico. De nuevo entre nosotros

HÉCTOR MUJICA

En uno de sus más conocidos poemas, de los iniciales, Miguel Otero Silva, otro de los grandes desaparecidos, dijo que no le hallaría el sentido a la muerte mientras falleciese un niño. Algo parecido me ocurre con la muerte de tres amigos y compañeros entrañables, Orlando Araujo, José Vicente Abreu y Luis Silva Michelena, quien hizo del diminutivo Ludovico un nombre de quehacer intelectual cotidiano, un nombre de luchas, un nombre para la posteridad, ya su presencia está asegurada. Ludovico sigue a pie con nosotros. El Ludovico de siempre, quien vivió libro a libro, vino a vino, vida a vida, a pesar de que toda su poesía está signada por la muerte. Una poesía de honda raigambre greco-romana-hispánica, pues llevaba la poesía en la sangre como llevaba su vino entrañable.

Un temperamento vital, pero horadado desde joven por la muerte, que lo sorprendió el domingo 4 de diciembre de 1988, ¡qué escarnio, día de elecciones!

Pocas veces he estado en desacuerdo con Kotepa, pero sí le contrarío ahora cuando afirma que “si fueras joven, fueras solo poeta”, pues han sido muchos los filósofos que ofrendaron tempranamente su vida, acaso para cumplir lo que cabalmente cumplió Ludovico, en una frase dicha a Beatriz, su compañera: *si se murieran mis huesos ponedlos a caminar*.

Se cumplió su deseo de profecía, pues Ludovico sigue en pie y una noche cualquiera lo veremos entre amigos rememorando sus versos de *In vino veritas*.

Si vivió pisando suavemente, con el júbilo de la inteligencia creadora a flor de piel, como escribió José Vicente Rangel, Ludovico llevó esa inteligencia a profundas reflexiones, tanto en lo filosófico como en lo poético. Machadiano con rasgos de San Juan de la Cruz, no en balde hizo la azoriniana ruta del Quijote, pues desde adolescente se sentía predestinado a una obra creadora profunda en sus intelecciones filosóficas y honda y lacerante en una poesía culta, más no por ello sencilla hasta calar en nuestros huesos.

Federico Moleiro lo califica de “confidente de algún dios antiguo”, en tanto que Elena Vera lo tilda de escritor solitario. Y acerca de *La soledad de Orfeo*, el maestro Uslar Pietri escribió en 1980:

“Va usted en busca de Orfeo para cargarlo de todas las angustias del hombre de hoy. En lo que él dice a Júpiter, a Venus y a Eurídice, resuenan Freud, Marx y hasta Heidegger. Su larga convivencia con la filosofía se traduce en los versos”.

Todo esto es cierto. *La soledad de Orfeo* es la soledad de Ludovico. Acaso por ello Ida Gramcko pueda escribir que recuerda a Ludovico Silva en su permanente sobresalto ante la poesía y la filosofía.

Un poeta que desde *Tenebra* (1964), pasando por *In vino veritas*, ¡*Boom!*, *Poemas dibujados*, *Cuaderno de la noche*, *Meditación cantada* y *Pararrayos celestes*, hasta concluir con esa obra maestra que es *La soledad de Orfeo*, sin referirme a otros poemas suyos, inclusive los póstumos, es un poeta con toda la barba.

Guillermo Morón penetra en los entresijos de *Tenebra* y *Cuaderno de la noche*, definiéndolos, al primero como el poeta que ya busca la muerte (solo tenía 27 años) y el segundo cuando el poeta se ha bebido la muerte y apenas lleva cuarenta y dos años de vida.

Jesús Sanoja Hernández, gran poeta, agotado por el diarismo, escribe esos bellos versos:

*“El Ávila ilumina límites más allá de la tenebra
y tú acumulas orquídeas a orillas del latín”.*

Rafael Cadenas deja momentáneamente su oficio poético para penetrar en el campo de la crítica, y escribe: “La obra de Ludovico, que a mi ver no ha sido valorada debidamente, forma parte del patrimonio literario de esta tierra extraviada, y espera desde hace tiempo los estudios que merece”.

César David Rincón habla del “perfecto poema” del poeta. Salvador Garmendia se le presenta como uno de sus viejos fantasmas queridos. Graciela Torres lo ve en “esta plaza noche donde hemos sembrado la tristeza”. Para José Antonio Rial fue marxista y poeta. Juan Alberto Dávila lo evoca como nuestro viejo lobo, alimentado, digo, repito y corrijo, atormentado, roto, puro, espléndido. Alejo Urdaneta lo ve como sentado al lado de Baudelaire, de todos los poetas, y escucha en el sereno piano un *intermezzo* de Brahms, porque Ludovico era hecho de alabastro. Por eso Gabriel Jiménez Emán lo llamó melómano en extremo.

Alfredo Silva Estrada penetra en el garcíabaquismo y nos recuerda las palabras de Sócrates en *El banquete*, cuando Diótima, la profetisa, señala que Amor tiene una naturaleza intermedia: entre lo bello y lo feo, entre lo bueno y lo malo, entre los mortales y los dioses, por eso es demoníaco... por eso es Ludovico.

Miyó Vestrini, poeta y periodista, al pie de la letra, lo ve como a un poeta que se mira a sí mismo sin contemplaciones.

Bélgica Rodríguez, como María Teresa Castillo, lo recuerdan en el Ateneo de Caracas como un hombre alegre y querido.

Denzil Romero lo definió así: su manera de ser poeta: vagar en una ocupación y procurar placer a alguien, aborrecer la falta de placer y el deseo de no ocuparse de nada.

Héctor Malavé Mata, en las palabras de presentación del libro *Cuaderno de la noche*, asienta: “El tema de la muerte –virtual o expresamente– está siempre presente en la poesía de Ludovico. Pero Ludovico, que prefiere correr día a día con el tiempo, confiesa no amar a la muerte, ni divinizarla por apropiación mágica o mítica, aunque observa tenerla diariamente detrás de sí como un sabueso”.

Para Earle Herrera, “con la muerte de Ludo el mundo de las ideas se ha vuelto más soporífero y el aburrimiento ha adquirido dimensión de peste”.

“Ya habrá tiempo para hablar cuánto se debe y cómo se debe. Esperemos para hacerlo hasta que baje la marea quinquenal de la adulación y la camburiería. Y nada de responsos: un brindis por los nuevos éxitos que cosechará donde quiera que esté este gran intelectual. Como diría su amigo –nuestro amigo– Orlando Araujo ¡Va por Ludovico!” dijo Aníbal Nazoa.

Añadamos para tener una visión global de este libro homenaje a Ludovico (citarlos a todos, y todos lo merecen, sería interminable) que hay muchos otros poemas y evocaciones.

Menciono aparte el hermoso poema de su hermano Héctor, escrito en agosto de 1982, en París, por razones obvias. Como el prólogo de su viuda,

Beatriz, y el epílogo del propio Ludo, el poema “Beatriz”, donde escribe el poeta:

Beatriz, no me traigas un *whisky*
no me traigas nada malo,
tráeme tan solo el placer
y la salud para escribir
el libro que aún no he escrito.

Ludovico nos dejó dicho que no fue esclavo del alcohol, sino que este fue su esclavo. Acaso se inspirara, para este aforismo, en la sentencia de don Antonio Machado, que sirve de pórtico a su *Filosofía de la ociosidad*: Bebo, porque el alcohol forma parte de mi leyenda, y sin leyenda no se pasa a la historia.

San Agustín y Ludovico: sueños sonoros

HÉCTOR SILVA MICHELENA

Así se llamaban y todavía los nombramos: José Agustín, su quinto año; Ludovico cumple su tercero. En distintos diciembres, ambos decidieron tomar la ruta de Altazor, el cohete humano salido del terruño de la Cruz del Sur para el espacio interestelar.

Hoy los recuerdo en un café de Buenos Aires. Sé que andan por allí, entre cometas y loros, enredados en una altísima rama o apostados en la ventana de barrotes verdes y alero con helechos. Me comunico con ellos, están en los cuerpos de otro espacio celeste, aquel donde termina la luz de Goethe y empieza la vida animada por la materia inversa del sol. Con mi computadora vertical, calculo sus órbitas y determino, al mismo tiempo, la posición de sus ojos y candil lleno de sangre.

José Agustín dejó en la tierra a Mariantonia de los incendios, son sus cigarrillos de lumbre amiga, esa que escucha.

También dejó un inmenso tronco, puro de savia y pensamiento. Con ese escudo y esas armas dejó impresas sus palabras en una cinta aquiñontada por las preguntas de Gregorio Castro, el genio de Montparnasse.

Hombre de pocas ramas, José Agustín le dijo a Gregorio, en 1991: "No hay en América Latina ningún modo de producción asiático ni veo ningún

occidente surgiendo”. Con diez años de anticipación, nos advirtió el sociólogo político que no observaba caminos de transformación, para Latinoamérica, ni desde la servidumbre real de sus oradores, ni desde la óptica del neoliberalismo rabioso y el imperio del mercado que modernizó a Europa.

La desintegración del socialismo, por una parte, y la internacionalización de nuestros mercados internos, por la otra, han abolido los procesos revolucionarios tradicionales. Dicho de paso, los hay vilipendiados “dependentistas” latinoamericanos contemporáneos, casi con asombro la rapidez con que la historia nos dio la razón.

Ya no somos, como nación, dependientes de, ahora somos, categóricamente, pertenecientes.

El Estado nacional se ha puesto de rodillas. Ya no somos una dependencia hemisférica o de ultramar, ahora somos una pertenencia del magna transnacional.

Se dice que ya no nos necesitan, que somos la sentina de la nave trimilenaria. No es cierto del todo: tenemos recursos naturales preciosos, en especial energéticos, y la gran Amazonia, base de sustentación de la vida en nuestro malherido planeta.

Lo que sí es cierto, José Agustín, es que estamos dominados por el servilismo y regidos por la justicia de una doble inferioridad: la de ser socialistas y mestizos: les pertenecemos en tercer grado porque no somos WASP (*blanco anglosajón y protestante*).

Porque todavía muchísimos seguimos perteneciendo a esa América “que reza a Jesucristo y habla en español”, sueño sonoro de Rubén Darío.

Ludovico soñaba con el hombre prístino, libre de la enajenación del lucro burgués: “que se coman todo su dinero” dijo de ellos (con furia displicente), libre del asfixiante Estado burocrático, refugio de esa nomenclatura que llevó a la ruina del socialismo transparente y despojó al hombre soviético, y con él a los condenados de la tierra, de aquella soledad sonora de San Juan de la Cruz. Adriano González León la recordó en su hermoso *Cántico de Jajó* donde nos dijo que el precepto de esas dos palabras juntas perdurará por los siglos de los siglos.

Por eso, para recordar a Ludovico, hay que evocar su *Estilo literario de Marx*, libro único en el mundo, según Umberto Eco, su traductor al italiano. Pero también hay que aprehender su atormentada poesía, la de sus semejantes e hipócritas hermanos y lectores, aquello que él mismo definió, en rara síntesis, como “una combinación musical de símbolos”.

Alma, pensamiento y vino: he aquí el crisol de la osamenta de Ludovico y de su calavera llena de sonoros sueños.

Las cuerdas de tu garganta, mi glorioso hermano, eran violines de vértigo insumiso, libertad de música escapada, las maderas de Orfeo, tus mismas aguas aguardientes en que Huidobro mojó su pluma, la botella de Santa Rita para el hereje de aquellos versos, en su guerrilla literaria con Neruda y de Rokha, el mismo que prefería a Gardel cuando elegía entre el tango y los 20 poemas de amor.

Pero Ludovico era también Beatriz y era la Hélade de Krysis, aquella bellísima y material esclava de Afrodita, Aquale Carmen de Lesbos que lo acompañaba en las salas cinematográficas a disfrutar sus euforias alucinadas viendo películas de griegos y romanos.

Así, en la Caracas llena de balas y utopías de los años sesenta, y al pie del Faro de Alejandría, Ludovico amaba, con Seferis, “en la cálida noche, la marchita sacerdotisa de Hécate con los pechos desnudos arriba en la terraza”, implorando un plenilunio de artificio. Al mismo tiempo, con Alberto Brandt, el patafísico *in vivo*, absorbía filtros aromáticos que dos impúberes siervas revolvían en calderos de cobre.

Desde estas tierras sureñas, bajo la Cruz del Sur, se me antoja ver en la infusión que bebo a mis hermanos, con solo el amor como frontera, queriendo ser pulmones o neblina de pájaros en pena. Con sus copas derramadas sobre la mesa, la tinta del vino se dispone a decir: *In vino veritas*.

Buenos Aires, 4-5 de diciembre de 1991

Ludovico en trazos

LUIS FELIPE BELLORÍN N.

A Beatriz en homenaje a Ludovico.

Alguien ha dicho por allí, que el mejor homenaje que se le puede hacer a un escritor, es leer su obra.

En la formación intelectual llevada adelante por mí, Ludovico Silva, poeta y filósofo venezolano (1937-1988), ha significado un pilar fundamental en mi visión cosmológica.

Cada ensayo de él, lo he disfrutado y he podido reírme de mí mismo y saber que el aprender debe estar impregnado de sencillez, de locura, profundidad, de vuelos y giros en el espacio. De ir y venir de la mano o rodeado de ideas, de negar la verdad, de acorralarla para que se defienda, de ver la debilidad del porvenir y de saber que tal es el camino. Y de gozar ese trecho andado, buscando y encontrando otras cosas que forman parte de esta realidad-vida.

Ludovico decía en un texto poético: “Uno puede hablar mucho de muerte y tinieblas, siempre en nombre de la luz y de la vida” (*Ópera poética*, 1958-1982, p. 50).

Todo aquel que se haya detenido por un instante frente a una idea brillante sabe que la sociedad hará por una parte lo imposible para sabotear todo lo que signifique progreso humano.

Ludovico formó parte de la minoría que empujaba al planeta hacia adelante. En sus escritos están los signos de esta proposición humanista. Tal vez de allí su lucha contra la soledad –nos dirá– en su canción del hombre solo.

Un hombre solo es un mundo, (Ópera poética, p. 212).

De allí también el batirse en las contradicciones, de tener conciencia del tiempo:

*Solo me queda eternidad
¡si me quedara tiempo!
solo me queda tiempo
¡si me quedara eternidad!*

(Ópera poética, p. 291).

Pensar universalmente y asumir un compromiso global en esta nuestra Venezuela nos lo previno Ludovico en su poema:

*Ya no veo sino sombras. ¡Estas eran las sombras!
¡Era esta la verdad!
Qué distinto se veía el mundo desde la poesía.
Desde la altura prodigiosa y azul
entre altos hielos musicales
yo no veía todo esto que veo:
hombres desesperados, guerra a muerte,
tristeza y destrucción.
¿Es esto la verdad? ¿Es esta sombra el mundo?*

(Ópera poética, p. 259).

Aún al final del poema se pregunta Ludovico en su lucidez: “¿Es esta la verdad?”.

Nosotros aún en esta parte del camino, alejados tal vez de tanta realidad, ¿tenemos la respuesta a esta interrogante de Ludovico?

Pienso en esta breve nota que la obra de Ludovico significa hoy una extensión de árboles a los cuales debemos ir como nos lo señala Jorge Guillén en su poema *En estos años de tormenta*:

No tengáis miedo. No es el fin del mundo.

II

También en esta búsqueda del saber en el campo del pensamiento filosófico existió este personaje que desde mi primer contacto con él ha producido una inquietud que no he experimentado con ningún otro pensador.

Cuando leí uno de sus primeros ensayos *De lo uno a lo otro*, me hizo entrar en universos propios donde este se paseaba a sus anchas; así, busqué en las

librerías otras obras suyas: *Marx y la alienación*, *El antimanual para uso de marxistas*, *marxólogos y marxianos*, entre otras, y me di cuenta de que estaba frente a un escritor único, de un vuelo y entrega a la vida total. Sus artículos de prensa y en revistas, su programa en la Radio Nacional donde nada le era indiferente y donde siempre fijaba su posición. Su amor a la música, y en especial a la de Beethoven, creó una afinidad y decidí releer todo lo escrito y lo que se pudiera conseguir de este pensador.

Me encontré con dos obras fascinantes, la primera *Ensayos temporales* (poesía y teoría social) y otra, *Filosofía de la ociosidad*, ¡qué libros! En este último nos dice Ludovico, dando respuesta a unos amigos españoles a propósito de la vigencia del marxismo:

Los pensadores marxistas suelen cometer el error, muy grave, de dar al marxismo por descontado, como un cuerpo hierático de doctrinas que no necesita de comentarios críticos, revisiones profundas y cambios teóricos estructurales (...) Pronto se echan de menos los herejes, que son al fin y al cabo quienes históricamente le dan nuevo impulso y vigor a una doctrina que corre el riesgo de momificarse (...) No cabe duda, que el marxismo se ha transformado en una religión. Conviene, por tanto insuflarle una buena dosis de herejía –continúa Ludovico– cuando tocan el tema de la vigencia o la “crisis” del marxismo, no van a la doctrina plena de Marx, sino a los resultados históricos de los movimientos o revoluciones inspiradas en Marx (...) No parece sino que Marx fuera culpable de las diversas deformaciones que su doctrina ha sufrido en nombre de las revoluciones socialistas de nuestro siglo XX (...) “Hoy, toda sociedad está preñada de su contrario” (...) De modo que la labor de emprender tiene dos fases que están dialécticamente ligadas: teoría y práctica (...) la teoría de Marx (...) no es una teoría puramente económica, ni es una teoría puramente moral. Es una teoría científico-social. O más: una teoría de la transformación del hombre”.

(*Filosofía de la ociosidad*, p. 265).

Ahí queda esa perla...

Caracas, febrero de 1992

Índice

NOTA EDITORIAL	9
PRÓLOGO	11
DE REO DE LA CARNE DE EURÍDICE A REO DE LA LIBERTAD / ARNALDO ACOSTA BELLO	13
LUDO, <i>IN MEMORIAM</i> / ALBERTO ÁÑEZ MEDINA	17
LUDOVICO A PIE / ORLANDO ARAUJO	19
¿MUEREN LOS POETAS? / HOMERO ARELLANO	21
LUDOVICO EN LA MEMORIA / RAFAEL ARRÁIZ LUCCA	23
A PARTIR DEL TAQUI-TAQUI / JOSÉ BALZA	25
RECUERDOS DE UNA FOTOGRAFÍA / JAIME BALLESTAS (OTROVA GOMÁS)	27
A MI PRIMO LUDOVICO / MARCELINO BARQUÍN MICHELENA	31
LUDOVICO, DESPIERTA / MARÍA INMACULADA BARRIOS	33
EVOCACIÓN MADRILEÑA DE LUDOVICO SILVA / BALBINO BLANCO SÁNCHEZ	35
EN UN PUÑO DE MAR RESUMO EL MUNDO / JESÚS OMAR BRICEÑO	37
ENCUENTRO / SUSANA BRIOSO	39
LUDOVICO: LA SOLEDAD DE ORFEO / LUIS BRITTO GARCÍA	41
LOS AÑOS SE DISFRAZAN DE ÁNGELES / MIGUEL ÁNGEL	45
BUONAFFINA, JURISDICCIÓN DEL VINO / MANUEL CABALLERO	47
LUDOVICO / RAFAEL CADENAS	51
A LUDO SIN ADIÓS / AGUSTÍN CALZADILLA	53
CONTRA TODA NOSTALGIA / JUAN CALZADILLA	55

ENTRE DOS ORILLAS: RECORDANDO A LUDOVICO SILVA / JOSÉ MANUEL CASTAÑÓN	59
LOS PAPELES DE LUDOVICO SILVA / MARÍA TERESA CASTILLO	63
UN HUMANISTA INTEGRAL / ALFREDO CORONIL HARTMANN	65
LUDOVICO SILVA EN LA TEORÍA CRÍTICA / ALFREDO CHACÓN	69
LUDOVICO EN MI TALLER / LUIS CHACÓN	71
A UN VIEJO LOBO / JUAN ALBERTO DÁVILA	75
¡ABSALON, ABSALON, FILI MI! / KOTEPA DELGADO	79
COR MAGIS TIBI URBIS PANDIT / ALIRIO DÍAZ	83
A LUDOVICO / CECILIA DULCEY	85
UN TESTIMONIO DOLOROSO / MARGARITA ESKENAZI	87
VICARIO DEL LUDO / MARY FERRERO	91
LUDOVICO SILVA VISTO POR UN ACTOR / ALBERTO GALÍNDEZ	93
IN MEMORIAM DE LUDOVICO SILVA MICHELENA / JUAN DAVID GARCÍA BACCA	97
LA SOLEDAD DE ORFEO / GONZALO GARCÍA BUSTILLOS	99
UNA COTORRITA EN EL EBRO / SALVADOR GARMENDIA	103
TIEMPO / VICENTE GERBASI	107
LUDOVICO MUERTO DE VIDA PURA / ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN	109
CUADERNO DE LA NOCHE / DOUGLAS GUTIÉRREZ	113
RECUERDO / IDA GRAMCKO	117
LOS POETAS, POR UNA PARTE, ESCRIBEN; Y POR LA OTRA, EL MUNDO SIGUE ANDANDO. CONVERSACIÓN CON LUDOVICO SILVA / ENRIQUE HERNÁNDEZ D'JESÚS	119
LUDOVICO EL MORO / MARÍA ANGÉLICA HERNÁNDEZ M.	125
LUDOVICO SILVA / EARLE HERRERA	127
EN LA ÚLTIMA RONDA DE LA DAMAJUANA / RODOLFO IZAGUIRRE	129
ENCUENTRO ELEUSINO CON LUDOVICO SILVA / ENNIO JIMÉNEZ EMÁN	131
MEMORIA DE LUDOVICO / GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN	133
FILOSOFÍA Y POESÍA EN LUDOVICO SILVA / ALEJANDRO LASSER	137
¡HASTA SIEMPRE, PROFESOR! / WILLY LAURENAT	139
UN RECUERDO MÉDICO DE LUDOVICO / VICENTE LECUNA TORRES	143
LUDOVICO SILVA: DE LO UNO A LO OTRO / ELEAZAR LEÓN	147
IN VINO VERITAS / JUAN LISCANO	151
FOTOGRAFÍAS / TEÓDULO LÓPEZ MELÉNDEZ	153
EL RECUERDO DE LUDOVICO SILVA / R. J. LOVERA DE-SOLA	155
EL SUEÑO INSOMNE DE LUDOVICO SILVA / HÉCTOR MALAVÉ MATA	159
LUDOVICO / ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ	161
DOS POEMAS A LUDOVICO / MARISOL MARRERO	165
LUDOVICO / JESÚS MARTÍNEZ DE ELORZA	167

SE MARCHÓ LUDOVICO / MAHFUD MASSÍS	169
TRANSITA POR LA SENDA DE LA MUERTE HACIA LA ETERNIDAD	
DE LA PALABRA / MILAGROS MATA GIL	171
AQUELLA DEDICATORIA / HÉCTOR MAYERSTON	175
MEMORIA DE LUDOVICO SILVA / JOSÉ RAMÓN MEDINA	177
LUDOVICO, LA CONTRADICCIÓN A CUESTAS / ARGELIA MELET	181
ALREDEDOR DE TUS PIEDRAS Y CAMPANAS / ROSA MELO	185
SIEMPRE LUDOVICO, A VECES LÚDICRO / RUBÉN MONASTERIOS	187
LOS SONÁMBULOS / FEDERICO MOLEIRO CAMERO	191
LOS LIBROS DE LUDOVICO SILVA / GUILLERMO MORÓN	193
A LUDOVICO SILVA / DYANA NAVAS	195
AL MARGEN DE LA GRANJA / ANÍBAL NAZOA	197
ELEGÍA / CECILIA ORTIZ	199
POR NUESTRO PRIMER ENCUENTRO / CECILIA ORTIZ	201
LUDOVICO / ANTONIO PASQUALI	203
LUDOVICO OTRA VEZ A PIE / GUSTAVO PEREIRA	207
LUDOVICO SUPO MORIR DE MUERTE VERDADERA / BLAS PEROZO	
NAVEDA	209
A ORILLAS DEL ARNO / JUAN PINO	211
YO NO CONOCÍ, NI VI, A LUDOVICO SILVA / LUIS A. PIÑER	213
LUDOVICO Y ORWELL / SALVADOR PRASEL	215
EL CAMINO / LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA	217
BEATRIZ, TRÁEME UN <i>WHISKY</i> / MANUEL QUINTANA CASTILLO	219
PALABRAS PARA AGRADECER A LUDOVICO / LUIS FELIPE	
RAMÓN Y RIVERA	225
LUDOVICO SILVA O EL ARTE DE PENSAR / JOSÉ VICENTE RANGEL	227
CUANDO LOS LABIOS Y LA PIEL RECUERDAN / LIDIA REBRIJ	229
SIEMPRE / VIRGILIO REYES	231
DE LUDOVICO SILVA A MIGUEL HERNÁNDEZ / JOSÉ ANTONIO RIAL	233
POESÍA Y MUERTE DE LUDOVICO / CÉSAR DAVID RINCÓN	237
MI AMIGO LUDOVICO / BÉLGICA RODRÍGUEZ	241
EN MEMORIA / RENATO RODRÍGUEZ	245
UN LICENCIOSO LICENCIADO / VIOLETA ROFFÉ	247
<i>IN VINO VERITAS</i> / ARMANDO ROJAS GUARDIA	249
PARA RECORDAR A LUDOVICO / DENZIL ROMERO	255
EL CUMPLEMÉS DE LUDOVICO / JESÚS ROSAS MARCANO (CIRIO)	259
RESPLANDOR ANTIGUO / SILENE SANABRIA	261
LUDOVICO SIN CANCIONES / JESÚS SANOJA HERNÁNDEZ	263
UNA MAÑANA, LUDOVICO / CÉSAR SEGNINI	265
LUDOVICO EN EL COUNTRY CLUB / JOSÉ SELLÁN DE HUESCA	267

PRESENTACIÓN DE PIEDRAS Y CAMPANAS, DE LUDOVICO SILVA/ ALFREDO SILVA ESTRADA	271
ALEMANIA EN LUDOVICO / CARLOS SILVA	277
ESCUCHÉ TU CANTO, HERMANO / HÉCTOR SILVA MICHELENA	281
SAN AGUSTÍN Y LUDOVICO: SUEÑOS SONOROS / HÉCTOR SILVA MICHELENA	281
LUDOVICO / IRMA SILVA	285
PRESENCIA / GRACIELA TORRES	287
HAGO EL INTENTO / ILDEMARO TORRES	291
RETAMA AL <i>ANGELUS</i> / TEÓFILO TORTOLERO	295
VIAJE AL FINAL DE LA NOCHE / IVÁN URBINA ORTIZ	297
EN LA CIUDADELA DEL JUEGO / ALEJO URDANETA	299
A LUDOVICO SILVA / ARTURO USLAR PIETRI	303
LA OBRA POÉTICA DE LUDOVICO SILVA / ELENA VERA	305
AL PIE DE LA LETRA / MIYÓ VESTRINI	309
CONVERSACIÓN CON UN “SANTO HEREJE” / RAFAEL ÁNGEL VILLANUEVA DÍAZ	315
CARTA A BEATRIZ SILVA / OSCAR SAMBRANO URDANETA	317
LA SOLEDAD DE LUDOVICO / VÍCTOR JULIO CARREÑO	319
LUDOVICO. DE NUEVO ENTRE NOSOTROS / HÉCTOR MUJICA	325
LUDOVICO EN TRAZOS / LUIS FELIPE BELLORÍN N.	333

Edición digital
Noviembre 2017
Caracas, Venezuela

Luis José Silva Michelena

(Ludovico Silva, Caracas, 1937-1988)

Filósofo y poeta. Es uno de los estudiosos de la obra de Carlos Marx más destacados de Hispanoamérica, autor de una extensa e indispensable bibliografía.

Ejerció además la docencia, el periodismo y la crítica literaria, siendo considerado una figura intelectual de primer orden en el país.

Se recogen en este libro los testimonios de destacados intelectuales y artistas a raíz de la muerte de Ludovico Silva en 1988. Ha sido concebido como un homenaje a la memoria del filósofo y poeta venezolano de parte de su viuda Beatriz Guzmán de Silva, quien tuvo la iniciativa de recopilar estos textos que conforman "un libro del corazón, donde de algún modo late todavía vivificante la vida del poeta que se nos fue".



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



1817 - 2017
ZAMORA
UNIÓN CÍVICO MILITAR